

CARAS y CARETAS

CÓMO VIENEN ESTE AÑO LOS REYES

Vienen así, protegidos,
en tanque y con vigilantes.
¡Conque ya están prevenidos
los señores asaltantes!



—¿Y? — me preguntó mi paciente cuando hube concluído de examinarle minuciosamente el corazón. — ¿Podré pasar tranquilo el resto de mi vida?

— Su corazón no está tan bueno como debiera — contesté; — pero cuidándolo, durará mientras usted lo necesite. Debe usted evitar toda preocupación inútil.

Mi paciente hizo una mueca curiosa.

— ¿Y si los motivos de intranquilidad me vienen de afuera? — preguntó.

— Debe usted arreglar su vida en forma de reducir a un mínimo la posibilidad de ello.

La voz del doctor Taverner se hizo oir desde el otro extremo de la sala de consulta:

— Si ha concluído usted con el cuerpo de su paciente, Rhodes, me gustaría estudiar su espíritu.

— Se me ocurre — dijo el paciente — que ambos están muy estrechamente unidos. Me dice usted que debo mantener mi cuerpo tranquilo; pero ¿qué haré si mi espíritu deliberadamente lo agita?

Esta pregunta la hizo volviéndose a mi colega.

— A eso iba — contestó Taverner. — Mi amigo le ha dicho lo que debe hacer; ahora yo le diré cómo debe hacerlo. ¿Qué es lo que le pasa?

— Alucinaciones — contestó el paciente, abotonándose la camisa. — Un perro negro de aspecto feroz, que sale de los rincones obscuros y se arroja sobre mí, o intenta hacerlo. Todavía no le he hecho el honor de huir de él; pero cualquier día, temo que, cualquier día, mi corazón flaquee.

Taverner me miró como para hacerme en silencio una pregunta. Yo moví la cabeza confirmando lo que el paciente decía.

— ¿Qué clase de animal es ese perro? — preguntó Taverner.

— No es especialmente fino. Es un perro vulgar, con cuatro patas y una cola. Del tamaño de un mastín, más o menos, pero no de aspecto tan fuerte como un mastín.

— ¿En qué circunstancias se le aparecé?

— Es difícil decirlo, pues parece que no tiene regla fija; pero ordinariamente se me aparece a la hora del crepúsculo. Cuando salgo a la caída del sol me salta de repente a los hombros, y si estoy en mi habitación lo veo escondido detrás de algún mueble, esperando la oportunidad.

— ¿Oportunidad para qué?

— Para saltarme a la garganta.

— ¿Por qué no lo ataca antes de que usted lo vea?

— Es lo que no sé. Me parece que ha perdido muchas buenas ocasiones, porque para atacarme siempre espera que yo lo haya visto.

— ¿Y qué hace entonces?

— Tan pronto como lo miro, empieza a acercárseme. Si estoy en la calle, apura el paso para pasarme, y si estoy en mi habitación, se pone a dar vueltas en torno de los muebles. Le aseguro que debe ser sólo un producto de la imaginación; pero es una cosa bastante desagradable de ver.

El paciente se detuvo y se enjugó algunas gotas de sudor que le habían brotado en la frente durante su relato.

Semejante persecución no es una forma agradable de obsesión para nadie, pero es particularmente peligrosa para quien tiene el corazón enfermo.

— ¿Y cómo se defiende usted? — preguntó Taverner.

— Le digo: «Bien sé que no eres un ser real sino una pesadilla, y no me dejaré vencer por ti».

— Defensa tan buena como nada — dijo Taverner, que agregó: — pero me parece que usted habla como si se tratase de algo real.

— Ya lo creo — exclamó el paciente. — Se trata de algo nuevo, algo de que nunca he oído hablar. Yo estaba seguro de que se trataba de algo que no era real, de un fantasma creado por mi cerebro; pero hace algunos días que tengo una duda. Supongamos que, después de todo, la cosa es real. Supongamos que realmente tiene poder para atacarme. Sospecho que lo que me pasa puede no ser del todo inofensivo.

— Seguramente, y se hará más peligroso para usted si desfallece y huye. Creo que mientras se mantenga firme no podrá hacerle daño alguno.

— Precisamente; pero hay un punto más allá del cual no es posible mantenerse firme. Suponga usted que, noche tras noche, en el momento en que va usted a quedarse dormido, se acuerda de que el animal está ahí, y ya no puede conciliar el sueño... Usted ve su sombra pasar y repasar delante del fuego de la chimenea. No se atreve usted a dormirse ni puede quedarse despierto todas las noches. Sabe usted perfectamente que sólo es una alucinación; pero al fin se cansa...

— ¿Lo ve usted todas las noches?

— Casi todas. Sus costumbres no son absolutamente regulares, con la excepción de que no se me aparece los jueves por la noche. Cuando llega el jueves le digo: «Ahora, mala bestia, es tu día del Sabath», y me voy a la cama a las ocho de la noche; y me duermo.

— Si usted fuera a mi sanatorio, probablemente nosotros sacaríamos al animal de su habitación, y usted podría dormir — dijo Taverner. — Pero lo que realmente necesitamos saber es si... ¿por qué su imaginación lo atormenta con perros y no, digamos, con culebras coloradas, de acuerdo con la mejor costumbre al respecto?

— Ojalá fuera así — replicó el paciente; — pero ese perro negro...

Se encogió de hombros y salió de la sala de consulta.

— ¿Qué piensa usted de todo eso, Rhodes? — me preguntó mi colega, una vez cerrada la puerta.

— Me parece — contesté — un caso vulgar de alucinaciones; pero he conocido bastantes de los casos tratados por usted para no limitarme a creer sólo en la obra del mecanismo interno de la mente. ¿Le parece posible que estemos ante un nuevo caso de transferencia del pensamiento?

— Va teniendo usted razón — contestó Taverner, moviendo afirmativamente la cabeza. — Cuando usted me conoció recetaba siempre bromuro; ahora reconoce que hay en el cielo y en la tierra más co-

sas que las que le enseñaron en la Escuela de Medicina.

— Así es que usted cree también que estamos ante un caso de transferencia del pensamiento...

Taverner quedó un momento pensativo y luego dijo gravemente:

— Dijo que los jueves por la noche duerme bien... Es decir, que la persona causante de la alucinación está, probablemente, en las reuniones que la Logia Negra tiene los jueves por la noche y no puede operar.

— Se tratará de un intento de asesinato — murmuré.

— Precisamente. Quien produce tales alucinaciones a un hombre enfermo del corazón como Martín, sabe que le causarán la muerte, más tarde o más temprano. Es un caso clarísimo de asesinato mental. Algún ocultista bien preparado ha creado la forma de un perro negro y está en suficiente contacto con Martín para poder instalarla en su cerebro por medio de la transferencia del pensamiento, y Martín ve, o cree que ve, la imagen que el otro está visualizando. La actual forma mental es por ahora inofensiva, salvo el miedo que inspira; pero si Martín perdiese la cabeza y recurriese a medios físicos de defensa vigorosos, el esfuerzo podría precipitar un ataque al corazón que lo mataría, indudablemente. Uno de estos días iremos a la Logia Negra, Rhodes. Ya están sabiendo demasiado. Vaya a ver a Martín al Hotel Cecil y dígale que lo llevaremos con nosotros esta noche a mi sanatorio.

— ¿Cuándo se propone usted tratar el caso? — pregunté.

— La casa está cubierta por una campana psíquica de modo que la cosa no puede alcanzarle mientras esté bajo su protección. Buscaremos quien es el «enviador» y veremos si podemos hacer algo con él y detenerlo una vez por todas. No es conveniente desintegrar la criatura, pues su amo haría otra. Es al hombre que maniobra detrás del perro a quien debemos atrapar. En todo caso, debemos andar con cuidado y no dejar que Martín sospeche que corre algún peligro o que pierda su única defensa contra el perro, su creencia en que no es real. Eso aumenta nuestras dificultades, porque no debemos preguntarle mucho por miedo de provocar sus sospechas. Tendremos que tratar el caso flanqueándolo.



Mientras íbamos en automóvil al sanatorio de Taverner, éste procedió con Martín en una forma que nunca lo había visto emplear con ninguno de sus pacientes. Empezó a hablarle de sus teorías sobre el ocultismo. Pronto caí en la cuenta de que quería saber si Martín sabía algo de ocultismo y si solía interesarse en esas cosas. La diplomacia de mi colega dió frutos inmediatamente, pues Martín dijo que el ocultismo le interesaba, a pesar de que sus conocimientos al respecto eran nulos. En cambio, agregó que su amigo Mortimer le hablaba mucho de ocultismo en sus conversaciones nocturnas. Taverner manifestó deseos de conocer a Mortimer.

— Temo que no podamos dar con él ahora — dijo Martín, que cayó en una preocupación silenciosa de la cual no pudieron sacarle todos los esfuerzos de Taverner para reanudar la conversación. Evidentemente se trataba de algún asunto penoso, y vi que mi colega tomaba nota del hecho mentalmente.

En cuanto llegamos al sanatorio, Tarverner fué a su estudio, abrió la caja de hierro y sacó un libro índice.

— Maffeo... Montagu... Mortimer... — murmuraba mientras leía el índice en la letra M, y continuó:

— Antonio Guillermo Mortimer, iniciado en la Orden de los Amigos en octubre de 1912; fué elegido Guardia Armado en mayo de 1915. Detenido por sospecha de espionaje en marzo de 1916. Acusado de haber ejercido influencias indebidas sobre su madre cuando hizo su testamento. (Todo el mundo parece estar por él y nadie se atreve a ponerle la mano encima). Llegó a ser gran Maestre de la Logia de Set el Destructor. Golpes: dos, tres, dos. Santo y seña, «Jackal».

Taverner concluyó de leer y, volviéndose a mí, dijo:

— Es bastante para Mortimer. Me imagino que es un hombre bueno para quitarlo de en medio. Ahora supongo lo que Martín habrá hecho para darle gusto.

Como no nos atrevíamos a interrogar a Martín, nos limitamos a observarle y pronto advertimos que esperaba con mucha inquietud el correo. Recibía las cartas con una especie de ansiedad, y después de abrirlas caía en franco desaliento, como si nunca llegase la carta que estaba esperando. Sin embargo, ello no parecía causarle sorpresa alguna, y llegué a la conclusión de que, más bien, esperaba sin tener esperanza, y no esperaba algo que pudiese suceder.

Un día escondí el paquete con la correspondencia, y le dije que no había llegado nada para él. Inmediatamente exclamó:

— ¿Cree usted, doctor Rhodes, que la ausencia fortifica los sentimientos?

— Depende del carácter de las personas — contesté. — Pero he observado que cuando no se quiere a una persona, es más fácil dar mayor importancia a sus descuidos respecto de uno, cuando uno está lejos de ella.

— ¿Pero cuando uno quiere a alguien? — preguntó, medio anhelante, medio avergonzado.

— Creo — respondí — que el amor se enfría si no es alimentado. El pensamiento tiene mucho poder de adaptación, y uno se acostumbra, más tarde o más temprano, a no tener cerca a la persona que más quiere.

— Así lo creo yo también — dijo Martín, y se fué a buscar consuelo en su pipa a un rincón del jardín.

— Entonces hay una mujer de por medio — dijo Taverner, cuando se lo conté. — Me gustaría conocerla. Podríamos ponerla como rival de Mortimer. Si éste «envía» formas negras, debemos procurar servirnos de una blanca.

Comprendí que Taverner quería emplear el método de la sugestión silenciosa en que es maestro.

Aparentemente, la magia de Taverner no operó mucho tiempo, porque dos días después entregué a Martín una carta que le llenó de placer. Se fué a su cuarto para leerla a solas, y media hora después entró a mi oficina y me dijo:

— Doctor Rhodes, ¿no podría tener mañana dos visitas a almorzar?

Le dije que no había inconveniente y se puso muy contento. En ese momento se habría atrevido con diez perros negros.

Al día siguiente vi a Martín paseando por el jardín con dos damas, a quienes presentó en el comedor como la señora Hallam y su hija. Parecía que no estaba muy bien con la muchacha, que era curiosamente distraída y como ausente. Sin embargo, Martín parecía en el séptimo cielo. Yo observaba la pequeña comedia sonriendo imperceptiblemente cuando de pronto se cambió en tragedia.

Al sacarse la muchacha los guantes dejó ver, en el dedo índice de la mano izquierda, un anillo que era evidentemente un anillo de compromiso. Martín clavó la vista en el anillo y en pocos segundos quedó como anonadado. Siguió, después del

almuerzo, haciendo su papel de invitante; pero su esfuerzo para ello daba lástima y me fué muy grato poder separarme de ellos.

Entonces Taverner me tomó del brazo y me llevó a la terraza, en donde me dijo que a todo trance quería hacerse amigo de las Hallam.

Encontramos a Martín conversando con la madre, de modo que no nos costó mucho trabajo inducir a la muchacha a dar una vuelta por el jardín. Pareció que la idea le gustó, y pronto comprendimos la causa de ello.

— Doctor Taverner — dijo de pronto, — ¿podría hablar de mí con usted?



MARTÍN CLAVÓ LA VISTA EN EL ANILLO Y QUEDÓ COMO ANONANADO.

— Con muchísimo gusto. ¿Qué desea usted decirme?

— Me tiene muy preocupada una cosa: ¿es posible enamorarse de una persona que no gusta?

— Muy posible — contestó Taverner; — pero no creo que sea muy satisfactorio.

— Estoy comprometida con un hombre — agregó la muchacha, deslizando el anillo en el dedo — de quien estoy locamente enamorada cuando no lo veo; pero en cuanto lo tengo cerca, siento por él un invencible sentimiento de repulsión y horror. No puedo explicarme esto que me pasa... pero, ¿ha entendido usted lo que le he dicho?

— ¿Cómo llegó a comprometerse con él? — preguntó Taverner.

— Como lo hacen todas. Le conocía casi tanto tiempo como a Billy — dijo la muchacha señalando a Martín, que seguía conversando con la madre.

— ¿No se empleó ninguna influencia indebida? — preguntó Taverner.

— Creo que no. Me pidió que me casase con él, y yo le contesté que sí.

— ¿Cuánto tiempo hacía que se había usted dado cuenta de que le aceptaría si le proponía casarse con él?

— No sé. En realidad, mi compromiso fué una sorpresa para mí como para todos. Nunca pensé en él como novio hasta hace tres semanas, cuando de repente comprendí que él era el hombre con quien quería casarme. Fué un impulso repentino; pero tan fuerte y claro que comprendí que eso era lo que debía hacer.

— ¿Y no se arrepiente usted?

— Hasta ahora no; pero mientras estaba en el comedor pensé de pronto que me sería muy agradable romper mi compromiso con Tony.

Taverner me miró.

— El aislamiento psíquico de este sanatorio tiene sus ventajas — dijo. En seguida se volvió a la muchacha y agregó:

— Supongo que fué la poderosa personalidad del señor Mortimer la que influyó en su resolución.

A mí me divertía el disparo que Taverner hacía en la obscuridad, y el modo como la muchacha iba derechamente a la trampa.

— ¡Oh! no — exclamó ella. — Tengo a menudo esos impulsos. Obedeciendo a uno de ellos me encuentro ahora aquí.

— Entonces — agregó Taverner — puede bien ser que por uno de esos impulsos se comprometió usted con Mortimer, así como también puede ser que sea yo el responsable del impulso que la hizo venir aquí.

La muchacha lo miró asombrada.

— En cuanto supe su existencia quise conocerla — siguió Taverner. — Ahora tengo a mi cuidado un alma, y creo que usted tiene parte en su dicha.

— Lo sé — dijo la muchacha, mirando los amplios hombros del inconsciente Martín con tanta ansiedad y cariño que traicionó sus verdaderos sentimientos.

— Algunas personas envían telegramas cuando quieren comunicarse con otras — siguió Taverner; — pero yo no. Yo envío pensamientos, porque estoy seguro de que serán obedecidos. Una persona puede no hacer caso de un telegrama; pero tiene que obedecer a un pensamiento porque cree que es un pensamiento suyo. Es necesario, por supuesto, que no sospeche que está siendo sugestionada, porque entonces lo más probable es que haga todo lo contrario.

La señorita Hallam lo miraba sin salir de su asombro.

— ¿Es eso posible? — preguntó. — Apenas puedo creerlo.

— ¿Ve usted esa maceta con geranios rojos? Voy a hacer que su madre se acerque a ella y arranque una flor. Mire.

Los dos miramos a la señora en quien Taverner concentraba toda la fuerza de su pensamiento: hizo lo que Taverner le mandaba.

— ¿Qué hace usted con nuestros geranios? — le gritó Taverner.

— Mucho siento haber arrancado uno; pero fué un impulso irresistible.

Taverner se volvió a la muchacha y dijo:

— No todos los pensamientos son generados en la mente que los piensa. Constantemente estamos dándonos unos a otros sugestiones inconscientes, y si un hombre que conoce el poder del pensamiento lo prepara deliberadamente para emplearlo, hay pocas cosas que no pueda hacer.

Habíamos llegado a la terraza en el curso de la conversación, y Taverner se despidió y se fué a su oficina. Lo seguí y lo encontré estudiando su libro índice. Me preguntó qué pensaba de lo que había visto y oído. Dí la respuesta ineludible: que Martín y Mortimer querían casarse con la señorita Hallam y que Mortimer empleaba para sus fines particu-

lares los mismos métodos que Taverner para curar a sus pacientes.

— Precisamente — dijo Taverner. — Es una excelente lección de cosas en lo tocante al ocultismo negro y blanco. Ambos estudiamos la mente humana, ambos estudiamos las fuerzas escondidas de la naturaleza; pero yo empleo mis conocimientos para curar enfermos, y Mortimer para hacer daño... Yo no empleo mi ciencia con fines particulares por varias razones. En primer lugar, los que reciben la enseñanza que yo he recibido, somos hombres escogidos, cuidadosamente puestos a prueba. En segundo lugar, pertenezco a una organización que no permitiría el abuso de su enseñanza y, por fin, sabiendo lo que sé, no me atrevo a abusar de los poderes que me han sido confiados... En el universo no hay líneas rectas, todo se desarrolla en líneas curvas; por eso es sólo materia de tiempo que lo que enviamos fuera de nuestra mente vuelva a ella. Más tarde o más temprano, el perro negro de Martín volverá a casa de su amo.



Martín no se presentó a la hora de comer y Taverner hizo averiguar en el acto lo que había hecho. Se le dijo que había salido acompañando a sus amigas a tomar el tren al pueblo vecino; pero Taverner no se dió por satisfecho y miró la hora.

— Si Martín no llega dentro de dos horas — me dijo — avíseme.

Era una tarde gris que amenazaba tempestad y pronto obscureció completamente. A las ocho de la noche avisé a Taverner que Martín no había llegado todavía.

— Hay que ir a buscarlo — me dijo.

Salimos procurando que los otros enfermos no nos viesen.

Después de recorrer el campo en todas direcciones, descubrimos al fin, a pesar de la obscuridad, una silueta que avanzaba hacia nosotros; pero no podíamos identificarla.

— Probablemente es Martín — dijo Taverner; — pero todavía no estoy seguro. Mejor será que nos detengamos aquí y esperemos los sucesos. No lo perdamos de vista. Tome usted los anteojos porque su vista es mejor que la mía. Ha obscurecido muy temprano hoy; deberíamos haber tenido una hora más de luz.

Se acercaba la tormenta. El hombre avanzaba a buen paso, sin mirar ni a derecha ni a la izquierda. En toda la vastedad del campo no se veía sino su silueta.

De pronto se detuvo, miró hacia atrás y empezó a andar de nuevo, esta vez más de prisa. Volvió a mirar hacia atrás y apuró más el paso. A los pocos metros se detuvo, y no miró para atrás.

Pasé el anteojo a Taverner.

— En realidad, es Martín — dijo — y ya ha visto al perro.

En seguida resolvimos ir a su alcance. Habíamos andado unas cuadras cuando un grito de angustia, un grito de muerte resonó en el silencio de la noche obscura. Corrimos, y pronto estuvimos al lado de Martín, que parecía a punto de caer. Lo tomé en mis brazos y noté que el corazón le latía irregularmente. Taverner sacó el pequeño, minúsculo botiquín que siempre llevaba consigo, e hicimos lo que pudimos en favor de Martín.

Habíamos llegado justamente a tiempo; nos hubiéramos demorado unos minutos, y sólo Dios sabe lo que habría ocurrido.

Con algún esfuerzo llevamos a Martín al sanatorio, y lo atendimos convenientemente.

Poco después de media noche Taverner se asomó a una ventana y miró hacia afuera.

— Venga, Rhodes — me dijo. — ¿No ve usted nada?

Confesé que no veía nada.

— Sería muy conveniente para usted que viera — agregó Taverner. — Usted es muy aficionado a considerar las formas mentales que el pensamiento de un enfermo engendra, como si, porque no tienen existencia objetiva, fuesen innocuas. Ahora va usted a ver las cosas desde el punto de vista del paciente.

Se acercó a mí y empezó a tamborilear en mi frente con el nudillo de un dedo, según un ritmo sincopado. A los pocos instantes empecé a sentir como si un estornudo frustrado se me metiese en la frente por la nariz. Luego vi aparecer en la obscuridad un como resplandor, que me hizo el efecto de un film gris blanco que se extendía frente a la ventana. Más allá vi al perro de la muerte!

Una sombra bien delineada brotó de la obscuridad, se dirigió hacia la ventana y la trepó, sólo para tropezar con la cabeza en el film gris blanco y retroceder. Repitió sin éxito el intento. Un ladrido silencioso parecía salir de sus mandíbulas abiertas, y en sus ojos brillaba una luz que no era de este mundo. Parecía la sombra de algo que se movía en un planeta frío, más allá del alcance de nuestros sentidos.

— Eso es lo que Martín ve todas las noches — dijo Taverner, — sólo que para él la cosa está ahora en la habitación. Si yo abriera un paso en la campana psíquica que rodea el sanatorio no se daría de narices...

Aparté la vista de la terrible visión. Taverner me pasó rápidamente las manos por la frente con un movimiento especial.

— No quiero hacerle ver más — dijo, — pero no debe olvidar nunca que las alucinaciones de un enfermo son tan reales para él como ese perro lo era para usted.



A la mañana siguiente estábamos trabajando, cuando me avisaron que una persona me esperaba en la sala de recibo. Era la señorita Hallam, y me sorprendió que hubiese regresado tan pronto.

— El mayordomo me ha prevenido — dijo — que Martín está enfermo y que no puedo verle; pero el doctor Taverner ¿no podría permitirme verle un momento?

La llevé a la oficina de Taverner, que no manifestó sorpresa al verla.

— Entonces, ¿ha devuelto usted el anillo? — preguntó.

— Sí — contestó la muchacha. — ¿Cómo lo sabe usted? ¿Qué poder mágico ha empleado usted esta vez?

— Nada de magia, querida señorita Hallam; buen sentido nada más. Algo la ha asustado, y como en una sociedad civilizada nadie, por lo general, se asusta mucho, tuve que llegar a la conclusión de que algo extraordinario le había ocurrido. Sé que tiene usted relaciones con un hombre peligroso, y, naturalmente, pensé en él. Y ¿qué podía usted haberle hecho para provocar su ira?... No hace mucho que estuvo usted aquí, fuera de su influencia, y en compañía del hombre de quien usted solía preocuparse... Posiblemente ha habido en usted una revolución de sentimientos... Usted, sospechando que sé algo, no intenta negarlo, y me da así la información que deseo.

— Pero, doctor Taverner — exclamó la asombrada señorita Hallam, — ¿para qué tanta cosa cuando yo le habría contestado si usted me lo hubiese preguntado?

— Porque quería que usted viese por sí misma el modo como se puede tratar con una persona que

no inspira sospechas. Ahora, dígame qué la trae por acá.

— Cuando ayer salí de aquí, sabía que ya no me casaría con Tony Mortimer — respondió la muchacha — y así se lo escribí. Fué inmediatamente a casa y preguntó por mí. Me hice negar, porque sabía que si lo veía volvería a caer bajo su dominio. Después me mandó una carta en que me decía que no cejaría hasta que hubiese hablado conmigo, y yo me asusté... Temí que se metiera por fuerza en la casa, me escapé por la puerta del jardín, tomé el tren y vine, porque comprendí que usted comprendería lo que me pasaba y me ayudaría. Por suerte sé que no puede ponerme una pistola al pecho y obligarme a casarme con él; pero como tiene mucha influencia sobre mí, tuve miedo de que me dominase.

— Ya lo creo — dijo Taverner. — Me parece que tenemos que proceder enérgicamente con el señor Tony Mortimer.

Después Taverner permitió que Martín y la señorita Hallam se mirasen exactamente durante un minuto, sin hablarse, y después la puso al cuidado de una enfermera.

Estábamos concluyendo de comer cuando me avisaron que un caballero deseaba verme. Era un hombre alto, moreno, de mirada extraña.

— Deseo ver a la señorita Hallam — dijo.

— ¿La señorita Hallam? — pregunté, como con mucha sorpresa.

— Sí; ¿No está aquí?

Volví rápidamente al comedor y previne a Taverner que Mortimer estaba allí.

— Lo veré en la oficina — me dijo.

Fuimos a la oficina, pero antes de recibir a Mortimer, Taverner colocó la lámpara del escritorio de tal modo que su cara quedase en la obscuridad, propiamente invisible.

A los pocos minutos entró Mortimer con aire altanero.

— He venido — dijo — en nombre de la madre de la señorita Hallam, para llevarla a su casa. Desearía que la informasen que estoy aquí.

— La señorita Hallam ha telegrafiado a su madre que no volverá esta noche a su casa.

— No le pregunto a usted lo que la señorita Hallam ha hecho ni lo que se propone hacer. Sólo quiero que le haga saber que estoy aquí y que deseo verla. Presumo que no se opondrá usted...

— Pues me opongo — replicó Taverner.

— ¿La señorita Hallam ha manifestado que no desea verme?

— No se lo he preguntado.

— Entonces, ¿con qué derecho se opone usted a lo que le pido?

— Con este derecho — replicó Taverner, e hizo un signo especial con la mano derecha. En el dedo índice tenía un anillo, el más raro que en mi vida he visto.

Mortimer saltó como si Taverner le hubiese puesto una pistola al pecho. Luego se inclinó sobre el escritorio, procurando ver la cara de Taverner en la sombra, y su mirada se clavó en el anillo.

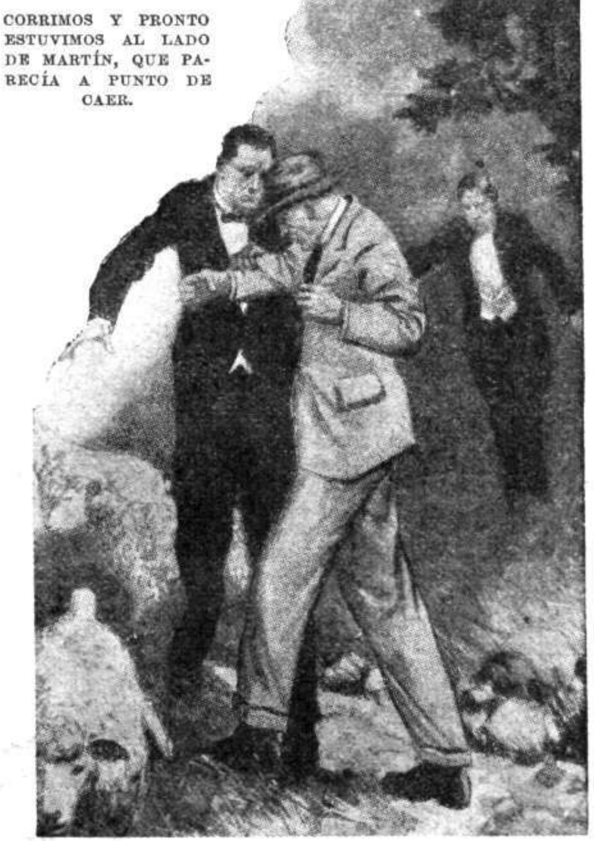
— ¡El Señor de Siete! — murmuró, y retrocedió un paso. Después se dirigió a la puerta, echando hacia atrás una mirada de odio y miedo, como nunca he visto.

— Hermano Mortimer — dijo Taverner, — esta noche los perros volverán a su sitio.

Y agregó:

— Vamos a una de las ventanas a ver si realmente se va.

CORRIMOS Y PRONTO ESTUVIMOS AL LADO DE MARTÍN, QUE PARECÍA A PUNTO DE CAER.



Efectivamente, Mortimer se iba, andando rápidamente por el camino que lleva a Thursley. Me sorprendió que volviese varias veces la cara para mirar hacia atrás.

— ¿Pensará volver? — pregunté.

— Creo que no — contestó Taverner. — Ahora, espere; va a suceder algo.

Mortimer se detuvo y miró a su alrededor, como sorprendido. Después echó a correr. Parecía que alguien lo atacaba y saltaba sobre él, a juzgar por los extraños movimientos de su cuerpo. Al fin pudo seguir en paz y su sombra se perdió en la obscuridad.

— El perro está acompañando a su amo a su casa — dijo Taverner.



Al día siguiente oímos decir que cerca de Bramshott se había encontrado el cadáver de un hombre desconocido. Se creyó que había muerto de un ataque al corazón porque en el cadáver no había señales de violencia.

— ¡Seis millas! — exclamó Taverner. — ¡Caminó bastante!



EL LORO

CUANDO el tío Francisco, hombre que había visto mucho mundo, mucho, regresaba de alguno de sus frecuentes viajes a Panamá, jamás perdía la oportunidad de aprovechar las tres o cuatro horas en que el vapor realizaba escala en el puerto de Eten para bajar a tierra y visitar a su hermana Catalina, la encantadora y rubia Catita de un cuarto de siglo atrás, y que hacía también un cuarto de siglo, bien medido, desertara un día del paterno hogar limeño para unirse en matrimonio con un joven marino, que, según el decir de las gentes de la época, era de muy buena familia y mucho porvenir, condiciones éstas que parecen suficientes para abrirse camino en la vida.

No lo fué así. La marina en el Perú, tal es la relatividad de las humanas cosas, no ofrece el mismo porvenir que en Inglaterra, claro está, y los que abrazan la carrera, al sentirse viejos en la pendiente inevitable, si alguna vez hacen el propio balance de los años vividos, se convencen de que a cambio de algunos días brillantes y de viajes maravillosos a mares y países de ensueño está la monotonía del servicio en las naves ancladas, y, lo que es peor, el oficinismo, las dependencias y las ramificaciones todas de la burocracia ministerial. El marido de Catalina no fué una excepción a la regla. Tuvo, con su poema de amor y de juventud, una comisión fantástica en Europa: informar sobre los modelos más convenientes de fusiles de marina, verdadero viaje de bodas pagado por un gobierno amigo. Realizó servicios brillantes, exploraciones en el corazón de América, pero, en compensación cruel de los días espléndidos y de los horizontes entrevistos, estaba la larga y monótona teoría de los años transcurridos condensados en esta sola palabra: servir, servir siempre, servir a bordo de las naves grises y tranquilas, en el fondeadero, o servir entre la papeluchería y los expedientes administrativos. Al aceptar la capitanía de puerto en Eten tenía en su haber, el marido de Catalina, ascensos, bien ganados por cierto, canas, un poco de tejido adiposo en el abdomen y, lo más importante, cierto sentido muy práctico de la vida. El tío Francisco, hermano de doña Catalina, hoy viuda respetable, fué, al correr de los años, el único contacto que unía a la familia provinciana con el mundo exterior. El marino fundador y jefe de la familia se extinguió un día, entre tantos, cuando ya se había operado una evolución completa en su vida, pues de marino que era se convirtió en agricultor y con tierra propia, que es más agradable serlo así. Las brújulas y sextantes, los logaritmos y los anuarios del Lloyd fueron esfumándose poco a poco y substituyéndose por la preocupación de saber si llovería o no, por el brioso caballo de paso y por la diaria visión de las sementeras de arroz, ahogadas en los pantanos cuadriláteros, surgiendo como una promesa verde o doblándose por el peso de las espigas ubérrimas...

Pero un buen día, o mal día, murió. De su paso por la vida sólo quedó el recuerdo de su honradez, cosa bastante rara en estos tiempos. Había sembrado la tierra, construído una casa y tenido un hijo. ¿Qué más podía pedírsele?

No era hijo, precisamente, sino Rosa María, la rubia, la deliciosa Rosa María.

El tío Francisco, que en medio de sus disparates pintorescos y de su alocada e interesante charla tenía indudable sentido común, aconsejó a su hermana que llevara a Rosa María, niña aún, a educarse en la capital. No lo hizo así doña Catalina, ligada ya por indestructible lazo a la tierra que produce, a la casa del puerto, a su vida en el silencio y en la paz de la provincia. La tierra, cuando es nuestra, ejerce esta tiranía. No somos los amos de ella. Es ella la que manda, la que impera, la que nos amarra en vida y nos retiene a su lado fecundo.

Lo agradable en las visitas del tío Francisco, aparte de su visita misma, era que nunca venía con las manos vacías.

Desde muy niña, cuando se perfilaba en el horizonte de la bahía la nave en que viajaba el tío, se preguntaba Rosa María:

—¿Qué traerá esta vez el tío Francisco?

Y eran de verse los espléndidos regalos. Cortes de seda, medias magníficas, zapatos y vestidos que luego eran la admiración y la secreta envidia de todas las chicas del puerto. Todo ello era comprado «baratísimo» en el Canal de Panamá, según decía el tío, porque allí las cosas no pagan los abominables derechos aduaneros. Cuando el barco hacía escala en Guayaquil, tío Francisco venía con una verdadera invasión tropical. De aquel paraíso traía las naranjas inconcebibles, los cocos enormes y deleitosos de frescura bajo la áspera corteza, varios monitos que debían sucumbir en las primeras neblinas frías del mar, hamacas regalonas, esteras y sombreros admirables.

Las frutas se comían, los vestidos se usaban, y hasta los monitos, pobres inadaptados, se morían. Pero hubo algo que perpetuaba el recuerdo y hablaba continuamente de la munificencia espléndida de tío Francisco: un loro.

En uno de sus viajes trajo el tío a este loro. Al decir de los entendidos, porque los hay hasta especialistas en loros, era el de tío Francisco una maravilla, un príncipe de su especie. No era uno de esos loros verdes vulgares, de ojo nublado, pico indeciso y patas retorcidas como manos de vieja con arterioesclerosis. No. Era éste de corpulencia extraordinaria, grande, fornido, con plumas de un verde purísimo y con otras amarillas, rojas, azules, violáceas y tornasoladas. Su grito no era áspero ni gutu-

ral. Tenía algo de solemne, y en sus enojos poseía una ira realmente apocalíptica. Sus ojos eran discos de fiereza indómita. Una maravilla de loro. Si creyéramos en la reencarnación, y admitiendo que no hubiera progresado, tendríamos que convenir, ¡pensad en que los loros viven doscientos años! que el de tío Francisco habría sido, a juzgar por sus gritos, catedrático de Prima Theológica en Salamanca o, guiándonos por su aspecto real, uno de aquellos loros fantásticos que los navegantes lejanos de Luis XV, el Bien Amado, enviaban para que distrajeran en su gabinete dorado y rococó a la gentil y exquisita Madama de Pompadour.

Lo llamaron Pancho, en recuerdo del tío.

La existencia de un loro, a pesar de tanto linaje y abolengo, ofrece pocas notas de interés en la monotonía de los días que transcurren. El caudal de palabras, que va en aumento progresivo desde el: «¡lorito real!», de la iniciación hasta frases más o menos complicadas del léxico loruno, llega a estancarse y las nuevas adquisiciones en el repertorio son muy contadas.

Pancho llegó a decir todas las frases imprescindibles en un loro de calidad, más algunas que le eran propias. Prendido en lo alto de una ventana enrejada, a la sombra de olorosa madreselva, pasaba su vida, filosóficamente.

Sin embargo, hubo una palabra que repetía asiduamente. Era la copia, el trasunto vivo de la voz de doña Catita cuando llamaba a su hija a través del vasto patio inundado de sol: ¡Rosa María!

— ¡Rosa María! — repetía, — ¡Rosa María! ¡Rosa María!...

En otro de sus viajes el tío Pancho colaboró esta vez con el Destino, o con la Providencia, como habría afirmado, juiciosamente, doña Catita. Trajo algo más que un loro: trajo novio para Rosa María. ¿Cómo? En el curso de la navegación había trabado amistad con un joven, Robledo, que venía de Estados Unidos con su título flamante de ingeniero.

— Joven ingeniero — dijo el tío Pancho, entre whisky y whisky en el «fumoir» de a bordo. — En el próximo puerto bajaré a tierra a visitar a mi hermana. ¿Quiere usted acompañarme? Pasaremos unas cuantas horas en tierra y verá usted a una muchacha bonita. ¿Viene?

Robledo asintió, despreocupadamente.

Pero no le pesaron jamás las horas que pasó en tierra. Fué acogido con la noble cortesanía y la sencilla hospitalidad que aun se estila en provincias. El almuerzo fué magnífico y desfiló una teoría de viandas y potajes, multicolores y criollos. El vino añejo y el calor de mediodía se aliaban, produciendo un dulce sopor y una languidez propicia.

Mientras los hermanos charlaban, Robledo, junto a Rosa María, bajo la madreselva florida, se animó por fin a decir una galantería que en vano pugnaba por elaborarse:

— Rosa María, es usted la primera muchacha de mi tierra que veo después de tantos años... y no creo que haya otra más linda.

La protesta y la incredulidad fingidas de Rosa María no bastaron para evitar que un sonrojo, auténtico, coloreara sus mejillas.

El loro, que repetía el nombre, dió motivo a otro párrafo de Robledo. Y, hablando del loro y de mil nimiedades, Robledo sabía intercalar, tímidamente y de cuando en cuando, una que otra palabra más interesante.

El ronco sonido de la sirena del buque cortó la entrevista.

Rosa María fué hasta el extremo del muelle, larga trabazón de acero azotada por las olas, a despedir al tío Francisco. ¡Estaba tan linda, mientras el viento alocaba sus cabellos!

Desde a bordo, Robledo pudo notar la blanca silueta que, pañuelo en mano, despedía... al tío Pancho

Postales. Cartas. Más cartas. Este Robledo era extraordinario. ¿Era cierto entonces lo que prometió, que escribiría?

— Aun hubo mucho más. Un buen día Robledo instaló su carpa de ingeniero en unos trabajos de irrigación en el fértil valle cercano a Eten.

Las entrevistas fueron diarias. Se apeaba gallardamente del brioso caballo de menudo paso, y, quitándose el exótico casco, forrado de verde, saludaba a Rosa María, que esperaba bajo el pórtico. Era elegante, simpático, el joven. Nuevo Ulises, derrotó a los pretendientes provincianos. Demostró sinceridad, franqueza, y tener el corazón libre de censos, gravámenes e hipotecas. En provincias el amor va rápido y con vistas a la vicaría. El sí anhelado no se hizo esperar. Matrimonio y punto final de un noviazgo plácido y breve.

Robledo se llevaba a su Rosa María. Al ultimar los preparativos para el viaje a la nueva casa, distante, a la vida nueva, el loro se hizo presente, desde la madreselva:

— ¡Rosa María!

Se decidió llevarse al loro como adorno del nuevo nido. Doña Catalina no quería tenerlo consigo.

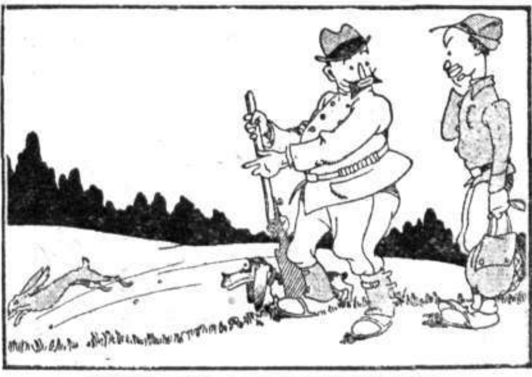
— Llévenlo ustedes.

— Pues sí, lo llevamos — dijo Robledo.

La historia de un matrimonio recién casado, además de ser monótona para el relato, no ofrece nada



— Es uno de nuestros mejores aficionados; lleva diez años practicando la esgrima.
Ella. — Diez años, ¡y todavía no ha pasado de aficionado!



¡UN CAZADOR QUE SE CONOCE BIEN!

— Todavía uno que me tiene miedo. ¡Vea cómo huye, el pobre!...

nuevo que contar. Esta historia debía concluir lógicamente aquí, terminando color de rosa.

Pero nos olvidamos de que no hay lógica en la vida y que tenemos a un loro de por medio.

La felicidad y el poema de amor de Robledo duraron poco. Casi un año justo. Era absurdo, inexplicable, ilógico que muriera Rosa María, pero así fué. Ella, pobre víctima de su trágico destino inexorable, sucumbía. En la desnuda y blanca sala de la clínica, adormecida por el cloroformo y por el propio dolor, Rosa María se extinguió sin pronunciar palabra, sin que sus ojos hubieran podido mirar por vez postrera a Robledo, y a la entraña palpitante, al hijo, que vivió unos minutos y fué luego colocado piadosamente, como pequeña cosa horrible, al lado de los contornos rígidos y augustos de la madre.

Robledo no necesitó demostrar su dolor. A los amigos que le consolaban en los primeros días les decía que era el hombre más desgraciado del mundo. Y era cierto. Todo se le había derrumbado. Volvía a estar solo, amargamente solo. Se refugió en casa de sus padres y se llevó al único resto del naufragio total, al sobreviviente grotesco, al loro.

En los primeros días se pasaba largas horas, viéndolo, acariciándolo, oyéndole el nombre amado. Todos demostraron cariño hacia el nuevo huésped y Robledo más que nadie.

A la larga, los meses pasaron y el loro ocupaba un plano cada vez más inadvertido en su nueva casa. Ya no era el mismo. Se sentía extranjero, añoraba quizás la madreselva florida, su cielo tropical, ¡sabe Dios qué cosa! Era díscolo, absorbente, tiránico, insoportable. Sólo una cosa no olvidaba, el decir:

— ¡Rosa María! ¡Rosa María!

Ya no era el mismo loro magnífico y principesco. Robledo tampoco era el mismo.

Un día recibí una esquela, anunciando el matrimonio de Robledo.

Poco después le encontré en la calle y le detuve:

— ¿De manera que se casa usted?

— ¡Y qué quiere! — me dijo sonriendo. — «No es bueno que el hombre viva solo» — añadió, repitiendo el Génesis, aprendido en alguna sociedad bíblica en Estados Unidos.

— ¿Y el loro? — añadí, intencionalmente. Yo conocía al loro, sus habilidades y su historia.

— Pues... Murió.

— Es raro, porque ya sabe usted lo que viven los loros.

Notó seguramente que no me podría engañar. Yo insistí, maliciosamente. Y, al fin, no pudo reprimirse y me sintetizó la trágica historia de Pancho:

— Lo maté. Usted sabe que se había puesto insufrible. Su grito me alteraba, me desconcertaba. No puedo vivir, no estoy hecho para la soledad. ¿Cree usted que un animalucho iba a encadenarme, para siempre, al mayor dolor de mi vida?

No supe qué responder. Robledo prosiguió:

— Un día recibí la primera carta de Teresa, mi novia. El loro destruyó mi alegría, mi olvido. Gritaba hasta el cansancio:

— ¡Rosa María! ¡Rosa María... a... a...!

Yo soy hombre de decisiones rápidas y de números. Formulé tres soluciones matemáticas:

1.ª Envenenar al loro o hacerlo matar.

2.ª Devolverlo.

3.ª Matarlo yo mismo.

Deseché la primera, por cobarde, ¡pobre animal!; la segunda, porque no me sentía con derecho para amargar el dolor sereno de la pobre madre, en la casa silenciosa de Eten. No me quedaba otro recurso. Yo asesinaría al loro. Fué el mismo día en que recibí la carta de Teresa. ¿Cómo asesinar a un loro? ¿No es algo ridículo? ¿Retorcerlo, como a las gallinas?... Me pareció innoble. Tomé al loro por la cabeza y me clavó su formidable pico, haciéndome sangrar la mano. Tuve un segundo de suprema cólera. Rápido, decidido, tomé mi navaja de afeitar. Cerré los ojos, tuve un ligero estremecimiento y ¡zas!, calculé el golpe para no hacerme daño. Hubo un grito inconfundible y la hoja de acero tropezó con una vértebra. Insistí, espantado...

Mi puño se crispaba sobre una cabeza informe mientras que a mis pies, manando sangre a borbotones, aleteaban convulsivamente, tintas en rojo, las hermosas plumas verdes. Ese grito no lo olvidaré nunca... ..

El chauffeur del Ford que le esperaba manifestó su impaciencia con destemplados toques del estridente claxon. Zambo, galeoto, dijo:

— Señor Robledo, lo espera la niña Teresa.

Y repitió el toque de la bocina. Robledo se sobresaltó. Debió sentir, en la estridencia del sonido, el grito del loro.

— ¿Quieres callarte, imbécil?

— Ah — me dijo, — ustedes los poetas podrán vivir felices con pájaros y ruiseñores en la cabeza. Pero mi desgracia no tiene nombre. No hay números ni logaritmos, ni nada que me haga olvidar un grito, una voz de loro que llevo en el cerebro...

Le ayudé a cerrar la puertecilla de hojalata.

— ¿Y Teresa?

— Ah, sí... Teresa...

Pero ya el Ford había echado a correr.

L U I S G Ó N G O R A



— ¿Cómo? ¿Usted viene sin armas?
— No lo lamentéis... ¡Así yo no mataré... los cazadores!



— Vamos, vamos, entre en su casa. ¿Dónde vive usted?
— En Nueva York.



INSOPORTABLEMENTE BIEN EDUCADOS

Descontento, furioso como Orlando,
(como Orlando Furioso) un matarife
que no mata quién sabe desde cuándo
y que fué hierofante y alarife
de la Causa que aun hoy sigue triunfando,
se da a sí *mismo un estruendoso bife*,
luego se toma, con recelo, el pulso,
y grita, elocuentísimo y convulso:

— Todo ha degenerado. Ya no impera
el hombre rudo que rezonga o calla.
El que sabe decir una zoncera
en forma culta, al público avasalla,
y el que no se reprime y amanera,
ese, ¿quién es? ¡La chusma!, ¡la canalla!
Mas no penséis que admitiré tal cosa.
La buena educación es perniciosa.

Y hoy, ¡ya lo veis!, son finos, son correctos.
Parecen angelitos de retablo.
Corteses, afectuosos, circunspectos,
a nadie le dirán: «¡Váyase al diablo!»
Ni tampoco, en su afán de ser perfectos,
«¡Gran flauta!» u otro enérgico vocablo.
De su boca saldrán cosas muy finas:
«¡Carástolis!» «¡Carambas!» «¡Caspitinas!»

Alvear es el primero, ¡qué elegancia!
Los que están a su lado, ¡qué elegantes!
No hay entre ellos ninguna disonancia.
Son todos un primor por lo insinuantes.
A los guantes ¡les dan una importancia!
Y, para ellos, las leyes son los guantes.
Van a las recepciones y a las fiestas
y no hay gritos, ni insultos ni protestas.

Yo casi de decirlo me avergüenzo.
Matienzo va a la Cámara. Le escucha
con profunda atención desde el comienzo
el bando opositor. ¡Allí no hay lucha!
¿Y el bando radical? Idem de lienzo.
Justo su *mal discurso desembucha*
y, aun cuando a la ligera habla del fraude,
también se inclina y a Matienzo aplaude.

Se hacen exageradas reverencias.
Se critican con grave parsimonia.
No se dicen injurias ni insolencias.
Y se tratan con toda ceremonia.
Si acaso se producen incidencias,
las perfuman con agua de Colonia.
No se oye una expresión innoble o dura.
¡Qué odiosa y antipática cultura!

La multitud cristiana y la gentílica
admira más a Alvear que al triste Elpidio.
Una existencia plácida e idílica
esperan de la beca o el subsidio,
y la Casa Rosada es la basílica
del buen tono. ¡Dios santo, qué fastidio!
Me aburre tanta urbanidad de pega.
Mejor es ser guarango, ¿quién lo niega?

Pura vida social. Pura parada.
Discursos mantecosos y elocuentes.
Diplomacia sutil y almibarada.
Mucha sonrisa y enseñar los dientes.
Eso ¿para qué sirve? Para nada.
Hacen falta hombres guapos e insolentes.
Bien lo dice un amigo, mozo pierna:
Con buena educación no se gobierna.

LUIS GARCIA

DIBUJO DE MACAYA

Demostración

El ex ministro doctor Pablo Torello, rodeado por los empleados del Ministerio de Obras Públicas, después del banquete celebrado en su honor en el Hipódromo Nacional



Si Vd. nota que desde algún tiempo a esta parte ya no tiene la resistencia física que por su edad debía tener; si cree que ya ha llegado al punto culminante de su potencialidad física y que la decadencia ha comenzado, recurra de inmediato a

IPERBIOTINA

MALESCI

el gran tónico fortificante, regenerador de la sangre y del sistema nervioso, creador de tejidos, músculos y fibras.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO — Unico Concesionario-Importador en la República Argentina — VIAMONTE, 871 - Buenos Aires



Parte de la selecta concurrencia que asistió al gran festival organizado por la Cruz Roja Argentina (Comité Helénico) a beneficio de los refugiados del Asia Menor; fiesta que, dados sus fines altruístas, obtuvo un gran éxito.

LAS PRIMERAS AGENCIAS DE VIAJES

Nacieron en Italia, en Venecia, en la época más floreciente de la Serenísima República, cuando la bandera de San Marcos flotaba gloriosa y temida en los mares de Levante.

Los que querían hacer un viaje a Turquía o a Tierra Santa se confiaban a los agentes de Venecia, pues ninguno como ellos podía ofrecer a los viajeros más comodidades ni mayor seguridad.

Las agencias funcionaban al aire libre, cerca de la iglesia de San Marcos, y se anunciaban por los rótulos en los que figuraba el nombre del dueño y las banderas de los países con los que estaban en relación. Unos arbustos plantados en tinas marcaban los límites de cada agencia, amueblada con sólo dos mesas, en las que se sentaban el agente y los empleados. Tinteros de cuerno, plumas, mapas e itinerarios completaban el material. De vez en cuando uno de los empleados empezaba a vocear invitando al viaje.

Cuando el cliente se presentaba se discutían minuciosamente las condiciones del viaje y finalmente se redactaba el contrato de transporte y se estipulaba de manera precisa el tiempo que el viajero podría pasar a bordo y el régimen alimenticio a que tenía derecho.

La tarifa corriente era de 25 a 30 ducados, moneda de oro que valía entonces 2 pesos oro, y se pagaba en tres plazos: el primero al embarcar, el segundo en Oriente y el tercero al regreso en Venecia, plazo que se ahorraban los viajeros que se ahogaban o quedaban entre las manos de los piratas.



No deje usted que la naturaleza le haga la broma de envejecerla antes de tiempo. Recurra usted al

AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de manera tan hermosa que no se distingue.

El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo, al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco.

Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde hace más de cuarto siglo en la Argentina.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires:
A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182

Depósito en Montevideo:
Sarandí, 429



Linterna mágica

POR

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

En mi aposento obscuro, con los ojos cerrados,
— pueril defensa contra la obsesión de la sombra —
exhumo los recuerdos ya en olvido enterrados,
— cadáver que su propio sepulcro desescombra.

Así contemplo cuadros de mi mundo interior
que fueron cruel o dulce realidad algún día.
Los seres y las cosas cobran vida y color,
en una espiritual cinematografía.

Y sobre la pantalla blanca de mi memoria
surge la imagen de un pálido adolescente
que, embriagado de versos y de sueños de gloria,
inclina sobre un libro la pensativa frente.

O bien es un chicuelo taciturno el que en una
perspectiva remota surge. Un niño que cuando
el parque es locamente bello bajo la luna,
solo con su tristeza se queda meditando.

Acaso es la figura, ya casi desvaída,
de un rapaz enemigo de juegos; de un rapaz
que, como presintiendo lo horrenda que es la vida,
esconde entre las haldas maternales la faz.

Es quizá la visión del divino momento
en que, bajo el dosel de la fronda propicia,
como el protagonista de un romántico cuento,
en las ciencias más dulces ruboroso se inicia.

Desfilan los retratos de todas las amadas.
He aquí la faz feliz de la novia primera,
la rubiecita cándida frente a cuyas miradas
un alma de diez años se convirtió en hoguera.

Hay panoramas vistos en brumosos países:
praderas de esmeralda, como en los Nacimientos;
atardeceres desoladoramente grises,
cielos anubarrados y mares turbulentos.

Así torno a vivir los ya vividos días.
Repaso todos esos cuadros sentimentales
como un convaleciente viejas litografías.
Y mi alma es eso: un álbum de tarjetas postales.

P U E R T O

Las embarcaciones flotantes
miran el mundo del revés
mientras se fuman sus negros cigarros.
Guirnaldas de puentes metálicos.
Arboleda acuática.
Pirámides de frutos del sur.
Banderines de mil colores.
Los marineros subidos en las antenas
mondan radiogramas y mandarinas.
El barco que entra,
canta con voz de barítono.
El cocinero baldea la cubierta
con la adormidera de su acordeón.
La tarde, equilibrista japonesa,
ha cerrado su sombrilla de colores.
El portuguesito, arrodillado,
se arranca de la garganta
los plumones de un fado.

ISAAC DEL VANDO-VILLAR



La niña. — Mamá, qué bueno debe ser ese hombre que se ha ofrecido a llevar nuestras maletas.



EN EL ZOOLOGICO

— Mirá, papá, un caballo en traje de baño.



— Mamá, ¿el señor cura lleva un pantalón cerrado?


MALTA
URANO
IMPORTADA
LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.
Un buen consejo.
Todas las personas que hacen vida social activa, deben reponerse de sus fatigas tomando durante las comidas
MALTA
URANO
IMPORTADA
LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.
Si tropieza con dificultades para adquirirla, pídala a sus
UNICOS IMPORTADORES
1170 - BARTOLOME MITRE - 1174
Unión T., Rivadavia, 1990 — Coop. T., Central, 133
GARANTIDA
IMPORTADA
MALTA URANO
PASTEURIZADA
UNICOS IMPORTADORES
ESCALADA & Cº
BUENOS AIRES

El señor Vicente R. Rotta, rodeado por los miembros de la Asociación de Fomento Nuevo Belgrano, que le hicieron entrega de una artística medalla de oro y un pergamino, por su descollante actuación al frente de la Asociación de Fomento General San Martín, y por su reciente elección a concejal. La demostración fué ofrecida por el señor Celestino Diegues, agradeciendo el obsequiado.

TEATRO DEL SILENCIO

Las Navidades se respetan religiosamente en Estados Unidos y es claro que los artistas cinematográficos disfruten también de las pequeñas vacaciones que en tales días se autorizan *en todo* el orbe civilizado.

No importa la religión a que se pertenezca para celebrar alegremente el nacimiento del Nazareno. Judíos, cristianos, protestantes, metodistas, kuákeros, mormones, orientalistas... todos los miembros de la gran familia humana, por la santa tradición establecida durante veinte siglos, acatan y celebran le memorable fecha; unos caracterizándose como creyentes y otros simplemente siguiendo la costumbre y encontrándola muy agradable, ya que establece un paréntesis de descanso en el social tráfago y permite las sanas expansiones familiares.

Empero, en Yanquilandia, la endiablada «ley seca» ha venido a dar un golpe mortal a las Navidades, amenazando tan grata costumbre con su prohibicionismo.

No se concibe, en efecto, una «farra», por familiar y discreta que sea, sin algunas «optimistas» libaciones; y para los delicados y los semiabstemios, allí está la sidra de California, efervescente, dorada y suave, como para estómagos femeninos.

Ya sabemos que las leyes, como las ligas, son harto elásticas, y — digámoslo con la autoridad de nuestra experiencia — en los Estados Unidos hemos «alegrado» las Navidades pasadas con vinos generosos, sidra y whisky. Apresurémonos a decir que ni entonces respondimos ni ahora tampoco de la legitimidad de aquellas bebidas, aunque certificamos su buen gusto.

Varios «asteroides» cinematográficos más o menos lumínicos habían tomado el tren en Hollywood y se plantaron en Nueva York, dispuestos a echar un pelo al aire, ya que las canas no rezaban con ellos todavía.

Y en uno de los hoteles del centro y merced a la amabilidad de un compañero entrevistador de celebridades, pude adherirme a la partida y disfrutar de las delicias de una mesa bien dispuesta, con rebosantes jarras de «extraños» licores, y de una grata y desenfadada compañía.

Hacia la media noche y después de bien rociados con sendas libaciones, alguien propuso que todos los presentes, comenzando por las damas, contara una anécdota de su vida artística, lo que en el acto fué aceptado entre alegres carcajadas.

Éramos diez y siete a la mesa: diez damas y siete caballeros; y menos el amigo y el cronista, todos pertenecían a la muda farándula.

Saltando por encima de algunas confidencias demasiado íntimas, que algunas interesadas relataron con la indiscreción que presta el licor, he aquí unas cuantas muy *temperamentales* del carácter yanqui.

— Yo — dijo una futura «estrella», rubia y esbelta como una espiga, la cual «humedecía» sus carmíneos labios con una frecuencia alarmante — yo, una vez, habiendo almorzado con exceso, hube de presentarme ante la cámara fotográfica, en una escena cómica de amor, bastante incómoda; y en el momento de mayor intensidad, cuando me abrazaba a mi novio — trabajábamos de pie sobre una lancha muy movible — sentí un vértigo y solté un... una «provocación» por boca y narices sobre las espaldas de mi compañero.

— ¡Oh, oh! *¡Schoking!* — interrumpieron varias voces.

— ¿Por qué? — exclamó con ingenuidad la relatora. — Se trataba de una escena grotesca, de mareo, y el «detalle», que salió muy bien en la película, me valió un aumento de sueldo. El director me felicitó por mi alarde de realismo, ignorando que era consecuencia de un almuerzo mal digerido.

— Yo — contó después una morena «ajudiada» — estando acostada completamente desnuda en un baño con mucha agua turbia, de modo que mi cuerpo no se advertía, sentí de repente un picor horrible en ambas pantorrillas y me puse de pie, dando gritos y sin cuidarme para nada de mi desnudez. El camera-man, sin proferir una palabra, siguió dándole a la máquina, logrando siete metros de «puro realismo». Después supe que habían introducido en la piscina unas cuantas ranitas con el objeto de producir por sorpresa la escena. Me *indemnizaron con quinientos dólares* y desde entonces me especialicé en el género.

— ¡Bah! A mí me pasó algo más chusco — saltó una tercera de ojos mareantes.

— Cuente, cuente usted — gritamos todos.

— Pues muy sencillo: que para no perder tiempo, porque trabajaba por horas, a diez dólares, aproveché una escena matrimonial para casarme de verdad con mi prometido, que era mi pareja, y al día siguiente, en otra escena, hube de maltratarle tan de veras, que el hombre pidió el divorcio por «incompatibilidad de caracteres», alegando que la que sabía fingir tan bien ante la cámara, necesariamente lo haría en la vida real. Y ni hubo modo de convencerle... hasta que le prometí más moderación en mis arrebatos artísticos, lo que me valió una reprimenda del director, y entonces fuí yo la que entabló el divorcio. Lo primero es el arte.

— Pues yo debo mis triunfos escénicos a una equivocación — dijo, riéndose por adelantado, miss Balby Zucar, una «segunda» de origen austriaco muy campechanota. — Ni más ni menos. Se necesitaba una mujer resistente, capaz de cargar con un hombre a cuestas y de cruzar once metros de pantano sobre un tablón. La primera figura encargada del papel se resistió a hacerlo del natural y pidió que se preparara un truco; pero el director quiso ganar tiempo, aprovechando la realidad del paisaje naturalmente preparado, y se dirigió a un empleado.

—Llame a madam Palwer — le dijo.

El empleado era nuevo, el director también, y me avisaron a mí para que me preparara.

Cuando se deshizo el error e iban a llamar a mi compañera, la valiente señora Palwer, exclamé yo audazmente:

— Mi compañera se siente indispuesta y...

— ¿Usted se comprometería a desempeñar el papel? — me preguntó el director, escrutándome con la mirada.

— Sí — me apresuré a contestar, — pero descalza para mejor sostenerme con mi carga.

— Muy bien; dispóngase.

Y antes de que se arrepintiera, me apresuré a despojarme de zapatos y medias.

— Lista — exclamé jugando mis pantorrillas con aire resuelto: — ¿cuál es mi carga?

— Yo soy — dijo, con cierta alarma, un hombrachón que surgió a mi lado como por encanto.

Le miré y leí en sus ojos el temor a una peligrosa zambullida en el pantano.

— Pues venga usted y échese encima de mis espaldas.

— Pero... — titubeó.

— Arriba de miss Balby, y hágase el desmayado — ordenó el director con voz perentoria.

La faena era arriesgada; ya me arrepentía yo de mi audacia; mi carga pesaba 78 kilos; pero ya era imposible retroceder; todos los circunstantes se hallaban deseosos de presenciar el espectáculo. Y cargué con él y, al final del tablón, no pudiendo más, caí con el hombre, resbalando los dos por el pantano con el barro hasta la cintura... Un exitazo, y desde entonces fuí figura para las escenas de resistencia.

— Mi vocación para el género cómico se decidió en mí una noche en que, contemplándome en una película dramática donde yo gesticulaba emocionado, escuché carcajadas infantiles y gritos regocijantes — contó uno de los comensales, actor gracioso muy estimable en Hollywood.

Pasaban de las tres de la madrugada cuando nos despedimos de tan alegre gente; una gente despreocupada y bastante feliz, que sabe vivir bien, trabajar poco, divertirse mucho, alabarse demasiado y divorciarse con frecuencia.

Y menos mal que la salud es siempre colocada en primer término, como fuente de la que ha de manar todo contento en la existencia, aunque algunas excepciones vengan ahora a colocar feos lunares en tan excelente y filosófica costumbre; excepciones como la del notable actor Wallace Reid, que se balancea entre la vida y la muerte en el lecho de un hospital de los Angeles y cuyos médicos desesperan de prolongarle mucho la vida porque su naturaleza, minada y empobrecida por el alcohol, los alcaloides y otros excesos, no ofrece la resistencia vital que fuera de esperarse del cuerpo y de los años del popular «lucero».

Un mal ejemplo para sus colegas y compatriotas los artistas yanquis, que, por mucho que digan las crónicas escandalosas, son los más ordenados e «higiénicos» del mundo.

Al César...

NARCISO ROBLEDAL.

Técnicos constructores egresados de la Escuela Industrial de la Nación.



Señor Sergio Mouriño. — Señor Juan B. Ratti (hijo). — Señor Enrique Baldoni. — Señor Enrique M. Leiro. — Señor Enrique Vera. — Señor Ernesto Iparraguirre.









Señor Edmundo Duarte. — Señor Mauricio Kogar. — Señor Domingo Sáenz. — Señor Enrique Bianchetti. — Señor Enrique E. Castiglione. — Señor Raúl Ferrari. — Señor Juan Ruggia.


GALLETITAS CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS
Su sabor es tan delicioso, que las personas distinguidas las prefieren al más exquisito bombón.
Pruébelas Vd
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & CIA. LDA.
MONTES DE OCA 169 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
GALLETITAS CUBIERTAS
MORENAS

El milagro de Felicísimo

Aseguran algunos que Felicísimo es un hombre superior, y por tal lo deben tener, pues le acompañan, le admiran y le llaman maestro. Dicen otros que es un maniático incorregible; yo, que lo veo con frecuencia y sostengo con él largas conversaciones, creo que se trata sencillamente de un loco.

La locura de nuestro hombre es inofensiva, dulcísima y consoladora. Felicísimo tiene la certidumbre de que habitamos en el mejor de los mundos y de que es completamente feliz. Cuando tropieza con una contrariedad o experimenta una pérdida dolorosa, sufre, porque es hombre extremadamente sensible; pero no se queja; al contrario, con una sonrisa que no tiene nada de irónica ni de desesperada, suele exclamar:

— Me perfecciono.

Porque es un verdadero creyente y está seguro de que es imposible llegar a la perfección sin sufrimiento.

De este modo ha sabido extraer del dolor, no sólo la dulce miel de la conformidad, sino la de la alegría. Así, cuando recibe un daño, suele decir:

— Estoy contento, porque en realidad este daño pudo ser mayor.

Hace unos días — según me cuenta uno de sus admiradores de quien sospecho que está casi tan loco como él — Felicísimo ha realizado un verdadero milagro. Ved cuál:

Soledad era una mujer triste y desesperada. Había pasado por todas las penas y sufrido todas las desilusiones, hasta el punto de que llegó a la convicción de que la vida es una cosa deplorable que merece ser mirada con desprecio. Iba por el mundo como hojilla desprendida del árbol y arrastrada por los vientos. Ni creía en nada ni esperaba en nada. Tuvo un ideal, sin tener en cuenta que es imposible la realización de un ideal determinado; quiso buscar la perfección absoluta, olvidándose de que en la tierra no puede existir. A más, la muerte le había arrebatado a los seres más queridos y se encontraba sola.

Una casualidad hizo que Felicísimo se encontrase con esta mujer en un viaje por mar. A Felicísimo le chocó Soledad, joven todavía, esbelta, vestida de negro, que aislada de todo el mundo, acodada en la barandilla de popa, permanecía inmóvil con los ojos fijos en el agua. El capitán, que la conocía, dió a nuestro feliz loco algunos detalles de aquella mujer, de su vida y de sus desencantos, y Felicísimo, después de larga y seria meditación, dijo al capitán:

— Amigo, aquí se me presenta la ocasión que buscaba para vivir en el mundo como en la gloria. Yo soy feliz; pero para llegar a ser divino me falta hacer la felicidad de alguien. Voy a hacer la de esa mujer.

— Es inútil que se lo proponga; Soledad es taciturna y no quiere tratos con nadie, y con hombres, menos.

— Capitán amigo: le hago a usted una apuesta. Esa mujer no quiere trato con los hombres, porque no todos los hombres saben hablar. Antes de rendir viaje, Soledad será tan amiga mía, que hasta irá a llamar a la puerta de mi camarote cuando tarde yo en salir.

Con sonrisa incrédula, el capitán miró a Felicísimo. En apariencia no tenía nada de seductor. Vió cómo marchaba hacia ella con paso mesurado y se quedó contemplándolo como en espera de verle volver, sin haber conseguido oir la voz de la joven. Entretanto, el loco se había acercado a ella.

— ¡Soledad! Perdone que haya tardado tanto en venir. Usted me está esperando desde hace muchísimo tiempo; pero hasta este instante no he sabido yo nada de esta espera.

— ¿Quién le dijo?

— Esas cosas no tiene que decirlas nadie. Todas las mujeres del mundo esperan al hombre que ha de hacerlas felices. A veces, la espera es tan larga que no acaba nunca de ser espera; ¡el hombre no llega! Afortunadamente en el caso de usted, el hombre ha llegado, y ese hombre soy yo.

Soledad le miró de pies a cabeza.

— No mire mi cuerpo; mi cuerpo no puede decirle nada; está mal vestido y carece de gallardía. Con facilidad verá usted que no soy yo de los que pueden aspirar a ser creadores de la moda. Mire a mis ojos; no para que se convenza de si son bellos y rasgados, sino para que lea yo en los suyos lo que pasa dentro de su alma.

Sorprendida y turbada, sin saber qué decir, Soledad dirigió su mirada a los ojos de Felicísimo. Empezaba a parecerle aquel hombre curioso y original.

— ¿Por qué se ha dejado usted llevar a tal extremo? — dijo el loco después de mirarla largamente.— Me habían dicho que era usted desventurada; pero nunca creí que lo fuese tanto... Oiga: la gente, que no sabe encontrar la felicidad en el mundo, llama loco a todo el que sabe librarse de preocupaciones estúpidas y ser feliz. Yo soy feliz y por eso me tienen por loco; pero quiero demostrarle, en descargo mío, que soy el loco más razonable del mundo.

— ¿Y cómo?

— Leyendo claramente en su interior y diciéndole lo que pasa en él, con la condición de que, si leo con claridad, debo ser yo su amigo y su único confidente.

— Aceptado.

— Bueno. Usted vive entre dos sentimientos terribles: el odio a la vida, porque le parece a usted estar cansada de ella, y un terror invencible a la muerte; porque, falta de fe, ignora que la muerte no es un fin sino un claro principio.

— Es cierto — murmuró Soledad.

— ¡Gracias! Me felicito de su franqueza, porque sólo la verdad salva. Ahora voy a convencerla de que la vida que lleva usted es extrañamente ilógica y cobarde. En el odio a la vida, las medias tintas son terribles: hay que odiarla en absoluto o dejar de odiarla. La vida ha sido para usted infame, asoladora... Pues vénguese de ella quitándosela. ¡Es muy fácil! Inclínese un poco más sobre la borda, sua-

vemente, sin violencia, cada vez más, hasta perder el equilibrio y caer al agua. Yo no avisaré, y cuando se den cuenta, usted se habrá vengado de la vida abandonándola serenamente, valientemente, como se debe abandonar lo que se odia.

Decía estas enormidades Felicísimo con la sonrisa en los labios, con voz insinuante y sin apartar de ella los ojos.

—¡Caramba! Veo que se aferra con fuerza a la borda. Pero no se aferra para tomar impulso y lanzarse al agua en un ímpetu, sino para evitar la caída. El odio de usted ha cesado; es ridículo odiar a un enemigo del cual puede uno deshacerse sencillamente cuando convenga. Lo bueno es que desaparecido el odio desaparece la prevención también. ¿Qué daño puede ocasionarnos una cosa fácil de suprimir con un acto de voluntad?

Soledad, fascinada, no sabía apartar los ojos de él.

—¿Verdad que empieza usted a ver las cosas de una manera distinta? Sabe ya que la vida más odiosa puede tener sorpresas agradables: la de hablar con un loco entretenido como yo que sabe lo que los cuerdos ignoran y por eso es incapaz de compadecerse de los desgraciados que se empeñan en serlo, porque, ciegos, no quieren ver que detrás del día suele venir una noche estrellada y que de la noche triunfa siempre la aurora.

Varió de tono para decir resueltamente, mientras ofrecía el brazo a Soledad:

—Pero con este hablar sin tino, se me ha secado la boca. Y ya que decide usted no vengarse de la vida, vamos a tomar el te mientras le quitamos la máscara a ese fantasma ridículo que se llama muerte.

Con gran sorpresa del capitán, Soledad aceptó el brazo de Felicísimo y fué sonriente con él hacia el comedor. Una vez servido el te, el loco continuó:

—El terror a la muerte dimana de que hemos querido precisar el ideal de la vida y lo hemos precisado cabalmente en una majadería irrealizable. Los hombres acariciamos un ideal grosero y estúpido: ser ricos, muy ricos y que todas las mujeres se enamoren de nosotros. ¿Pensar en la felicidad de los demás? ¡Eso nunca! Quisiéramos que a cada estornudo nuestro vinieran todos los hombres del mundo a decirnos amablemente: ¡Salud! Si nos da por la política, pretendemos que el orbe entero esté pendiente de nuestra respiración, y hacemos declaraciones trascendentales respecto a «cómo debe manejarse el timón de la nave del Estado», asegurando que «si la carne sube y el pan encarece, resultará más cara la vida para el pueblo».

Bebió una buena cantidad de te y prosiguió:

—Para las mujeres, el ideal es distinto, aunque no mucho más razonable. Sueñan en ricas pieles, en joyas valiosísimas, en riquezas inconmensurables, y en que todo esto venga a ponerlo a sus pies un príncipe, azul o de otro color cualquiera. Y como, en realidad, los pocos príncipes que van quedando en el mundo son completamente incoloros, ¡claro! el ideal no se realiza nunca... Después de pensar en todas esas patrañas, ¿cómo es posible que una mujer que me vea pasar, con los tacones torcidos, los pantalones con rodilleras, mis cabellos tan mal peinados que parece que estuvieran en rebelión perpetua contra el peine, se figure por un momento que puedo ser yo el ideal? Y, no obstante, el ideal de toda mujer sensata debiera ser un hombre como yo, poco más o menos; lo bastante loco para reirse un poquito de todas las pequeñeces que afligen a la humanidad y para soportar alegremente las risas de los mentecatos; un hombre que no le tema a la muerte, porque esté convencido de que es un bien inevitable y positivo, algo que no puede quitarle a uno nadie; un hombre que haya fijado sabiamente su ideal en lo único que puede fijarse el verdadero ideal de la vida: en robarle todo lo posible a la muerte. ¿Que cómo? Mira: tu padre fué bueno, y porque fué bueno, aunque murió hace muchos años, sigue viviendo en tu corazón una vida perfecta y feliz. Lo que pudo tener tu padre de malo ha desaparecido; en tu corazón no queda de él más que lo bueno, lo puro, lo que no puede morir nunca.

Por
Rafael Ruiz López

Se acercó más a ella, y acariciando entre las suyas una de sus manos, agregó con ternura:

—Has vivido, pequeñita mía, una vida imperfecta y egoísta, y el egoísmo sólo produce frutos espinosos y amargos. Atenta a tus sufrimientos y ahondando en ellos de una manera estúpida, no te has fijado en los sufrimientos de los demás. Tu terror a la muerte está en que sabes, sin que nadie te lo haya dicho, sin haberlo pensado siquiera, que si ahora *murieras, morirías casi en absoluto*, porque no has sabido robarle nada a la muerte. Pero, en lo sucesivo, vas a ser más buena; vas a olvidarte de los dolores propios, para aliviar los ajenos; porque yo te lo mando, porque quiero gobernar tu voluntad; vas a amar intensamente a los niños, a los ancianos, a los enfermos; vas a poner tu mayor gloria en ayudar con ahinco a los que creas que no pueden ayudarte, en aliviar a los que no puedan ser para ti un alivio, en dar generosamente a aquellos infelices que se vean imposibilitados de retribuir tus dádivas. El que da para recibir vive siempre con el temor de ser engañado.

—¿Por qué nadie me habló como tú me hablas?

—Porque tus oídos estaban sordos a las palabras sencillas; porque tú no podías imaginarte que el ideal pudiera ser para ti un loco insignificante, que es feliz porque los demás se ríen de él y sabe que la risa alegra los ánimos, como la luz y los bellos colores regocijan los ojos. ¡Y cuidado si va diferencia entre tu príncipe azul y este loco que sólo necesitaba hacerte feliz para ser divino!

Se puso en pie. Soledad, aferrándose a su mano suplicó: —¡No me abandones! ¡Enséñame a ser buena! Tú eres superior al príncipe azul.

Facultad de Ciencias Médicas. Doctores en Bioquímica y Farmacia. Curso 1921



Señorita Isabel E. Azzaretti. — Señorita María J. Baldino. — Señor Juan E. Machado. — Señor Ricardo Helman. — Señor Julio Iturriaga. — Señor Jacobo Ferri.








Señor José J. Roberto Garibaldi. — Señor Carlos Bianchi Mutazzi. — Señor Guillermo Larco. — Señor Luis A. Cresta — Señor José Luis Sirito. — Señor Salomón Sulimovich.








Señor Carlos S. Bottaro. — Señor Miguel Derito. — Señor Rodolfo Herrera. — Señor Emilio Ceriotto. — Señor Enrique Larco. — Señor Alberto J. Schivo.

Bebida Tónica especial para Madres que Crían

por su valor alimenticio, su fácil asimilación y poderosa contribución a las funciones nutritivas.

De venta en los Bars, Almacenes y Confiterías.

Su grato sabor la hace preferir por el estómago más delicado y el más exigente paladar.



Facultad de Ciencias Médicas. Doctores en Bioquímica y Farmacia. Curso 1921


Señor Juan Manuel López.


Señor Carlos L. Carboneschi.


Señor Laureano González Iturbide.


Señor Antonio Vercesi.


Señor Enrique Giaccio.


Señor Enrique E. Suez.


Señor Vicente Colobraro.

MÁXIMAS Y REFLEXIONES

El problema fundamental de la Pedagogía. — A través de todas las filosofías, de todas las psicologías, de todas las paidologías que dividen la ciencia pedagógica en sistemas opuestos, cada uno de los cuales se cree posecdor de la verdad salvadora, reaparece siempre el mismo problema, el *único* problema fundamental de la educación. ¿Se puede o no se puede educar un espíritu? O en otros términos: ¿se puede o no se puede dirigir un alma en el sentido que consideramos bueno desde el punto de vista moral y humano de las relaciones sociales y de la conducta individual?

Sabemos bien que es posible inculcar en la inteligencia ciertas ideas; que es posible transmitirle ciertos conocimientos; que es posible, en fin, instruirla. La metodología de esa función ha llegado a perfeccionamientos admirables, y es susceptible de otros muchos todavía, que alcanzan incluso a *educar* (es decir, a adiestrar) la inteligencia para aprender de las otras y pensar por sí misma.

La mayoría de los pedagogos se detienen ahí y de ello constituyen toda su preocupación profesional o científica. Cada progreso de ese orden les parece una victoria trascendental de la Pedagogía. Mas por muchos de este género que se acumulen, el problema fundamental no adelanta un paso, porque lo que busca el hombre con la educación del hombre, y lo que le importa sobre todo, es mejorar otras cualidades espirituales de más práctico efecto en la vida que las de la inteligencia, con ser éstas tan importantes y útiles. Lo que le importa y le sale al paso siempre, cuando medita sobre el fondo de las cosas y se desprende del optimismo que los triunfos logrados provocan, es la averiguación de si hay o no en la especie humana tendencias, apetitos y pasiones irreductibles, sobre los cuales carecemos de toda acción en la mayoría de los casos; o, por el contrario, todas son vencibles y encauzables por la educación.

Si esto segundo fuera verdad, podíamos abrir el ánimo a la esperanza. Si la verdad es lo primero, todos los sistemas están de sobra; porque si no podemos hacer buenos a los hombres (o a la inmensa mayoría de ellos, a los normales) y reducir de día en día el campo de la maldad, de la pereza, del egoísmo, etcétera, de poco consuelo ha de ser el logro de una educación parcial de la inteligencia humana, por mucho poder que a ésta concedamos para vencer la naturaleza exterior (no la nuestra), mejorar las condiciones materiales de la vida humana, o contemplar las grandes bellezas y las más profundas verdades con que la realidad nos brinda.

Rafael Altamira.



EL MUERTO

Por

HECTOR PEDRO BLOMBERG

Los viajeros acamparon antes de mediodía bajo unos árboles gigantescos, de cerrado ramaje, a poca distancia de un riacho cristalino que corría sobre un cauce plano, ancho y pedregoso.

Uno de los guías encendió fuego para asar la caza y hervir agua para el café, y el otro, un muchacho, llevó a los caballos a beber en el riacho antes de atarlos donde pudieran pastar a la sombra.

Los dos exploradores, escopeta al brazo, echaron a andar bajo los árboles, siguiendo la orilla del riacho.

A unos trescientos metros desembocaba éste en un arroyo caudaloso que corría en ciszás entre las barrancas que formaban diminutas penínsulas y caletas. En las puntas donde el arroyo era más angosto, las inmensas ramas de los árboles se unían de orilla a orilla, formando bóvedas de follaje que obscurecían las aguas transparentes.

El día era radioso; el paisaje tropical, de una belleza salvaje, casi trágica; el silencio y la tranquilidad que reinaban llenaban el alma de aquella serenidad profunda de la naturaleza dormida y ardiente.

No se oía el zumbido de un insecto ni el rumor de una hoja. Hasta las cigarras parecían dormir.

Terminada su tarea, el muchacho también se puso a seguir el curso del riacho. De rato en rato tiraba a las copas de los árboles o al agua algún canto rodado o alguna ramita seca, para perturbar a los pájaros y a los peces.

Los viajeros se detuvieron en un diminuto promontorio para descansar y contemplar el paisaje.

Sonó un ruido seco al pie de la barranca, y ambos miraron hacia abajo. Una piedra rebotaba contra el costado de una canoa que estaba encallada en seco, incrustada de proa en la pequeña península.

Ahogando una exclamación de asombro, se inclinaron para tratar de comprender lo que ocurría en el fondo de la canoa.

Un esqueleto humano, completo y blanquecino, se movía con ademanes lentos, sobre el fondo obscuro de la embarcación. El cráneo, sin cambiar de sitio, se bamboleaba con extraños y bruscos movimientos de pesadilla.

¿Era una alucinación?

El espectáculo macabro dejó atónitos a los dos espectadores; estaban inmóviles, con los ojos fijos en el esqueleto, que hacía pensar en los dibujos alucinantes de Holbein.

Pasado un minuto vieron moverse algo que no era el esqueleto: del blanco cráneo vieron salir la cabeza chata y triangular y el cuerpo sinuoso de una víbora de lomo obscuro y vientre amarillento.

El animal se irguió una media vara, mirando en torno y agitando su larga lengua.

Cayó en el agua otra pequeña piedra, que trazó anchos círculos y se hundió. La víbora se deslizó rápidamente sobre el costado de la canoa y desapareció en el agua.

Transidos de horror y de repulsión, los viajeros retrocedieron en silencio. Luego se miraron. Un mismo pensamiento los inspiraba; por dignidad humana se debía impedir aquella profanación; era necesario sepultar aquellos restos.

Con un silbido fué llamado el muchacho y se le dió orden de llamar al otro guía y de traer algunas herramientas.

El guía arrojó algunas piedras, una tras otra, con pequeños intervalos, para cerciorarse de que la víbora no estaba en las cercanías de la canoa. Después los tres hombres y el muchacho bajaron por la barranca, arrancaron la canoa de su profunda encalladura y la arrastraron trabajosamente hasta la orilla.

Era una embarcación ancha y corta, perfectamente construída. Estaba a punto de deshacerse, destruída por el sol y las lluvias de muchos años.

Los guías cavaron una tumba, y los viajeros, con guantes puestos, venciendo toda su repulsión, comenzaron a desprender los blancos huesos de entre la gruesa capa de tierra que los mantenía unidos.

Al remover la tierra habían advertido un ruido metálico; cuando el esqueleto fué sepultado y se hubo clavado sobre el sepulcro una cruz hecha de ramas, los viajeros volvieron a la canoa en busca de lo que había producido el ruido.

Hallaron un fusil con bayoneta, roído por la herrumbre, agrietada la madera, algunas cápsulas rotas y cuatro medallas, tres de cobre y una de bronce, que tenían estas inscripciones:

«Venció en Corrales. 31 de Enero de 1866.»

«El Mariscal López a los bravos de Tuyutí. 3 de Noviembre de 1867.»

«El Mariscal López a los valientes de Tataiybá. 21 de Octubre de 1867.»

«A la decisión y bravura. Acaiyasá. 16 de Julio de 1868.»

¡Había sido un héroe, cuatro veces condecorado, aquel muerto desconocido, en cuyo cráneo anidaron las *yarará!*

Hondamente emocionados, los viajeros enterraron las medallas y el fusil al pie de la cruz levantada en aquellas soledades sobre la tumba del héroe sin nombre.

Esa noche, sentados a la luz de la luna, en el corredor de una estancia, los viajeros refirieron a un veterano lo que habían visto y hecho esa mañana.

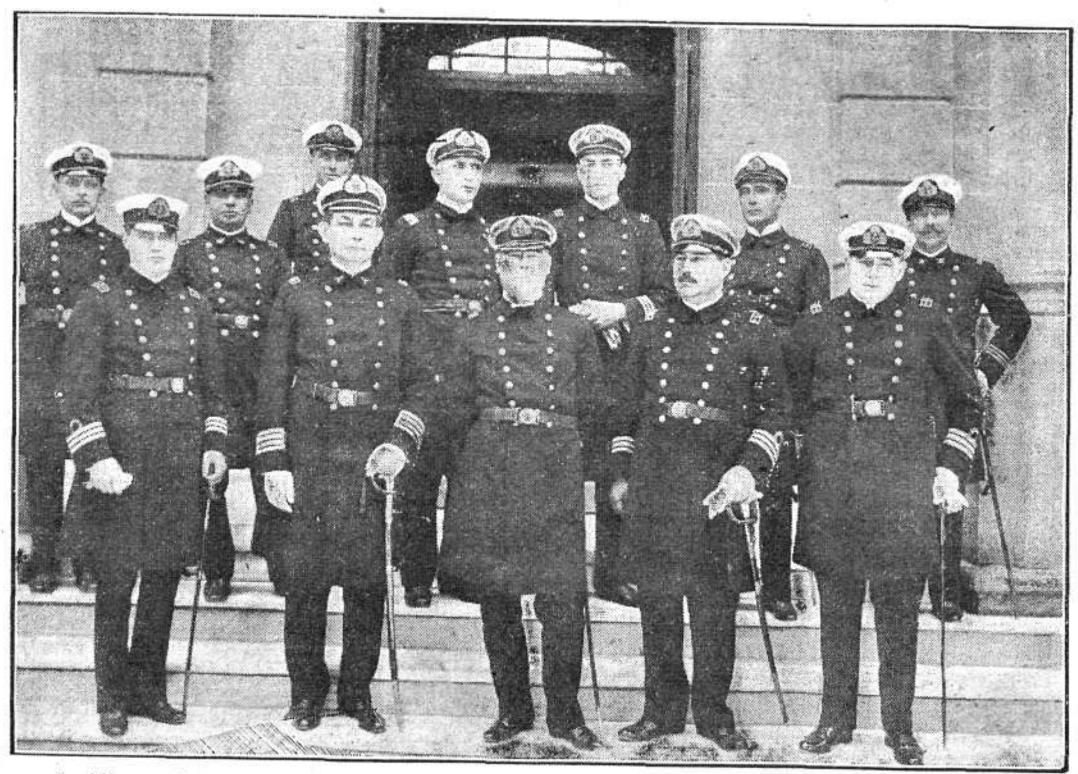
— ¡Algún valiente que habrá muerto en su puesto! — exclamó el veterano. Y añadió tristemente: — ¡Habrá muerto de hambre o de heridas gangrenadas!

— ¿Y qué hacía allá? — preguntó uno de los viajeros.

— Todos los pasos del Jejuí y de sus tributarios eran defendidos para detener la invasión y para proteger los restos del ejército paraguayo desde que salió de Santaní. Ese valiente habrá ido de avanzada en la canoa para saber por dónde venían los brasileños. Los defensores de los pasos morían peleando, sin dejar sus puestos. Era la consigna de López...

Un ave nocturna lanzó un grito ronco y lúgubre: se hubiera dicho un eco lejano de la tragedia...


AMERICA
Festeje las Fiestas de REYES
con regalos prácticos
$ 17
N.º 3015. — Preciosa Guitarra "América", en nogal extrafino, tapa armónica con adornos de mosaico y filetes. Cenefa alrededor. Precio excepcional, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, $ 17
N.º 6010. — Hermoso Acordeón marca CORNETA, de 8 bajos y 19 voces de acero. Construcción esmerada, sonido fuerte y vibrante. Precio excepcional, por poco tiempo, $ 15
con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.
N.º 101. Regio Grafófono "América", motor suizo, sólido y silencioso, membrana doble con goma aisladora. Su precio es de $ 59.50. Nuestra gran oferta extraordinaria, por poco tiempo.................. $ 49.50
con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.
AMERICA
VIOLIN modelo Stradivarius, construcción esmerada, voces melodiosas. Nuestro precio especial,
$ 35
con estuche, arco, pez y embalaje gratis.
N.º 451. — Bonito Grafófono de corneta interna, máquina solidísima con cuerda reforzada, siendo su precio de $ 55.— Lo ofrecemos por un tiempo limitado, con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, por sólo $ 45
$ 24
N.º 5613. - Rico Mandolín, modelo de Catania, con lindo escudo calado. Precio rebajado, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.
Concertola
4 BIS
N.º 4 bis.—
Preciosa Concertola, motor suizo con regulador «Sin Fin», brazo acústico modelo 1923, para tocar toda clase de discos, con y sin púa, membrana doble de gran concierto. Su precio es de $ 175.—. La ofrecemos como aguinaldo, con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, por sólo $ 150.—
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 —
BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS



Comisión examinadora de la Escuela Naval Militar que presidió los exámenes de los cadetes de dicho establecimiento.



Algunas recetas de antaño para la Conservación de la BELLEZA Sencillas y Eficaces

por Charlotte Rouvier.

El cuidado del cabello.

Lo esencial para el cuidado del cabello es la elección de un shampoo adecuado. Usted necesita uno que, dejando el cabello suave y suelto, no lo deje demasiado seco. Para tal resultado, no puede usarse nada mejor que el stallax. Stallax no es un producto nuevo. Conocíanlo ya nuestros bisabuelos, que cuidaban su cabello con mayor esmero del que acostumbramos nosotros. No solamente suaviza el pelo, sinó que hace resaltar todas sus luces y brillo naturales. Eche aproximadamente 2 cucharadas de stallax granulado (que puede obtenerse en cualquier farmacia), en $\frac{1}{2}$ litro de agua caliente, deje que se disuelva y úselo después como un shampoo común. Si no desea, no es necesario enjuagar después el cabello, pues aun sin ello, el stallax lo deja en excelentes condiciones.

Cómo conseguir un cutis que los hombres admiren.

«Un hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza» escribe una mujer profundamente observadora, «pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales». Las mujeres, que saben tener en cuenta esto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural. Y es por esto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), que puede hallarse en cualquier farmacia. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues la cera nada agrega al cutis viejo, sinó que, por lo contrario, procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.

Mejillas rosadas.

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sinó exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Neutralización de los molestos olores ocasionados por el sudor.

Las mujeres que se sientan molestadas por las agudas y chocantes emanaciones producidas por la excesiva transpiración de su cuerpo sabrán apreciar en su justo valor la indicación de emplear borite en polvo, cuyos efectos, instantáneamente neutralizadores, podrán constatar al hacerse con él un empolvoramiento general del cuerpo. El borite es un polvo blanco de un uso sumamente agradable. Puede conseguírsele en casi todas las farmacias.

Para extirpar las raíces del vello.

Las damas a quienes contraríe el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sinó de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera, que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

Enlaces



Señorita Estefanía Eseverri con el señor Horacio J. Varela. — San Nicolás.



Señorita Paulina Domínguez Bonet con el señor Armando M. Depino. — General Belgrano.



Señorita Catalina Parera con el señor Antonio Demateis. — Trenque Lauquen.



Señorita Anita M. Stangaferro con el señor Angel B. Fabbroni. — Clarke.



Señorita Elena Fernández Díaz con el doctor José Lahoz. — Rosario.



En los hogares donde haya niños

— sobre todo niños delicados de salud — y se sospeche de la calidad de la leche de vaca, recúrrase a la "*Germinase*".

Está plenamente demostrado que este popular y apreciado alimento mejora notablemente las condiciones higiénicas y de digestibilidad de la leche de vaca, y aumenta el valor nutritivo de ella al par que ejerce una poderosa y racional acción estimulante y antiséptica sobre los órganos digestivos de los niños.

En ningún hogar donde haya niños, especialmente niños delicados, debe faltar un tarro de ***"Germinase";*** es esta una medida de alta previsión que evitará, seguramente, grandes males.

Se vende en las Farmacias y Casas de Alimentación

De Ramos Mejía



Concurrentes a la demostración ofrecida por la familia Peralta a sus relaciones, con motivo de un acontecimiento social.



PARED POR MEDIO

POR SCHOLAIM ASCH

Traducción de S. Resnick

ILUSTRACIONES DE BESARES





En las afueras de una ciudad populosa, sobre un campo desierto, en plena llanura, levantábase una gran fortaleza negra circundada por un alto y grueso muro que la aislaba del resto del mundo y ocultaba de ella la luz del día. A un lado del edificio corría un ancho río impetuoso, de cuyas olas se percibían los embates contra las paredes de noche solamente, cuando el silencio se hacía en los alrededores. El eco del oleaje resonaba a distancia y causaba la sensación de que una madre enloquecida, atada al edificio, hacía esfuerzos por llegar a la fortaleza para sacar los cadáveres de sus hijos allí enterrados... Dentro de la fortaleza, en un rincón solitario, erguíase una alta y sombría cárcel destinada a los presos por delitos políticos.

La cárcel, compuesta de varios pisos, estaba atestada de prisioneros. De cuando en cuando se les mudaba de celda, a fin de que no tuviesen tiempo de entablar relaciones con sus vecinos; de día la enorme casa parecía muerta y hacia recordar unas catacumbas cuyas cuevas estuviesen pobladas por personas vivas y sanas, pero inmóviles. Cada uno de los detenidos permanecía recostado sobre su jergón, o bien miraba hasta perder la razón un punto fijo del techo. A través del hueco de sus ventanillas, algunos presos veían la vaca colorada que pacía en el llano, y tanto se acostumbraron a ella que les parecía no haber visto otra cosa en su vida... Otros fijaban adrede su vista en el ojo del guardián que los espiaba sin descanso a través del hueco de la cerradura... Pero apenas caía la noche, la casa recobraba la vida. De todos lados oíase un golpeo de dedos ininterrumpido. Un preso conversaba con otro y se contaban sus intimidades sin que se vieran. El otro trasmitía la plática a su vecino, que la pasaba a un tercero, éste a un cuarto y así sucesivamente, a tal punto que toda la casa sombría y cruel comenzaba a hablar y a vivir en común. Reconocíanse amigos con amigos, hermanos con hermanos, parientes y extraños... De vez en vez se oían pasos fuertes en el corredor, y entonces cesaban las conversaciones «digitales» y la casa entera caía en un silencio mortal. Mas apenas se alejaban los pasos, se reiniciaba la conversación y la vida retornaba a la cárcel.

De esta manera acostumbráronse los detenidos a la existencia muda, a emplear los dedos en lugar de los labios y a trabar conocimiento entre sí. Llegó a ser tan refinado su oído, que reconocían, según el golpe de dedos, el carácter de su interlocutor: si era bueno o malo, intelectual u obrero. Descubrían en los golpes su expresión, su risa, su llanto. Por medio de los dedos uno consolaba a otro, le tomaba cariño u odio. Más de una vez, empero, algún encarcelado sentía ganas de ponerse a gritar en pleno día, o a hablar por hablar, por ver si todavía funcionaba su órgano de elocución...

Una noche, cuando la cárcel se hallaba entregada por completo a la conversación, resonó de súbito una risa pura, fresca, fuerte, sana, emitida por una límpida voz de muchacha. Los prisioneros se sintieron sobrecogidos. Creían que había ocurrido algo anormal, y se callaron, suspendiendo los golpes de los dedos, a la espera de algún suceso: el estampido de un cañonazo o cosa por el estilo... Pero nuevamente se oyó la risa plena de sol de la joven, que resonó entre las paredes frías y solitarias de la prisión de un modo tan extraño cual si de pronto hubiese empezado a hablar un muerto. A los detenidos, aquella voz se les adentraba por el corazón... Querían gritar, gritar en alta voz. Y uno que otro había abierto ya la boca, deseoso de lanzar un grito, pero todos se sentían como si hubiesen perdido el habla y nadie fué capaz de emitir una sola sílaba...

Provenía la risa de una muchacha joven, casi una niña. Cuando fueron a buscarla a su casa materna, no comprendió en todo su alcance la gravedad de la situación, y levantóse, valiente y soberbia, con ademán romántico, para seguir al comisario y los gendarmes que la condujeron a la cárcel. Parecíale que después de lo que había pasado con ella, algo muy importante iba a suceder... Y

ella sería la protagonista. Mas apenas quedó sola entre las cuatro paredes, sentóse en un rincón; su corazon lozano sintió la soledad en que se hallaba ahora y las manos extrañas que había en torno de ella, y se puso a llorar: lloró quedamente, largamente, sin saber por qué y ante quién. Y cuando hubo llorado un buen rato, sintióse aliviada; considerábase una heroína y esta convicción le infundía valor y orgullo. Se levantó de su cama, cerró con fuerza los puños y presentó el pecho, alzándolo, como dispuesta a recibir las balas de los soldados. Pero recordando al punto que estaba sola, prorrumpió sin querer, inconscientemente, en una sonora carcajada infantil.

El carcelero que estaba de guardia en el corredor acudió en seguida a la puerta y echó una severa mirada a través de la ventanilla, amonestándola. Su mirada grave y severa, que aparecía en un agujero cuadrado, incitála más aún a la risa. Y la soltó libremente. Cuando el rudo guardián vió que una muchacha joven y lozana (la única que había en la prisión) estaba cerca de la pared de su celda hablando consigo misma, conmovióse su corazón humano y lleno de satisfacción sonrió también. Empero, recordó de pronto su deber y trató de poner cara rígida y de darle una orden, empleando el consabido tono soldadesco. Mas no pudo aplicarlo a la tierna y alegre criatura.

Fué aquella la primera vez que la disciplina de la severa prisión se vió infringida, perdiendo desde entonces su eficacia.



La muchacha se acostumbró presto a su estrecha celda. Con su espíritu de doncella arregló su rincocillo y lo hizo tan confortable como si hubiese sido siempre suyo. Sobre las sucias ventanillas colgaba ya un par de limpias cortinas. Los muros se adornaron de pequeños cuadros; la cama, cubierta por nívea sábana; cada rincón denunciaba la delicadeza y el aseo de una suave mano femenina, y en su conjunto hacía la impresión de un inocente refugio de virgen, donde se experimentan los dulces sueños del primer amor femenino, cuando la niña se convierte en mujer...

Y no solamente ella, sino la sombría cárcel toda parecía haberse transformado. Sentíase que entre sus pesadas paredes se albergaba una mujer, una doncella... Ninguno de los presos la había visto aún, ni sabía cómo era, si bella o fea, joven o vieja, y sin embargo, tanto los detenidos como los guardianes, sentían que había una mujer en su proximidad.

Y la muchacha transformó totalmente la atmósfera de la casa horrible.

Sabía tocar el piano, y nada le causaba tanta nostalgia en su encierro como su Royal. A veces, cuando obscurecía en su celda y encendía su pequeña lámpara, sentía un violento deseo de tocar y entonces sentábase en un rincón, se arreglaba las trenzas a lo Grettchen y escuchaba, escuchaba atentamente. Tenía la sensación de que se tocaba el piano en alguna parte y que la música llegaba de lejos, atravesaba los sólidos muros de la fortaleza y resonaba en su celda. Y las melodías le recitaban la canción que ella deseaba escuchar. Oyendo esas canciones levantábase y empezaba a caminar por su pequeño y estrecho cuartito, dando los pasos al compás de la música. Y sus pasos leves y suaves, al chocar contra el suelo, producían la melodía que cantaba en su interior. En esas circunstancias toda la casa enorme y sombría prestaba atención a sus pisadas. Cada uno de los prisioneros permanecía en su obscuro rincón y escuchaba los pasos leves y cadenciosos que se oían encima de su cabeza, a cuyo ritmo cantaba la melodía... De esta manera la casa enorme y sombría, así como cada solitario en su rincón, vivían un instante en una hermosa canción de amor...

Nunca se la veía. La sacaban sola, y al cruzar el corredor los prisioneros de las celdas sentían su paso y se abalanzaban hacia las puertas para escuchar sus pisadas y para buscar ansiosamente una rendija, una abertura, por la cual pudiesen verla. Ella se daba cuenta de la curiosidad con que se la seguía detrás de las pesadas puertas de hierro, y como sin querer asomaba su cuerpo joven y delicado a la puerta de algún camarote cerrado. El prisionero, adentro, lo sentía... Y experimentaba la sensación de que los dedos temblorosos de una suave mano femenina se deslizaban sobre el teclado de un trémulo piano...



En la celda contigua a la de ella había un joven. Las cuatro paredes mudas y sombrías, que ya le habían quitado ocho meses de sus años mejores, no lograron ahogar el sentimiento juvenil que vivía en su corazón. Sentía algo así como si su vida se hubiese adormecido dentro de él... Al despertar por la mañana quedábase acostado largas horas, recordando escenas de su infancia, que ahora le sonreían como a través de un ensueño, o bien se entretenía en contemplar la vaca colorada que pacía en frente de su ventanilla, admirando con el mayor entusiasmo el menor movimiento que hacía. La energía que se había acumulado en sus miembros, no teniendo ocasión de manifestarse en cosa alguna, se adormecía en él, y érale indiferente si afuera brillaba el sol o si llovía a cántaros... Pero hubiese bastado un leve vientecillo para despertar sus sentimientos aletargados y para que su sangre moza echase a correr en sus venas con el cálido aliento de la juventud.

Y ella fué ese vientecillo...

El percibía sus pasos, sus movimientos, todo su ser, a través de la pared. Sentía que detrás del muro palpitaba una vida joven como la suya, una vida que siente deseos de algo, que tiene sed por algo... Cual un perro, yacía toda la noche pegado

a la pared, escuchando los movimientos de ella. Notaba el ruido más mínimo: cómo levantaba la mano para soltarse el cabello, que creía ver caer sobre su cuello y apretarlo; ahora se cubría con la colcha. Soplaba un vientecillo sobre su cuello desnudo, sobre sus cabellos, y ella hundía el rostro en la almohada...

Veíala en su imaginación. Debía de ser menuda, de miembros delicados y finos. Flotaba una gran suavidad sobre sus miembros, que se traslucían a través de su hermoso vestido negro. Tenía cabellos largos, negros, hebrosos, finos como la seda y siempre estaban lavados y frescos cual gotas de agua.

Estaba sentada sobre su cama, con los pies encogidos tras sí, a semejanza de una gata joven, y jugaba con sus cabellos obscuros, largos, húmedos... Y sonreía, cual si hubiese querido decir algo cuando sus ojos negros, humedecidos por las lágrimas, se escondían, medio avergonzados y medio audaces, bajo sus espesas cejas obscuras. Y había en ella una quietud reposada, suave como una canción tranquila... Su rostro no expresaba ningún deseo. Parecía que la muchacha silenciosa vivía para sí sola, ensimismada, envuelta por un gran misterio... Un misterio ajeno del todo a este mundo y guardado por puertas de hierro... Y nadie, nadie podía penetrar ahí para compartir con ella su misterio...

La veía en un nocturno de Chopín. Al atardecer, en el crepúsculo, ella lo cantaba, lo sacaba con sus pasos. El veía un joven y floreciente bosque de pinos a principios de otoño; los finos árboles extendían en alto, hacia el cielo, sus alas — sus jóvenes ramas — y las acercaban formando una sombra en torno.

Era una tarde de otoño. Triste y rojo, el sol desaparecía detrás del bosque obscuro, enviándole una nostalgia ardorosa. Aquí y allí, entre los jóvenes pinos, erraban todavía manchas de sol desprendidas. A distancia, detrás del bosque, se levantaba un solitario castillo abandonado, que se reflejaba, melancólico y otoñal, en el espejo azul del agua que brillaba ante el rojo sol poniente. Desde el castillo solitario corría un blanco sendero serpenteado que se perdía entre los jóvenes pinos. Y ella, silenciosa y hundida en el misterio, caminaba por ese sendero. Sus pies aparecían descalzos bajo su negro y largo vestido, que dejaba detrás de ella, como una sombra, su silueta. Un ala negra de un pájaro adornaba su cabellera... Y así, majestuosa y tranquila, marchaba sobre la senda desde un mundo extraño a otro mundo extraño...

El le golpeaba con los dedos a través de la pared, expresándole sus sentimientos amorosos: «¿Quién eres? Dime, yo siento que eres joven y hermosa, y te amo... Soy fuerte como un león; de noche romperé la pared y entraré en tu celda. Te pondré sobre mi pecho como a un pájaro querido. Y huiré contigo lejos, lejos... Espérame, pájaro mío...»

Y ella atendía el ruido de sus dedos. Ignoraba lo que quería decirle, no entendía su lenguaje, pero sentía que allí detrás del muro palpitaba un sentimiento hacia ella, un cálido sentimiento. Allí, del otro lado de la pared, una voz la llamaba. ¡La llamaban a ella!... ¡La llamaban a ella!...

Quedábase tendida cerca del muro escuchando los golpes. Para ella era eso una canción de amor, adivinaba las palabras que se extinguían dentro de la pared. Y percibía el latir de un corazón por ella...

Pasaba sus dedos temblorosos sobre el muro, golpeaba, golpeaba, cual si quisiera inundar la pared con una ola de amor...

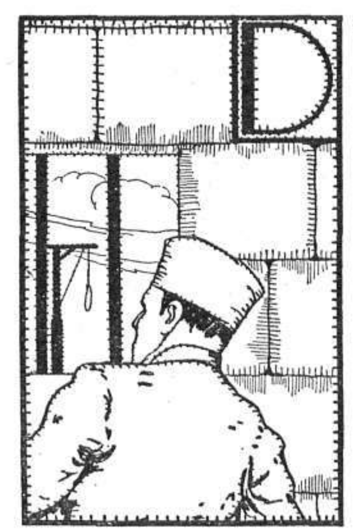
Y él escuchaba la canción de sus dedos.

«Ven... Espérame, querido pájaro mío. Yo siento tu presencia; adivino quien eres; espera, ya romperé la pared y me uniré a ti...» De esta manera dos almas cantaban sus vidas a través de una pared...



ella habíase acostumbrado a él. No sabía quien era y lo que era: si joven o viejo, si tenía mujer o hijos; sabía tan sólo que tras del muro había un alma que sentía nostalgia por ella y que ella, a su vez, quería a esa otra alma. Sentía el corazón que latía por ella del otro lado de la pared.

Al anochecer sentábase en el suelo cerca de la pared y golpeaba con la mano para ver si él estaba en el otro lado en el mismo sitio. Y así permanecían ambos horas enteras. El le cantaba canciones a través de la pared, valiéndose de los dedos, y le hablaba de su amor. La consolaba y le decía palabras profundas y graves. Ella no comprendía, mas dábase cuenta de que le hablaban, sentía su corazón y su alma en sus golpecitos y apoyaba débilmente la cabeza contra la pared, como si quisiese caer en sus brazos, o bien tocaba con sus dedos suaves y volátiles, dulcemente, lentamente, alguna melodía sobre la pared. Después de eso sentíase tan bien su alma que se levantaba del suelo y paseaba de arriba abajo por su piececilla, entonando una canción con sus pasos. Y toda la enorme casa inhumana sentía entonces el alma pura que vivía entre sus paredes. Y cada uno de los presos contaba los pasos que daba la joven y percibía a su vez la canción que ella cantaba...



E pronto ocurrió una cosa que hizo estremecer toda la casa enorme y horrible.

A través de su pequeña ventanilla descubrió un detenido que se estaba levantando una horca frente a la cárcel. Y una noche silenciosa y obscura, un suave golpear de dedos recorrió gimiendo la prisión, cual si gotas aisladas de lluvia errasen por una gotera. Un prisionero avisaba al otro, dábale consejos, se consolaban, se despedían. Y el suave batir de los dedos en medio de la noche triste parecía anunciar al ángel de la muerte que extendía sus alas negras sobre el muro. Pero de pronto se hizo el silencio,

como si toda la casa se hubiese muerto. Cada preso arrojóse a su rincón, haciendo el balance de su vida, a la espera de la muerte que acudía en su busca...

Aquella noche eran distintos los golpes de él. Temblaban sus dedos. Algo le decía a través de la pared; ella sentía que él tenía algo que comunicarle, sus golpes imploraban algo...; imploraban, consolaban y le advertían alguna cosa... Y puso fin a sus golpes con el corazón agitado. Sentía ella que él apoyaba la cara en la pared y daba con la frente contra la misma...; que besaba la pared... y extendía las manos sobre ella... Poco después enmudeció. Luego oyóse que caía sobre el muro, lo mordía y lo rasguñaba... Deseaba algo, quería confiarle algún secreto, mas ella no sabía cuál...



La noche era tranquila y silenciosa. Afuera gemía el viento. Debía de haber tormenta afuera, pero dentro de la prisión no se sabía de ello. De cuando en cuando llegaba desde lejos el eco de un trueno prematuramente extinguido. El viento se precipitaba del techo, de los pequeños postigos de hierro que cubrían las ventanas, y se metía entre las rejas.

En su celda reinaba la obscuridad y el silencio. Repetidas veces trató de llamarlo. Pero él, cual si se hubiese enojado con ella, no le respondía. Entonces ella también se enojó y se tendió en su cama. No podía conciliar el sueño: estaba triste y abatida. Varias veces quiso acercarse y golpear en la pared, pero esperaba que él lo hiciese primero. Después se produjo en la cárcel un silencio de muerte. No se percibía ya el golpear de los dedos ni el menor ruido, y sólo se oían desde un punto lejano los pasos quedos y solitarios de un centinela. El terror hizo presa de ella. Afuera gemía el viento... Descendió de la cama, acercóse a la pared y golpeó en ella, mas él no contestaba. Fuése a otro rincón y buscó allí, pero ahí se callaba también. Aplicó el oído al muro escuchando, escuchando atentamente: silencio absoluto. El terror se apoderaba de ella más y más. Y se puso a buscar en todos los rincones, hundiendo el rostro en la pared e implorando con gemebunda voz: «¡Contéstame! ¿Quién eres? ¿Y dónde estás? ¿Por qué callas? ¿Qué te ha pasado? Tengo miedo. ¿Por qué callas? ¡Contéstame!... ¡Contéstame!...»

EL REY Y EL POETA

POR

ENRIQUE IBSEN

DIBUJO DE MACAYA



El rey Skule. — Ma hablarás de eso dentro de poco. Pero dime, Skalda, tú que has errado tanto por paises extranjeros: ¿has visto a una mujer que ame al hijo de otra? Y cuando digo amar, entiende amar, no con un sentimiento pasajero, sino amar con todas las ternuras del alma.

El poeta Jatgeir. — Eso no acontece sino a las mujeres que no tienen hijos.

El rey. — ¿A ellas solamente?

El poeta. — Sobre todo a las que son estériles.

El rey. — ¡Sobre todo a las que son estériles? ¿Aman entonces a los hijos de otra con todas las ternuras de su alma?

El poeta. — Sí, a menudo.

El rey. — Y ¿no es cierto? sucede que esas mujeres estériles matan a los hijos de otra, despechadas de no haberlos tenido ellas.

El poeta. — Sí. Pero eso no es obrar prudentemente.

El rey. — ¿Prudentemente?

El poeta. — No, no es obrar prudentemente, porque dan a aquéllas, cuyos hijos matan, el don del sufrimiento.

El rey. — Pero ¿crees tú que el don del sufrimiento sea una buena cosa?

El poeta. — Sí, señor.

El rey. — Islandés, hay como dos hombres en ti. Estás entre la muchedumbre, en algún alegre festín, y pones un manto sobre tus pensamientos. Se está a solas contigo y te asemejas a los raros a quienes voluntariamente se escogería por amigos. ¿Por qué es así?

El poeta. — ¡Y bien! yo también tengo el pudor del alma y por eso es por lo que no me desvisto cuando hay mucha gente en la sala.

El rey. — ¿Eh? Cuéntame. Jatgeir, cómo has llegado a ser poeta, y quién te ha enseñado la poesía.

El poeta. — Señor, la poesía no se aprende.

El rey. — ¡La poesía no se aprende! Entonces, ¿cómo has hecho?

El poeta. — He recibido el don del sufrimiento y así he llegado a ser poeta.

El rey. — Así, pues, ¿el don del sufrimiento es necesario al poeta?

El poeta. — Para mí fué necesario; pero hay otros a quienes ha sido concedida la alegría, la fe o la duda.

El rey. — ¿Aún la duda?

El poeta. — Sí; pero es preciso que sea la duda de la fuerza y de la salud.

El rey. — ¿Y qué duda es esa?

El poeta. — Es la duda que duda aún de su duda.

El rey. — Paréceme que esto debe ser la muerte.

El poeta. — Es más horrible que la muerte misma: son las tinieblas profundas.

PARFUMERIE

L. T. PIVER

PARIS



POMPEIA

Nuestras cajas
contienen
110 GRAMOS NETO
de Polvo



FLORAMYE

JABON REINITA



Calidad Insuperable

Perfume Persistente



Exposición A. Malinverno, organizada por la Asociación Cultural de Bahía Blanca en los salones de actos del palacio municipal.

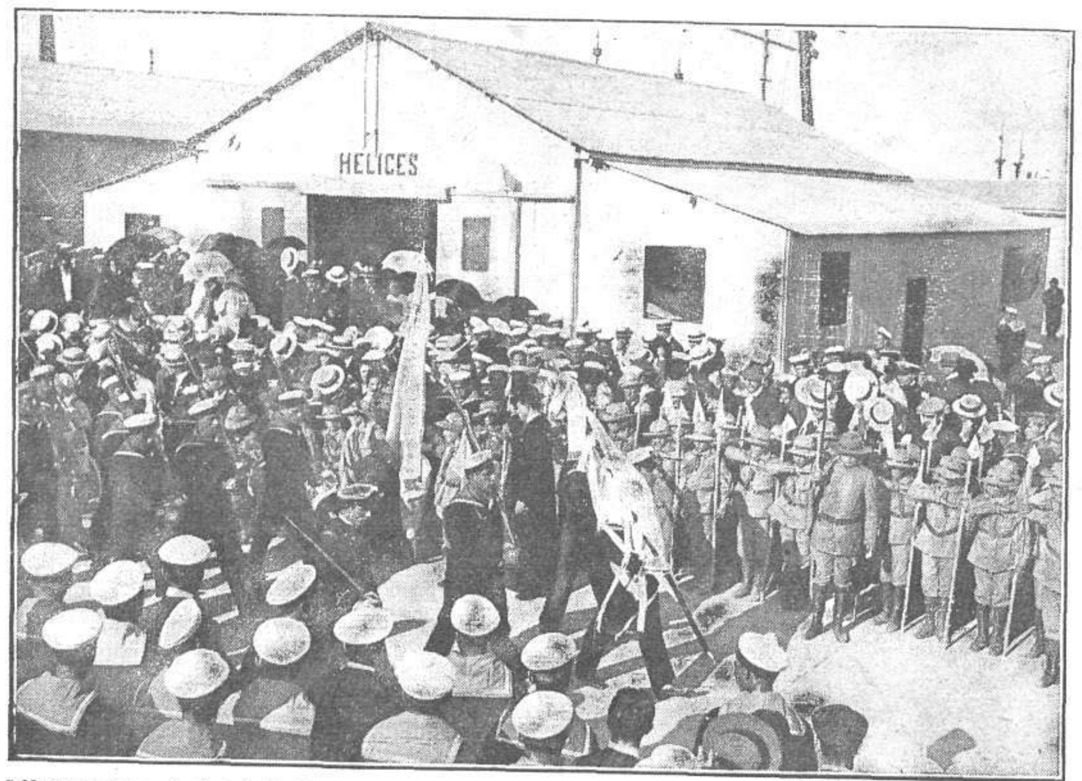
LA PRENSA DE ESTADOS UNIDOS

Más de 11.270.000.000 de periódicos circulan anualmente en Estados Unidos, o sea un periódico por cada tres personas y un quinto de la población total del país. Invirtiendo el razonamiento, cada uno de los 110.000.000 de habitantes de Estados Unidos compra el periódico 106 días al año.

Existen 2.433 diarios que editan un total de 32.735.937 ejemplares al día. La circulación de los 592 periódicos dominicales que existían en 1919 fué de 19.929.834 cada domingo. La suma de unos y otros es, pues, de 11.270.559.316 ejemplares, o sea 106,6 ejemplares anuales por cada habitante. La circulación de los 20.431 periódicos y revistas que existen en el país alcanza un total de 15.475.145.102 ejemplares al año. En ellos están comprendidos los diarios, los periódicos dominicales, los hebdomadarios, quincenales, mensuales, trimestrales y todas las demás publicaciones.

Los productos de la industria de imprenta y publicación fueron avaluados en 1919 en $ 1.528.856.503, de los cuales sólo los periódicos representaban 612.718.515 pesos. Las subscripciones y ventas sumaban 204.958.214 pesos, y los anuncios 407.760.301 pesos.


Si Vd. se encuentra molesta, falta de voluntad e imposibilitada para el trabajo, recurra a la
ANALGINA
Es el verdadero PRONTO ALIVIO y el mejor producto que se pueda aconsejar a toda persona que, o por causa nerviosa, o demasiada ocupación intelectual, o por mala digestión, esté sujeta a DOLORES DE CABEZA, JAQUECA, NEURALGIAS, etc.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215,
SUS SECCIONES Y EN TODA FARMACIA.
SERRANO.



Soldados de la escuela de *Aviación Naval* desfilando después del acto en que les fuera donada una hermosa bandera de guerra por el pueblo de Bahía Blanca, colecta que fué patrocinada por las escuelas de Don Bosco.

Notas Sociales

Más de una vez, cuando la tarde ha sido en extremo bochornosa, y ya en plena noche llega hasta mi reducida terraza el incesante rumor de los autos, de los *fiacres* que se alejan del centro de la gran ciudad, camino de Palermo o de Belgrano, cedo al irresistible impulso de unirme yo también a la interminable caravana; es entonces para mí uno de los grandes atractivos de estas últimas horas del año el hacer una larga, fantástica jira en desvencijado *taxi*, equipaje más digno de arrastrar a la venerable hada Merluza que a la muy moderna Dama Duende... Y allí vamos, abandonando el centro de todas las actividades nuestras, hacia el río, tan sereno, tan sombrío; sin embargo, y a pesar de esa hora desusada, resbalan sobre sus ondas ráfagas de música brillante o quejumbrosa, aletazos de luz intensa, perladas risas femeninas... Es que a su orilla misma se festejan brillantemente las fiestas tradicionales de la Noche Buena: los *yachts*, de líneas finas, aristocráticas, sugieren la visión de una bandada de gaviotas inmovilizada por el mágico encanto de la noche, plena de armonías... Transcurren las últimas horas del año, sucediéndose las escenas de nuestra alta vida mundana como una serie de cuadros interesantísimos; impresiones de arte exquisito, de severa suntuosidad, de animada y cordial alegría... En la jira fantástica, mientras el desvencijado *taxi*, digno de arrastrar a la venerable Merluza, me transporta velozmente a tan distintos rumbos de la gran ciudad, me hace compañía el incesante susurro de la charla mundana que comenta con entusiasmo las últimas novedades; todas las notas de rigurosa actualidad, desde la crónica de los más sonados festivales, hasta las últimas pequeñeces de nuestra vida diaria...

Hay quien asegura que no favorece a ciertas elegantes figuras de porteñas la moda del suntuoso mantón de espumilla... ¿Que lo llevaron nuestras abuelas con todo el donaire de las hijas de Andalucía? ¡Qué duda cabe! Pero en aquellos tiempos del Señor la moda no nos imponía la desgarbada silueta que debe lucir hoy toda porteña que se respete... Algunas de nuestras elegantes llevan el clásico mantón con toda sencillez, como un simple abrigo, sin pretender cautivar la atención de nadie; pero no todas son tan discretas, y algunas de nuestran brillantes aves del paraíso adoptan actitudes que subrraya despiadadamente el vistoso pañuelo de mil colores... Pero es que la reacción de nuestros *snobs* ha sido tan violenta, que vivimos ahora en un paisaje netamente granadino, o en un ambiente claustral...

Si se hace crónica de alguna boda aristocrática celebrada en suntuosa mansión, ineludiblemente se menciona el precioso patio andaluz, decorado con macizos de hortensias azules del mismo tono de sus primorosas mayólicas... Si se habla de la magnífica fiesta que evocara toda una época vivida en el solar de nuestra raza, se asegura que muchos de los invitados se sintieron intensamente sugestionados por el ambiente; nadie se hubiera atrevido a repetir los modismos genuinamente criollos de nuestra charla diaria; insensiblemente, las más parleras e indiscretas mundanas bajaron la voz en las estancias claustrales...

Si se menciona la llegada del viejo mundo o la partida de elementos prestigiosos de nuestra sociedad, se asegura que el inesperado viaje de una destacada personalidad mundana obedece a la decisión de alejar a la interesante jovencita que es todo el encanto de su hogar, y que parecía responder sinceramente a las pretensiones de un ferviente adorador que no parece ser persona grata para la distinguida dama... Todos sus anhelos y sus esperanzas van en pos de la encantadora jovencita, que pudo decirse al emprender su inesperado viaje:

Partir, c'est mourir un peu...

Si se trata de recibir a otras destacadas personalidades femeninas que vuelven al propio hogar, después de la brillante temporada vivida en el viejo mundo, el comentario mundano analiza todos los detalles que puedan documentar a las elegantes y parleras porteñas sobre las últimas leyes de la moda... Y no se llega a establecer la norma que debería seguirse: ¿Se lleva el peinado exageradamente liso, privando al óvalo alargado del rostro de su marco natural, o se debe llevar tan exageradamente abultado que sus ondas dejen únicamente libre la riente boca juvenil?...

También nos preocupa hondamente el lograr para nuestro atavío de la tarde una combinación de múltiples colores, que no hiera despiadadamente nuestras pupilas...

La dama duende.

Diciembre, 26, 1922.

ASI VAMOS

Cual se agita del mar en las ondas
El agua en eterno y eterno correr,
Así van en el mar de este mundo
Los hombres buscando la paz por doquier.

Como van presurosos los ríos
Buscando en los mares sus aguas volcar,
Así van las criaturas humanas
Ansiando deseos y dichas colmar.

En vano una playa buscamos inquietos;
En vano buscamos hallar dulce calma;
Agítanse y bullen — cual aguas del mar —
Vibrantes las fibras sensibles del alma.

Así nuestras horas pasándose van;
Así hacia el ocaso camina la vida;
¡Cual nave extraviada que flota en los mares
Sin fuerzas, deshecha, sin rumbo, perdida!

Cruzando así vamos las sendas del mundo;
Ilusos y vanos, soñando, gimiendo,
Sonámbulos, locos, inciertos, extraños;
¡Pasando así vamos y vamos muriendo!

Y somos cual sombras errando en la noche;
Cual nube ligera que al viento se esfuma;
¡La vida en los tiempos se pierde, se acaba,
Cual aura que pasa, cual brisa, cual bruma!...

MARIA BERRIER GOMEZ



El mejor complemento de la hermosura femenina lo constituye una abundante y bien desarrollada cabellera.

Comprendiéndolo así las damas de todos las épocas y especialmente las de hoy, prodigan a su cabellera los más solícitos cuidados.

Si Vd. desea que su cabello crezca sano y abundante debe comenzar a usar inmediatamente el

Específico Boliviano



que además de fortalecer la raíz capilar evitando su caída, le hará recobrar todo su cabello perdido y le devolverá a sus Canas, si las tiene, el color natural sin necesidad de usar Tinturas.

El **Específico Boliviano Benguria** está preparado con vegetales, y une a su acción fortificante la de destruir completamente la Caspa y curar la Calvicie.

UNICO LUGAR para la venta del Específico y consultas en la República Argentina, atendido personalmente por su propietario

Dr. Rafael Benguria B.

AVENIDA DE MAYO, 1239 - Buenos Aires — Unión Telefónica 5753, Rivadavia

Sucursales:

En La Plata: Jockey Club, Av. 7 esquina 51, y Tienda "San Ponciano", calle 5 esquina 50.

Santiago de Chile: Moneda esquina Estado - Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.

Enlaces



Schmidt-Chiodi. — Rosario.



Señorita Lola Figueira con el señor Ramón Catoira. — Capital.

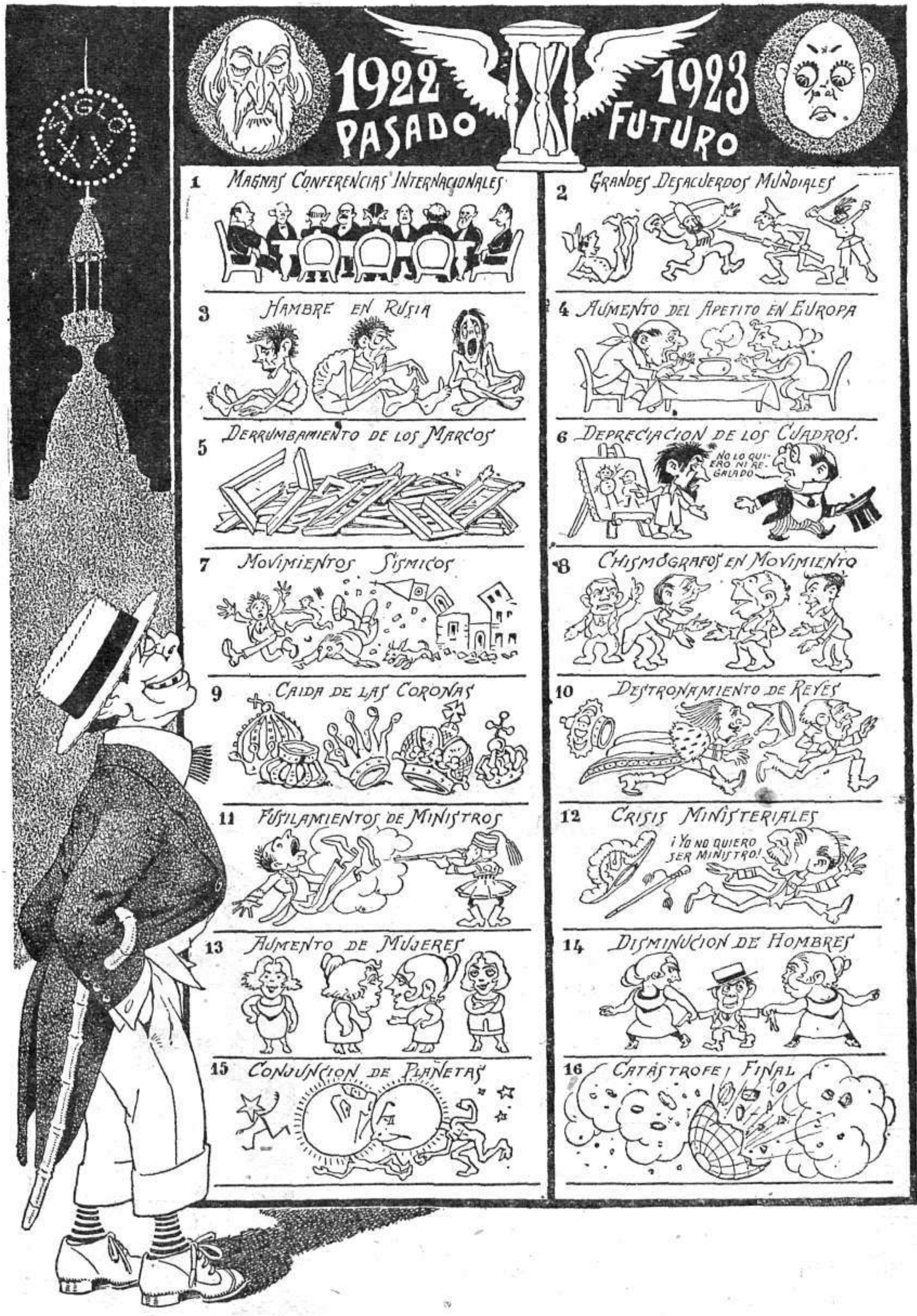


Señorita Haydee F. Bertoletti con el señor Luis Scorsatto. — Luján.



Señorita Ana Gazzano con el señor Cés ar Tardivo. — Santa Fe

AYER, HOY Y MAÑANA



SARRASQUETA, PASADO EL DESGRACIADO AÑO DE 1922, ESTUDIA LOS PRONÓSTICOS PARA EL AÑO DE GRACIA DE 1923.

DIBUJO DE REDONDO

De Tolosa

Parte de la concurrencia que asistió al "Centro Martín Iraola" para presenciar la entrega del premio instituído por la doctora Leonor Martínez Bisso a la madre que con mayor esmero criara a su hijo, siendo premiada la señora María Pagaday de Strino.



La Dicha del Primogénito

EL incomparable goce materno por el primer hijo es privilegio único de las madres de salud equilibrada.

Esta felicidad sin límites resulta imposible si la joven madre sufre de dolores después de dar a luz.

El compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham restablece la normalidad del organismo, lo conserva fuerte y sano durante el período de la lactancia, y alivia los dolores consecuentes del alumbramiento.

Reciba Ud. la felicidad plena que le proporciona su vástago. Tome—el



Hijos sanos

"Tres de mis hijos nacieron muertos; el último fué un aborto. Después de tomar el Compuesto di a luz un niño precioso y sano. Pueden publicar esta carta."

Maria Hernandez,
No. 4, Avenida Gonzalez,
Vera Cruz, México.

Compuesto Vegetal De Lydia E. Pinkham

LYDIA E. PINKHAM MEDICINE CO., LYNN, MASS.



CUENTOS DE

LLENAVA casi el «coche restaurant» una *delegación* de politiqueros rurales en viaje a Tucumán, donde *se estaba agitando al electorado* para una próxima campaña. La delegación, por ser *gubernista*, había obtenido la concesión especial de que el «coche» corriera hasta después de las 12 de la noche, contra la costumbre de cerrarlo y, generalmente, desprenderlo del tren a las 11. Para aquella noche de San Silvestre los viajeros políticos habían previsto el aburrimiento dentro del estrecho camarote de los «dormitorios», y no se treparon al tren sin la seguridad de que tendrían cómo festejar la entrada del nuevo año...

Todos estos datos nos los dió un mozo del mismo coche, y, como íbamos fastidiados y nostálgicos, nos quedamos, después de comer, en nuestro asiento oyendo, entre el estrépito del tren en marcha, la algarabía de los politiqueros que se cruzaban frases a gritos, de extremo a extremo del vagón.

Eran las 10. Cruzábamos los campos pelados, polvorientos de Santiago del Estero. La luna llenábalos de palidez...

Mucho tiempo hacía que mirábamos a través del vidrio de la ventanilla, haciéndonos sombra con el ala del sombrero y con ambas manos, el fugitivo paisaje, cuando sentimos que ocupaban uno de los asientos frente a nosotros.

Dejamos la ventanilla. Nuestra compañera de mesa era una mujer como de cuarenta años, alta, buena moza, que nos miró sólo un instante, pidió luego al camarero una taza de te y púsose a leer en un libro que traía.

Volvimos a mirar hacia afuera, hacia el paisaje fugitivo que la luna blanqueaba...

Al rato, como ya no nos servíamos del sombrero para esquivar el reflejo de la luz eléctrica en el vidrio, y las manos se nos cansaron de hacernos sombra, en lugar de mirar hacia afuera miramos hacia adentro, como si la ventanilla se hubiera trocado en un espejo... Observamos así a la lectora, distraídamente, el alma lejana en el recuerdo...

Iban a dar las 12. Continuaban el tren y el tiempo su marcha. Dentro de unos minutos pasaríamos de un año a otro con la misma facilidad con que el tren pasaba por una de esas solitarias estaciones que apenas se merecen un pitido de la máquina que no detiene su marcha...

La lectora dejó su libro después de consultar la hora en su pulsera. Mirónos por segunda vez. Ensayamos una sonrisa...

En eso se nos ocurrió que teníamos sed. Efectivamente, llevábamos la garganta reseca por el polvillo santiagueño. Además, habíamos fumado mucho. Llamamos al camarero dispuestos a pedirle cerveza. (En el tren no se puede pedir agua. El agua de los «coches-restaurants» está siempre turbia, habitada por un mundo de corpúsculos desconocidos hasta por los sabios. Dicen las malas lenguas — y Dios nos libre de las malas lenguas — que esos corpúsculos los procrean especialmente los encargados de coches restaurants para obligar a los viajeros a «consumir»... Nosotros no nos atrevemos a sostener la verosimilitud de tal versión. Si se nos obligara a decir «toda la verdad», sólo diríamos que una vez aprovechamos la ocasión de inspeccionar un coche restaurant «íntimamente», desde el gallinero hasta el cajón de cigarros *habanos*, y no pudimos hallar ni el depósito del agua ni el «caldo» donde se cultivan esos microbios que con ella se sirven. Esto nos ha dejado la curiosidad de averiguar, cosa que haremos con el tiempo si vivimos, con qué elemento se hace en los coches restaurants de ferrocarril la limpieza de los platos, y el te o el café que algunos desaprensivos sorben durante los viajes...).

Llamamos, pues, al camarero dispuestos a pedirle cerveza. Cuando éste llegó a nuestra mesa volvimos a mirarnos con la ya simpática compañera, que apoyaba un bello codo desnudo sobre el lomo de su libro... y cambiamos de parecer.

— *Traiga usted una botella de champán,* — dijimos.

— *¡Ah, señor! No hay más champán...* — se nos respondió.

Ibamos a protestar. El servicio de «restaurant» de aquel ferrocarril era detestable. ¡No tener una botella de mal champán con qué festejar la entrada del año nuevo!... Pero el camarero no nos lo permitió, pues agregó en seguida:

— *... disculpe el señor. Todo el champán que traíamos se ha servido a aquellos señores...* — y nos señaló con un movimiento de cabeza a los politiqueros, que en esos precisos momentos multiplicaban sus gritos y risotadas.

Nos quedamos perplejos. ¡Con qué festejar aquel solemne momento que iba a llegar, y teniendo a la



INDIGNACION

— ¿En fin, si o no, no hay un pelo en la ensalada?
— ¡Pero señor, en la ensaladera eso es muy natural!



AÑO NUEVO

mesa a una dama, si no había más champán! ¡Qué otra bebida podía substituirla!... Nos acordamos de la sidra, el popular espumante con que se festejan en la república el 95 por ciento de los bautizos y el 98 por ciento de las bodas...

— *Traiga usted sidra...*

La dama desconocida y hermosa que nos observaba sonrió. El mozo, por su parte, nos dijo:

— *Se acabó también. Traíamos dos cajones... Se los tomaron aquellos señores...* — y volvió a señalar a los políticos.

Aumentó extremadamente nuestra perplejidad.

— *Y entonces, ¿qué tienen ustedes para beber?...*

— *Vinos... Licores... Aquí tiene la lista* — díjonos el mozo poniéndonos en las manos una cartulina impresa. Pasamos la vista rápidamente por aquella «lista de vinos» y consultamos nuestro reloj. ¡Faltaban cinco minutos para que las dos agujas se encontraran sobre las XII!... Y nos apresuramos a señalar con el dedo índice el nombre de un vino blanco cualquiera.

— *Pronto; traiga usted éste en seguida, y dos copas...*

La dama desconocida quitó su bello codo del lomo de su libro y nos miró con sorpresa.

Nosotros procuramos explicarnos entre el estrépito del tren, las carcajadas de los politiqueros y el silbato de la locomotora que ya comenzaba a saludar la terminación del año...

A las 12 en punto aumentó el escandaloso estruendo de los «propagandistas oficiales», el silbar de la locomotora y, seguramente, la velocidad del tren...

El camarero descorchó una botella y nos la puso delante. En eso un entusiasta del grupo abrió una ventanilla — por donde se coló una nube espesa de polvo — y descargó su revólver a la luna. Sus compañeros lo imitaron. Los estampidos de las balas apenas se oían dentro del coche...

La dama desconocida y nosotros paladeamos silenciosos aquel detestable vino rubio...

Minutos después de entrar al nuevo año, cruzar una estación a toda marcha y paladear la tercera o la cuarta copita de vino, la dama nos hacía algunas confidencias sin ninguna importancia. Nosotros retribuímos aquella delicadeza con otras... Todas ellas se refirieron al pasado o al porvenir y se ligaban, más o menos, a la iniciación de los años...

Nuestra compañera tenía unos ojos grandes y verdes, que nos atraían. Cuando se posaban en nosotros, aparentemente dulces y mansos, nos obligaban a hundir nuestra mirada en la suya, como en un profundo pozo. Nuestra compañera tenía una gran sonrisa que le iluminaba el semblante como un rayo de sol. Nuestra compañera tenía un extraño metal de voz, que, sin embargo, nos parecía haberlo escuchado otras veces no sabemos dónde...

Cuando referíase al pasado se mostraba descreída, como quien carga con algunos desengaños en la alforja del recuerdo... Pero, al hablar de lo porvenir, era optimista, encantadoramente optimista. Para ella todo, sin excepción, era dulce, suave, bello, en los días venideros. Hasta la muerte, allá al final de la jornada, era hermosa...

Muchas veces hemos sentido la necesidad de volver a oir hablar del futuro a aquella nuestra desconocida dama, que bebió unas copas de mal vino blanco en un coche restaurant de ferrocarril, y brindó, al final, porque las espinas de los rosales que encontráramos en el camino de la vida no nos desgarraran demasiado... Infinitas veces han vuelto a nuestra memoria su figura y a nuestro corazón sus palabras optimistas, encantadoramente optimistas...

Y alguna que otra vez hemos pensado en lo amable que nos sería volver a tenerla frente a nosotros de compañera en el camino...

Pero ni hemos vuelto a encontrarla ni a oirla ni a sentirla cerca de nosotros desde aquella noche en que la dejamos a la puerta de su camarote N.º 20 del vagón 118 del tren que iba a Tucumán... Recordamos que a la otra mañana preguntamos por ella al camarero, después de una larga pesquisa, y que éste nos informó que había descendido en una de las estaciones que pasáramos muy de mañana.

Desde entonces, cada vez que oímos hablar de la Esperanza nos viene a la memoria la dama que brindó con nosotros aquel primero de año entre el estruendo del tren en marcha y la algarabía de los «propagandistas oficiales»...

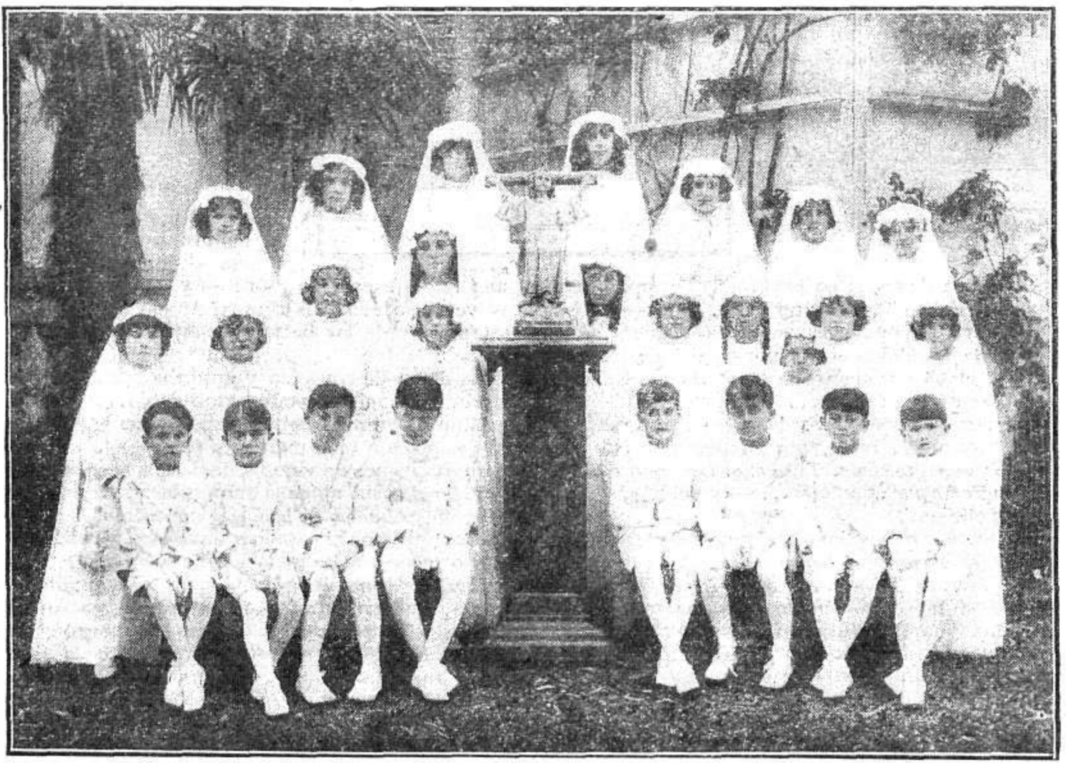
Efectivamente: aquella señora, que el camarero conocía bien, era una inspectora de escuelas primarias que recorría los pueblos de Santiago. Llamábase — no es indiscreción el decirlo ni mucho menos, — doña Esperanza Alegre de Mañana y Pasao...

(Quien no lo crea que se lo pregunte al camarero del vagón 118 del F. C. Central Argentino.)



Ella. — ¿Vamos allí, que hay barro y haremos muñecos?
El. — Bueno; pero antes nos lavaremos los pies.

De Azul



Alumnos del colegio de la Inmaculada Concepción de esta localidad que recibieron la Eucaristía.


DELCO-LUZ
DELCO-LUZ
ES EL EQUIPO ELECTRICO QUE USTED DEBE HACER INSTALAR INMEDIATAMENTE EN SU CASA DE CAMPO.
Los equipos DELCO-LUZ llevan a las estancias, chalets, cabañas, casas de campo, etc., las comodidades de la ciudad.
Además de luz, estos equipos le accionarán todos los artefactos domesticos, ventiladores, planchas, desnatadoras, bombas para agua, cinematógrafos, etc.
Solicítenos folletos explicativos y la nómina de más de 1800 poseedores, que enviamos gratis.
Pratt & Cia.
626, Sarmiento, 636 — Buenos Aires.
Rosario y Córdoba
DeVry
CINEMATOGRAFO PORTATIL
Especial para casas de campo, clubs, colegios, casas de familia, negocios, embarcaciones, viajantes, hospitales, etc. Se usan cintas comunes. Nada de cintas especiales. Trabaja con cualquier corriente: a 32, 110 y 220 volts.
Sumamente manuable, pesa 12 kilos.
Solicítenos folletos explicativos.

Necrología





Señorita Elisa Bibolina. — Capital.



Señora Emma Sanguinetti de Berizzo — Rosario.



Señor Roque Leal Gazcón. — Capital.



Señor Alejandro Escribano. — Capital.



Señor Eusebio Zapata. — Capital.



Señor Alberto Vilariño. — Rojas.



Señor Aristóbulo Monte. — Bonpland (Misiones).



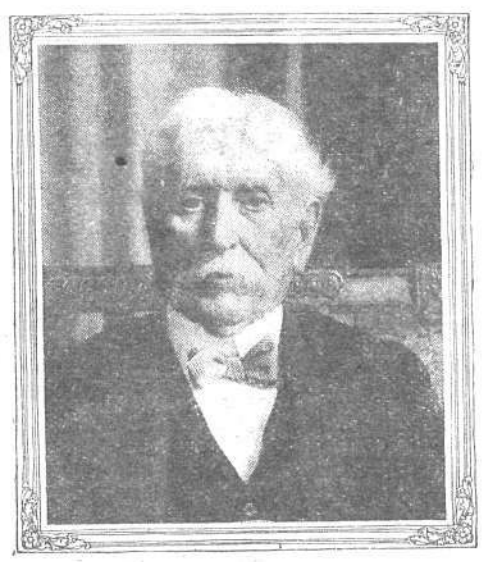
Señor Luis Siena. — Capital.



Señor Héctor A. Barreyro. — Posadas (Misiones).



Señor Antonio De Salvi. — Rosario.



UN VIEJO AMIGO DE LA ARGENTINA

Mr. CHARLES H. SANFORD

SU OBRA DE INDUSTRIAL Y DE FILÁNTROPO

Cuando se conversa con Mr. Sanford, uno se imagina en compañía de un abuelo. Su cabello y su bigote de nieve, su mirada de una serenidad afectuosa, su modo de hablar el español, recuerda aquellos ingleses y yanquis que fueron tan criollos viejos y que, siendo niños, nos contaban historias del mar...

Porque el inglés, cuando aprende nuestro idioma, resulta un hombre realmente encantador.

Mr. Sanford es un viejo amigo de la Argentina que nos habla, sencillamente, de la presidencia de Mitre, de la revolución que Tejedor le hizo a Avellaneda y de una partida de armas que tenía para el gobierno del Brasil y que vinieron a dar al Puente Alsina...

—¡Estos yanquis!... ¡estos yanquis!... — decía después Tejedor.

Ríe Mr. Sanford como quien relata picardías de muchacho. Hoy hace edificar un «Hogar», para los niños argentinos, allí en Quilmes, en un país que ya trabaja de firme, desengañado de tantas «muchachadas» históricas.

Sencillo, activo, no para un segundo a pesar de sus ochenta y tres años. Cuando fuimos a verlo en el Plaza Hotel ocurrió un pequeño accidente que ya Eça de Queiróz había previsto, hace más de veinte años, cuando escribió «La ciudad y las sierras»: el ascensor se descompuso. El magnífico ascensor, de bronce, una obra perfecta, se paró de golpe merced a un detalle imprevisto. Así, pues, usamos la escalera en cuya solidez confiábamos por inveterado espíritu de rutina.

En la mitad del camino encontramos a Mr. Sanford que bajaba:

— Pero si ya decía yo que algo habría sucedido!...

¿No es encantador este interés y ese gesto de abuelo? Seguimos andando, mientras comentábamos risueñamente aquel ligero episodio que había establecido una corriente de cordialidad entre nosotros. Ya en la sala, interrogamos con interés:

— Venimos a saludarlo en nombre de Caras y Caretas y, a pesar de su declaración de que este viaje es sólo un paseo, un motivo de gratos recuerdos... siendo usted un hombre de acción, lo natural es que traiga en proyecto alguna nueva idea, alguna útil iniciativa...

— Sí... iniciativas siempre hay... claro... pero, momentáneamente, me siento incapaz de adelantar lo más mínimo. Estoy, ¿cómo diré?, aturdido... Buenos Aires me desconcierta de una manera extraordinaria. Creo que si saliera a caminar por sus calles me perdería... De tal modo ha cambiado, se ha modificado en diez y seis años que falto de aquí...

— Pero las ciudades norteamericanas...

— ¡Ninguna!... esa masa de pueblo que se ve aquí por las calles no se encuentra en otra parte... Es, en realidad, lo poco que hasta ahora he visto de la ciudad, porque como tengo algún tiempo disponible, quiero andar despacio... ¡Si hasta ahora no he ido a conocer el «Hogar» de la compañía!

Esta palabra «compañía» nos recuerda que Mr. Sanford es uno de los pioneers de nuestra vialidad metropolitana.

— Yo compré a Lacroze — dice haciendo un vago ademán con el brazo — el tranvía que iba a Barracas... a Barracas...

No logra ubicar bien a Barracas en el plano imaginativo de la ciudad y se echa a reir:

— ¡Estoy perdido!

Esa primera línea es hoy lo que constituye la empresa del Anglo Argentino...

En aquel instante hace su entrada en la sala el señor Hale Pearson. Su figura es bien típica y su barba y grandes mostachos, que ya platean algunas canas, el impecable vestir, la corbata escocesa y la opulenta boutoniére lo hacen inconfundible. Habla algunas palabras en inglés con nuestro interlocutor antes de saludarnos y, rápidamente, pensamos si pasará con su inglés lo que sucede con el castellano de Mr. Sanford...

Nunca como en ese momento lamentamos no conocer el idioma de Shakespeare.

— Aquí tiene usted quien podrá contestar a sus preguntas sobre iniciativas — se apresura el simpático anciano, con cierta fruición — el señor Hale Pearson tiene todo en sus manos...

Este, después de tomar asiento, muy grave, se presta de buen grado a darnos algunos informes, los informes que un hombre de negocios puede adelantar sobre su acción futura, que nunca son muchos. Sin embargo, agrega algunas impresiones personales sobre el tráfico de la capital que son interesantes. Preguntamos:

— ¿Por qué razón todas las líneas de tranvías, acuden inevitablemente al centro de la ciudad?... Esto hace imposible aligerar el tránsito, descongestionar...

— Porque todo se ha aglomerado aquí, en el centro.

— ¿Qué líneas nuevas piensa instalar la empresa?

— Ya debieron colocarse nuevas vías y ahora se va a empezar con eso... que ha estado demorado por razones... (No nos da las razones).

— ¿No cree usted — se nos ocurre — que hay barrios muy poblados de la capital que se hallan inexplicablemente aislados entre sí?... Por ejemplo: una línea de tranvías que uniera a Flores, Villa Devoto, General Urquiza y Belgrano...

— Sí, efectivamente, son barrios muy poblados y que deberían unirse... pero es el Concejo Deliberante quien traza los itinerarios...

— Actualmente hay allí unos servicios de automóviles — insistimos — que son algo así como una antesala del Purgatorio... Todavía no se usan los techos del vehículo para el transporte de pasajeros, pero como van las cosas pronto sucederá... Ultimamente hemos viajado veintiocho personas en un «autito» de esos, cuya capacidad reglamentaria no pasa de doce...

— Sí... — convino el señor Hale Pearson — pero creo que parte de esa línea ya está... — Se detuvo para no ser indiscreto.

Ya está para hacerse, había querido decir. Nos alegramos con un sentimiento de gratitud que no excluía cierto saborcillo de venganza.

Mr. Sanford no ha estado quieto un momento. Se levanta, da órdenes, vuelve y nos mira complacido y sonriente.

— ¿Cómo hace usted para mantener ese envidiable espíritu de jovial alegría? — no podemos menos de preguntarle.

— Estoy sano, soy sobrio... y trabajo siempre... — fué su respuesta.

Como tiene que asistir a una inauguración de la compañía no queremos abusar por más tiempo de su exquisita amabilidad. Al despedirnos nos invita a que lo visitemos otra vez. Quiere que hablemos de los periódicos, de sus grandes instalaciones y tirajes... Se acuerda de los diaritos de antes... Una vez publicaron su caricatura en el Don Quijote... o El Mosquito...

— Lo espero el martes, entonces... ¿eh?... y el ascensor ya no se va a descomponer... — agrega riendo como un chico. Así es el espíritu de este anciano. Por eso, al cumplir los ochenta años, coronó su larga vida de labor mandando construir un «Hogar» donde pudieran jugar los niños y encontrarse como en su casa.

Victor
LA VOZ DEL AMO

Los más excelsos artistas en el arte vocal e instrumental imprimen para los discos "Victor".

Ellos están seguros de que los discos "Victor" reproducirán a través de los años, con gran exactitud, sus voces y las melodías de sus instrumentos musicales con tal perfección que solamente podrá ser comparada con los mismos originales.

Las piezas de música de su agrado las hallará usted grabadas en los discos "Victor".

La mejor combinación para deleitarse con buena música es la "Victrola" y discos "Victor". Cualquier comerciante "Victor" le enseñará gustoso el selecto repertorio en estos discos y le suministrará el catálogo completo.

Soliciten catálogo ilustrado.

Revendedores Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

DISTRIBUIDORES:

PRATT y Cía.
626, Sarmiento, 636
Buenos Aires

DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia. 733
Montevideo



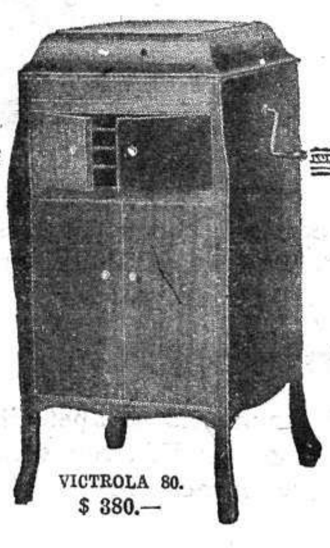
VICTROLA VI.
$ 125.—

VICTOR 1.
$ 105.—

Victrola Portátil 50. $ 190.-



VICTROLA 330.
$ 1.150.—



VICTROLA 80.
$ 380.—

VICTROLA 130.
$ 1.150.—



Embelesan al conocedor los brillantes reflejos, la transparencia límpida y el atrayente bouquet del

Oporto DOM LUIZ

En todo momento es apetecible este deleitoso vino que Vd., con sana prevision, cuida que nunca falte en su hogar.

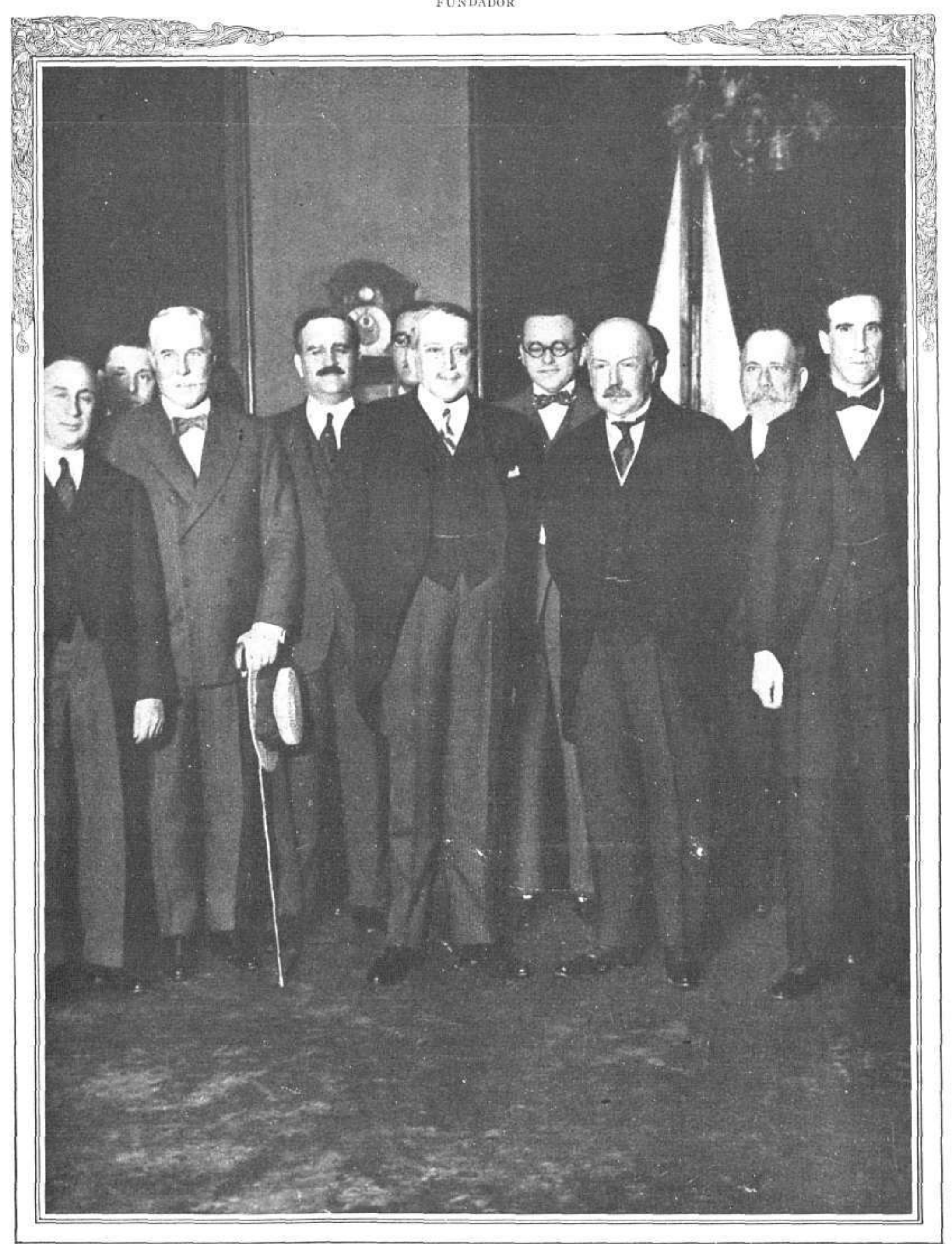
BUENOS AIRES, 6 DE ENERO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.° 1266

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Toma de posesión del cargo por el ministro de Relaciones Exteriores

El doctor Angel Gallardo con el ministro de Agricultura y altos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, después de haber sido puesto en posesión del alto cargo por el doctor Le Bretón, que lo ocupaba interinamente. El acto dió lugar a que se renovaran las pruebas de simpatía con que fué recibida su designación, siendo el doctor Gallardo objeto de elocuentes testimonios de respeto.

FOTO DE ARROYO.

EL CONFLICTO EN EL SENADO NACIONAL



Senador Gallo que, en nombre de la mayoría, sostuvo el derecho que tiene el Senado de compeler por la fuerza pública a los miembros de ese cuerpo.



Senador Linares; sus declaraciones, en representación de la fracción conservadora, apoyaron la moción presentada por el senador Gallo.



El presidente del Senado, señor Elpidio González, cuya interpretación sobre la necesidad del empleo de la fuerza pública provocó el conflicto.



Senador del Valle, que apoyó la tesis sostenida por el presidente del Senado, en nombre de la minoría, votando contra la moción del Dr. Gallo.

NUEVO DIRECTOR DE LA ASISTENCIA PUBLICA



Altos funcionarios de la Municipalidad y de esa dependencia oyendo el discurso con que el doctor Abel Zubizarreta contestó al pronunciado por el secretario de Hacienda, doctor Emilio Ravignani, que lo paso en posesión del cargo para el que ha sido nombrado recientemente.

DEMOSTRACION AL Dr. LUIS C. VILLARROEL



El obsequiado con el ministro del Brasil, doctor Pedro de Toledo, y distinguidas personalidades que fueron comensales en el banquete que le fué ofrecido en el Club del Progreso por su destacada actuación en las fiestas del Centenario brasileño, donde asistió como delegado de la Liga Patriótica Argentina.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

DICHO Y HECHO

EL CONFLICTO DEL SENADO

DORMIDO

DESPERTANDO

ENOJADO

STORY

ABRUMADO POR SU ERUDICION

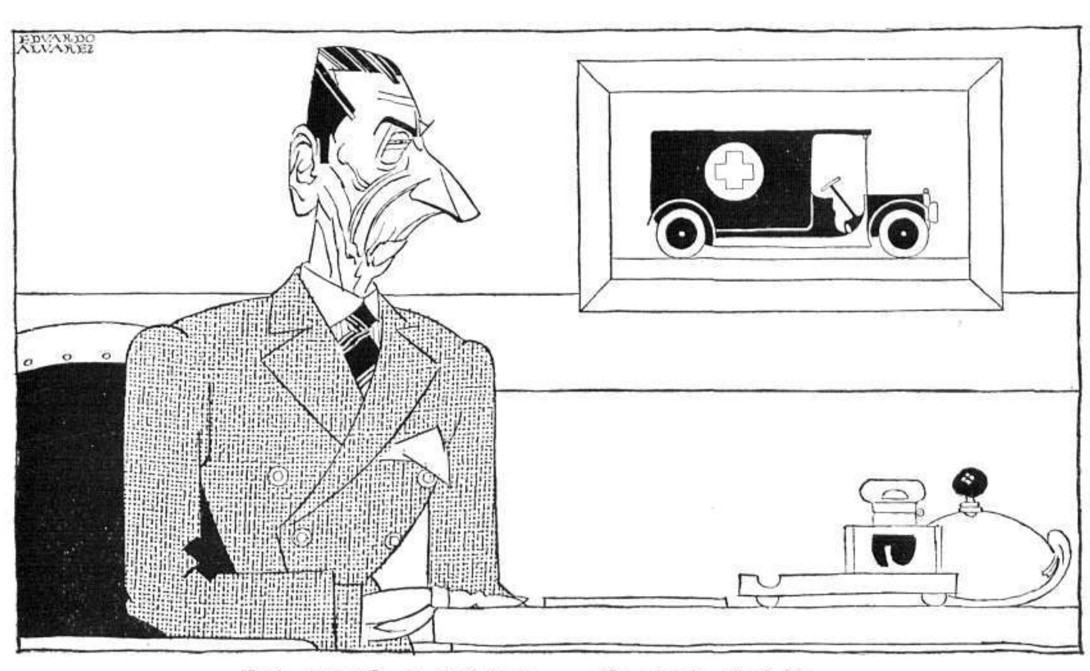
EL SENADO SOY YO

SIRIO

VOLVIENDOSE A DORMIR

CARICATURAS DE SIRIO.

EL INTENDENTE «JE SAIS TOUT»



Noel, pensando en Rodríguez. — ¿Ha pasado algo? No.
Porque él se va, pero me quedo yo.

CARICATURA DE ALVAREZ.

El Tesoro

AQUÍ SE PROVEEN LOS REYES.

CREÍA QUE LOS REYES FUERAN MÁS PRÓDIGOS. ¡UNA MUÑECA TAN SÓLO!...

Los juguetes son la caricatura del mundo más que las formas diminutas de nosotros mismos. Los niños que tienen un gran deseo de vivir a su instinto ríen ante estos modelos pintorescos de la humanidad, luego los tiran sin razón contra el suelo y, por fin, los rompen. En los juguetes, los hombres malogran sus futuros imperios y cuando alcanzan la edad madura tienen la sensación de haber gobernado países y naciones representativas según sea la cantidad de juguetes que hayan destruído e inutilizado.

Los Reyes magos se encargan de proveer nuestra infancia de súbditos de cartón o madera y de aserrín rellenos. Somos así poderosos señores y graves generales. Mientras nos aburrimos de serles superiores, reducimos también — porque la hallamos monótona — la pasión del juego. Los juguetes, pues, nos consuelan de vivir mientras somos pequeños y nos modelan pasivos para aceptar más tarde sin resistencias nuestro puesto obscuro en la sociedad.

He sentido muy niño la tarea persuasiva de mis juguetes. He sentido que a la zapa querían sacarme la sed por las fuentes milagrosas de la imaginación que se encargan de desprestigiar a su manera los cuentos de hadas. Por eso fué que al consultárseme en vísperas de Reyes cuál sería el regalo que esperaba de los monarcas orientales, yo repetía: un par de botines elásticos. Mi padres no comprendían que pidiera tan poca cosa, cuando lo que hubiera debido desear serían las botas de siete leguas de Pulgarcito. Yo quería un par de botines elásticos, que sólo llevaban las personas de edad. obesas



de los Reyes

EL CHICO A QUIEN LE TOCÓ EL ELEFANTE MÁS GRANDE DEL MUNDO.

ESTÁ SATISFECHA MUCHO MÁS PORQUE ES ELEGANTE QUE POR LO POCO QUE LA HAN TRAÍDO LOS REYES.

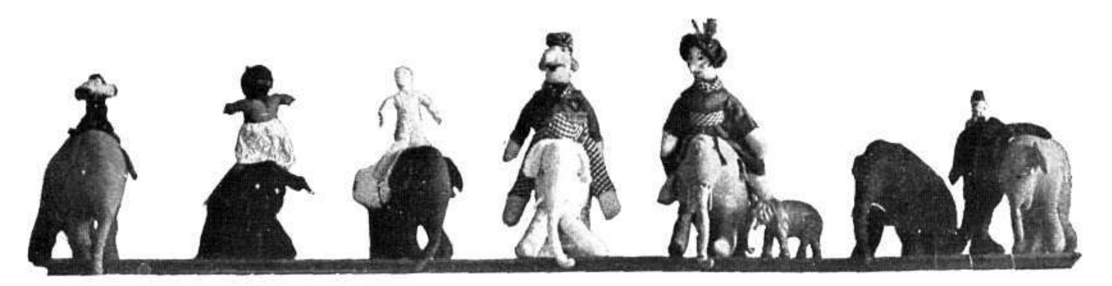
y provincianas, los militares retirados y el cuerpo de bomberos.

Muchos años pedí que se me comprara un par, y no conseguí jamás que entendiera mi padre lo feliz que hubiera sido jugando con una cosa que me hacía tanta gracia. Cuando me los compré con dinero propio tenía aun pantalón corto, pero no me causaron el placer que esperaba. Los calcé. Eran una cosa ridícula, pero eran útiles. Habían traicionado, a fuerza de esperarlos, la inutilidad, que es la definición del juguete.

Yo no fuí un niño feliz. Pero era una excepción. Yo quería botines para entretenerme con su línea cómica, y en cambio a los niños les basta con pedir juguetes dentro de sus zapatitos habituales, dejados la víspera en la chimenea.

Hace una semana que ha comenzado el reparto. Algunos niños han ido por cuenta propia, con sus padres, que son los apoderados de los monarcas invisibles, a las jugueterías. Otros, ya mayorcitos, han descubierto el tesoro detrás de las vidrieras. Y se asustaron de los precios, que eran más grandes que los juguetes. Hay que esperar el gran reparto; es para mañana a la noche. Los Reyes pasarán en aeroplanos sobre la ciudad, y dejando caer por los ascensores su mercadería, se despedirán hasta el año próximo por telefonía sin hilos, que es el último juguete para los mayores.

BALTASAR DE LAÓN.



Baile de gala en el Club de Flores



Una nota social tan distinguida como animada la constituyó el baile de gala que celebró el Club de Flores en sus amplios salones. Aspecto de la concurrencia que asistió a la fiesta dedicada por la comisión directiva a las familias de sus asociados.

Inauguración del local de la Conservación de la Fe



Bajo los prestigiosos auspicios de la Liga Argentina de Damas Católicas se inauguró el edificio de la Conservación de la Fe. Aparecen en la fotografía: monseñor Miguel de Andrea, obispo de Tennos; el Nuncio Apostólico, monseñor Juan Beda Cardinale, que bendijo el acto; el capitán de fragata Julián Fablet, en representación del Presidente de la República; el gobernador eclesiástico, monseñor Duprat, y doña Juana Rita Villate de Oromi, presidenta de la institución.

Fiesta organizada por el Patronato Español



A bordo del vapor Infanta Isabel y a beneficio de las obras que sostiene el Patronato Español, se celebró un magnífico festival artístico-danzante al que concurrieron damas y caballeros de lo más destacado de la colectividad española, habiendo asistido, como invitados de honor, el gobernador de Buenos Aires, señor Cantilo, su esposa doña Josefina Achával de Cantilo, y el intendente municipal, Dr. Noel.

Proclamación de los concejales electos



Recinto del Concejo Deliberante donde se proclamaron las candidaturas triunfantes en las elecciones comunales, siendo presidida la mesa por los doctores Luna, Juárez Celman y Jantus y asistiendo la mayoria de los electos.

Homenaje póstumo a Adolfo Alsina



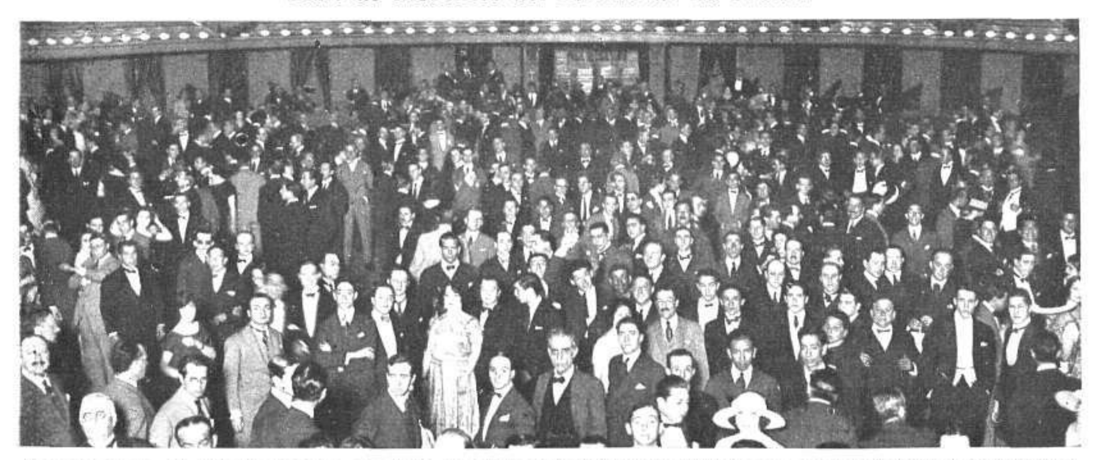
El coronel Escola, presidente del Centro Militar de Expedicionarios al Desierto, leyendo su discurso ante la tumba del gran patricio doctor Adolfo Alsina en el acto de la colocación de una placa conmemorativa.

En la Estación Radiotelegráfica de Monte Grande



Una vista de la interesante jira a las instalaciones de la Compañía Transradio Internacional, en Monte Grande, a la que asistieron los miembros del directorio y diversas personalidades invitadas, que admiraron los grandes adelantos realizados por esta empresa.

Baile de Inocentes del Círculo de La Prensa



Animado aspecto del baile de Inocentes organizado por el Círculo de la Prensa y celebrado con gran lucimiento en el teatro Coliseo, durante el que se repartieron diversos obsequios y se realizó el concurso de bailarines, que resultó brillante.

FOTOS DE ARROYO, BELL Y VARGAS.

DE ROSARIO



El personal docente del Colegio María Auxiliadora, los alumnos que asisten a los cursos y la concurrencia que acudió a presenciar la interesante fiesta celebrada con motivo de la terminación del año escolar.



Demostración ofrecida a la señora condesa de Pagani Paci por la comisión municipal de Bellas Artes festejando el éxito de su exposición de pintura.



Baile en el Club Alemán ofrecido por su comisión a las distinguidas señoritas que tomaron parte en la reciente kermesse organizada a beneficio del hospital de esa colectividad.

DE MONTEVIDEO



El ministro argentino de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, en el palacio de gobierno, con el presidente de la república, los ministros y destacadas personalidades políticas, después de haber sido recibido en audiencia extraordinaria por el primer magistrado.



Visita del doctor Gallardo al Club Argentino acompañado por el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Buero. La estada del distinguido huésped puso de relieve una vez más la estrecha unión que une a los dos países.



Celebración de la Navidad en el Prado. Los niños ante el gran árbol clásico, esperando el ansiado reparto de juguetes.



Conmemoración del cincuentenario de Villa Colón. Reproducción del famoso cuadro de Blanes "Desembarco de los 33", uno de los números del hermoso programa desarrollado.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

SEÑOR REMIGIO LUPO, ADMINISTRADOR DE LA ADUANA

POR SIRIO

Como es tanto su prestigio,
nadie gritó cuando supo
que nombraban a Remigio
Lupo.

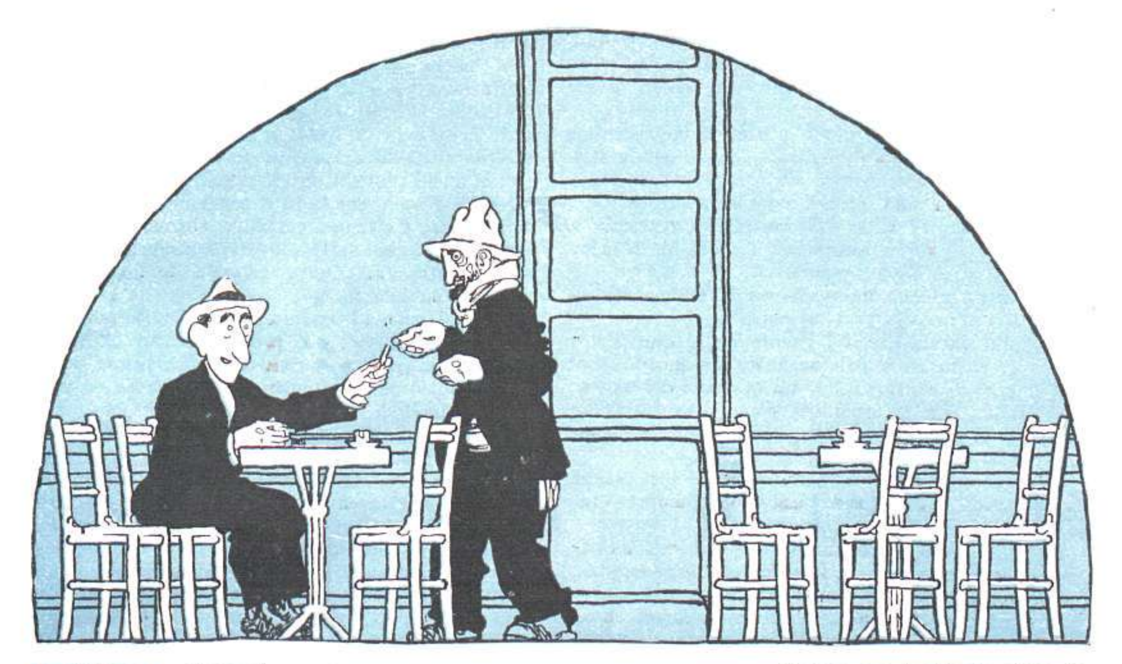


LA «ESTELLA» CINEMATOGRÁFICA MINDZENTY LUCIENDO UN VESTIDO DE VERANO TAN ELEGANTE COMO SENCILLO Y UN SOMBRERO NEGRO MODELO «BEAUCHÉ» VIENA.

UN VESTIDO DE TRICOT DE SEDA CON BORDADOS JAPONESES Y UN SOMBRERO OBSCURO Y FLOREADO QUE REALZAN LA FIGURA DE LIRIA WALS, ARTISTA DE LA PANTALLA.

UN MODELO DE BUEN GUSTO CONSTITUYE ESTE VESTIDO DE CREPÉ «GEORGETTE» ROSA, CON ANCHAS MANGAS, DIBUJOS SENCILLOS Y ORIGINALES.

UNA PAREJITA EXHIBIENDO LA GRACIOSA DESENVOLTURA DE SUS VESTIDOS DE VERANO, DE BLANCO Y ROSA, CON FLORES EN LOS CLAROS SOMBREROS.



JARABÍN DE PICOPETE

SERIAS AVENTURAS CONTADAS EN BROMA



V

Encontramos de nuevo a Jarabín de Picopete sentado en un café de la Avenida, fumando y mirando a los transeuntes. Seis filas de automóviles llevan y traen una caravana de gente, que cruza sin interrupción y concluye por marearlo. Luego, las personas que prefieren andar a pie. Un hormiguear negro, salpicado de notas de color. Son los hombres y las mujeres. Los hombres van casi todos rasurados y las mujeres pintadas. No es ninguna novedad: los egipcios se afeitaban la cabeza y las egipcias se pintaban los ojos, hace ya de esto cerca de cuatro mil años... Los griegos y luego los romanos: todos hicieron lo mismo. Buenos Aires brillará como Menfis, Atenas, Roma... para luego desaparecer. Y hombres y mujeres seguirán afeitándose, pintándose, por una eternidad. ¡Qué aburrimiento!

— El tiempo está formado de segundos, como el mar está hecho de gotas...

Pensó Jarabín, sintiéndose sumergido bajo una montaña de arena. Pasó un atorrante, con el pelo largo y greñudo, despreciativo entre aquella gente que se apartaba con asco a su paso. Le llamó:

— Si yo le ofreciera un cigarro, ¿usted lo aceptaría?...

— ¡Cómo no, señor!... — respondió el atorrante lleno de gentileza. Prendió el cigarro, saludó con el mugriento chambergo y se alejó con un aire de profunda melancolía, como si recordara un pasado que se deshacía detrás de él en bocanadas de humo...

— Cuando un hombre sufre un gran dolor, un desastre irreparable, casi siempre se deja crecer el pelo... — pensó Jarabín.

Luego oyó que hablaban mal de él en la otra mesa y puso atención. Eran tres hombres. Uno de ellos, gordo, apoplético, decía:

— Sí, lo conozco... Jarabín de Picopete, un nombre de saltimbanqui... sí... ahora se ha hecho muy famoso a fuerza de cometer barbaridades... Por culpa de él se hundió un vaporcito en el Riachuelo: murieron no sé cuántos... Después robó a un viejito muy bueno, con quien yo trabajaba... Parece que ha hecho otras fechorías... ¡Yo no sé!... Todo el mundo habla de él... Ya han salido unos caramelos que se llaman «Jarabín de Picopete»... ¡ahí tiene!

— ¿Y a mí?... — dijo otro de ellos, uno flaco, verde, sucio — a mí me dejó sin trabajo, porque yo era el cobrador de alquileres de Carancho Asau... Encabezó una revolución opositora y derribó el excelente gobierno de Barbarino!... ¡Canalla!..

— Es lo que pasa — convino el tercero, un tipo indefinible, — es lo que pasa... Uno trabaja honradamente toda su vida y cuando muere lo entierran... Otros macanean, nada más, y todo el mundo les hace coro, les aplaude...

Jarabín se levantó y salió del café. Mientras iba caminando pensaba que, la gloria de algunos hombres, sólo está hecha de los errores y delitos que sus enemigos le atribuyen...

Tomó un auto y se hizo llevar a Palermo. Frente al rosedal lo despidió y siguió a pie. Ya era casi de noche. Caminaba por los senderos cuidados, respirando el grato perfume de las flores, del aire puro bajo los árboles frondosos. Cruzó una calle y penetró por las avenidas del bosque. Halló perdido por allí un banco solitario y se sentó. Hacía un instante que reposaba, vagando la mente en sueños errabundos, considerando cómo concedía la fama sus dones y cómo distribuía la vida sus dolores... Había un fondo de justicia en todo eso, que muchos no podrían comprender... ¿Qué interés tenía para la humanidad la vida de don Fulano, consagrada a acumular en exclusivo provecho propio y tal vez con detrimento de los demás?... Pero había algunos hombres que morían pobres después de sufrir una vida de privaciones, y la gente respetaba su memoria y le erigía estatuas. Y es que veneraba en ellos el amor desinteresado, el sacrificio por el bien ajeno, por la felicidad de los demás, que fué su misión en la tierra.

El, Jarabín de Picopete, era efectivamente, un hombre de circo. Había hecho feliz a mucha gente con sus bromas y piruetas. Podía dormirse un día tranquilamente. No le levantarían estatuas, pero nadie como él tendría en el corazón de los niños una dulce memoria. En cambio, no le era fácil comer todos los días...

— Realmente, — pensó en voz alta — el hombre no sabe aprovechar la suerte... Tengo en los bolsillos al Poder y la Felicidad... me palpo, y no siento nada... nada absolutamente, como no sea esta tristeza...

Se iba a levantar cuando vió acercarse entre las sombras dos siluetas humanas, que caminaban sigilosamente. Se detuvieron, sin verlo, a pocos pasos de él. Ataron una gruesa cuerda a dos árboles, interceptando la calle del bosque, por donde a ratos pasaba algún automóvil retardado. Y acurrucados en el suelo, esperaron.

No tardó mucho en perfilarse la silueta de un auto, avanzando a gran velocidad.

Cuando Jarabín se dió cuenta de lo que iba a suceder, ya la catástrofe se había desencadenado. Un fracaso de vidrios rotos, un bramido del motor, los árboles que se sacudían como arrancados de cuajo y el coche que daba una vuelta de carnero, yendo a caer a la zanja.

Los ladrones no tuvieron tiempo de aprovechar la confusión. Allí estaba Jarabín de Picopete, revólver en mano, gritando:

— ¡Al primero que se mueva le atravieso las tripas... le abraso vivo... le hago volar los sesos!...

Sorprendidos los raspas, dominados por la enérgica actitud de Picopete, huyeron en dirección al río, seguramente a calmar los nervios con un trago de agua.

Por la ventanilla del auto asomó una cabeza que decía con marcado acento italiano:

— Signore ladrón... aquí tiene mi cartera.. pero, por favor, consígame otro coche perche stoy muy apurado...

— No soy el ladrón, señor mío, pero le perdono la confusión si me promete no insistir en ella... El caso es que me hallaba sentado allí, y he visto cómo se preparaba el asalto, sin tener tiempo de evitarlo completamente...

— ¡Ah! ¡tante grazie!... — Y sacando una tarjeta, agregó — yo soy Matufioni, el empresario del Colón... Esta noche está anunciada la «Carmen»... y Cavallini se me ha enfermado... El gran Cavallini... ¿me comprende?... ¡es insustituibile!...

— ¿Y qué iba a hacer?

— Corría al teatro para que mudaran cartel... si no el público me va a matar... ¡y esto me arruina!

— Si quiere... — empezó Jarabín muy suelto de cuerpo — yo le canto el papel de don José...

— ¿Usted?...

— Sí: oiga...

Y le cantó a toda voz varios pasajes de la ópera. Matufioni estaba con la boca abierta. Por fin se deshizo en resoplidos de entusiasmo:

— ¡Bravíssimo!... ¡un tenore de primo cartello!... Si usted se viene conmigo ha hecho su fortuna... Cavallini cantando a su lado non es un cavallini, es propio un cavallo... ¿Cómo se llama, il signore?

— Jarabín de Picopete...

— ¡Y bueno, don Carabín... vamo a enderezá esta cafetera y... vía, súbito, que el público espera!

Llegó en eso un vigilante a ordenarles que se retiraran, porque estaban haciendo escándalo y alterando el orden con aquellos gritos...

— Le agradezco su interés por el orden... — mascullo Matufioni.

Cuando dieron vuelta el auto — era un Ford, naturalmente, — encontraron al chofer debajo, con el depósito de la nafta derramándosele adentro de la boca. Debido a esta circunstancia el hombre no se sentía tan mal, y así fué, que luego de prender un cigarrillo, empuñó el volante y enderezaron la proa para la ciudad.

— Vean que se olvidan de la soga... — les gritó el chafe, creyendo que era de ellos.

— Se la regalamos — le contestó Picopete, — y ojalá le pueda servir...

A los pocos minutos llegaban al Colón.

Entraron por la calle Cerrito y, rápidamente, Matufioni le condujo hasta su camarín. Había cundido la noticia de que Cavallini estaba enfermo y una nerviosidad angustiosa tenía a todo el mundo con el ansia pintada en el rostro. Como iban a dar las ocho y no aparecía ni el tenor ni el empresario, empezaban a circular versiones alarmantes. Hasta se decía que uno de los dos había muerto y el otro estaba herido... ¿Quién esparcía las noticias?... Estaban en el aire.

Así fué que, al aparecer Matufioni hubo una sensación de alivio, que pronto desapareció al ver que Cavallini no venía con él... La prima donna se precipitó en el camarín donde Picopete ya se estaba vistiendo, e increpó al tenor ausente, a quien trató de cane. Era una española que se traía lo suyo en grande escala, y con el traje de «Carmen», que ya tenía puesto, la situación se le presentaba de perlas. Puesta en jarras, después de acomodarse el manto, soltó por esa boca un discurso colérico y desesperado, próximo ya al ataque de nervios. Se expresaba en una jerga ítalohispánica, mechando su tirada con fiorituras y giros del más puro flamenco, de modo que hubo para rato. Cuando respiraba con ánimo de seguir, Matufioni se precipitó hacia ella, suplicante:

— Ma... signora Gresca... escúchame: le traigo un tenore que fará el don Giuseppe come un angelo... il signore Carabín...

— ¡No... no... si no me diga usted nada... si no quiero oirle!... Si questo se va poniendo como una corrida en la piazza de Tetuán... Aquí no hay quien dirija, todo el mundo vole mettere la pata y el público, domani, vorrá fare una cencerrada que hará storia, si signore...

— Ma, cara signora Gresca...

— ¿Me hablaba usted?

— Le decía que este signore... don Carabín de Picopette, viene a sustituir al bestia de Cavallini que se ha enfermado...

— ¡Ja... ja... ja... me ha hecho gracia!.. repítamelo usted... ¿don Carabín?...

— Señora — intervino éste, — me llamo Jarabín de Picopete... y voy a tener el honor de cantar con usted esta noche... Jarabín, no Carabín... ¡Me revienta que me estropeen el nombre!

— ¡Un tenore... cosí...! — afirmó Matufioni, besándose la punta de los cinco dedos.

— ¡Ay!... ¡me alegro!... y si es usted tan jarabín de picopete como su nombre... ¡qué meloso!... Ya decía yo que esto se iba a arreglar... ¡si era lo que yo decía!... pero como todo el mundo se atortola y grita... ¡Pues, nada, me marcho... hasta ahora, a rivederlo e buona sorte!

Terminó desapareciendo contenta como un pájaro.

Matufioni resopló con resignación filosófica, mientras Jarabín concluía de ponerse las botas y ceñirse el espadón ayudado por sus camareros. El uniforme de Cavallini le venía justo. Se miró al espejo y se encontró gallardo, marcial y con un dejo de melancolía, que le sentaría muy bien en la interpretación del personaje. Ahora sólo faltaba que trabajase y cantase come un angelo...

Se arrojó una última ojeada y sin vacilar encaminóse al escenario.

El público, ya enterado por Matufioni, aguardaba al nuevo tenor con curiosidad perpleja. Se creía objeto de una burla... no sabía qué pensar... esperaba haciendo comentarios.

La figura de Jarabín impresionó bien. Su interpretación del sombrío personaje resultaba nueva y acertada. Reconcentrado en la pasión, tímido y celoso, cantó sus partes con una voz rica en matices,

cálida, sin ahorrarse, como quien tiene un registro abundante y lo prodiga. La señora Gresca, por su parte, encarnaba una Carmen llena de seducciones felinas, de impulsos bravíos, de crueldad voluptuosa. Su voz espléndida, de timbre acariciante, se deslizaba de las notas agudas a las graves con una agilidad de calandria y una alma de chula...

El público, entusiasmado, pasaba por alto cierto desorden, una ligera falta de ajuste que se notaba, a ratos, en el conjunto. Sólo escuchaba aquellas voces, estaba pendiente de aquellas pasiones, que la música, llena de color, de fuego, esparcía por el aire, como una hoguera que estuviera quemando resinas perfumadas.

Cayó el telón en el primer acto y una larga ovasión repercutió por la enorme sala.

Cuando Picopete volvió a su camarín, tenía fija en la retina la imagen de una mujer que ocupaba un palco de avant scene. Era una extraña mujer rubia, de un rubio de cobre, de ojos verdes, de labios pintados y ensortijadas patillas de maja. Era una mujer vestida como con una piel de víbora, anillada, cambiante, de un fulgor sombrío. Un vestido que se ajustaba al cuerpo como se ciñe un guante de seda, con tornasoles donde tiembla la luz, haciendo resaltar todas las morbideces. Este vestido se mantenía en su cuerpo por algún milagro, porque no estaba sujeto de nada. Los brazos, el seno y la espalda, descubiertos, no tenían más adorno que el propio raso de la piel... Y cuando Picopete la miró por vez primera, apretaba en las manos un ramo de rosas.

En estas ciudades, donde se vuelcan todas las razas, nadie sabe a la segunda o tercera generación si viene del Rhin, del Ganges, del Tíber, del Nilo... Pero, de pronto, escucha una canción, mira el rostro de una mujer o la oye hablar; asiste a una fiesta de trajes o come alguna vianda exóticamente aderezada, y algo repercute adentro de él y le recuerda poderosamente su olvidado origen.

Jarabín sintió que aquella mujer, con su sola presencia, le evocaba leyendas de Arabia, llenas de misterio y voluptuosidad, le despertaba también fiestas y danzas del Mediterráneo azul, todo mezclado, en una vida anterior, a traves de grandes peregrinaciones...

Cuando volvió a la escena, en el segundo acto, lo primero que sus ojos vieron, fijos en él, fueron los ojos ardientes, trágicos, de aquella gitana... ¿De dónde venía, de qué abigarrado mundo trashumante llegaba hasta allí para volverle a su origen, para reintegrarle con los suyos? Se sintió estremecer, entrevió el goce angustioso de una vida llena de azares, de caricias sangrientas...

La Gresca cantaba, bordando alrededor de Jarabín, sentado, esa hurdimbre de lujuria, tentación, fascinación, que la música expresa... Entre los espectadores había un gran silencio; todas las ansias suspensas de la voz y la danza...

En ese momento se produjo un estampido que conmovió todo el teatro, desde los cimientos hasta los techos. Las paredes temblaron y parecieron vacilar, las puertas se azotaron contra los marcos como enloquecidas, y un gran estruendo de vidrios rotos se derrumbó por el suelo... Algo había caído desde arriba sobre la platea, porque de allí se elevaba un sordo clamor, un desgarrador alarido, entre una nube de humo que se iba ensanchando lentamente...

—¡Una bomba!... ¡han tirado una bomba de dinamita!...

Alguien gritó, con la voz cascada por el terror. Y entre el hondo silencio que se hizo de pronto, se empezaron a elevar quejidos y llantos, mientras la gente se apretaba como entontecida, y algunos corrían para prestar auxilio o para huir...

Jarabín, repuesto pronto de la impresión, miró hacia el palco donde estaba la mujer y la vió desvanecida sobre la butaca. De un salto estuvo a su lado, observó que no se hallaba herida y, levantándola en peso, volvió al escenario, corriendo con ella hacia su camarín. Allí la sentó suavemente en un sofá... acercó a sus labios una bebida cordial... le echó viento y humedeció las sienes... La mujer por fin abrió los ojos y se miraron en silencio, ambos estremecidos, los nervios flojos, laxos, por la terrible conmoción...

En aquel momento, mientras la asistencia pública atendía los heridos, empezaba a tomar cuerpo una sospecha. Matufioni había referido ya, con pelos y señales, la aventura en que interviniera Jarabín. Todo eso era extraño... Luego, el atentado... Las imaginaciones estaban llenas de incertidumbre... Felizmente, había allí un funcionario judicial de mucha perspicacia, y las cosas se esclarecieron como por arte de magia: Jarabín, y nadie más que Jarabín, era el autor del bárbaro crimen: había que hacerlo prender inmediatamente.

Se cerraron todas las puertas del teatro y un grupo de policías llegó hasta el camarín de Picopete, que estaba con llave para que nadie molestase.

—¡Abra... abra a la autoridad!... — dijo uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque usted fué quien tiró la bomba...

—¿Cómo pude tirar la bomba si estaba cantando en el escenario?

—¡Eso no me importa!... Abra la puerta o la echo abajo...

Era un policía expeditivo.

Como Jarabín no contestara, se trajo una viga para usarla a manera de ariete. De varios golpes la puerta del camarín saltó en pedazos. Pero cuando la autoridad policial penetró, sólo hallaron el camarín vacío, como si nadie lo hubiera ocupado y todo fuera una ilusión de las molleras policiales.

Jarabín, en ese momento, navegaba por el Plata en un yate a vapor. Sentado en un saloncito, vestido de marino, se hallaba enfrente de la gitana misteriosa. El saloncito estaba alhajado con mucho gusto, y por la ventanilla abierta penetraba la mirada de las estrellas temblorosas.

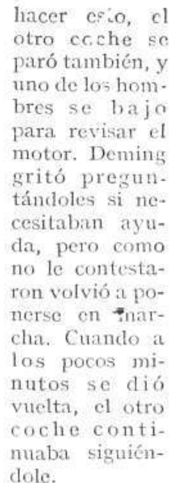
—¿Sabes que te amo?... — le dijo. — Te amo con toda mi alma... Hace tiempo que te esperaba y al fin te encuentro... Tú ¿me amas también?

Ella, silenciosa, tomó un pequeño bronce de encima de una mesa y se lo puso ante los ojos. Representaba un amorcillo con una zaranda en las manos, donde cernía corazones que amontonaba, indiferente, a sus pies. Pero dos corazones se habían unido tan estrechamente, que permanecían juntos allí, sobre la malla del cedazo, y ningún esfuerzo los podía separar...

Jarabín comprendió y todas las estrellas del cielo parecían brillarle en el alma.

ILUSTRACIONES DE SIRIO





Hal Deming no sabía que al salir del edificio donde Kenyou, el rey de las minas, tenía sus oficinas, dos hombres le estaban acechando cerca de la puerta, y que desde que desembarcó en Seattle hasta que llegó a Los Angeles, se habían mantenido cerca de él esperando con la avidez de dos buitres que se presentara la oportunidad de quitarlo de en medio. Nunca llegó a suponer lo cuidadosamente que Sweed, aristócrata salteador, había preparado sus planes.

Cuando lo vieron entrar en un garage, uno de los hombres desapareció para volver al instante manejando un gran auto gris.

Apenas su compañero saltó en el coche, apareció Deming al volante de uno de los coches de Kenyou. Iba solo y tomó rumbo al sur.

Poco después se encontraba fuera de los límites de la ciudad, corriendo por un camino en tan buenas condiciones que, imprimiéndole toda marcha al motor avanzó por varias horas con una velocidad vertiginosa. Detrás de él, a cierta distancia, le seguía el silencioso coche gris. Deming estaba tan ansioso de llegar al desierto que no lo notó. Quería estar en el lago Soda antes de que se hiciera noche.

Por fin llegó al Panamit y empezó a descender por aquel lúgubre sendero que lleva hasta el Valle de la Muerte, la tumba de muchos exploradores perdidos. Pero Deming conocía el valle al dedillo; no tenía miedo de perderse en aquella desolada región. Su único temor era que se le descompusiera el motor y tener que perder horas que le eran tan preciosas. En una de las vueltas se apercibió del coche que le seguía pero no prestó mayor atención, creyendo que se dirigiría a alguno de los campos mineros. Pero cuando tomó la senda que le conducía directamente a la casa de camineros de Whitfield del lago Soda, le sorprendió que el otro coche tomara también el mismo camino.

Por curiosidad paró su coche para esperarle. Al hacer esto, el otro coche se paró también, y uno de los hombres se bajo para revisar el motor. Deming gritó preguntándoles si necesitaban ayuda, pero como no le contestaron volvió a ponerse en marcha. Cuando a los pocos minutos se dió vuelta, el otro coche continuaba siguiéndole.

Estaba aproximándose a su destino, pues podía ver la destartalada construcción de madera en que consistía la casa de Whitfield, donde los exploradores encontraban comida y posada. Poco antes de llegar allí, llegó hasta sus oídos un agudo silbido que sonó detrás de él. Se dió vuelta y vió al coche gris que se le aproximaba rápidamente. Al volverse para poner los frenos y parar, vió dos hombres que, saliendo de la casa de Whitfield, corrían hacia él. Había algo en aquellos procedimientos que le advertían un próximo peligro. Saltó a tierra, se aseguró que el revólver estaba en su sitio, y esperó alerta.



SALTEADORES DEL DESIERTO

UNA AVENTURA EN CALIFORNIA

Por ROBERT REEVES





El coche gris se paró envuelto en una nube de arena, dos hombres bajaron de él y se dirigieron a su encuentro. Deming los enfrentó sin descuidar a los otros dos que venían de la casa.

— Su nombre es Deming, ¿no? — preguntó uno de ellos.

— Sí, ¿y cuál es el suyo? — contestó Deming.

— Eso no importa — dijo el hombre. — Lo que queremos saber es hacia donde se dirige.

— No es asunto de ustedes — contestó Deming con cortesía.

El otro individuo se había parado al lado de una de las ruedas del coche de Deming, con una mano sobre el pnemático. De pronto se sintió un estampido seguido del ruido del precipitado escape del aire.

— ¡Miserable canalla! — exclamó Deming. Dió un salto y con toda su fuerza aplicó un puñetazo en la mejilla del individuo, el cual rodó por el suelo.

Antes de que Deming pudiera darse vuelta, el otro saltó sobre él, y rodeándole el cuello con los brazos trató de estrangularlo.

Deming, con la cara descompuesta por el dolor, hizo un esfuerzo supremo para deshacerse de los garfios que le apretaban la garganta, y en el momento que, ya libre, se disponía a desenfundar el revólver, sintió un doloroso golpe en la cabeza; sus oídos zumbaron y el desierto parecía girar a su alrededor. Uno de los hombres que salieron de la casa del camino le había anonadado de un formidable culatazo en el cráneo.

II

Cuando Deming volvió en sí se encontró en una gran habitación, tendido sobre un mísero colchón, sufriendo agudos dolores en la cabeza.

Su mente empezó a despejarse; notó que había otra persona más en la habitación. Uno de los hombres que le habían atacado estaba sentado al lado de la puerta fumando tranquilamente su pipa. Cerró los ojos y empezó a pensar; la advertencia de Kenyou vino a su memoria: «No hay crimen en el calendario que Sweed no cometería con tal de llegar a su fin».

A través del tabique de madera podía oir las voces de hombres que jugaban a los naipes en la habitación contigua. Un momento después la puerta que comunicaba las dos piezas se abrió.

— ¿Cómo está? — dijo una voz familiar.

La cara de Deming tomó una expresión de sorpresa. La voz era la de su amigo Whitfield, el propietario de la casa de camineros.

— Oh, me imagino que vivirá — contestó el guardián que estaba en la puerta.—Pero si él *no quiere* otra tunda tendrá que portarse mejor.

Whitfield se aproximó a Deming y algo en sus ojos le dijo que guardara silencio. El de la puerta observaba cuidadosamente.

— Un golpe feo — dijo Whitfield en voz alta para beneficio del guardián. Se agachó como si quisiera ver de cerca la herida que Deming tenía en la cabeza, sus labios se movieron suavemente al lado del oído de Deming.—Estoy con usted hasta el fin Hal — murmuró. — Quédese quieto hasta que encuentre la oportunidad de hablarle.

— Será mejor que le traiga algo para comer — dijo Whitfield volviéndose hacia el guardián.

Cuando el fondista salió, lo siguió el guardián. Deming se levantó y se aproximó a la puerta. El ruido de voces había cesado. Ya se disponía a abrir cuando sintió como si se aproximaran unos pasos tratando de no hacer ruido. un segundo después se abrió la puerta y apareció Whitfield, con un dedo sobre los labios indicándole silencio.

— Según he oído, parece que le quieren secuestrar — dijo en voz baja. — Los hombres están afuera preparando el automóvil para hacer un recorrido a través del desierto. Están esperando un individuo llamado Sweed.

— ¡Sweed! — exclamó Deming con una mirada llena de sorpresa.—Vea Whitfield, ese canalla Sweed quiere robarme el título de una mina que acabo de encontrar. Yo no sé lo que esta gente hace aquí, en su casa, Whitfield; yo creía que usted era un hombre de honor.

— Hall, yo pelearé por usted hasta el fin. No hay tiempo de explicaciones. Ellos creen que nosotros somos enemigos. Volverán en un momento. Tengo al chino espiando para que me avise. ¿Qué le parece mejor hacer?

— Tenemos que deshacernos de estos cuatro hombres — dijo Deming. — ¿Tiene algunas armas?

Whitfield sonrió y salió de la habitación para volver en seguida con dos revólvers.

— ¿Qué le parece esto?

— La salvación. ¿Y usted qué tiene?

— Tengo otro en el cajón.

— Bueno; cuando vuelvan entreténgalos con los naipes o con cualquier cosa; yo me encargaré de lo demás. Pero esté preparado para cuando...

Unos golpecitos en la puerta cortaron la conversación. Era el aviso del chino, el cocinero.

Los cuatro hombres entraron y se sentaron alrededor de la mesa para empezar otra partida de naipes. Deming esperó que diesen comienzo al juego, inmóvil sobre el colchón, pero alerta. Cuando por las voces calculó que era el momento, se levantó y silenciosamente abrió la puerta. Whitfield estaba al lado de la mesa dando frente a la puerta. Sus miradas se cruzaron y se comprendieron.

Con la frialdad de un hombre que se dispone a saludar a sus amigos, Deming entró en la habitación, con un revólver en cada mano.

— Al primero que haga un movimiento lo mato — dijo con calma y resueltamente.

La cuadrilla de Sweed conocía el valor de aquellas palabras en un hombre de las condiciones de Deming. Tres de ellos levantaron las manos, pero el cuarto se puso en pie de un salto llevándose una mano al revólver. Whitfield que estaba detrás de él le arrimó el caño de su revólver a la cintura.

— ¡Nada de esto! — exclamó. — Levante sus manos vacías, o le meto una del 45.

Mientras Deming los cubría con sus revólvers, Whitfield los desarmó, y con la ayuda del chino les ató las manos a la espalda, uno por uno.

Deming se encontró con que le habían descompuesto el motor de su coche, pero como el coche gris estaba listo para marchar, no se preocupó. Para no dejar a los maniatados solos, en caso de que Sweed volviera, con la ayuda Whitfield los cargó en el auto, y cuando los tuvo bien seguros



y con Whitfield al lado de ellos de centinela, se puso en marcha hacia el campamento minero de Rawhide, un conglomerado de rústicos edificios y tiendas de campaña. En el salón de Bill estaban de baile. Frente a este recreo popular detuvo Deming el coche y dejando a Whitfield a cargo de los cautivos se dirigió al salón.

La noticia del gran hallazgo de potasa que Deming había hecho, hacía meses que corría por el desierto. Cuando Deming entró en el salón de baile y juego, un número de amigos se dirigieron a él para saludarle y hacerle infinidad de preguntas. Después de atender a todos, subió sobre una mesa.

— Muchachos — dijo. — Tengo los derechos sobre una rica mina por aquí cerca que han sido usurpados por una cuadrilla de salteadores profesionales. Si fueran sólo uno o dos, yo me arreglaría con ellos, pero por desgracia tienen una ventaja muy grande. Hay como una docena o más de ellos que, según entiendo, han sido traídos de la ciudad para impedir que me acerque a mi propiedad. No sé si estarán dispuestos a pelear, pero creo que nosotros podríamos limpiarlos. ¿Quieren ayudarme?

En el desierto, el usurpador pertenece más o menos a la *clase social* de las víboras. Mientras los mineros escuchaban, las duras expresiones de sus caras se acentuaban. Un breve silencio se hizo cuando Deming terminó de hablar; después corrió un murmullo entre los que le escuchaban. Uno de ellos se subió a una silla y gritó:

— Estamos todos como uno solo con usted. Diga lo que hay que hacer y lo haremos. Ya es tiempo de que acabemos con los usurpadores.

— Vamos entonces — gritó Deming dirigiéndose a la puerta.

Cuando los mineros surgieron detrás de él, se detuvieron sorprendidos al ver los cuatro hombres que había en el auto, atados.

— ¿Qué quiere decir esto? — exclamó uno de los mineros excitado.

— Quiere decir que ya hemos capturado cuatro de la cuadrilla — replicó Deming.

Al instante los ánimos se excitaron.

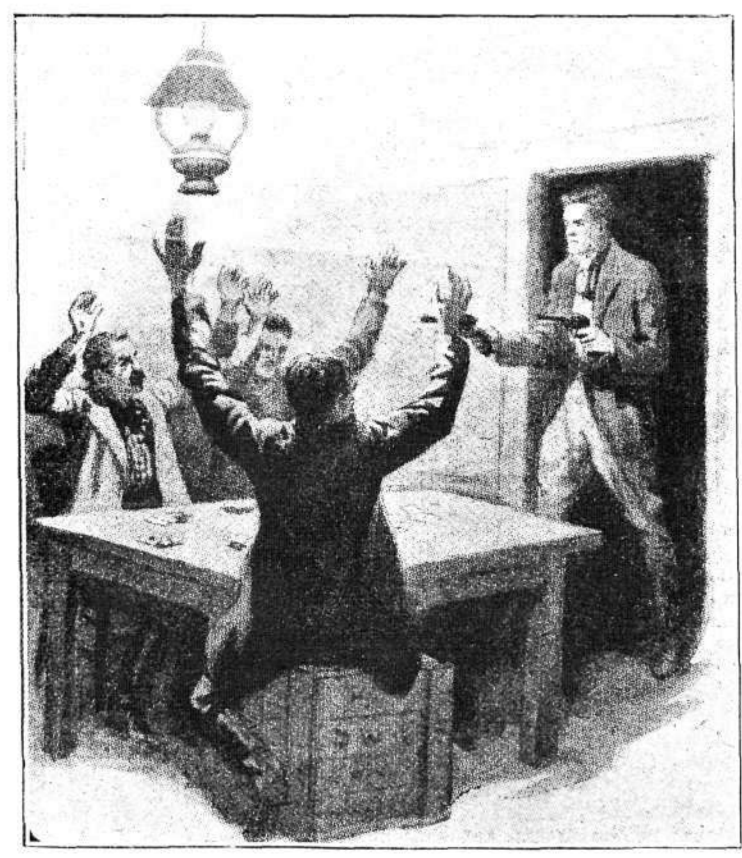
A duras penas pudo Deming detenerlos, pues estaban dispuestos a lincharlos.

— Deténganse — les ordenó. — Puede ser que los necesitemos como testigos contra otros pájaros más grandes. Vamos a dejarlos aquí hasta nuestro regreso y después veremos. Ahora, el que tenga caballo que se apronte; los otros pueden venir en el auto conmigo.

Cuando Deming fué a aquella comarca durante la primavera en busca de oro, tropezó con un lago seco de potasa. El blanco puro le llamó la atención y lo probó, encontrando que tenía unos sesenta pies de profundidad. Sabía que si podía sacar toda aquella potasa del lago no necesitaría explorar más por el resto de su vida. Kenyou, que un tiempo había sido tan pobre como él, hasta que su pico encontró la mina de oro que lo convirtió en millonario, le había dicho que si alguna vez encontraba alguna veta que valiera la pena, él le facilitaría el capital.

Pero al ir Deming en busca de Kenyou se enteró que estaba en Europa. Para no perder tiempo se dirigió a Alaska con el propósito de reunir algún dinero y poder empezar a trabajar la mina.

Cierto día llegó allí un individuo que había oído decir a uno de los hombres de Sweed la jugada que se proponía hacerle. Con la ayuda de algunos esquimales y sus perros consiguió llegar hasta el río, donde tomó el vapor que lo llevó a Seattle, y desde allí por tren se dirigió a Los Angeles. La suerte quiso que unos días antes volviera Kenyou de Europa, quien al instante puso a su disposición todo lo necesario.



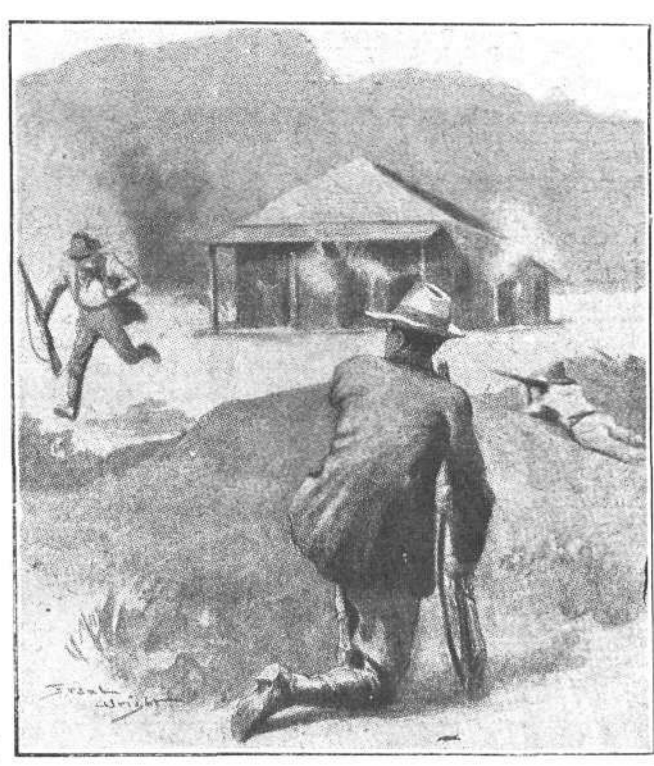
III

Era media noche cuando la caravana de mineros llegó a la casa de Whitfield, después de atravesar arenosos senderos y trepar colinas de arena, en el silencio de la noche sólo interrumpido por el grito del coyote. Algunos de los hombres querían continuar el viaje para atacar aquella misma noche a la cuadrilla de Sweed, pero Deming sabía que para llevar el ataque sería necesario cruzar el lago seco, donde los cuerpos, al destacarse sobre la blanca superficie del lago ofrecerían, excelente blanco al enemigo que estaría atrincherado en el edificio, que según Whitfield, Sweed había construido sobre la propiedad. Recomendó a los mineros que se tomaran unas horas de descanso.

A las tres de la mañana, después de tomar cada uno su buena taza de café que el chino les preparó, salieron de la casa encabezados por Deming.

Media milla antes de llegar a la orilla del lago hicieron alto. Deming les explicó la forma en que se proponía llevar el ataque, y después empezaron a avanzar cautelosamente. Deming iba a la cabeza; al subir sobre una de las pequeñas colinas de arena, nota

una forma obscura que se movía en otra colina a pocos pasos de donde él estaba. Casi al instante sonó un tiro y la bala fué a levantar la arena junto a sus pies; dos disparos más siguieron en rápida sucesión. Los disparos habían sido hechos por uno de los hombres de Sweed puesto allí para hacer la guardia durante la noche. Tan pronto como descargó su rifle arrancó a correr, gritando, hacia el edificio que se divisaba en el centro del lago. Deming salió en su persecución, y como era buen corredor, pronto le alcanzó desarmándole. No bien había hecho esto cuando partió un fogonazo del edificio, lo que demostraba que los tiros y los gritos habían sido oídos por la gente de Sweed.



— ¿Está Sweed en la choza? — preguntó Deming tomando al desesperado guardián por el cuello.

— Sí, y le hará pagar caro esto — gruñó el guardián.

— Eso no importa — dijo Deming.—Si quieres salvar tu pellejo, ve y dile a Sweed que Deming está aquí y que lo tiene rodeado con hombres que saben como pelear. Dile que si no sale de mi propiedad dentro de una hora, nosotros tomaremos posesión de ella y que se atenga a las consecuencias. ¿Comprendes?

Al soltarlo Deming, el hombre murmuró algo, y corrió hacia la choza.

Un momento después aparecía el sol sobre el horizonte, iluminando sus dorados rayos el arenoso desierto. Frente a Deming estaba el lago de potasa, seco, liso y tan blanco que parecía una sólida losa de hielo. En el centro del lago estaban el campamento de Sweed, una construcción de madera de unos cuarenta pies de largo y con una especie de veranda al frente. Esperaba que Sweed desalojara la propiedad sin que fuera necesario derramar sangre, pero reconocía que parapetados en el edificio, tenían ventajas los usurpadores.

Deming se arrastró hasta donde había dejado a Whitfield para hacerle una pregunta, y se sorprendió de no encontrarle allí. Levantó la cabeza para ver si estaba por allí cerca. Instantáneamente partieron varios disparos del edificio, y unos cuantos salpicones en la arena a su alrededor, le indicaron los puntos donde las balas habían ido a pegar.

De pronto, desde uno de los ángulos del edificio, vió a un hombre salir corriendo como un loco hacia él. ¡Era Whitfield!

Cuando ya parecía llegar a salvo, sonó una descarga y Deming vió como Whitfield cayó llevándose una mano al hombro. Unos segundos después volvía a levantarse y entre un nutrido tiroteo llegó hasta donde estaba Deming.

— ¿Qué ha pasado? — le preguntó Deming apretando con su pañuelo la herida que Whitfield tenía en el hombro.

— Conseguí arrastrarme hasta la casa, y como sabía donde está el depósito de petróleo... Mire... Eso hará que las ratas salgan a pelear al aire.

Las llamas aparecían por las ventanas de uno de los costados haciendo chisporrotear la seca madera de que estaba hecho el edificio. Pronto se sintieron algunas explosiones ahogadas y por cada ventana de los otros costados brotaban densas columnas de humo.

Era inútil luchar con aquel enemigo. Los sitiados, se dieron cuenta y salieron asustados, y ya medio axfisiados, en busca de la salvación.

Sweed fué el último en salir, y al aparecer por la puerta llevaba los brazos en alto como señal de rendición. Una vez fuera del calor de las llamas se detuvo por un instante para tomar aliento, y después continuó caminando hacia donde Deming estaba. Sus hombres seguían el ejemplo.

— ¿Qué intenta hacer ahora? — preguntó con rabia.

— Apúrese y entrégeme los títulos que me robó — dijo Deming.

— ¿Qué títulos? — dijo Sweed con ironía. — No los tengo aquí, y a usted sólo le faltan dos días para que prescriban si no los presenta.

— Eso lo veremos — exclamó Deming acercándosele.

— Vea Deming — dijo Sweed cambiando de tono.—Deme dos días para conseguir el dinero y le pagaré cien mil pesos por los derechos.

— ¡No tomaría ni un millón... de usted! — dijo Deming, y metiéndole la mano en el bolsillo interior del saco, extrajo los documentos que le habían sido robados.

— No vale la pena perder tiempo con palabras — continuó Deming. — Lo más pronto que usted y su gente desaparezcan del Valle de la Muerte, será mejor. Si alguna vez lo encuentro por estos lugares tratando de usurpar derechos, tanto usted como su gente irán a parar a los calabozos de San Bernardino, donde no podrán intervenir en los asuntos del desierto. Ahora lárgense, mientras el camino está libre.

Deming regresó al salón de Bill, e hizo la misma intimación a los otros cuatro que tenía prisioneros.





Pocos peces tendrán una cola más grande, en relación con su tamaño. Es una cola bastante linda y elegante, que luce mucho en esos salones de baile para peces solos, que el hombre ha bautizado con las palabras *acuario* y *pecera*. Allí los pececitos de colores se divierten bailando valses y pericones sin acompañamiento de música. El cola de velo resulta el más majestuoso de todos los bailarines. Por eso mismo no frecuenta los salones adonde acuden los peces modestos. Yo no sé que en la Argentina haya ningún cola de velo.

Pertenece a la familia de los *ciprínidos*, así llamada porque los griegos daban el nombre de *kuprinos* a la carpa, a la que los romanos denominaban *cyprinus*. Todo esto viene de que a la actual isla de Chipre se le decía Cyprus. Así todos los peces ciprínidos son casi tocayos de los Ciprianos y Ciprianas que tú conozcas.

El cola de velo es una carpa, y no confundas la voz quichua carpa, que entre nosotros significa tienda de campaña, con el nombre vulgar de los ciprinos. Esta vistosa familia se divide en unos cien géneros y mil especies. Las carpas pueden tener de 1,50 metros, pesando 35 kilogramos, a unos 0,30 de longitud.

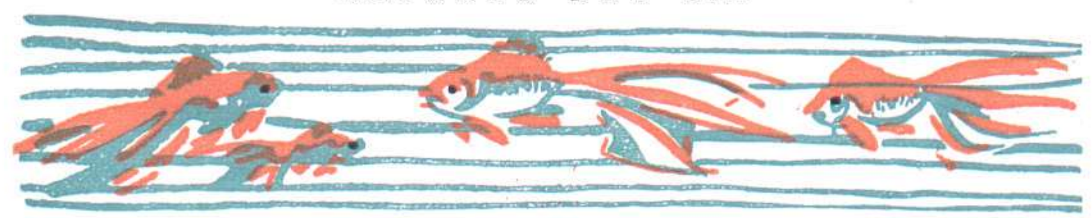
Son originarias de Asia. Los romanos, a quienes les gustaba reirse de los peces de colores antes de comérselos, las importaron hace bastantes siglos criándolas en peceras, acuarios, piscinas, lagunas y ríos. Después los monjes de la Edad Media y muchos particulares las esparcieron por toda Europa. Ahora hay carpas en casi todo el mundo.

Preparada a la marinera o a la menagère la carpa resulta un bocado exquisito, según dicen los libros de cocina. En mis trabajos experimentales de zoología culinaria nunca pude operar con carpas. Si tú, niño comilón, las probaste, dime si los libros no mienten.

Ya te dije que a los romanos les gustaba muchísimo reirse de los peces de colores. Pero por mucho que se rieran resultan hombres serios si se les compara con los chinos. Aseguran los libros de zoología que los mandarines y gente rica de la China se dedicaban a criar carpas en lindos acuarios. Como los chinos se distinguieron siempre por su paciencia y su habilidad, consiguieron mestizar las carpas y crear nuevas variedades. Entre estas variedades se halla el cola de velo, producto de una cruza de la carpa dorada con otra variedad. Hasta ahora los chinos han guardado el secreto de tales cruzamientos. Todas las carpas son animales mansitos que se amigan con el hombre. Dentro de las peceras y acuarios viven sin tener miedo a la gente y llegan hasta tomar los alimentos en la mano del dueño, como los cisnes. Refieren los autores que las carpas y colas de velo acuden cuando se toca una campanilla u oyen el silbido de la persona que las supo domesticar. Si tienes paciencia prueba con los pececitos de colores a ver si consigues hacerte obedecer de ellos.

La cría del cola de velo y los suyos no es cosa fácil, y se necesita muchos cuidados para procurarles comida, mudarles el agua, etc. Comen oruguitas, semillas, tallos tiernos y otras cosas. En invierno se aletargan. Doña Cola de Velo pone unos 600.000 huevecillos.

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA

Página Infantil

María del Carmen Salom Tijena



Ernesto Cazabán Rodríguez



Olga M. Rodríguez



MIRANDO PASAR

ÓLEO DE ALONSO

FESTIVAL DE LA LIGA PATRIOTICA ARGENTINA



Señorita Luisa Emilia Sánchez y señor José Demaría Sala.



Señorita Alejandrina Passo y señor Alberto Seeber.



Señorita Zelly Senillosa y señor Federico Achával Riglos.



Distinguidas damas y caballeros en los hermosos jardines del Yatch Club, lugar en donde se celebró con gran lucimiento el festival organizado por la Liga Patriótica Argentina, que constituyó una nota social culminante.



Señoritas Lidia Méndez, Cora Freers, Rosa Carabassa, Isabel Plazón Quintana y Angélica Domecq y señores M. Paunero, Juan y Carlos Blaquier, Carlos Bustos Morón, Carlos E. Méndez y Enrique Loncan.



Una de las mesas ocupadas por conocidas familias de nuestra sociedad, durante la cena que precedió al animado baile y con lo que finalizó la fiesta, cuyos fines benéficos la hacía aún más simpática y atrayente.

FOTOS DE BELL



El poeta con su médico el doctor Ricardo Finocchietto y el doctor Garbarini.

Los cien días de cama de Carlos de Soussens

Si la gloria es prolongarse en bronce, el entrecejo fruncido como las estatuas, Carlos de Soussens ha preferido rehusar el honor de ser un poeta célebre, por ser un amable contemporáneo, y darnos, una vez más, en su persona, la imagen de la felicidad melancólica de sí misma. Y porque no lo quería, Carlos de Soussens es célebre en su desprendimiento. Pertenece a la ciudad de Buenos Aires, a sus calles, por lo difundido e interesante de su personalidad. Ese debía ser su destino, puesto que, suizo, dos años después de llegar al país, ya era teniente en el batallón Buenos Aires y peleaba en el Parque.

Casi no se creería hoy en la anécdota. Los parques afines a Soussens son el de Lezama y el 3 de Febrero, por los que mostró más tarde inclinación inveterada. No se comprende cómo este hombre plácido se haya batido, y los radicales han sido los primeros en olvidarlo. También de Soussens se olvidó, habiendo decretado como una suprema línea estética el olvidarse de la vida. Nunca la tomó en cuenta.

Por una causa casual y dramática, Carlos de Soussens, el poeta que tiene por modelo a Anacreon, ha tenido que aceptar del Estado la protección y la defensa. Cayóse de una escalera, quebrándose el fémur, y sus excelentes amigos, el doctor Ricardo Finocchietto y la bondad hecha carne del doctor Martín Reibel, le dieron en el Hospital Rawson la misma cama blanca y modesta en que, ya cansado de arrastrar los despojos de su voluntad, el católico poeta cristiano Paul Verlaine reclamaba todos los años en los hospitales de París — Alcyon y Anteo de pobre calidad, pero que necesitaba, como los titanes, tocar la tierra para recobrar la salud y sus derechos al cielo.

Hace ya cien días que Soussens espera en ese lecho la soldadura de sus huesos frágiles. En este tiempo han ido a visitar al poeta, que es público y municipal como un jardín, los cientos de amigos que le prefieren. Allí hemos ido varias veces, encontrándole feliz y satisfecho; un cigarro en los labios parlanchines, los ojos sonrientes, las manos alargadas y elegantes. En la breve cámara donde se cobija, es el enfermo heroico. Los honores van todos a él y los celos mimosos de los convalecientes no hacen vacilar su poderío. Es un seductor. La masajista es enternecida por lo original de su palabra; la hermana enfermera es vencida por el cínico discurso del epicúreo, los enfermeros aceptan sus órdenes de soberano de Utopía, y los compañeros de

habitación viven supeditados al gorjeo de este pájaro raro.

Todo ríe a su alrededor y parece feliz. Los canarios que el doctor Finocchietto ha distribuído en su sala, son los aliados de Soussens.

— He llegado a ser al fin millonario — nos dice al recibirnos. — Acabo de hacer la cuenta de lo que me pertenece. Tantas horas... tantos minutos... tantos millones de segundos que estoy acostado... ¡Soy millonario de segundos!

— ¿Y la pierna, va bien?

— Yo creo que podría ir mejor, pero Reibel y Finocchietto se complotaron aquel primer día en que me trajeron aquí. Reibel sacó de su servicio operatorio una pierna a una bailarina y la cambió por la mía... Me han puesto así una hermosa pierna que hará el solaz de mi vejez.

— Lo que debe sentir son los cocktails de otros tiempos. ¿Eh?...

— No mucho. Aquí hay estimulantes para los enfermos débiles, que tomo en cambio de cocktail... subiéndoles la dosis. Como tienen alcohol, quina, kola, arsénico y un poco de estricnina... el efecto es el mismo.

— ¿Y vino?

— Estos días he tenido que sacrificarme. Como la porción que dan a la sala es muy reducida, y había un niño a quien debía dársele preferencia, la hermana me pidió que por unos días redujera mi vaso. Así como hay gente que ofrece su sangre en los hospitales para dársela a los convalecientes, yo he tenido el honor de haberme sacrificado ofreciendo mi vino.,.

— ¿Escribe?

— Oye, secretario — porque ha investido con estas funciones a un vecino de cama a quien la mano milagrosa del doctor Finocchietto ha devuelto el rostro — trae el soneto que acabo de escribir esta mañana, y en donde, dedicado a mi médico, ustedes encontrarán referencias al enfermero que se llama Primitivo, a la masajista, a este negrito de la cama de enfrente, a la hermana y, sobre todo, a los canarios del jefe de la sala.— Y nos lee el soneto en francés:

A FINOCCHIETTO

Je suis un des oiseaux prisonniers dans ta cage,
L'un de tes canaris me chante un cri d'azur
Et je me sens plus fier et meilleur, et si pur
Devant l'honnêteté de garder mon courage.

Car je sais que bientot, comme tombe un orage,
Quelque doux infirmier au cœur plus dur qu'un mur
Caressera mes os d'un geste auguste et sur,
Et d'un ton "primitif" me dirá: — Soyez sage.

Puis la masseuse vient, qui s'appelle Rosa,
Et mon genou qui craque au rhytme de sa grâce
Evoque "Les Brigands" de Salvator Rosa.

Mais j'aime mieux la Sœur qui fait fi de ma race,
Adore un négrillon et sucre trop mon the...
— Toi, l'homme au bistouri, va prendre ton café!

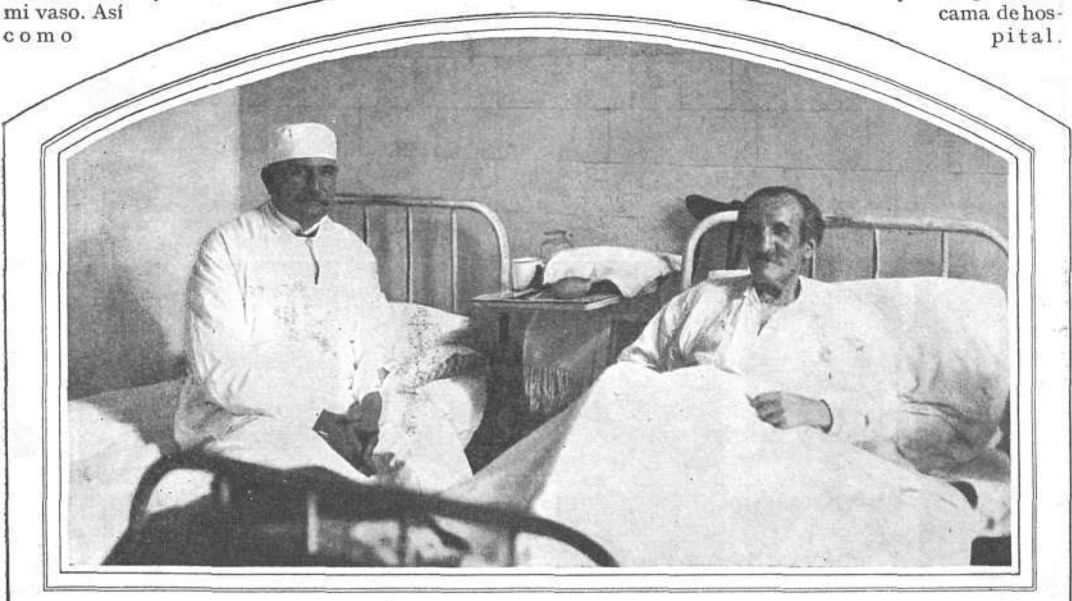
CARLOS DE SOUSSENS.

Soneto que Soussens dedica a su médico de cabecera.

El caballero de Friburgo — ciudad natal — dice sus versos con una entonación secular. La frazada cae como una desteñida púrpura por uno de los lados de la cama. Los vecinos enfermos abren los ojos, asombrados ante el ruido armonioso de este hombre que es una división formal de la humanidad — los hombres entretenidos y los hombres fastidiosos — y que decidió ser de los primeros, dando en cambio de ello la fama, el renombre y el numen.

— Mi otro hermano fué banquero. Le sedujeron los números — dice Soussens. — Mi hermano tomó por madrina a la economía. Fué condenado a caja de hierro a perpetuidad. Yo preferí a la imaginación. Mi fortuna la llevo conmigo y hoy la tengo en esta cama de hospital.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI



El protector de los artistas, doctor Martín Reibel, camarada de Darío, visitando a su amigo Soussens.

LOS FAVORECIDOS CON EL MILLON


Esteban Sciangula, propietario de una sastrería en Tucumán, primer favorecido.


Vicente Sciangula, hermano del anterior, copartícipe de la buena suerte.


Francisco Sciangula, otro hermano, también participante del millón.


José Sciangula, otro "comanditario" en este regalo de los dioses.


A Salvador Sciangula, con 71 años a cuestas, le tocaron pesos 25.000 m/n.



He aquí el modesto establecimiento sobre el cual batió sus alas la "Tornadiza".


Francisco Costa, empleado de la sastrería, "agraciado" con varios miles.


Vicente Cinquegrane, otro que también tuvo que emocionarse ante la realidad.


Asimismo, el bello sexo ha tenido su parte en el millón, como puede verse en este grupo formado por parte del personal de la sastrería.


Salvador Azor, que dicen que se "azoró" mucho con la noticia.


Luis Paz, que seguramente ahora vivirá más de acuerdo con su apellido.


Teodomira Albarracín, pensando en los dorados proyectos del porvenir.


Juan Castro, que de cadete en la sastrería pasa a propietario de $ 25.000.


José L. Lazarte, operario que ahora salta, merced a la suerte, a pequeño burgués.


Ceferina Villafañe, costurera de la casa, favorecida con $ 50.000.


Francisco Carrera. Nunca es tarde para recibir a nuestra Señora la Esperanza.

EL GENERAL BURGUETE

Figura militar de gran relieve en España, que acaba de renunciar el puesto de Alto Comisario en Marruecos, donde realizó una obra tan intensa como discutida, pero de indudable significación. El reportaje que publicamos, enviado por nuestro corresponsal literario, señor Salaverría, fué obtenido durante una corta permanencia del general Burguete en Madrid, antes de producirse los acontecimientos que originaron su retiro.

A la popular Revista Argentina Caras y Caretas
El General Burguete

A la puerta del hotel de Roma tropiezo cara a cara con el Alto Comisario en Marruecos, que está a punto de montar en su automóvil.

—¿Usted siempre de prisa, general?

—Es la vida. Acabo de llegar de Marruecos, y esta misma noche me vuelvo a mi destino. ¿Quiere usted subir?

—¿A dónde me lleva usted?

—Voy al ministerio de la Guerra. Charlaremos por el camino...

He subido al automóvil, que marcha a escape. Y como el trayecto a recorrer no es muy largo y me conviene aprovechar el tiempo, sin más preliminares me voy derecho al asunto.

—¿Qué hay por allá abajo, mi general? ¿Qué dicen los moros? ¿Cómo van esas operaciones?

—Allí hay lo de siempre: mucho trabajo por hacer, tanto de política como de armas. Ya conoce usted a los moros; ya sabe que es preciso invitarles a las dulzuras de la paz teniendo el palo preparado. Como a todos los pueblos primitivos, que son al mismo tiempo taimados y valerosos. Pues bien, creo que no han de lamentarse de mi comportamiento y no dirán que yo falto a las buenas costumbres. Ofreceré la paz siempre que pueda; pero sin olvidarme nunca de los fusiles.

—¿A cuál de los dos recursos asigna usted más importancia: a la convicción pacifista o a la acción guerrera?

—No sé; es difícil contestar terminantemente. La guerra ha sido siempre un arte complicado en que la astucia, la confidencia, el soborno, la presión moral en sus mil formas han decidido la victoria en tanta proporción como las armas. El vulgo puede creer que la guerra es una simple cuestión de ataques a fondo; pero apenas un hombre tiene la responsabilidad del mando, comprende que la guerra no es sólo valor, sino, además y sobre todo, idea.

Como le dije antes, yo no pierdo ocasión de hacer una intensa labor política cerca de los moros.

Y hasta ahora tengo motivos para sentirme satisfecho, porque, en realidad, descontaba la fracción de los beni-urriaguel y cabilas adyacentes, toda nuestra zona puede considerarse pacificada.

—Pero queda todavía por roer ese hueso de las cabilas insumisas...

—Sí; todavía resta alguna faena. Pero observe usted que esa misma faena la vamos consumando con elementos indígenas, que es decir con el mayor ahorro posible de sangre española. Diariamente se repatrian y vuelven a España batallones peninsulares. En cambio, cada vez se organizan nuevos núcleos de tropas indígenas, que, bien preparadas y mandadas, hacen el oficio de fuerzas de choque. Así, por grados y a su tiempo, iremos estrechando el cerco en que están encerradas las cabilas rebeldes.

—¿Será largo o corto el plazo, general?...

—No me obligue usted a cometer el mayor pecado en que puede incurrir quien dirige una campaña. En la guerra no se debe hablar de plazos fijos...

—¡Y mucho menos al hombre que maneja una pluma!...

Hemos llegado al ministerio de la Guerra. El general Burguete sonríe de buena gana oyendo mi última y un poco indiscreta reflexión. Es el general Burguete un hombre de mediana edad, robusto, bien conformado y de aire franco y amable. Su cultura es tan honda y vasta como su vocación por la milicia. He ahí un hombre en quien las extensas lecturas, las más fuertes curiosidades intelectuales y una activa tarea de escritor no han podido disminuir en lo más mínimo el ardor guerrero.

Nos estrechamos la mano.

—Adiós. Me esperan arriba para ultimar algunos detalles de orden estratégico. Que siga usted escribiendo mucho.

—Adiós, mi general. Que la fortuna le acompañe.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

MADRID. NOVIEMBRE DE 1922

La comisión directiva de la prestigiosa institución, compuesta por los señores: Ezequiel P. Paz, presidente; ingeniero Teodoro M. Bellocq, vicepresidente; Eduardo F. Jacky, secretario; Horacio Gutiérrez Larreta, tesorero; José Canals y doctor Fernando Sauze, vocales.

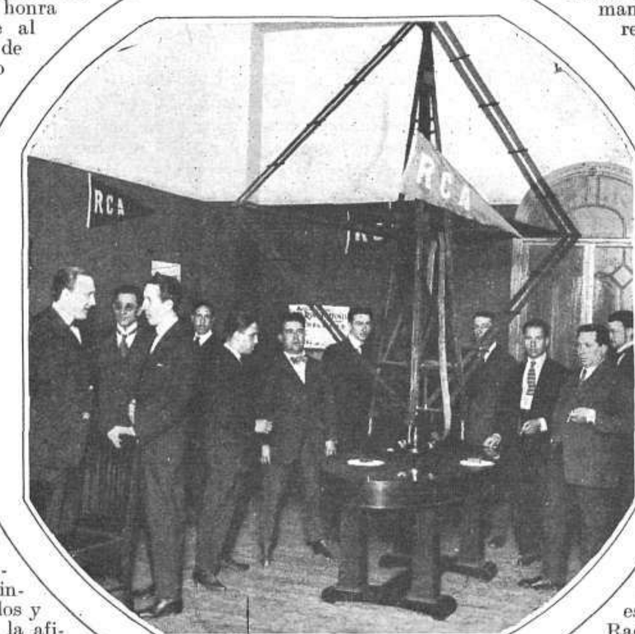
RADIO CLUB ARGENTINO

SU OBRA EN PRO DEL DESARROLLO Y CONOCIMIENTO DE LA RADIOTELEFONIA

El Radio Club Argentino, institución que honra verdaderamente al país por el desarrollo de sus labores de perfecto acuerdo con los últimos adelantos científicos en la materia, ha instalado sus oficinas en el Pasaje Güemes, acondicionándolas de acuerdo con los más modernos procedimientos.

Recordemos que se fundó el 21 de octubre de 1921 y que, a partir de tal fecha, su organismo no ha cesado de tender al adelanto de las enseñanzas radiotelegráficas, así en su parte teórica como en la experimental, contribuyendo eficazmente al desarrollo de la industria y sus derivados y asimismo cultivando la afición de profesionales y amateurs.

Una de sus actuales preocupaciones consiste en fomentar en todo el país la creación de instituciones similares y en mantener frecuentes y directas comunicaciones con otras del extranjero.



Grupo de socios y visitantes en uno de los salones de la exposición de aparatos e implementos de radiotelefonía.

Al presente, pasan de 550 los asociados del Radio Club Argentino, cuya directiva se distingue por su celo progresista y patriótico, a juzgar por los trabajos realizados en lo que lleva de funcionamiento bajo la presidencia de don Ezequiel P. Paz, director de «La Prensa» y uno de los más entusiastas propagadores de la radiotelegrafía nacional, a cuyo estudio dedica «quince minutos» de información diaria en las columnas de su gran periódico.

Digamos, para terminar esta breve reseña, que el Radio Club Argentino es una de las organizaciones culturales que nos honran por la hermosa realidad que ya representa y por el magnífico porvenir que nos ofrece, constituyendo un



Socios del club oyendo los conciertos que se reciben diariamente.

El socio señor Tagliaferro, leyendo, para su transmisión, el noticioso diario de las 19 horas.

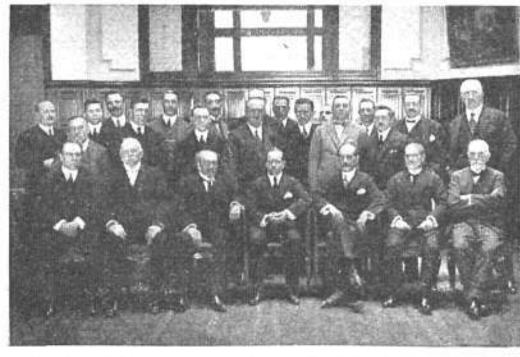
motivo de legítimo orgullo propio, según consta en los elocuentes testimonios que día a día justifican ampliamente el motivo de su fundación.

El secretario y tesorero con los socios señores Prof. Mario Pedro Arata, arquitecto Raúl Christensen, Alejandro Colombo y otros.

ACTUALIDADES DE CHILE



Conocidas personas que asistieron a la comida que la colonia española de Valparaíso ofreció al ministro de España en aquella república, don Bernardo Almeyda y Herrera.



Asistentes al banquete ofrecido por el embajador de los Estados Unidos en honor del almirante Cole y de los marinos norteamericanos, que se celebró en el Club de la Unión.



En honor de los marinos norteamericanos del "Cleveland" y del "Denver", se sirvió un banquete en la intendencia de Valparaíso, que les fué ofrecido por el ministro de Guerra.

EL TRADICIONAL BAILE DEL CLUB ATLETICO SAN ISIDRO

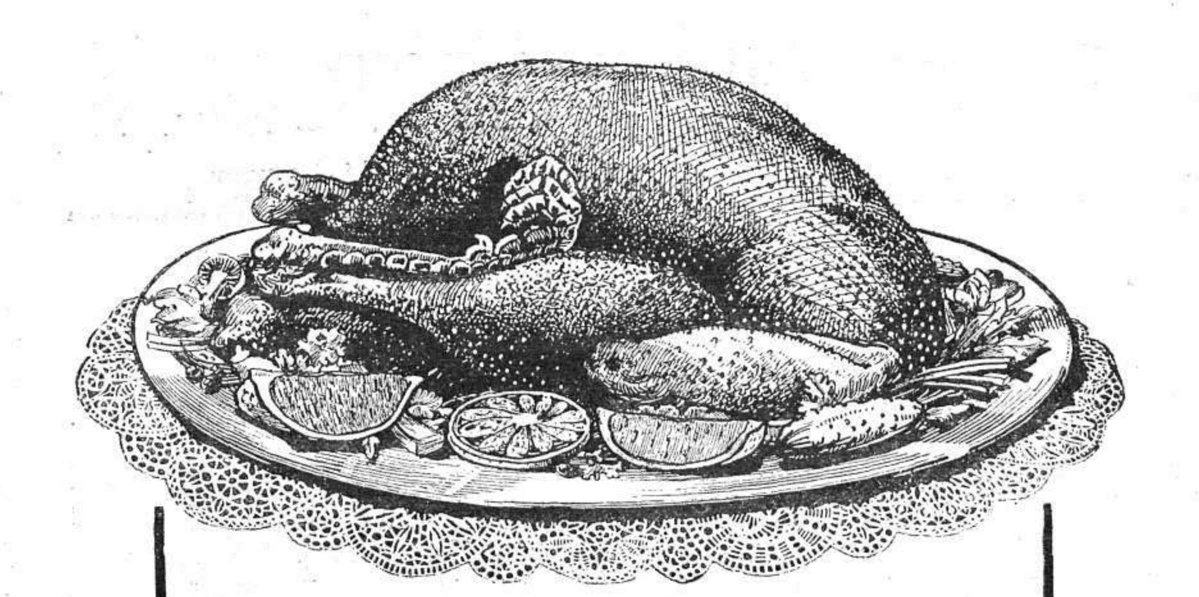








Diversos aspectos de la numerosa y distinguida concurrencia al baile de fin de año que el Club Atlético de San Isidro celebró en honor de las familias de sus asociados, festival que resultó muy lucido y que constituyó una agradable nota social con que dicha asociación inauguró la temporada de verano.



Supóngase Ud. Señora que este plato de comida después de mucho gasto y cuidados le resulta con un gusto desagradable: En el acto se da Ud. cuenta de la causa: No empleó aceite "BAU": Y le vendrá en seguida a la memoria esta verdad tan verdadera:

50 CENTAVOS PERJUDICAN A 10 PESOS

Con 50 centavos de aceite tiene bastante para saturar 10 pesos de comida. Si el aceite no es de confianza, la comida quedará horriblemente saturada. Pero si el aceite es "BAU", se impregnará de un sabor delicioso y exhalará el clásico aroma de los manjares irreprochablemente condimentados. Sus invitados quedarán muy satisfechos y desearán que se repita el convite.



EFEMERIDES HISTORICAS

3 de enero de 1846.— Suecia y Noruega reconocen la independencia argentina.

A título de curiosidad publicamos este documento:

PROTOCOLO. — *De la Conferencia tenida en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, con el Capitán de la Marina Real de Suecia, Caballero de la Orden de la Espada, Comandante de la Corbeta "La Carlscrona", don Erico Gustavo de Klint, el día 3 de Enero de 1846. — Año 37 de la Libertad, 31 de la Independencia y 16 de la Confederación Argentina.* — Hallándose presentes en el Ministerio de Relaciones Exteriores el Excmo. Sr. Ministro de Negocios Extranjeros, Camarista Dr. D. Felipe Arana, y el Sr. D. Erico Gustavo de Klint, Capitán de la marina real de Suecia, Caballero de la Orden de la Espada, Comandante de la corbeta *La Carlscrona*, autorizado expresamente por S. M. Oscar I, Rey de Suecia y Noruega, para tratar con el Gobierno Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, de los medios de extender y favorecer las relaciones de amistad y de buena correspondencia entre ambas naciones, según resulta del diploma que presentó en 6 de Diciembre del año próximo pasado, después de haber expresado las justas intenciones de su Gobierno, y el deseo que lo animaba de cultivar las más cordiales relaciones de amistad con el de esta República, y haber solicitado de S. E. el Sr. Ministro presente, saber los sentimientos del Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia, Encargado de las Relaciones Exteriores de las Provincias de la Confederación Argentina, acerca de la autorización de que se hallaba investido dicho Sr. Capitán de la Marina Real de Suecia, D. Erico Gustavo de Klint, para el reconocimiento de la Independencia: luego de haber sido suficientemente instruído de las mismas amigables disposiciones de S. E. el Sr. Gobernador, y haber hallado bastante la antedicha autorización para el expreso reconocimiento de la Independencia de la Confederación Argentina, prestó a presencia de S. E. el Sr. Ministro, la siguiente declaración formal, por la que en el real nombre de S. M. Oscar I, por la gracia de Dios, Rey de Suecia y Noruega, y a virtud de sus plenos Poderes conferidos el 15 de Julio del año próximo pasado 1845, reconoce a la República de la Confederación Argentina como Nación Soberana, Libre e Independiente.

Yo, Erico Gustavo de Klint, Capitán de la Marina Real de Suecia, Caballero de la Orden de la Espada, Comandante de la Corbeta *La Carlscrona*, autorizado solemnemente por Plenos Poderes expedidos en 15 de Julio de 1845, por S. M. el Rey de Suecia y de Noruega, para convenir con el Gobierno Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, los mejores medios de extender y favorecer las relaciones de amistad y buena correspondencia entre ambas Naciones, declaro: que S. M. Oscar I, Rey de Suecia y Noruega, de los Godos y de los Vándalos, reconoce como Nación Soberana, Libre e Independiente, a la República de la Confederación Argentina, con toda la extensión de territorio que le pertenece, y consiguientemente declaro, que en los puertos y territorios de S. M. el Rey de Suecia y de Noruega, el Pabellón, Ministros, Autoridades, Agentes y súbditos Argentinos, gozarán en sus personas y propiedades, de las inmunidades, consideraciones y derechos que conforme a la ley común de las naciones, dispensará a cualquiera otra nación, igualmente soberana e independiente; y que respetará las leyes y disposiciones particulares de la República Argentina, como lo hace el Rey mi Soberano con las de cualquier otro Estado. Y por cuanto S. M. ha manifestado su disposición de extender y favorecer las relaciones de amistad y de buena correspondencia con el Excmo. Gobierno de la República tan luego como queden expeditas dichas relaciones de amistad por medio de esta franca y explícita declaración y de sus deseos de que sea admitido y reconocido en esta República el Cónsul o Agente Público que nombre a tan importantes objetos: yo, Erico Gustavo de Klint, prometo con la misma solemnidad, que a los doce meses de la fecha será dirigido por S. M. el Rey de Suecia y de Noruega, mi augusto Soberano, a este Excmo. Gobierno, la ratificación hecha por S. M. de esta declaración y expreso solemne reconocimiento que por su real y soberana autorización hago de la soberanía e independencia de la República Argentina, en fe de lo cual, firmo y sello la presente en Buenos Aires, a tres del mes de Enero de mil ochocientos cuarenta y seis.

(L. S.) E. G. DE KLINT.

Admitida por S. E. el Sr. Ministro la precedente declaración con la calidad que ella contiene, de ser ratificada expresamente por S. M. el Rey de Suecia y de Noruega, habiendo acordado a nombre de su Gobierno Encargado de las Relaciones Exteriores de las Provincias Confederadas, las mismas inmunidades, consideraciones y derechos al pabellón, autoridades, ministros, agentes y súbditos de S. M. el Rey de Suecia y Noruega, y el debido respeto a las leyes y disposiciones particulares de S. M., del mismo modo que lo hace con todos los demás Estados, y convenido en reconocer en su carácter al Cónsul, o Agente Público que S. M. el Rey de Suecia y de Noruega acredite cerca de la Confederación Argentina; después de la ratificación de esta declaración, dieron fin a la presente Conferencia, que firmaron en el mismo día de la fecha.

FELIPE ARANA. — E. G. DE KLINT.

AQUÍ LA DECLARACIÓN. — A consecuencia de la textual declaración que antecede, la hemos querido ratificar, aceptar y aprobar, como lo aprobamos, aceptamos y ratificamos por el presente acto, del modo más solemne, comprometiéndonos a cumplir fiel y lealmente todas sus estipulaciones. — En fe de lo cual la hemos firmado de nuestras propias manos y hecho sellar con nuestro Sello Real, en nuestro palacio de Stokolmo, el día duodécimo del mes de Junio del año de Nuestro Salvador Jesucristo 1846.

(L. S.) OSCAR,

AQUÍ EL PROTOCOLO. — Nos, Juan Manuel de Rosas, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores de las Provincias de la Confederación Argentina, hemos aprobado, confirmado y ratificado el dicho Protocolo de Conferencia, como por el presente acto lo aprobamos, confirmamos y ratificamos en toda forma. — En fe de lo cual firmamos de nuestra mano el presente instrumento de ratificación, sellado con el sello de la Confederación Argentina, y héchole refrendar por nuestro Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores, en Buenos Aires, a seis de Enero del año de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y siete. — Año 38 de la Libertad, 32 de la Independencia y 18 de la Confederación Argentina.

(L. S.) JUAN MANUEL DE ROSAS. — FELIPE ARANA



LECTURAS INFANTILES

EL HADA BENEFICA

POR ADELIA DI CARLO



La próxima llegada de los dadivosos Reyes de Oriente hacía brotar en el alma de Elsa y de Carlitos, la flor de la esperanza.

¿Qué les traerían los Magos?

Mil proyectos elaboraban para ese gran día, y a la sola idea de los regalos a recibir, sus corazoncitos latían de intensa alegría.

La víspera del arribo de Melchor, Gaspar y Baltasar, los dos hermanitos fueron llevados a paseo por su querida mamá. Se dirigían al gran parque de la ciudad, donde los niños respiran libremente y donde aprenden, en el gran libro que la naturaleza tiene abierto para todos — chicos y grandes, — las más saludables enseñanzas.

De pronto, la niña exclamó:

—¡Mira, mamá, a aquellos niños descalzos que van mirando al suelo como si buscaran algo!

—Pobrecitos — respondió la señora, — son los que viven en el conventillo que se encuentra a la vuelta de casa. Ahí veo a uno que lleva a la boca una fruta verde.

—Y, dime, mamá, ¿los Reyes Magos no se acordarán de dejarles mañana alguna cosa al pasar por frente a su casa?

—Creo que no, hija mía.

—¡Es una gran injusticia! — replicó la pequeña Elsa, indignada. — ¿Por qué razón los Reyes dejan sus regalos en las casas de los niños ricos y olvidan a la de los pobres?

—Eso, hijita, yo no podría explicártelo bien porque eres todavía chiquita para comprenderlo.

—Con razón hay tantos chicos pobres con caritas tristes — dijo a su vez Carlitos, terciando en el debate. — ¿No te parece, mamita, que hay que poner un remedio a esa falta de justicia?

—¿Cómo?

—Haciendo que las madres buenas que son ricas o que no son tan pobres como las que viven en los conventillos, guíen a los Reyes Magos y les señalen las puertas de los niños a quienes la suerte desheredó.

—Eso no va a ser posible, hijito — dijo la señora con profunda tristeza.

—¿Por qué?

La madre comprendió todo lo que pasaba por el alma inocente y candorosa de sus hijos, y la gran dificultad que había en responder a aquella pregunta. Le dolía llevar a esos espíritus infantiles el descreimiento en la bondad humana, admirando al mismo tiempo a aquel llamado que hacían sus niños a la fraternidad.

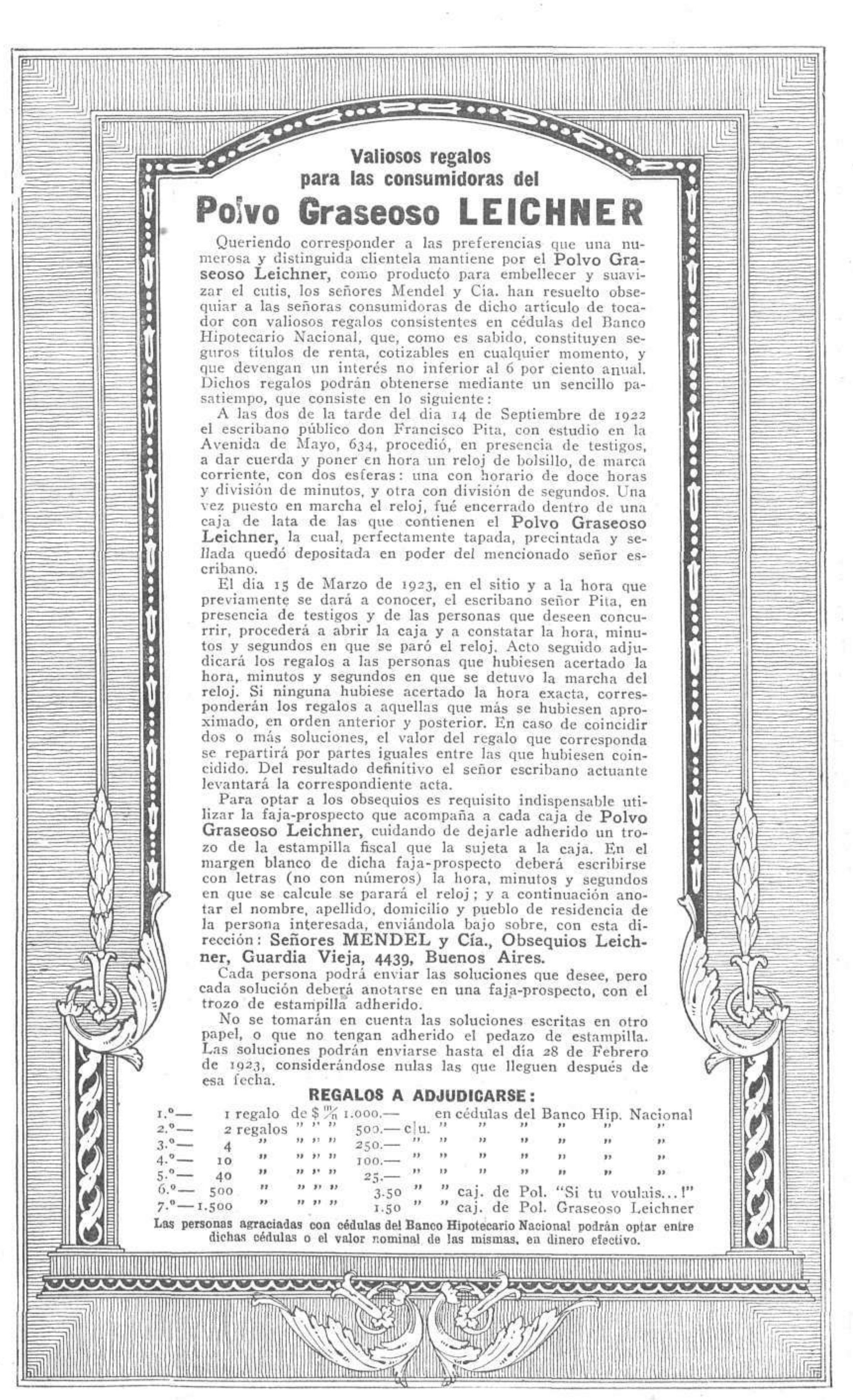
—Porque, porque — dijo confusa, — porque... sería preciso que cada una de las madres que no han sido olvidadas por la fortuna o que tienen lo necesario para vivir, se resolviesen a hacerlo.

—¿Y qué esperan? — exclamó Carlitos con impaciencia. — ¡Cómo los chicos pobres van a ver con indiferencia de que los Reyes adoradores de Jesús, que predicó el amor entre todos los hombres, prodiguen sus regalos en las moradas de los ricos sin acordarse de tantos pobres, a quienes prefirió siempre el Niño de Belén!

—Es claro, los chicos pobres tienen que sufrir por esa gran injusticia — proclamó nuevamente Elsa.

Se hizo el silencio. Los niños no podían ya pensar con placer en el regalo de los Reyes. La madre sentía pesar sobre su corazón cada una de las palabras de sus hijos, cuya lógica era irrebatible. Llegados al parque, descendieron del carruaje, para volver a él una hora después. El regreso fué triste. El cuadro de los niños sin ropas y sin calzado se ofreció de nuevo a la vista de los paseantes.

Al día siguiente, Elsita y Carlitos, con los numerosos juguetes y dulces que les dejaron los Reyes, fueron a visitar a los niños del conventillo vecino para ofrendárselos. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando vieron la vivienda de los niños pobres adornada de flores, y a aquéllos saltar alegremente porque todos habían sido obsequiados, como ellos, con dulces, libros y juguetes!... ¡Era su madre el hada benéfica que había proveído a todo!... ¿Por qué no abundarán esas hadas benéficas?


Valiosos regalos
para las consumidoras del
Polvo Graseoso LEICHNER
Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el Polvo Graseoso Leichner, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo, que consiste en lo siguiente:
A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el Polvo Graseoso Leichner, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.
El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.
Para optar a los obsequios es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de Polvo Graseoso Leichner, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.
Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.
No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esa fecha.
REGALOS A ADJUDICARSE:
1.°— 1 regalo de $ m/n 1.000.— en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.°— 2 regalos " " " 500.— c/u. " " " " " "
3.°— 4 " " " " 250.— " " " " " " "
4.°— 10 " " " " 100.— " " " " " " "
5.°— 40 " " " " 25.— " " " " " " "
6.°— 500 " " " " 3.50 " " caj. de Pol. "Si tu voulais...!"
7.°— 1.500 " " " " 1.50 " " caj. de Pol. Graseoso Leichner
Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.

Gotas de sangre

Hay dos circunstancias por las que una mujer puede llegar a aborrecer a un hombre: por haberla engañado y por no haber tenido habilidad para engañarla.

* * *

Muchos filósofos, cuando atacan a la mujer, sólo logran dejar malparados a los hombres.

* * *

Debemos portarnos en la vida como si cada uno fuese el mayor y el más fuerte de todos.

* * *

En amor, cuando todas las razones nos han aconsejado la justicia de una determinación severa, el corazón siempre encuentra un pretexto para perdonar.

* * *

Las mujeres sólo meditan sobre lo que no deben hacer.

* * *

El amor no es otra cosa que el deseo con traje de etiqueta.

* * *

Es mucho más fácil quejarse de una injusticia que demostrarla.

* * *

Todo está bien si es oportuno.

* * *

Las mujeres se aburren con los hombres a quienes no inspiran ningún deseo.

* * *

Las mujeres se equivocan siempre a costa de los hombres.

* * *

La honestidad es una virtud que sirve a la mujer para librarse de los hombres que no le agradan.

* * *

La naturaleza se arrepentirá algún día de haber dado belleza a ciertos hombres y talento a algunas mujeres.

* * *

El amor y el matrimonio se parecen como lo justo y lo legal.

* * *

Son las torpezas de los demás las que muchas veces nos obligan a ser peores de lo que en realidad somos y casi siempre a parecerlo.

* * *

El cuerpo humano adopta sus más nobles actitudes cuando no hace nada.

* * *

Conviene recordar con frecuencia que no basta creer en las cosas para que existan.

* * *

Las mujeres coquetas tienen un miedo terrible a los hombres espirituales.

JOSÉ MARTINEZ JEREZ

Tarde sombría

Por

SALVADOR ALFREDO GOMIS

¡Qué triste está la tarde! ¡Qué triste y qué sombría!...
Me invade una como vaga melancolía
de pájaro sin alas...
Y en tanto que la lluvia al caer en los cristales
en suave tintineo,
inunda mi buharda de notas musicales,
que son como un deseo
de tormenta, una gran inquietud
hace nido en mi pecho...
¡Una gran inquietud!
Esta tarde resume toda mi juventud!...

Mi juventud sombría, desorientada, huera,
como un cielo plomizo,
sin saber del hechizo
de una ilusión cualquiera!...

Mi juventud absurda, mi juventud sombría,
llena de vaguedades, de ambigüedades llena!...
(Mis pupilas inquietas son de melancolía,
y hay una rebeldía
flotando en mi melena!)

¡Qué triste está la tarde! ¡Qué triste y qué sombría!..
Si estuviera conmigo la dulce amada mía
habría sol en mi alma...
¡Y la querría tanto
por saber el encanto
de unas horas de calma!...

Pero Ella está muy lejos... ¡La veo tan distante!...
Quizá como yo sienta enorme sed de amar...
Quizá como yo tenga un espíritu errante...
¡Cuando la podré hallar!...

El día que la encuentre se encenderá una estrella
en mi alma sin luz,
y me entregaré a ella
como un niño Jesús...

Y seré bueno, bueno, inmensamente bueno,
porque quiero ser bueno...
Porque mi juventud
nunca supo de un día "santamente sereno"...
¡Siempre esta absurda, triste, aplastante inquietud!...

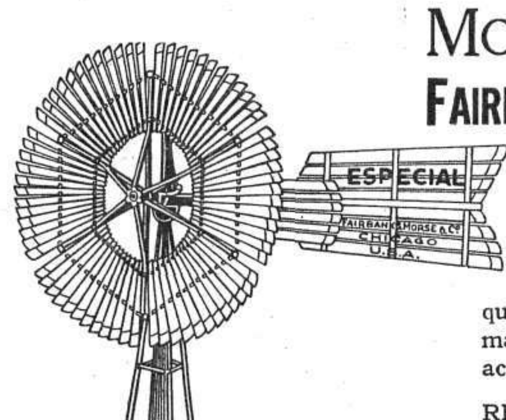


Momento musical

La alegría de vivir
y el contento de soñar
no me dejan sucumbir..
y aunque me mate el pesar
me sentiré resurgir
para bailar y cantar.

Para bailar y cantar
me sentiré resurgir
después de hacerme enterrar...
La muerte no ha impedir
que yo pueda proclamar
la alegría de vivir!

LÁZARO LINCHWITZKY

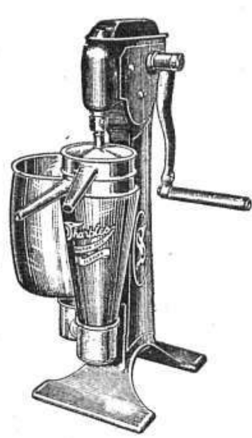


MOLINOS A VIENTO
FAIRBANKS-MORSE "ESPECIAL"
SIN ENGRANAJES

La mejor garantía de su duración y perfecto funcionamiento la constituyen los molinos **"ESPECIAL"**, que fueron instalados en el país hace más de 35 años y que funcionan actualmente.

REPUESTOS GRATIS POR DOS AÑOS.
SON LOS MAS BARATOS

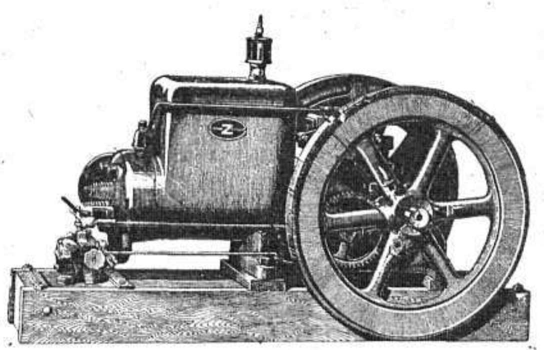
DESNATADORAS
TUBULAR
"SHARPLES"
sin discos ni platillos



Por su sistema de succión, no pierden crema en el suero. Su costo, muy reducido, se recupera en poco tiempo con el mayor rendimiento de crema.

MOTOR FAIRBANKS - MORSE
SERIE **"Z"**
CON MAGNETO "BOSCH"
A NAFTA O KEROSENE

Se recomienda especialmente para accionar desnatadoras, desgranadoras, bombas, equipos de luz, etc.
Tamaños disponibles de 1-1/2, 3, 6, 10 H.P.



FAIRBANKS-MORSE

6 Fábricas
46 sucursales



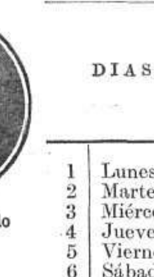
Sucursal Argentina:
PERU, 475 - Buenos Aires

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIO



Coronel Hilario Ascasubi.



Señor Carlos Guido Spano.

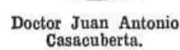


Doctor Leopoldo Basavilbaso.

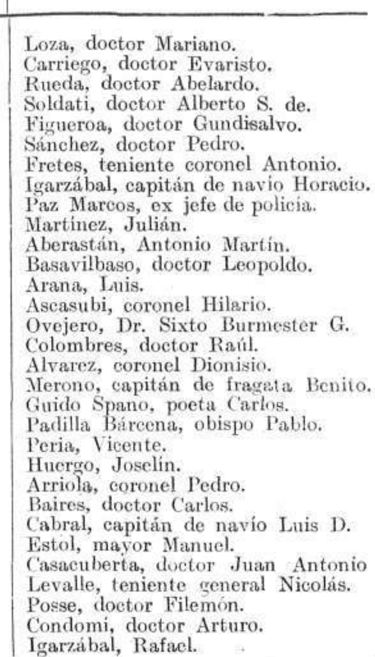
Doctor Evaristo Carriego.



Doctor Luis Arana.



Doctor Juan Antonio Casacuberta.



DIAS		AÑOS Nacimiento	AÑOS Muerte	ENERO — Patriotas, guerreros, héroes y benefactores de nuestra vida política y social
1	Lunes		1921	Loza, doctor Mariano.
2	Martes		1908	Carriego, doctor Evaristo.
3	Miércoles		1917	Rueda, doctor Abelardo.
4	Jueves		1921	Soldati, doctor Alberto S. de.
5	Viernes		1865	Figueroa, doctor Gundisalvo.
6	Sábado	1846		Sánchez, doctor Pedro.
7	Domingo		1916	Fretes, teniente coronel Antonio.
8	Lunes		1921	Igarzábal, capitán de navío Horacio.
9	Martes		1904	Paz Marcos, ex jefe de policía.
10	Miércoles		1911	Martínez, Julián.
11	Jueves		1861	Aberastán, Antonio Martín.
12	Viernes		1908	Basavilbaso, doctor Leopoldo.
13	Sábado		1920	Arana, Luis.
14	Domingo	1807		Ascasubi, coronel Hilario.
15	Lunes		1921	Ovejero, Dr. Sixto Burmester G.
16	Martes		1920	Colombres, doctor Raúl.
17	Miércoles		1906	Alvarez, coronel Dionisio.
18	Jueves		1918	Merono, capitán de fragata Benito.
19	Viernes	1827		Guido Spano, poeta Carlos.
20	Sábado		1921	Padilla Bárcena, obispo Pablo.
21	Domingo	1864		Peria, Vicente.
22	Lunes		1917	Huergo, Joselín.
23	Martes		1917	Arriola, coronel Pedro.
24	Miércoles		1920	Baires, doctor Carlos.
25	Jueves		1919	Cabral, capitán de navío Luis D.
26	Viernes		1917	Estol, mayor Manuel.
27	Sábado		1912	Casacuberta, doctor Juan Antonio
28	Domingo		1902	Levalle, teniente general Nicolás.
29	Lunes	1831		Posse, doctor Filemón.
30	Martes		1917	Condomi, doctor Arturo.
31	Miércoles	1842		Igarzábal, Rafael.



PARA completar los efectos benéficos del veraneo en la playa, los médicos recomiendan como bebida de mesa la MALTA PALERMO. Este gran tónico nutritivo, ya por sí solo un sobrealimento, tiene además la virtud de ayudar a asimilar los demás valores de la alimentación. Obra también como purificador de la sangre, y sus efectos calmantes sobre el sistema nervioso son harto conocidos. Reúne, pues, todas las condiciones de una bebida de mesa ideal.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES





CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

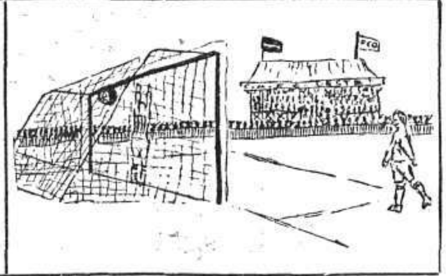


Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



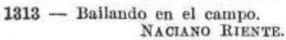
1310 — El regalo de Navidad.
CARLOS LOCRIA.

1311 — Tomando un helado.
CLOTILDE GUASCH.

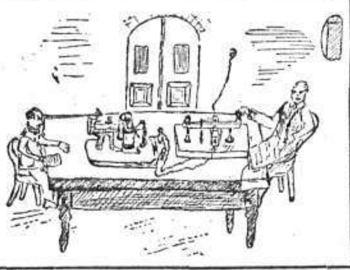


1312 — El goal del triunfo.
CÉSAR A. NOGUERA.

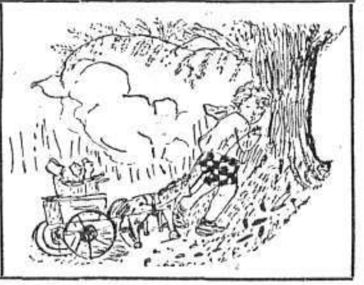




1313 — Bailando en el campo.
NACIANO RIENTE.



1314 — Estudiando el telégrafo.
FELICIANO SÁNCHEZ



1315 — Jugando con sus juguetes.
MARÍA CANDELARIA FLORES.



Bien instruída, la doncella
sabe que su señorita
los cuidados necesita
de una mucama como ella,

que, inteligente y amable,
al baño la ayude a entrar
y procure no olvidar
nada de lo indispensable.

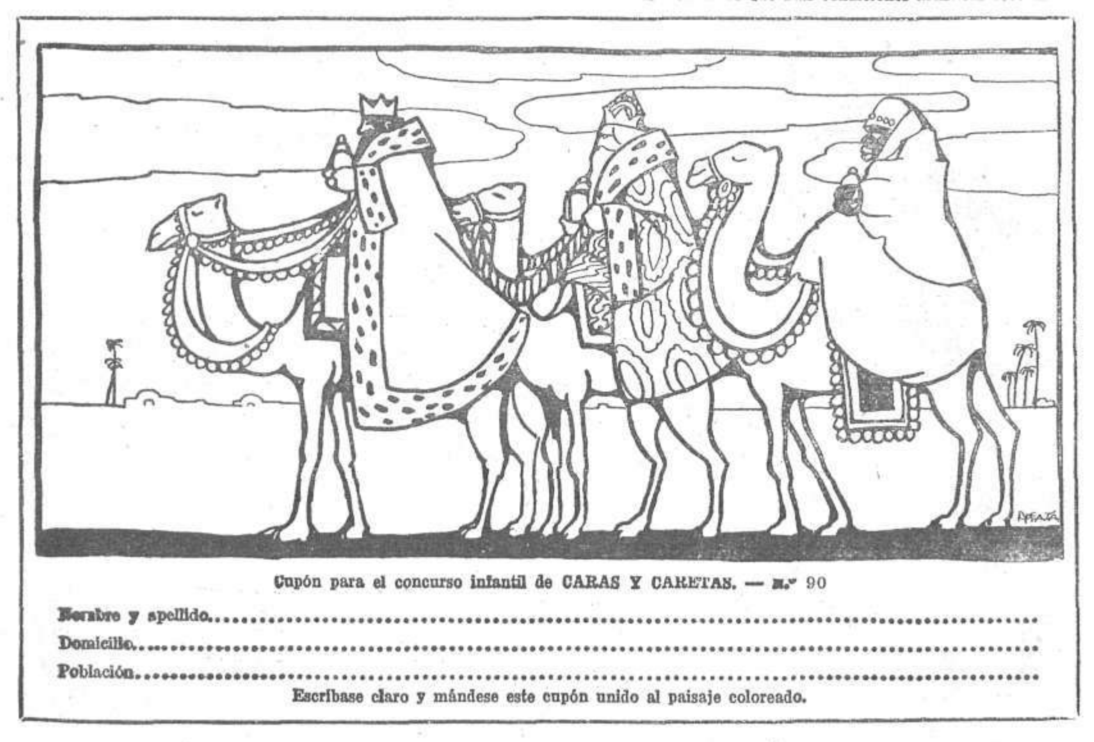
Y cumple su obligación
de tal modo la mucama,
que al punto le lleva a su ama
lo indispensable: el jabón.

¿Qué jabón? ¿Cuál ha de ser?
El REUTER, de calidad
que da al cutis suavidad
y embellece a la mujer.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 90

Nombre y apellido..

Domicilio..

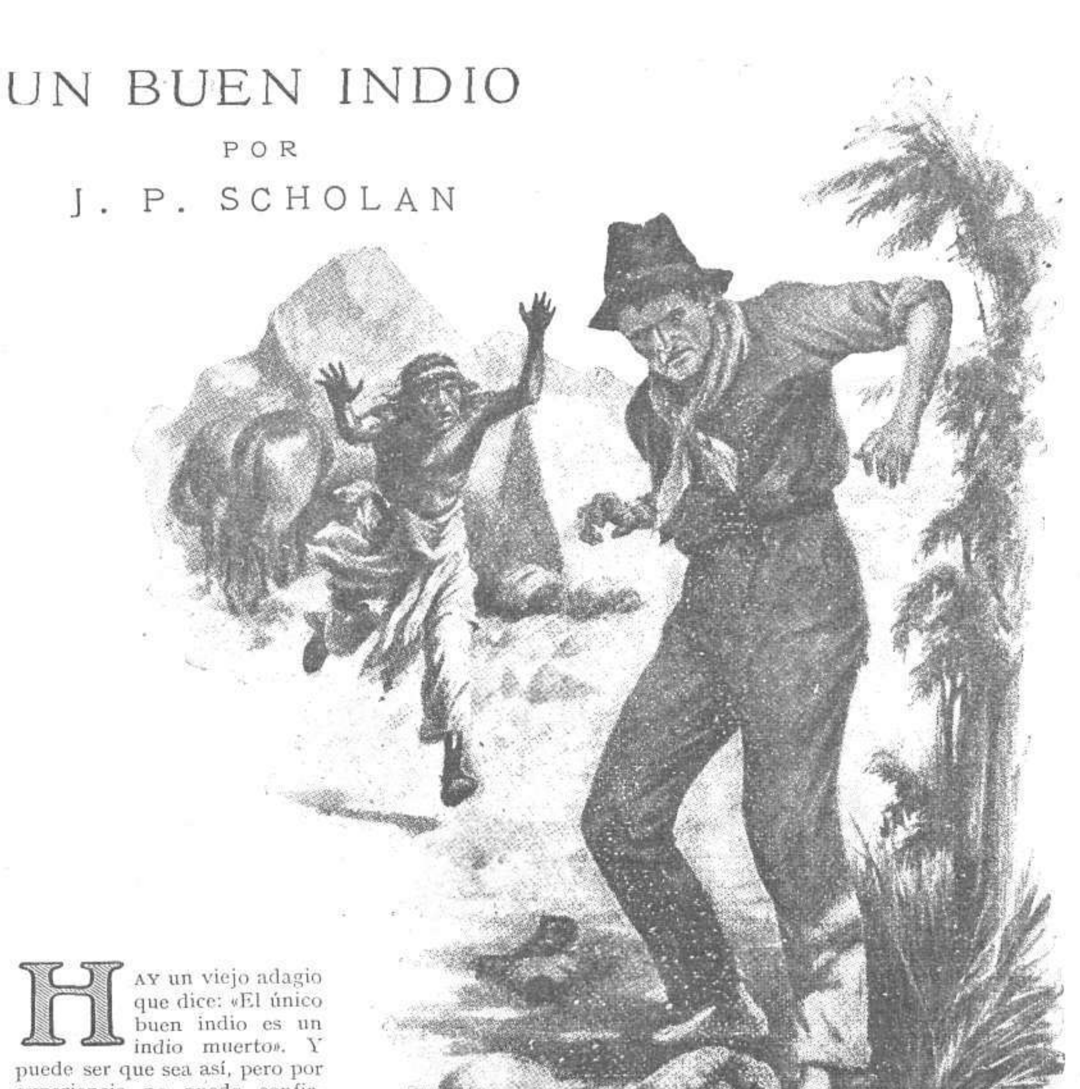
Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

UN BUEN INDIO

POR

J. P. SCHOLAN



Hay un viejo adagio que dice: «El único buen indio es un indio muerto». Y puede ser que sea así, pero por experiencia no puedo confirmar tal dicho.

He estado en contacto con muy pocos indios, los indios de hoy. Me refiero particularmente a los restos de la raza que aun viven en su modo primitivo, esparcidos por la gran superficie del Desierto Colorado, descendientes del noble piel roja descripto tan pintorescamente en las páginas de las historias. Sin embargo hay uno de los descendientes de esa casi extinguida raza que tendrá siempre un lugar sagrado en mi memoria. Su nombre era Sumataiyi, de la tribu Seri.

Aunque es cierto que he escrito muchos cuentos de aventuras, cuyas escenas generalmente tienen lugar en desamparados sitios del gran desierto del sudoeste, mis conocimientos del desierto en general habían sido adquiridos desde las ventanillas del tren. Con frecuencia me proponía a mí mismo internarme hasta el corazón del más pintoresco de los desiertos americanos, el Colorado, y explorarlo detenidamente.

Así que, cuando terminó la gran guerra en 1918 y me encontré todavía en posesión del usual número de piernas, brazos y ojos que nos corresponde a cada mortal, resolví no postergar por más tiempo mi viaje. Al finalizar el verano de 1919 me hallé en Los Angeles, California, tan libre y feliz como un muchacho en los primeros días de vacaciones.

El desierto Colorado, a pesar de su nombre, no está en el Estado de Colorado; se extiende por una vasta área desde las montañas de San Gorgonio, en California, hasta Arizona, atravesando las fronteras de Méjico. El nombre «Colorado» le fué dado a esa región a causa del tinte rojizo de las arenas y rocas.

De acuerdo a las indicaciones de un amigo que había atravesado el desierto varias veces, elegí, no un blanco ni un mestizo, sino un indio, un tal Sumataiyi, quien demostró ser tal como mi amigo me lo había anticipado: un buen cocinero, el mejor guía y un maravilloso filósofo y compañero.

Sumataiyi era pequeño de estatura, ágil como un puma, incansable y de una energía inagotable. Era viejo; ni él mismo sabía su edad, y si la sabía, no había medido su existencia con la misma regla del hombre blanco. Los rayos del abrasador sol habían quemado su piel hasta darle un color rojo opaco, fácilmente confundible con el color de la arena y las rocas del desierto, medio ambiente en que vivía. Me parece verlo sentado en la arena, a la caída de la tarde, mirando hacia el oeste, inmóvil y silencioso, soñando tal vez en los tiempos pasados cuando su gente era fuerte y dueña de

aquellas tierras. Muchas veces, en mis primeras noches del desierto, despertaba mi sueño el débil y lejano grito de algún animal salvaje, y al mirar hacia él le veía siempre sentado y silencioso, con la mirada perdida en el lejano oeste.

Tomamos la vieja ruta de las diligencias del paso de San Gorgonio a Yuma, Arizona, un sendero que atraviesa el desierto en una distancia de ciento cincuenta millas. A medida que avanzábamos en él cambiaba la escena, se presentaba más interesante. A veces pasábamos en nuestra ruta cabe las ruinas de algún viejo edificio construído de adobes. También vimos algunas rocas con inscripciones ya casi desaparecidas, hechas tal vez por los españoles, cuando siglos atrás se aventuraban en aquellas áridas y desoladas regiones en busca del oro.

Alguna que otra vez tropezamos con una pequeña pila de huesos, esqueletos de caballos, burros y hombres, que brillaban bajo los abrasadores rayos del sol; la advertencia siniestra del desierto para aquellos que se proponen robarle sus tesoros. A largos trechos se encontraban pozos excavados por los indios de generaciones atrás, ahora cegados por escombros y rocas, tal como los indios los dejaron cuando con la llegada de los blancos se retiraron al interior del desierto.

La cuarta noche de viaje, debido a un accidente que inutilizó uno de los burros, tuvimos que hacer alto en un lugar que quedaba a millas de distancia del más cercano pozo, y entonces aprendí que el cactus tenía otra misión más que la de adornar el desierto. Nuestras calabazas estaban casi vacías y cuando me acerqué a Sumataiyi para advertirle la situación, le vi con sorpresa bajo un gran cactus, cortando con su cuchillo trozos de la blanca pulpa. La pulpa de ese cactus, que los mejicanos llaman «barril», al ser exprimida produce un agua clara y fresca que, aunque de un sabor desagradable, es al fin agua, y agua en el desierto quiere decir vida.

Después de cocinar nuestra cena encendimos nuestras pipas y nos sentamos al lado de las brasas. Hablábamos poco; Sumataiyi era silencioso por naturaleza.

Al día siguiente acampamos a orillas de un charco. Yo había cometido el error de meterme en el desierto con un par de botas nuevas, y el caminar por aquella caliente y blanda arena con botas nuevas y demasiado ajustadas pronto me hizo sufrir las consecuencias.

Después de comer me saqué las botas y metí los pies en el charco, para aliviarlos del dolor bañándolos con agua fresca. Ya un poco más tranquilizado me recosté contra unas plantas que había en las orillas y pronto quedé dormido.

Tiempo después, tal vez diez minutos, tal vez una hora, desperté de mi sueño por un agudo dolor que desde un pie corría por toda la pierna. Me incorporé sobresaltado, mirando con alarma a mis descalzos pies, y lo que vi me hizo lanzar un grito de terror. El reptil más repulsivo que en mi vida he visto descansaba pesadamente sobre mi pie derecho, mordiendo ferozmente el dedo mayor del otro pie. Quedé por un momento mirando aquel horrible bicho y después dejé escapar otro aullido al darme cuenta de mi espantosa situación. ¡Había sido mordido por una gila monstruo!

Me levanté de un salto y sacudí el pie tratando de despedir al reptil, pero sus dientes estaban tan clavados que en vez de zafarse con mis movimientos los sentía penetrar cada vez más en la carne. Sumataiyi se había levantado al oir mi primer grito y corría hacia mí gritándome que me



quedara quieto. Pero miedo se había apoderado de mí. Aterrorizado recordaba los muchos casos que había leído en que las víctimas de la picadura de aquel bicho habían sufrido espantosa agonía. Volví a sentarme en el suelo, y dándole vuelta al reptil empecé a golpear fuertemente con mi puño en su asqueroso vientre. Sumataiyi que me vió hacer esto, volvió a gritar desaforadamente con exclamaciones que yo no podía entender. Cuando llegó a donde yo estaba tomó al reptil por la cola y volvió a ponerlo en su posición normal. Después supe porque había hecho así.

En la gila, las glándulas que contienen el poderoso veneno están situadas en la mandíbula inferior. Los colmillos están acanalados en tal forma que si el bicho está en su posición normal el veneno no puede pasar por ellos a la herida. ¡Y pensar que yo mismo le ayudé a inyectarme el veneno!

De una cuchillada, Samataiyi le cortó la cabeza, y metiendo la hoja entre las mandíbulas las separó cuidadosamente hasta dejar libre mi pie. Después de esto practicó con toda prontitud toda clase de manipulaciones conocidas de los indios, empezando por aplicar sus labios a la herida para escupir después el veneno con la sangre así extraída. Me ató fuertemente una cuerda en la parte superior del tobillo, y, limpiando la punta de su cuchillo, abrió una vena cerca de la mordedura para permitir que saliera la mayor cantidad de sangre posible. Después de insistir en chupar la herida por cierto tiempo, se levantó profiriendo algunas palabras que, aunque no comprendí, me imaginé que eran maldiciones, y me ordenó que me pusiera la bota y me preparara para ponerme en viaje.

Dejando allí casi todo nuestro equipaje, salimos para Yuma. Nuestros caballos fueron al trote casi todo el día; los burros de carga los dejamos con el equipaje. A la caída de la tarde levantamos campamento con la pequeña tienda que Sumataiyi puso sobre su caballo. Yo estaba completamente extenuado, no pudiendo comer, y poco tiempo después de tenderme sobre la caliente arena empecé a sentir nauseas. Mi pie estaba tan inflamado que Sumataiyi tuvo que cortar la bota para poderlo dejar libre. Mi pulso latía con excitación y la cabeza me ardía.

Cuando desperté por la mañana, llamé a Sumataiyi para que me diera un poco de agua con que refrescar la garganta que me abrasaba. Pero por más que grité el indio no apareció. Arrastrándome salí de la tienda y a pocos pasos vi la caramañola que destapé con desesperación y llevé a mis labios. ¡Estaba vacía! ¡Sumataiyi me había abandonado en mi terrible apuro bebiéndose hasta la última gota de agua!

Gruñendo me arrastré nuevamente hasta la tienda donde traté de poner en claro mi situación. Tal vez ha ido en busca de ayuda. ¿Ayuda? — me pregunté yo mismo. — Estamos a cincuenta millas de Yuma, el punto más próximo donde poder encontrar un médico.

La terrible convicción se apoderó de mí. Sumataiyi me había abandonado por completo.



r horas quede allí tendido, esperando no se qué, tal vez que Sumataiyi volviera para decirme que todo había sido una horrible pesadilla. Pero el sol atravesó el meridiano, el calor bajo aquella cubierta se hacía insoportable, y Sumataiyi no volvía.

Volví a salir arrastrándome, con agudos dolores en todo el cuerpo, con la idea de subir en el caballo y dirigirme a Yuma. El caballo, al verme acercar en aquella forma, me miró primero, levantando las orejas, y cuando alargué la mano para tomar la cabezada dió un tirón que arrancó la estaca que lo sujetaba y salió corriendo, volviendo la cabeza para mirarme con sorpresa. Traté de acercarme, pero era inútil; si yo avanzaba, él se retiraba más. Medio ciego, mudo, torturado horriblemente por el dolor, especialmente en todo el costado izquierdo, me llevé las manos a la cara y, desesperado, dejé caer la cabeza sobre la arena. Entonces noté qué estaba sangrando por la nariz.

¡Santo cielo! ¡Qué no hubiera dado yo por un trago de agua! Jamás había creído que una persona pudiera padecer tal tortura física a causa de la sed. Cuanto había leído sobre náufragos sufriendo en el mar tal severa agonía de sed y hasta morir por la falta de agua, lo consideraba como una ingeniosidad del autor del cuento, una exageración a beneficio del lector.

Levanté los ojos al cielo, no se para qué, y al mirar inconsciente el horizonte, de mi garganta partió un ronco gruñido y mis brazos se extendieron hacia adelante.

¡Sólo a una milla de mí estaba el océano, tranquilo y brillante bajo los rayos del sol! Una gran nave apareció dirigiéndose hacia la costa. Me puse en pie y tambaleándome me dirigí hacia allí, pero el océano y la nave retrocedían ante mi avance; al fin caí sobre mis rodillas, dándome cuenta que debía estar delirando. Al levantar la vista, un momento después, la nave y el océano habían desaparecido.

De repente, una gran sombra, como la de un pájaro gigante, pasó sobre la arena frente a mí y se dirigió suavemente hacia el interior del desierto. Un momento después apareció de nuevo, y me hizo recordar las enormes aves de rapiña que se decía seguían a los buscadores de oro a través del desierto, esperando que cayeran extenuados.

¿Por qué no se abalanzaban sobre mí y terminaban de una vez con mi desvalido cuerpo? Yo no podría defenderme. Levanté una mano al cielo y me dí vuelta, de espaldas contra el suelo, esperando que el bicho bajara sobre su presa. La gran ave describía círculos, acercándose cada vez más. Cerré los ojos esperando.

Un suave zumbido que se aproximaba gradualmente me hizo abrirlos nuevamente, y al instante vi que no era el enorme pájaro que en mi aturdimiento había creído ver. ¡El pájaro se había convertido en un aeroplano!

Más y más cerca, hasta que por fin vi claramente al piloto asomando la cabeza y agitando en el aire un objeto obscuro que tenía en la mano.

El objeto cayó dando vueltas en el aire y a pocos pasos de mí chocó contra la blanda arena, casi desapareciendo a la vista. Después el aeroplano tomó otro rumbo, para desaparecer en pocos minutos.

Mi desordenada mente me hizo creer que me encontraba aún en las trincheras de Francia con «Fritz» atareado en bombardearnos. Me incorporé esperando ver explotar aquel objeto que partió del aeroplano. Pero no fué así.

Me arrastré hasta donde lo había visto caer y lo desenterré. ¡Era una caramañola, llena y pesada!

En un instante la destapé, la llevé a mis labios y bebí largos, deliciosos tragos, frescos y dulces. ¡Cómo bebí de aquella deliciosa agua! Hasta que había saciado mi sed no noté que tenía atado un papel en dobleces. Lo desaté y colocándolo sobre la arena leí lo siguiente:

«Su guía indio vino a Yuma en el momento que me preparaba para salir para Los Angeles. Llegó completamente extenuado, pero pudo explicarse. Vienen a buscarle desde Yuma y llegarán antes de la mañana. Anímese y buena suerte.

«Tent. Chris Lundberg, U. S. A.

«P. S. — Su indio murió poco antes de yo salir de Yuma. El doctor dijo que a causa de haber entrado el veneno en una grieta de la encía. —

C. L.».

La ayuda llegó al amanecer y el doctor me hizo la primera cura. Más tarde, en el hospital, fué necesario amputarme dos dedos del pie izquierdo.

Sumataiyi era un habitante del desierto. Nació allí, murió allí y está enterrado allí, en la tierra donde nació. Algún día colocaré una lápida sobre su tumba, con esta inscripción:

«No hay amor más sublime que el de este hombre, que dió su vida por salvar la de un amigo».



De Lobería



"La Danza Mora", hermoso cuadro alegórico integrado por niños de esta localidad en el festival realizado a beneficio del hospital Gaspar M. Campos.



De San Pedro



Banda infantil creada y sostenida por el Centro Juventud Argentina de esta localidad que se asoció a los festejos del Dia del Músico, ejecutando un variado repertorio.

CASARSE DESPUÉS DE MUERTO

De los habitantes del Celeste Imperio se cuentan cosas bien raras, tales como la de vestirse de blanco cuando están de luto, de entristecerse cuando nacen los niños y de regocijarse en los entierros; pero por extrañas que nos parezcan las costumbres citadas de este pueblo que empieza sus comidas por los postres y parece el pais de las aleluyas del mundo al revés, todavía es más extraña la que vamos a referir.

Cuando en China, en algunas provincias del sur del imperio, fallece un hombre que no ha podido o no ha tenido por conveniente contraer matrimonio durante su vida y teme la familia que haga un papel muy desairado en el otro mundo, se dedica inmediatamente a buscarle esposa. Claro es que se escoge otra difunta en las mismas condiciones, y entonces las familias cambian entre sí los regalos de boda y las felicitaciones como si se tratase de una boda entre vivos.

Viajeros que han recorrido la China certifican que esta extravagante costumbre es un hecho auténtico, por más de que sólo en algunas comarcas se practica.





LA MODA AL DIA

CARETAS

Por

LUZ Y SOMBRA



¿Disfraces de papel? ¿Y por qué no? ¿Acaso en los últimos bailes rusos de París no iban vestidas así las bailarinas, aunque con material más consistente que el que se encuentra en el comercio? Por otra parte, estos vestidos están destinados a vivir la vida de un día. Unas tijeras, unas piezas de latón, cola y piezas de papel vario y una hora de tiempo... nada más. Algunos modelos necesitarán una armadura de cartón, sobre la cual un papel fino en tiras multicolores ocupará el lugar de la musselina y del voile. Otros, como la pollera de La Rosa y de Bambula, necesitan el pequeño aro de alambre fino. Para los otros bastará el resistente papel glacé.

Y si por la noche, regresando, vemos que la Rosa ha perdido el tallo; el Trompo, de tanto bailar, ha reventado; el Murciélago tiene las alas rotas como cualquier mariposa atolondrada, y Bambula, robando las cerezas a la Huerta, ha perdido su exótico plumaje... ¿qué importará?

Viva el Carnaval, ilusión de la niñez. Vivan los trajes de papel, frágiles como la ilusión. Vivan las cosas que no sobreviven a la hora de su triunfo.

1. El murciélago.—Malla gris obscuro, pechera de papel glacé negro. Las membranas, pegadas a los brazos y a las piernas, son de papel gris plissé. Babuchas negras.

2. Bambula. — Malla negra bien ajustada. Largas franjas de papel recortado sujetas con cinta al talle, al cuello, en las mangas, y clavijas. Máscara de negro y sombrero de franjas (papel glacé).

3. La Huerta. — Papel verde con volados de dos tonos. Ruedo adornado de melones pintados o aplicados. Fruta en papel aplicado o pintada sobre la pollera y en el escote. Una grande zanahoria, en papel armado y hojas, completa el atavío.

4. El Trompo. — Grande forma de latón cubierta de papel de dos tonos, blanco y celeste. La abertura en los dos polos permite respectivamente mover las piernas y la cabeza.

5. La Rosa. — Vestidito en papel de seda con ruedo adornado de rositas. Ramos y hojas envuelven el cuerpo. En la cabeza una grande rosa de papel liviano con tallo adornado de hojas.






LA verdadera distinción y delicadeza de gusto se revela en el uso de los perfumes tanto como en la elección del vestido. Tratándose de esencias, es lo más fácil poner de manifiesto una desoladora vulgaridad, si no se tiene acierto en las preferencias.
Los extractos, polvos y lociones de la
PERFUMERIA MENDEL
eliminan este peligro, porque no sólo acusan una alta calidad sino que evidencian, con la exquisitez de sus perfumes, lo más fino, sutil y delicado que pueda producir la industria del ramo.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439
Montevideo. — Paysandú, 1178

Las nuevas profesoras de la escuela N.º 1, reunidas, para celebrar su ingreso en el cuerpo escolar, en una fiesta de camaradería llevada a efecto en el Palace Hotel.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre.........	$ 2.50	Trimestre.........	$ 3.00	Trimestre.....	$ oro 2.00
Semestre..........	» 5.00	Semestre.........	» 6.00	Semestre......	» » 4.00
Año..............	» 9.00	Año.............	» 11.00	Año...........	» » 8.00
Número suelto....	20 ctvs.	Número suelto....	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año....	40 »	Número atrasado del cte. año....	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador................Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

LA ESCALERA

Por HENRI DUVERNOIS



STED toma el ascensor?

—No, gracias...

—¿Tiene usted miedo?

—No, señora...

—Ya sé; le hace mal para el estómago...

—Nada de eso.

—¿Entonces?

—Tenga usted a bien que me repose un instante... Estoy todavía un poco fatigado... Bueno... ya vamos mejor... Ahora voy a poderle explicar... Hay un momento trágico en la vida de los escritores. Es el momento en que después de haberse muerto más o menos de hambre, ganan el dinero suficiente para poderse comprar un automóvil.

—No veo cual es...

—Ellos tampoco lo ven... o mejor dicho, ellos no se ven más... He ahí lo terrible... El escritor que camina, que toma un automóvil, que toma un tranvía o el subterráneo, va recogiendo observaciones a montones. Si ahora sólo apercibe la vida a través de la lámina de mica de un automóvil, necesitará buscar los motivos en su recuerdo y éstos irán agotándose poco a poco.

—¿Pero, el ascensor?

—Ya llego... ¿Sabe usted quién fué mi maestro literario?

—Shakespeare...

—No.

—Balzac...

—Tampoco: una escalera. Una escalera de la casa de mis padres. Una escalera burguesa, sin ascensor—el ascensor en ese tiempo era demasiado lujo—pero era una cómoda escalera horriblemente decorada como lo eran en esa época todas las escaleras de las casas que costaban unos tres mil a cinco mil francos de alquiler por año. Tenía yo trece o catorce años, me repugnaba el mundo y siempre llevaba conmigo un libro... Virgilio... Dante... Las alturas del pensamiento no asustan todavía a quienes no tentaron escalarlas. Antes de entrar en casa escuchaba a la puerta, por si el ruido de voces, el murmullo de una conversación de circunstancias me delataba la presencia de algún extraño. Si había visitas, me iba a esconder en un rincón que me pertenecía. Era bajo la escalera. Había allí una mesa Luis XIII y un sillón de la misma época y sobre una columna, en una maceta disimulada tras de un terciopelo amarillo, una gran palma llamada caucho. Nadie recordaba haber visto sentado a nadie en aquel sillón Luis XIII delante de la mesa Enrique II. La decoración no tenía ningún fin práctico; estaba hecha para halagar la vista. Las personas que entraban o salían no me descubrían nunca. Este rincón ignorado me encantaba. Me ha gustado escribir siempre en los lugares menos a propósito: en los cafés repletos de jugadores de tute, en los bancos de las plazas, de las calles y jardines... A la sombra de la escalera hacía calor en invierno y frío en verano. Desde mi sitio yo podía observar con comodidad a los inquilinos de la planta baja, aunque no sabía con seguridad quienes habitaban allí. A la derecha, una mujer muy rubia; a la izquierda, un viejo descolorido, borrado, que daba siempre la sensación de que andaba en pantuflas.

Tuve desde mi observatorio el conocimiento de todas las cosas, todas las revelaciones, todas... El amor la primera, el amor bien entendido, porque me preocupaba sobre todas ellas. Veo aún a un joven muy pálido, llegando como un vendaval e intentando

introducir una llave en la cerradura de la puerta que se abría hacia el departamento perfumado de la dama rubia. Habían cambiado la cerradura. El joven guardó la llave en el bolsillo y llamó. Tres golpes apurados primero, luego humildes, luego suplicantes. ¡Silencio!... ¡Qué silencio!... El pobre muchacho se fué. Luego vino — después de haber hablado con la portera sin duda — e insistió en golpear en vano. Esperó. Sentóse sobre el primer escalón y meditó un rato. Pasó por curiosas alternativas de esperanza y de descorazonamiento.

Añado que había renunciado a esa campanilla especial que lo anunciaba y se reducía a apoyar largamente su mano sobre el timbre eléctrico. Su paciencia comenzó a humillarme en mi orgullo confraternal de hombre, cuando la rabia lo poseyó entero. Sacudió la puerta, la golpeó con el bastón. Las hojas se entreabrieron lo suficiente como para dejar pasar un poco de luz. Algunas palabras en voz baja se cambiaron y la hoja de la puerta se cerró con dura violencia como si hubiera querido aplastar una mano que se hubiera interpuesto. El joven vaciló. Sus piernas se aflojaron. Luego sacó un papel del bolsillo, lo escribió, convulsivo, afiebrado, y lo pasó bajo la puerta... Después... ¡Mi Dios!... Lo que hizo después me trastornó, y hoy, después de treinta y cinco años, aun estoy emocionado... ¿Después? Acercó sus labios a esta puerta que acababa de cerrarse brutalmente para él y besó llorando la madera insensible que debía dejarle sobre los labios el gusto amargo del barniz... Se alejó como un hombre que va a buscar el olvido en el suicidio... Cada vez que encuentro un desgraciado de esta clase pienso en el beso sobre la puerta cerrada. Este desconocido tan romántico no osó matarse. Hoy tendrá un grueso vientre de propietario y sonreirá de sus locuras pasadas... No importa. El me dió ese día la imagen de la desesperación sentimental y de la cobardía amorosa.

Diez minutos después de su partida vi salir del departamento a un señor que miraba a su alrededor con inquietud — temí no me descubriera — y encendiendo un cigarrillo cruzó rápidamente el umbral de la puerta.

He aquí para el amor. Para el mundo tuve la alegría de sorprender en muchas ocasiones la conversación de los amigos que venían a casa de mis padres y que no habían tenido el coraje y la paciencia de encontrarse en la calle para expresar su opinión:

— ¿Por qué se aburre usted tanto en casa de ellos?

— Es porque se toma un te muy malo. ¡Qué te!... y ¡qué sandwiches!...

— ...Y tienen una casa tan fea. ¡Qué horror! Cuando veo esos cuadros me dan náuseas.

— ¡Y ella cómo es pretenciosa!...

— ¿Y él? ¡Lo que se cree saber!...

— ¡Ya me van a ver otra vez en esta casa!

— Yo voy sólo porque usted viene...

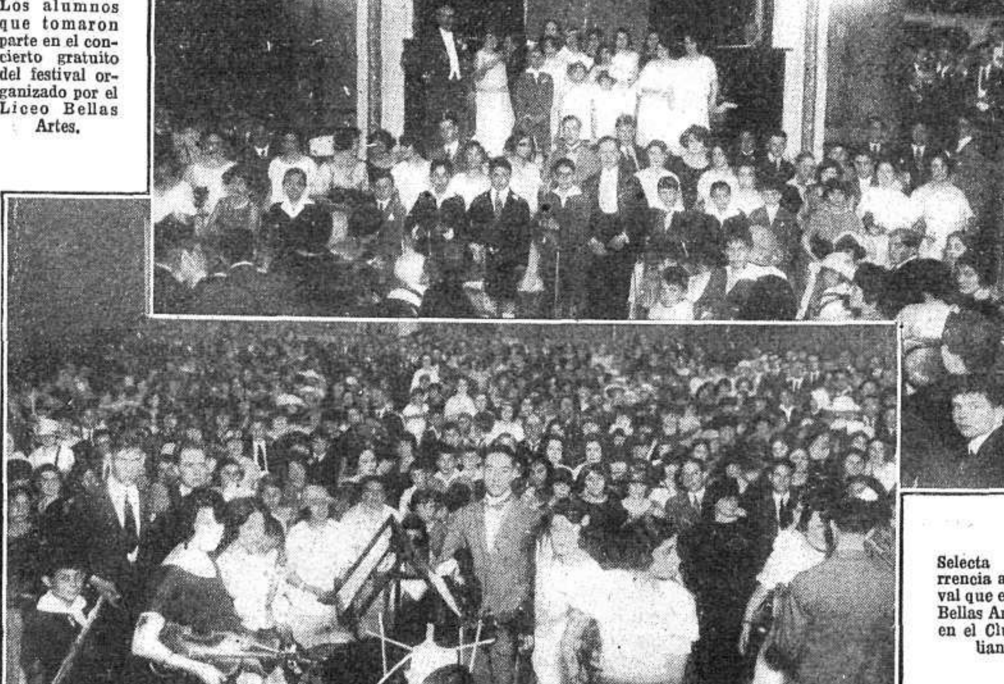
¡Y los pedigüeños que venían a verlo al viejo descolorido! Pedigüeños harapientos, preocupados de presentarse elegantes. Limpiándose los botines polvorientos con el pañuelo. Guantes que llevaban trenzados como una cuerda, y en los que entraba la mano con dificultad indecible. La corbata asegurada en su sitio con un gesto breve. ¡Ya está! Y algunos minutos después, la partida, la partida angustiosa, una racha de viento, una racha de viento que me golpea el rostro, un relente de cigarro frío, de trajes limpiados con bencina, de desilusión y de hambre... ¡Y los matrimonios! La señora demasiado gruesa, tomándose al pasamanos y suspirando a cada escalón; el esposo alerta, subiendo con facilidad, o el señor obeso sofocado y tosiendo y la señora despierta como una cabrilla. La llegada de una canasta de esponsales precediendo al novio y a su familia. La suegra quejándose: «¡No podré acostumbrarme a esta casa. La entrada es horrible!» Las comidas de matrimonio con su perfume de lilas y de flor de azahar. Las ceremonias mortuorias con su olor de crisantemo mojado. ¡Las tristezas y las alegrías incongruentes! Las caras desdibujadas por la mentira y que se destienden y toman su verdadera expresión en la soledad de la escalera...

Por fin, abandoné por completo toda lectura. En mi puesto, bien encubierto entre el caucho y la mesa Luis XIII, un libro más emocionante érame ofrecido... Aprender a leer es poca cosa. Aprender a mirar es todo. Mi primer maestro literario, fué una escalera. Y como una gratitud que le debo, no subo jamás en ascensor, que sólo se ha inventado para comodidad de las personas, mi estimada señora, y que les sirve para encubrirse mejor. He ahí todo.



DIBUJOS DE MACAYA

De Rosario



Los alumnos que tomaron parte en el concierto gratuito del festival organizado por el Liceo Bellas Artes.

Selecta concurrencia al festival que el Liceo Bellas Artes dió en el Club Italiano.

UN PASO ADELANTE

En la lucha contra los peligros que rodean nuestra salud, es indiscutible que los bactericidas juegan el más importante papel.

Hace tiempo que la opinión científica reconoció en la antisepsia el punto básico de la higiene y juzgó el desinfectante como elemento primordial para actuar con éxito; pero al par que se notaron los beneficios de la desinfección, se advirtieron también los inconvenientes y peligros que significaban el empleo de ciertos desinfectantes. Este era, pues, un escollo que había que salvar, y el laboratorio dióse con tal empeño a la tarea, que al fin pudo hallar el bactericida anhelado creando el Lysoform, notabilísimo antiséptico que reune en sí todas las buenas cualidades de sus similares, sin que adolezca de ninguno de sus inconvenientes.

El Lysoform es un producto químico que no mancha ni exhala mal olor, que es incoloro, que no es cáustico ni tóxico, y que encierra un poder bactericida realmente notable. Imprescindible en los usos domésticos, no tiene rival alguno para la higiene personal y especialmente para la toilette *íntima* de las señoras, quienes habituándose a la práctica de irrigaciones diarias con soluciones tibias de Lysoform, pueden conservar una excelente salud general y evitar la causa de muchas y graves enfermedades propias del sexo femenino.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439

Montevideo. — Paysandú, 1178.



PULSERA de moaré, reloj enchapado en oro, para señora o señorita. Precio de reclame, a **$ 9.95**

$ 7.90 — $ 18.00

RELOJ de níquel chato, máquina bien observada, con cadena, a ... Pesos **7.90**

RELOJ de plata, 3 tapas, chato, áncora, 15 rubíes, con una cadena, a Pesos **18**

N.º 464. — Anillo enchapado en oro 18 kilates y piedras químicas, $ **3.50**

N.º 444. — Aros, enchapado en oro 18 kilates, piedras químicas, a........$ **3.90**

N.º 468. — Aros de oro garantido y piedras químicas, a pesos .. **12.00**

N.º 439. — Enchapado en oro 18 kilates, imitación ónix y camafeo, a $ **2.50**

N.º 466.— Aros platinados y brillantes negros del Brasil, a.. $ **3.50**

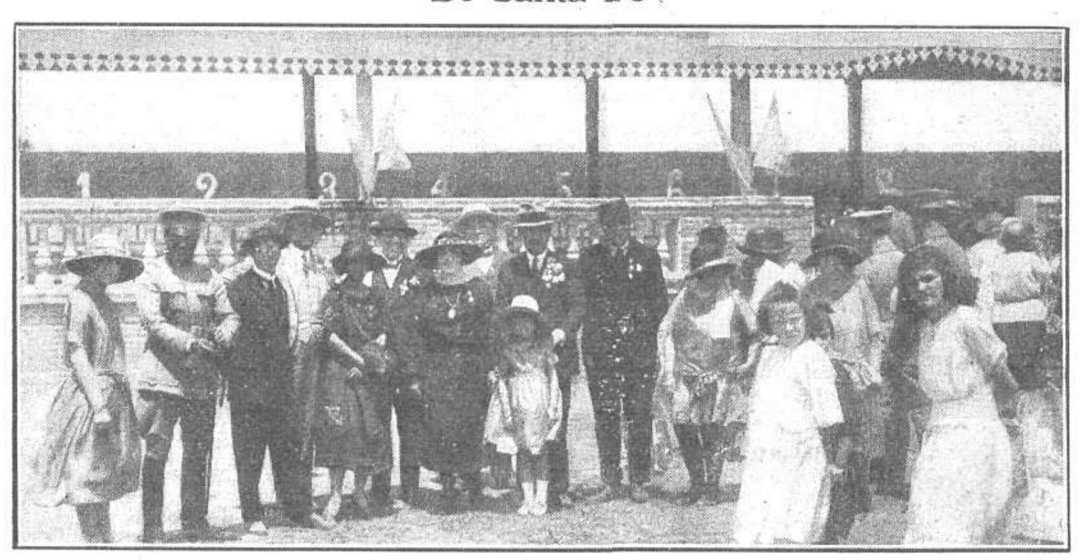
N.º 465.—Anillo enchapado en oro 18 ktes. y brillantes químicos, a.. $ **3.50**

N.º 467. — Aros de oro garantido, piedras químicas, a pesos **14.00**

Recibimos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

¡ADVERTENCIA! NO CONFUNDIR NUESTRA CASA CON OTRAS: ES ENTRE VENEZUELA Y MEJICO

RELOJERIA Y JOYERIA LA "SUIZA-AMERICANA"
P. SEITLER
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - Bs. AIRES



El excelentísimo señor gobernador de la provincia en la inauguración del stand del Tiro Nacional.

¿QUÉ NO ES EL TEATRO?

En otras épocas fué escuela de costumbres, templo consagrado al arte. Hoy, a ese templo acuden personas de toda clase y condición: se les llama "espectadores". El teatro, es, pues, un espectáculo. Antes se iba al teatro durante el día; eran fiestas a pleno aire; ahora, por la noche, y con luz artificial. Bien es verdad que a las veces se evocan los clásicos tiempos... Háblase entonces de un teatro de la naturaleza", de cultura helénica, de tragedias y dramas de perenne recordación y ancianidad intangible; cosas de las que poquísima gente tiene noticia.

Se va al teatro para ver, y no siempre "escuchar", a los comediantes, cómicos, actores, figurantes o "artistas", que juegan y se producen en el famoso tinglado de la farsa. Cómicos y espectadores se exhiben; lugar para exhibiciones es el teatro.

Las personas "distinguidas", la gente "chic" o "bien" prefiere los entreactos a los actos. Lo mismo dicen los cómicos.



LOS dientes no se mantienen sanos sin una higiene racional, porque ellos tienden a lacerarse, jamás a restaurarse por si solos. La insalubridad de la boca por la caries dentaria origina malas digestiones y depresión física y mental. Enferma el cuerpo y se pierde la alegria de la vida.

Miles de buenos dentistas lè dirán que

KOLYNOS

CREMA DENTAL

es la llamada a remediar estos males.

Kolynos neutraliza todo proceso de fermentación, ablanda las mucosidades, asientos de microbios que destruyen el esmalte de los dientes, y mantiene aséptica la cavidad bucal.

Es agradable usar Kolynos, por su buen gusto y sensación de frescura que deja durante horas.



De venta en toda droguería y casa de artículos de tocador. ¿Por qué no lo prueba hoy mismo?

Fabricantes: **THE KOLYNOS COMPANY**
New-Haven, U. S. A.



Agentes: **MAYON Ltda.**
1263, Avda. DE MAYO, 1257 - Buenos Aires

AGRICULTURA

HUERTA ESCOLAR

Con la clausura del curso en las escuelas comunes terminan también los trabajos de cultivo y la enseñanza teórico-práctica que de ellos deriva, en las escuelas comunes que disponen de huerta escolar.

Esta circunstancia nos trae a la memoria las bellas exposiciones de productos de las chacras escolares que se efectuaban hace años en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, donde esta institución escolar estaba en auge, donde tuvo su «edad de oro»; en esas exposiciones era dable ver y admirar todo el extenso catálogo de productos de huerta, de chacra, de jardín, de quinta; desde el humilde y vulgar rabanito hasta los gruesos espárragos de Argenteuil o los colosales zapallos Angola o criollos; desde los manojos de trigo y lino hasta las gavillas de cáñamo; desde los duraznos, priscos y pavías hasta las plantas forestales y de adorno. Y al lado de las clásicas y estupendas exposiciones de trabajos manuales, a las que se les daba carácter genuinamente industrial o por lo menos utilitario, la agrícola ocupaba siempre un lugar muy honorable.

Ahora se intenta renovar aquella enseñanza quizás con mayores medios y elementos técnicos, y efectivamente, mucho se ha conseguido; esto no obstante, hay una condición que le es peculiar y defectuosa en su organización fundamental, y es que el régimen escolar, en su tiránica e imperiosa ley, interrumpe los trabajos en lo mejor de su desarrollo. Llega noviembre y, ya terminando el curso escolar, concluye también la huerta escolar en el apogeo de su desenvolvimiento cultural, en la época de la fructificación, de la cosecha, cuando se sintetiza en la producción la labor y la enseñanza del año.

Pensamos que los maestros, no oficialmente, podrían invitar a sus mejores alumnos a proseguir, aunque sea por turno y alternativamente, sus tareas en la huerta escolar, al menos hasta haber cosechado los productos y cerrado los cultivos en su ciclo vegetativo. Eligiendo los niños más voluntariosos, los más grandecitos, los más adecuados, los más próximos a la escuela, quizás podrían evitar el abandono lamentable en que queda la huerta escolar durante las vacaciones, y la solución de continuidad que en esta clase de enseñanza no corresponde, no debería existir.

Y pensamos también que estas indicaciones de un viejo apóstol de esta enseñanza van dirigidas a aquellos maestros que verdaderamente sienten amor para esta clase de enseñanza, a los que saben hacerla interesante y cautivadora para sus alumnos, pues al fin se trata solamente de dedicarle algunas horas de la tarde, por semana, resultando, más que una incómoda esclavitud, un ameno y alegre entretenimiento.

PLANTAS FORESTALES: EL ACER O ARCE

Se conocen numerosas especies y variedades de Acer, pero las más propagadas en nuestro país, son: el *Acer campestre*, de hojas pequeñas, cordiformes, de flores verdosoamarillentas, que alcanza de 10 a 12 metros de altura; el *Acer Platanoide*, de hojas cordiformes, lustrosas, de 20 a 25 metros de altura; el Acer Pseudo Plátano o Sicomoro, de hojas como el anterior, pero más gruesas, de lindas flores lila en largos racimos colgantes, que llega a 25 ó 30 metros de altura; el Acer Saccharinum, de hojas cordiformes, flores amarillas, de 20 a 25 metros de altura; y el Acer Negundo, originario, como el anterior, de Norte América, con hojas compuestas, pinadas, de 5 a 7 hojitas de color verde claro, que alcanza a 10 ó 15 metros, de altura.

Estos árboles son de bastante rápido crecimiento, muy robustos, resistentes a los fríos intensos y son por esto adecuados especialmente para las regiones del sur del país; por sus raíces profundas no sufren la acción de los vientos; requieren tierras profundas, frescas y fértiles.

Se multiplican por semilla que hay que sembrar en seguida, pues su facultad germinativa no dura más de seis meses; aun así tardan en germinar muchos meses; se siembra tupido porque muchas semillas son vanas, no nacen. Se multiplican también por estacas y por retoños; son de fácil trasplante que se efectúa al año.

Son de vegetación vigorosa y muy apropiada para formar macizos en los parques; por su copa densa y de mucha sombra son empleados para llenar espesuras en los bosques, y, siendo muy decorativos, son adecuados para avenidas y calles, criados a pleno viento, para lo cual hay que podarlos todos los años para conservarles su forma.



Rama, flores y fruto del Acer campestre.

Su madera constituye un buen combustible, y por su color, densidad y brillo, que adquiere por el lustre, es bien empleado en la ebanistería, al torno, para mosaicos, armas e instrumentos musicales.

El Acer Saccharinum se utiliza en Norte América por su jugo muy azucarado, que se obtiene haciendo incisiones en su tronco; también el Pseudo Plátano y el Acer Negundo contienen bastante azúcar.

Y, en fin, sus hojas frescas constituyen en Europa y Norte América un forraje bastante bueno para los animales vacunos.

INCENDIOS DE LOS RASTROJOS

Los incendios de los rastrojos, y en su consecuencia de las parvas de trigo, avena, etc., en algunos años son frecuentes; sean ellos intencionales ó accidentales, es oportuno llamar la atención de los chacareros y dueños de campos sobre los medios más indicados para evitarlos.

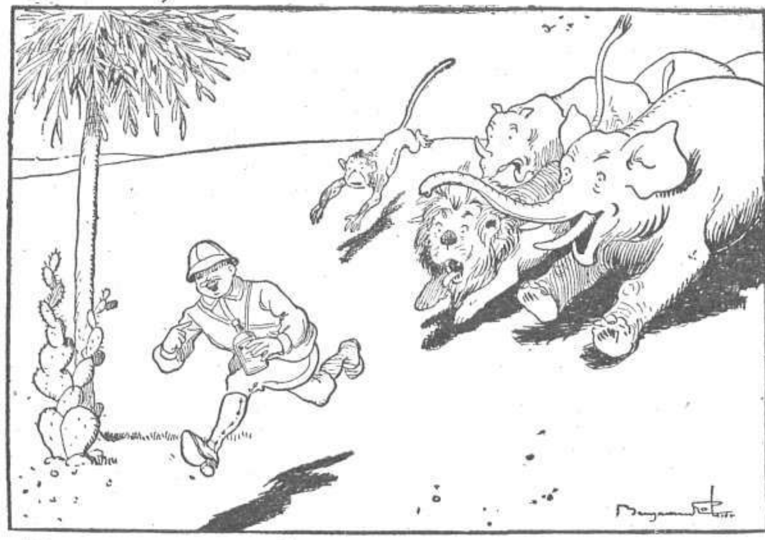
Ante todo hay que destruir y retirar todos los yuyos, malezas, pasto seco y maciegas que se encuentran a orillas de los caminos o vías férreas, en el perímetro de las chacras, donde constituyen un peligro permanente y un fácil medio de origen y de propagación del fuego; es necesario asimismo evitar de quemar pajonales y retacear campos, cuando estén las parvas en pie; y para salvaguardar a éstas de los peligros, todo chacarero diligente y precavido sabe que debe arar una faja de tierra de veinte metros de ancho alrededor de las parvas o pilas de bolsas y a lo largo de las líneas férreas.

No estará de más extremar las medidas precaucionales teniendo siempre listos y prontos los elementos necesarios para combatir al fuego, como son rastras, cadenas, arados, carros aguateros, etc.; se vigilará prolijamente las trilladoras y sus chisperos.

Todas estas advertencias, que son también impuestas por las leyes vigentes, deberían ponerse en práctica, porque solamente cuando la desgracia ha sucedido es cuando resalta su importancia y se lamenta no haberlas tenido en cuenta.

Hugo Miatello.
Ing. Agrón.

Uno que se salva corriendo



Para correr mucho se necesita aliento.
Para tener aliento son necesarios buenos pulmones.
Para tener los pulmones en excelente estado debe tomarse Alquitrán Guyot.

El empleo del Alquitrán Guyot tomado en todas las comidas a la dosis de una cucharadita de café en un vaso de agua, basta, efectivamente, para hacer desaparecer en poco tiempo el catarro más pertinaz y la bronquitis más inveterada. Incluso, consíguese a veces modificar y curar la tisis bien declarada, puesto que el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón, matando los microbios nocivos causantes de esta descomposición.

En interés de los enfermos, debo manifestar desconfíen de cualquier producto que se les quiera vender en lugar del verdadero **Alquitrán Guyot.** Para obtener la curación de las bronquitis, catarros, antiguos resfriados descuidados y *a fortiori* el asma y la tisis, es indispensable pedir en todas las farmacias el verdadero **Alquitrán Guyot.** Con objeto de evitar todo error mirad la etiqueta: la del verdadero Alquitrán Guyot, lleva el nombre Guyot impreso en grueso caracteres y su firma al bies en tres colores: violeta, verde y rojo, lo propio que la dirección: **Maison FRERE. 19, rue Jacob, París.**

A sus encantos naturales, señorita, la **CREMA ALBINA** agregará dos encantos más:

1.º Un cutis suave y terso, blanco y rosado, sin manchas.

2.º Un perfume distinguido y suave.

La **Crema Albina** no contiene grasas ni vaselinas, ni glicerina que aja la piel.

La **Crema Albina** se disuelve en agua fría, y es, gracias al zumo de pepinos que contiene, un alimento de gran valor para el cutis.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**

GALVEZ.— La comisión de romerías españolas que tuvo a su cargo la organización de las últimas fiestas, y la banda-orquesta Alfonso XIII, de Rosario, que tomó parte principal en ellas.



GALVEZ.— Grupo de las alumnas que se distinguieron en los exámenes de fin de curso, verificados en la escuela nacional número 34.



VILLA DOLORES. — La directora, señora Lucinda O. S. de Gómez, con el personal docente y alumnos de la Escuela Municipal de Tejidos del País, que con todo éxito funciona en esta localidad.



LA TORMENTA

POR

CARLOS PONSE

La mujer abrió la puerta del rancho. Miró el cielo. Gruesos nubarrones, amenazantes, formidables, aparecían por occidente, velando los postrimeros rayos del sol. El ambiente estaba cálido, electrizado, abrumador. Ni una hoja se movía. La naturaleza parecía cristalizada.

La mirada de la mujer recorrió luego el campo, la llanura infinita, sin vallas, sin obstáculos. Un punto negro, a lo lejos, rompía la quietud del paisaje.

— Con tal que se dé cuenta y vuelva antes del aguacero — musitó la mujer.

Era una bonita joven, y la blancura de su tez, la delicadeza de sus bellas manos estaban diciendo que era novicia en estas tareas campesinas. En cambio, saltaba a la vista su origen urbano, bien definido. ¡Quién sabe qué vientos del destino habíanla llevado a aquellas soledades, donde la naturaleza se entrega pródigamente a los esfuerzos del hombre!

Un leve vientecillo presagiador comenzaba a hacer bailar las hojas en el suelo.

Estaba el rancho construído en los propios límites del bosque. Cinco o seis árboles de enorme corpulencia avanzaban sus desmesurados brazos por encima del techo, como protegiendo desinteresada y fraternalmente la humana vivienda.

Por el otro lado extendíase, en declive descendente, la ilimitada llanura fértil, donde el reciente trabajo del hombre había abierto surcos y sepultado semillas. Hacia el lejano horizonte hundíase el sol, rompiendo valerosamente las nubes con las últimas flechas de su carcaj incendiado.

El punto negro agrandábase lentamente y tomaba formas humanas. En sus hombros descansaba una pala y de sus manos, recias y fuertes, pendían otros confusos útiles de labor. Era un hombre joven, de piel tostada, semblante simpático y enérgico y anchas y fornidas espaldas.

Las nubes corrían alargando sus picos, invadiendo la serenidad azul del cielo y obscureciendo con demasiada premura una parte del horizonte.

El hombre apresuraba sus pasos. Soplaba el viento más recio a intervalos pausados. Los árboles movían sus copas inclinándolas levemente a uno y otro lado. Del bosque salía un rumor apagado y confuso.

Cuando estuvo ya al alcance de la voz:

— ¿Has visto? Tendremos lluvia esta noche — dijo la mujer.

— Dentro de un rato no más, me parece — contestó el hombre, mirando el cielo y avanzando penosamente.

Frente a la mujer, dejó caer los útiles de laboreo, y, soplando con cansancio, exclamó:

— ¡Qué calor insoportable! Vendrá bien un poco de agua. Allá abajo me abrasaba la tierra caliente.

Mirólo la mujer con ternura y una exclamación amorosa y compasiva murió en sus labios.

— Allí tienes agua fresca si quieres lavarte. La traje yo misma del pozo para ti.

El agradeció con la mirada y se encaminó hacia el gran balde para hundir las manos y la frente en la deliciosa frescura del agua.

Pasó una furiosa racha de viento levantando un gran remolino de tierra.

— ¡Uf! — exclamó la joven. — ¡Adentro, vamos adentro!

Y corriendo, saltando graciosamente, metióse en el rancho. El hombre enjugábase sin prisa las gotas de agua sobre su rostro. Sonreía y miraba siempre el cielo cubierto ahora por gruesas nubes plomizas. Algunos relámpagos, lívidos, color fuego, rasgueaban nerviosamente la negrura de ciertas nubes. El viento arreciaba.

Por la frente del hombre pasó una sombra de duda, de temor. E inconscientemente sus ojos se posaron sobre el rancho y sobre los vecinos árboles gigantescos cuyas ramas avanzaban hacia él. Era recio, era fuerte el rancho. Pero era éste su bautismo de fuego, y quién sabe si podría resistir la violencia acumulada de la naturaleza.

Entró corrido también por el polvo insolente y loco. El interior era bastante confortable, y todo lo que es útil en aquellas soledades estaba allí, limpio, flamante y en perfecto orden. Un pesado cortinaje o alfombra aborigen, suspendida del techo, dividía en dos la vivienda. La primera parte era una especie de comedor, cocina, biblioteca y escritorio, todo al mismo tiempo. La otra división era dormitorio. Se veía por doquier la mano hábil y diligente de una mujer cuidadosa del aseo y de la comodidad personal. Del techo colgaba una gran lámpara encendida, porque la noche habíase extendido con rapidez. Sobre un brasero, la mujer preparaba la frugal comida. El hombre se sentó alrededor de la mesa y prendió su pipa. Miró el estante con los libros. Pero abandonó la idea de leer. Preocupábale el cariz que las cosas iban tomando afuera. Aquello degeneraba en borrasca. Sin embargo, no llovía aún y la atmósfera estaba cada vez más pesada y calurosa. Asomóse a la única ventana que daba sobre la llanura. Pretendió ver, pero la obscuridad habíalo invadido todo. Sólo a intervalos los vívidos relámpagos nerviosos dejaban ver densos remolinos de polvo corriendo locamente por la campiña. Renunció al espectáculo.

— ¿Llueve? — preguntó la mujer.

— No, todavía no. Parecía que la lluvia caería ahora no más. Sin embargo, estoy contento porque el agua nos vendrá bien. Había necesidad de ella.

— Yo puse el tacho grande afuera para recoger agua de lluvia. Mañana me lavaré la cabeza.

El hombre sonrió. Ella no había podido olvidar esta coqueta superstición de las ciudades.

— Me parece que vas a tener de sobra — comentó él en son de burla, queriendo olvidar sus temores y dudas.

Un gran golpe de viento rompió la resistencia de la puerta y penetró revolviéndolo todo. La lámpara osciló con violencia a punto de apagarse.

— ¡Uf!

Corrió el hombre, y tras largos esfuerzos cerró la puerta, echando la pesada tranca.

— ¡Qué barbaridad! Casi se apaga **la**



lámpara — dijo la mujer. — Puro viento, puro viento y nada de agua.

— Tú siempre pensando en tus cabellos. — contestó él con acento jocoso.

— ¡Malo!... Pienso en tus sembrados. En el éxito de tu trabajo, que nos dará la independencia soñada.

Besóla él en la frente y pasando su brazo alrededor de su talle, túvola así durante un rato aprisionada.

— ¡Se va a quemar el churrasco! — exclamó ella, mimosa. — ¡Suéltame, querido, suéltame!

No transigía él. Porfiaba, coqueta, ella. El buscaba la boca negada a medias.

Un trueno aterrador recorrió el bosque y se perdió en la lejanía. Fué algo terrible, espantable.

Quedáronse ambos helados, petrificados.

— ¡Diablos! — comentó él, con un poquillo de temblor en la voz.

Ella no reaccionaba. Aprovechó él para besarla en la boca.

— Anda, cuida ahora el churrasco — díjole triunfante, pero recordando el fragoroso trueno.

Oyóse sobre el vidrio de la ventana un leve y lento repiqueteo. Las primeras gotas de lluvia, gruesas, pesadas, alargábanse sobre el cristal. Luego cesaron. Y de pronto un golpe de viento inundó de agua el vidrio. La lluvia esperada aparecía por fin.

— Llueve — dijo ella, siguiendo mecánicamente su tarea.

Terminada la comida, lavados y guardados los respectivos enseres domésticos, establecióse en el interior del rancho una paz, una tranquilidad que contrastaba con la actividad desaforada de la naturaleza.

Fumaba el hombre su pipa mientras su mirada vaga perdíase entre las caprichosas volutas de humo. Cerca de él, la mujer cosía en silencio unas ropillas.

Afuera rugía el huracán en toda su potencia. Silbaba el viento entre las ramas convulsas y sobre el suelo estallaba furiosa la lluvia.

Era imponente, aterrador el espectáculo.

La fuerza del viento sacudía con violencia el rancho. Sus maderas quejábanse lastimeramente. Sentíase crujir las ramas tronchadas de los grandes árboles, abandonadas luego en el torrente de las aguas. El bosque rugía, cantaba, gritaba, agitado espantosamente por el vendaval. Las rachas de viento adquirían patéticos tonos humanos al pasar entre los árboles. Era como si quinientas mil furias desencadenadas lanzaran al cielo sus terribles maldiciones. Los fogonazos de los relámpagos revelaban la espesa cortina de lluvia, blanca como un sudario de armiño recamado de pequeños diamantes temblorosos. La tierra, empapada, reverberaba. Arboles enteros medían el suelo con sus cuerpos, como animales inmensos heridos de muerte.

Y caían en medio de un ensordecedor y desafinado concierto de ramas rotas, quebradas y astilladas.

Así, lejos de amenguar, el temporal, incansable, mantenía su violencia, como dispuesto a arrasar con todo.

El hombre pensaba: El rancho era fuerte, era recio. Pero la duda encendida como un carbón atizado quemaba el espíritu.

La mujer comenzó a alarmarse. Ambos se miraron y ambos comprendieron el mutuo terror.

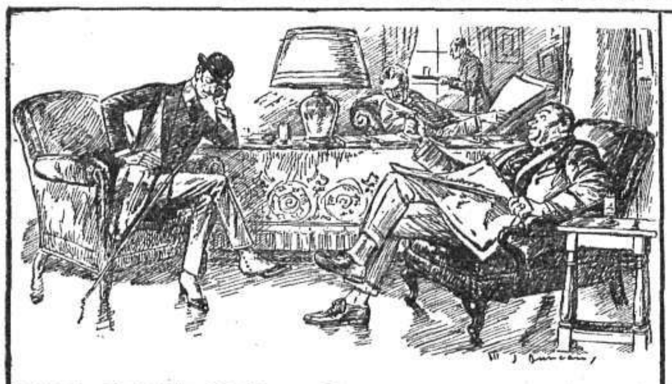
Quisieron hablar. No podían a menos de hacerlo a gritos. Un estruendo formidable, mayor que la tormenta y su estrago, vino a multiplicar la angustia. Un árbol, arrancado de cuajo, habíase desplomado sobre el techo. La lámpara bailó alocada durante un rato.

— ¡Dios mío! — gritó la mujer. Y corrió aturdida a buscar refugio en las rodillas del hombre. El la acariciaba y seguía pensando, abstraído casi de la borrasca, del peligro y de la muerte que parecía rodearlos...

El grito de la mujer invocando a Dios, había desatado en su cerebro otra lucha tremenda, otra borrasca. Su espíritu, hondamente cultivado, no admitía la vulgar creencia del vulgar Dios de todos los hombres. Su razón se rebelaba a admitir una sola causa, una causa única para todos los efectos. La ciencia había dado tan rudos golpes a la religión que ésta desmoronábase paso a paso mostrando la inconsistencia de sus dogmas. La experiencia y el positivismo habían desalojado al dogma. La razón imponíase al misticismo.

Pero el peligro, el temor, la imagen espantable de la muerte, mordían en el espíritu del hombre. Los prejuicios de cien siglos luchaban desesperadamente por abrirse camino en el cerebro. Cuerpo y espíritu batallaban encarnizados. Ante el momento de peligro, ante el horror de lo desconocido, el cerebro del hombre retrocedía a los siglos primitivos, a la edad de las cavernas, a los tiempos obscuros cuando el razonamiento no era más que instinto. El ins-

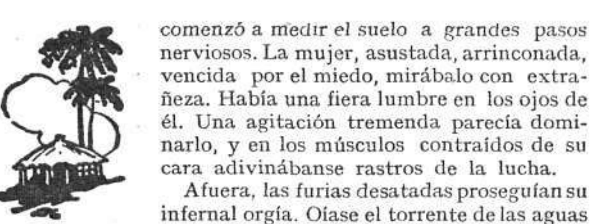




—¡ Que locuras cometemos los hombres por las mujeres! ¡Es terrible!
—¡ Qué! ¿Ha hecho usted alguna?
—Me he casado.



— ¡No te atreverás a mirarme a la cara y decirme que fué un accidente!



tinto veía lo sobrenatural allí donde la razón no alcanzaba. Y el terror, acorralado en la caverna, solicitaba la protección de lo incomprensible. La primera chispa de inteligencia prendió, pero el instinto era aún demasiado fuerte, demasiado poderoso. La obscuridad seguía reinando y la superstición crecía. La protección de la divinidad era buscada por el instinto. Y era fuente lenitiva para el terror. Pero triunfó un día la inteligencia sobre el instinto, y la lucha entre ambos comenzó y se alargó con el correr de los siglos.

Todavía hoy luchaban. Aun ahora, en los momentos decisivos, cuando la visión de la muerte tiende sus descarnados brazos y sonríe desde el fondo de sus mandíbulas vacías, el espíritu retrocedía y se humillaba ante el instinto. El hombre civilizado no era, en resumen, más que un animal primitivo barnizado por el exterior. El estado de naturaleza lo llamaba aún a su seno desde el fondo de las cavernas. El instinto respondía y la inteligencia batallaba desesperada por mantener su triunfo.

El hombre sentía desmayar sus fuerzas. También él experimentaba la necesidad de invocar la protección de la divinidad. También él, acosado por el instinto, necesitaba implorar la ayuda de lo incomprensible. El instinto parecía triunfar sobre el espíritu. La caverna lo hundía, ahora como cien siglos atrás, en la insondable obscuridad de su seno. El cerebro nublábase y ante esta fatal y formidable llamada de toda la vida anterior, la chispa inmortal parecía morir consumida...

El peligro estaba allí, frente a él. Eran cien fieras hambrientas, enloquecidas, dispuestas a arrojarse sobre su víctima, despedazarle en un segundo y hundirle en las tinieblas de la nada. La fuerza humana era impotente para luchar. El hombre sentíase pigmeo ante esta inconmensurable fatalidad que todo lo arrollaba. Frente al peligro nació la invocación a otra fuerza capaz de oponerse a la fatalidad. La divinidad, Dios, brilló como una espada entre sus labios.

Tomando en sus manos la cabeza de la mujer, el hombre quiso comenzar una de las invocaciones aprendidas en la niñez.

Pero la razón se rebeló, inesperada, formidable. En el cerebro atribulado venció la luz. En el espíritu, casi vencido, triunfó la inteligencia. El instinto, acobardado, retrocedió vacilante.

Casi violentamente, el hombre púsose de pie y comenzó a medir el suelo a grandes pasos nerviosos. La mujer, asustada, arrinconada, vencida por el miedo, mirábalo con extrañeza. Había una fiera lumbre en los ojos de él. Una agitación tremenda parecía dominarlo, y en los músculos contraídos de su cara adivinábanse rastros de la lucha.

Afuera, las furias desatadas proseguían su infernal orgía. Oíase el torrente de las aguas que todo lo arrastraban, correr llanura abajo con estruendo de mil cañones. Aun no alcanzaban al rancho, pero su cauce aumentaba lentamente. El viento aullaba con furia. Los truenos quebraban el aire y rodaban de eco en eco a través del bosque.

Sentóse el hombre, ya calmado. La lucha había concluído y la llamada de las cavernas desobedecida. Triunfaba el espíritu sobre el instinto.

Miró el hombre el harapo humano que permanecía acurrucado tembloroso en un rincón de la estancia. Brilló en sus ojos la compasión. Lenta, cuidadosamente, como si se tratara de algo frágil, comenzó a distraerla con la palabra. Mecida dulcemente en un arrullo de amor, la mujer dejaba dormitar su cerebro como en una renunciación de toda la voluntad.

La invocación a la divinidad hízose más débil porque allí estaba el amor humano, el amor del fuerte que le brindaba protección eficaz.

El porvenir triunfaba del pasado.

Amanecía. A lo lejos, donde la llanura termina su declive, las aguas descansaban en una quietud de ambiente monjil. En el bosque quedaban señales inconfundibles de la feroz batalla librada en la noche por los elementos. Un lecho de hojas y ramas ocultaba el fango. Por entre las nubes, un pedazo de cielo mostraba su lividez de monstruo exhausto.

Las primeras claridades llegaban, lenta, paulatinamente, como viajeras cansadas.

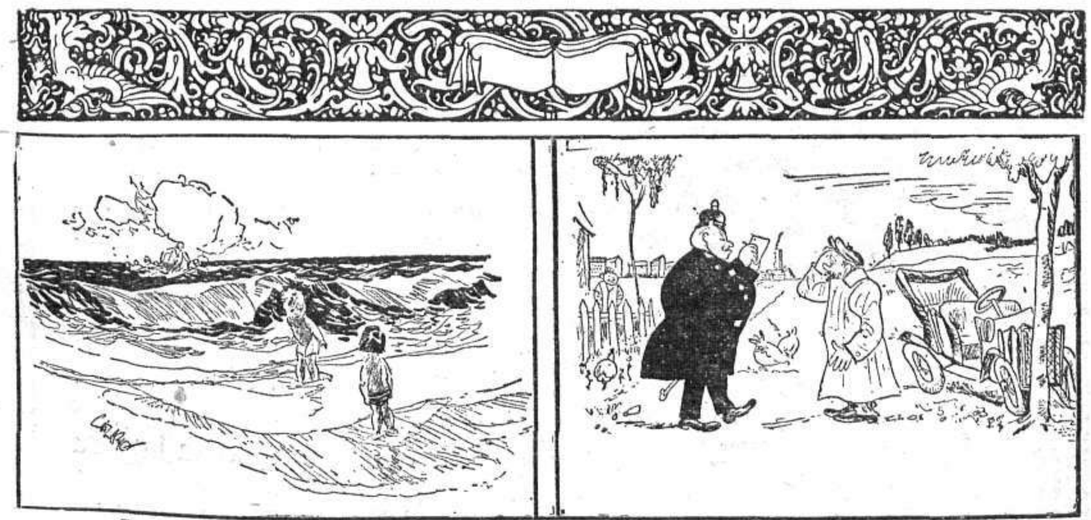
A través de la ventana del rancho, dos rostros soñolientos pegados al cristal aun húmedo, contemplan a lo lejos la inmensidad del paisaje y la línea indecisa del horizonte.

La mujer siente los párpados pesados y embotados los sentidos. Con voz lejana y doliente, exclama:

— ¡Gracias a Dios!...

El hombre sonríe. Su sonrisa es incomprensible. Un poco de tolerancia. Un poco de rebeldía.

Hay una pausa, y luego, como obedeciendo a un impulso común, ambos rostros desaparecen. La ventana queda vacía y obscura.



— ¡Ven aquí, Enrique!
— ¡No, que me voy a mojar el traje nuevo!

— ¿Qué número tiene?
— 1932.
— No le pregunto cuándo nació usted. Pregunto el número del coche.

El gobernador, señor Octaviano Vera, que concurrió á recibir a los aviadores de la escuadrilla aérea militar, a su llegada a ésta.




PRODUCTOS
SUPREMA
La Belleza descuidada pronto se marchita
La mujer favorecida por un cutis fresco y de hermoso colorido, no debe rehusar los medios más sencillos y eficaces para conservar su encanto natural. Ellos estan reunidos maravillosamente en los
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO
Suaviza y hermosea delicadamente el cutis. De gran adherencia. La caja $ 1.10
AGUA COLONIA
Sutilmente perfumada, refresca la tez. El frasco . . . . $ 2.20
SE VENDEN EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL
DE PERFUMES
PRODUCTOS
SUPREMA
P. BURS & Cía.
Bolívar, 1725 - Bs. Aires
Remitimos gratis a quien lo solicite muestra del POLVO GRASOSO SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
SUPREMA
2.20

PASATIEMPOS

Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Intercalación comprimida, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

NO R TA   ANIMAL

N.º 2

Intercalación comprimida, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

LE 50010 ON

N.º 3

Acertijo, por T. Legarreta (Talleres, F. C. S.)

¿Cuál es el nombre de un animal que cambiando su letra inicial da el nombre de una provincia española?

N.º 4

Interpretativo, por Tomás Legarreta (Talleres, F. C. S.)

D PUÑAL T

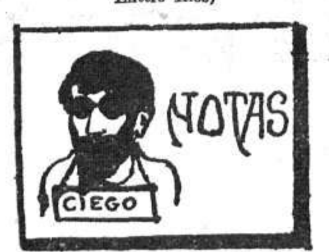
N.º 5

Triángulo numérico, por Baltasar Buccafuschi (Muñiz, F. C. P.)

1 2 3 4 5 6 7 8	**Ciudad**
5 6 7 4 3 8 1	**Nombre de varón**
7 2 1 6 5 4	**Casa de recreo**
7 8 5 4 2	**Embarcación**
3 4 7 2	**Anormal**
1 8 3	**En la comida**
3 4	**Artículo**
5	**Consonante**

N.º 6

Comprimido, por «Carso» (Gualeguaychú, Entre Ríos)



N.º 7

Interpretativo, por «Carso» (Gualeguaychú, Entre Ríos)



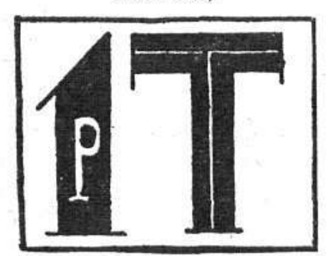
N.º 8

Comprimido, por «Carso» (Gualeguaychú, Entre Ríos)



N.º 9

Comprimido, por «Carso» (Gualeguaychú, Entre Ríos)



N.º 10

Comprimido, por «Adolfo» (ciudad)

1/2 NOMBRE DE MUJER L

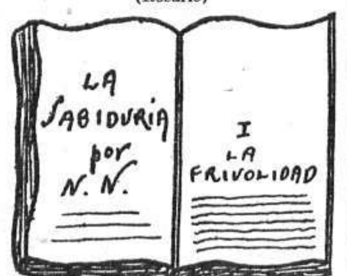
N.º 11

Comprimido de actualidad, por «Adolfo» (ciudad)

TA	ZER
TE	ZIR
TI	ZOR
TU	ZUR

N.º 12

Pensamiento de Sacha Guitry, por «Esfinge» (Rosario)



N.º 13

Charadístico, por «Adolfo» (ciudad)

1.ª y 2.ª	4.ª y 3.ª	3.ª y 5.ª
ENFERMO	EN LA BIBLIOTECA	FRUTA
TODO: TIENE RUEDAS		

N.º 14

Pensamiento de la Bruyere, por «Esfinge» (Rosario)

ANTIPATIA ...100 metros...AMISTAD
... 20 metros...ODIO

N.º 15

Frase en jeroglífico, por «Esfinge» (Rosario)



CONCURSO DE PASATIEMPOS
ENERO DE 1923.
CUPON N.º 1266.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

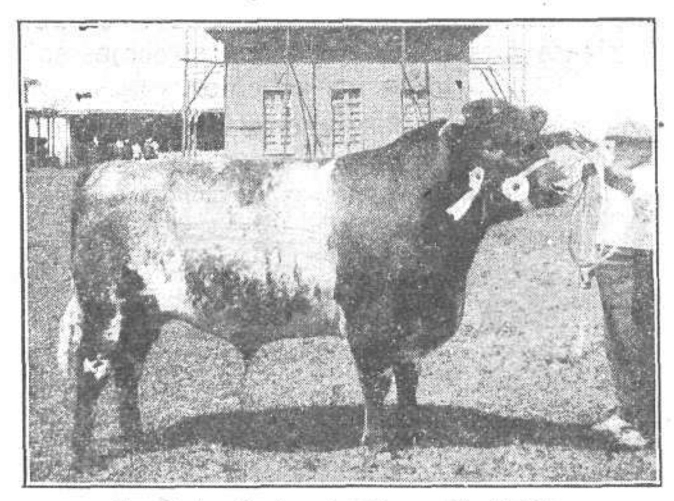
N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

Concurso de diciembre de 1922. — Se reciben soluciones hasta el 12 de enero de 1923 inclusive.

La última de las exposiciones ganaderas provinciales de 1922

POCO ÉXITO DE LA DE MAR DEL PLATA

La Sociedad Rural de Mar del Plata nació unos cuatro o cinco años atrás, pero ninguna de las exposiciones celebradas en esa «Riviera» de la Argentina ha tenido mayor éxito. Desde su fundación la Sociedad tuvo suerte en poder conseguir el desusado hipódromo en donde celebrar sus exposiciones anuales, pero en lo futuro es posible que se encontrará en la necesidad de hacer otros arreglos por la sencilla razón de que el Jockey Club de Mar del Plata es, una vez más, una entidad activa y en la actualidad, se están haciendo grandes preparativos para comenzar nuevamente las temporadas de carreras en esa famosa playa veraniega, siendo digno de notar que el Jockey Club de Buenos Aires acaba de donar 50.000 $ al de Mar del Plata para proveer premios para la temporada de 1922-1923.



Campeón toro Shorthorn de pedigree en Mar del Plata

Sin embargo, entre los socios de la Sociedad Rural de Mar del Plata figuran los nombres de varios estancieros acaudalados y progresivos, y dadas las épocas normales es de suponer que estas exposiciones serán celebradas anualmente como de costumbre, aun si fuere necesario buscar otro local. Este año la exposición de ganadería en Mar del Plata ha sido bastante mediocre. Fué inaugurada el día 4 del corriente, y de todas las secciones la de los ovinos fué la más concurrida. El señor Peter Kihlberg actuó como jurado único, nombrado por la Sociedad Rural Argentina, y llevó a cabo su tarea con todo éxito.

Hubo solamente cuatro categorías para Shorthorns de pedigree, y en éstas la concurrencia fué reducidísima, siendo repartidos los premios entre los propietarios de las cabañas «Chapadmalal», «La Trinidad», «La Colmena» y «Marte de los Padres». El campeonato fué ganado por un rosillo compacto, de buenas calidades, expuesto por la «Chapadmalal», hijo de aquel famoso toro Favourite 5, que es también padre del campeón toro de la exposición de Palermo de septiembre próximo pasado; siendo el reservado de campeón un toro colorado, robusto, de carnes apretadas, de «La Trinidad». Las copas «Viera», «La Polola» y «M. A. Martínez de Hoz» fueron ganadas todas por el campeón de la «Chapadmalal», mientras la medalla donada por la Sociedad Rural Argentina fué ganada por «La Colmena».

La concurrencia de Shorthorns sin pedigree fué también reducida, pero entre los expuestos hubo algunos ejemplares excelentes de la raza. En estas categorías «La Colmena» llevó los principales premios, si bien «La Polola» conquistó el mayor número. La sección «Ganado Gordo» fué un fracaso completo.

En la sección dedicada a los ovinos, la raza Lincoln era la única concurrente, pero algunas de las categorías fueron muy bien disputadas. El carnero campeón de lana entera, y el reservado de campeón, carnero de media lana, fueron expuestos por la cabaña «La Esperanza»; y el campeón carnero de media lana ha sido criado y expuesto por «La Segunda Esperanza». El carnero reservado de campeón, lana entera, fué expuesto por la cabaña «Chapadmalal».

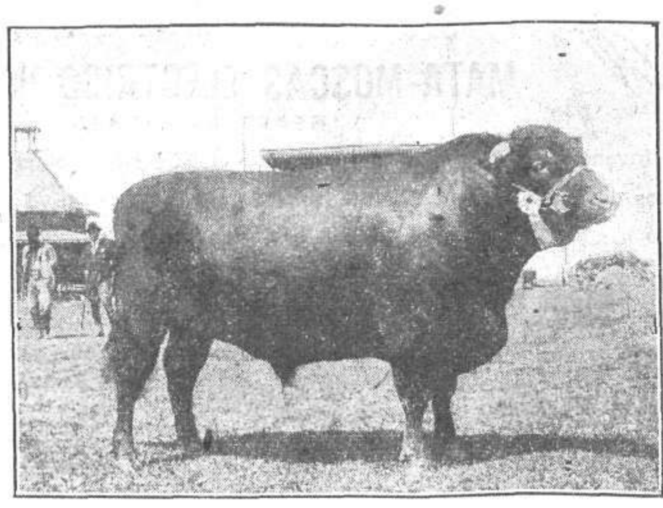
El público que visitó la exposición fué poco numeroso, y las ventas han estado lejos de ser un éxito. Hablando en términos generales, la exposición de este año ha sido la peor que se ha celebrado bajo los auspicios de la Sociedad.

IDEAS PRACTICAS PARA LOS CRIADORES DE AVES. — LA MANERA DE DIFERENCIAR LAS NO PONEDORAS.

Los poseedores de razas como la Plymouth Rock, la Wyandotte, la Rhode Island Red y la Leghorn no tendrán mayor dificultad en saber la época en que sus gallinas han dejado de poner huevos. Son aves de piernas y carnes amarillas, y el color de uno u otro de estos rasgos les ayudarán a determinar el asunto.

Notando con cuidado, se verá que durante el período de la postura las piernas, el pico y el pellejo vuelven a ser mucho más pálidos; y si la postura ha sido muy grande, el cambio de color es mucho más notable. Luego se nota que, al dejar de poner, un color más viviente vuelve a estas partes. Este color demuestra que la carne se está reponiendo y que está debajo del pellejo desarrollando un color amarillo, mientras que durante la temporada de postura la gordura desaparece para ayudar a formar la yema del huevo.

La condición del ano también indica cuando el período de postura ha pasado. Durante el período de postura el ano es de color pálido y es blando, como asimismo las partes de su alrededor. Una vez que el ano cambie de color y se ponga duro y las partes adyacentes firmes y tirantes, se adivina que el período de postura se ha concluído. Esta indicación ha de ser de utilidad cuando el criador está buscando gallinas para la mesa o para la venta. El criador, naturalmente, no quiere sacrificar una gallina ponedora, y no hay nada más desilusionante que matar una gallina y encontrar dentro de ella huevos listos para ponerse. Por tal motivo, aconsejo un examen cuidadoso de la gallina antes de sacrificarla.



Reservado campeón toro Shorthorn de pedigree en Mar del Plata.

GUILLERMO St. J. PETERS

años sufriendo

CURADO PARA SIEMPRE

US ANTIGUAS DOLENCIAS—HACE MAS DE UN AÑO QUE SE CURÓ—Y SIGUE SIEMPRE CURADO

¡¡¡Ante la evidencia hay que rendirse!!!

Cuando a diario se presentan pruebas innegables, como las que yo presento, no es posible que cerebro alguno bien organizado albergue la duda, ni discuta por más tiempo las bondades curativas de la "Electricidad". Se explica la duda y se explica la discusión, cuando se trata de cosas desconocidas, pero no es concebible suponer que hay aún quien ignore á principios del Siglo XX, que la Electricidad es hoy el factor más importante del arte de curar. Muchos argumentos podría presentar en apoyo de lo que digo, pero prefiero dejar á que los hechos hablen por mí.

Fíjese, lea y medite.

Tornquist, (F. C. S.), Febrero 23 de 1905.

Señor doctor A. T. Sanden — Buenos Aires.

Muy señor mío:—Tengo el agrado de poner en su conocimiento que la Faja Eléctrica de su invención que empecé á usar en Enero del año próximo pasado y que seguí usando por espacio de un mes y veinte días, me mejoró completamente, y á pesar de hacer ya mas de un año que he dejado de usarla no he vuelto á sentir más mis antiguas dolencias de las cuales había padecido por espacio de diez años consecutivos. Los dolores de cintura, riñones y palpitación al corazón desaparecieron por completo, como así también el reumatismo que padecía en los brazos, espaldas y hombros, *á consecuencia de lo cual me levantaba por la mañana con el cuerpo* deshecho y cansado sin ánimos para nada. *Otras dolencias que padecía también* desaparecieron *y hoy me encuentro libre de toda molestia debido al uso de su maravilloso* "Herculex Eléctrico"

Puede emplear la presente para los fines que crea más convenientes. Queda de Vd. agradecido su paciente y S. S.

(Firmado): *BRUNO ALZAMENDI.*

Si el estado grave de su enfermedad ó la distancia le impide visitarme personalmente, mándeme su nombre y dirección y le enviaré por vuelta de correo libre de todo gasto, mis dos últimas obras "SALUD" y "VIGOR", acompañadas de una colección de más de 200 testimonios de pacientes agradecidos que se han curado con m "Herculex Eléctrico" "SALUD" es un libro para todos, y "VIG... para los hombres débiles especialmente.

Nota — Cuidado con las imitaciones barata... ...nes siempre son baratas. No compre Fajas baratas. Lo bar... sale caro.

Escriba ó dirijase siempre al

Calle ARTES 105 ... **SANDEN—BUENOS**

HORAS DE C... ...DOMINGOS: de 10 á 12 m.

Este Aviso ha sido publicado en Marzo de 1905 y, que bien dice "CURADO PARA SIEMPRE"

Esto es un "Hecho" como muchos otros del "Hérculex"

1917

Tornquist, noviembre de 1917.

Señor Dr. Sanden:

... hasta hoy no he sentido síntomas de ninguna especie, como bien, bebo bien, lo que antes no sucedía, y así, hoy me encuentro perfectamente bien, gracias a su maravillosa Faja.

(Firmado): BRUNO ALZAMENDI.

1922

EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1922, el señor Bruno Alzamendi nos dice: «Hasta el presente puedo trabajar sin molestias».

El comprobante de éste y otros muchos testimonios, hállanse en nuestro archivo a disposición del que quiera inspeccionarlos.

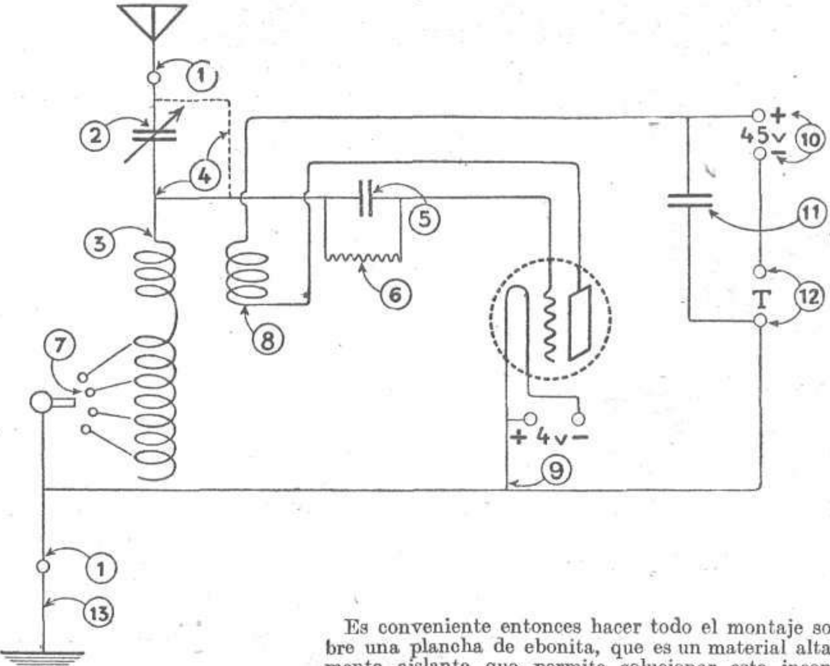
Pida hoy mismo "SALUD y VIGOR", que explican cómo usted también puede obtener un resultado igual. Estos libros son gratis y porte pago para todos los enfermos.

Compañía **"Sanden"** - C. Pellegrini, 105

Buenos Aires

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

INCONVENIENTES QUE SE PRESENTAN EN LA RECEPCION



Muchos aficionados han construído receptores de acuerdo con los datos que se han indicado en esta sección, pero pocos han de ser los que han llegado a obtener el máximo de rendimiento desde los primeros ensayos, siendo el objeto de esta publicación de hoy indicar la razón de los diversos inconvenientes que se presentan.

Estas indicaciones se refieren al receptor de circuito de sintonización directo con reacción, que fué descripto en uno de los primeros capítulos, ya que es el receptor más generalizado.

N.º 1. Téngase cuidado de conectar la antena al borne correspondiente y no hacerlo al borne de tierra. Verifíquese si la llave que se emplea para conectar la antena a tierra cuando no funciona la estación, está en su posición correcta.

N.º 2. Conviene conectar el conductor que une el borne de antena con el condensador variable, a la armadura móvil, conectando la otra a la bobina.

N.º 3. Es muy importante que la extremidad de la bobina que se ha conectado al condensador variable sea la que corresponde a la sección de 20 primeras vueltas o sea, la extremidad que está más próxima a la bobina de reacción.

Si esta conexión estuviera mal hecha el aparato podrá funcionar, pero con pobres resultados, en ondas cortas, debido al acoplamiento débil que hay con la bobina de reacción.

N.º 4. Muchos aficionados realizan la conexión de reja erróneamente, pues en lugar de tomarla de la extremidad de la bobina o del conductor que une ésta con el condensador variable, la conectan al conductor que une el borne de antena con el condensador, disminuyendo enormemente los resultados a obtenerse, pudiendo ser nulos también.

N.º 5. Verifíquese si el condensador de reja no está en corto circuito, es decir, si las hojas de cada armadura se tocan, para lo cual puede conectarse en serie con un teléfono y la batería de 45 volts, debiendo percibirse un ruido débil en el acto de cerrar el circuito.

Si el ruido es fuerte el condensador está en mal estado y deberá componerse.

Para no tener duda respecto al ruido que se oye ciérrese el circuito con el teléfono solamente, y en caso de estar el condensador en mal estado se oirá un ruido semejante.

N.º 6. El condensador de reja no debe ser hecho con madera ni sus bornes deben estar fijos a soportes de madera, pues siendo la resistencia de la misma menor que la resistencia de reja, la corriente pasará por la madera y el empleo de la resistencia de reja será inútil.

No teniéndose a mano ebonita o fibra, empléese madera muy seca, hervida previamente en parafina hasta que no se desprendan más burbujas de aire, es decir, hasta que la parafina haya penetrado por todos los poros de la madera.

Igualmente verifíquese que ningún contacto de los realizados en otras partes del circuito permitan el paso de corriente por la madera, pues se producirá el mismo fenómeno, especialmente en el portalámpara, que si no está perfectamente aislado permite el paso de corriente a través del soporte entre los bornes de filamento y reja.

Es conveniente entonces hacer todo el montaje sobre una plancha de ebonita, que es un material altamente aislante que permite solucionar este inconveniente.

La resistencia de reja se hará sobre una planchuela de ebonita, pues al hacerla sobre madera o papel se obtendrá un mismo resultado.

N.º 7. Si al apoyar la manija selectora sobre un tope de contacto no se oye nada, verifíquese si la derivación hace buen contacto con el tope o si está cortada.

Si se oye un fuerte ruido de dínamo o sea un zumbido que varía constantemente de tono, es conveniente revisar la bobina, pues seguramente está cortado el alambre.

N.º 8. Si no se obtiene reacción absolutamente ninguna inviértanse las conexiones de la bobina de placa.

Si la reacción es débil verifíquese si la batería del circuito de placa no está descargada, y si estuviera correctamente, si no está en corto circuito o bobinada al revés una parte de la bobina de reacción, debiendo tenerse en cuenta que si la tensión de la batería de filamento es inferior a 4 volts, la reacción será muy débil y podrá anularse por completo.

Si la reacción es enérgica, se oirá un chillido cuya intensidad variará con el acoplamiento.

Es inútil pretender oir las ondas continuas o telefonía al mismo tiempo que el chillido, de manera que se disminuirá el acoplamiento de la reacción hasta que no se oiga más, haciéndose entonces la sintonización del circuito antena tierra.

Si al encender el audión no se oye nada:

N.º 9. Se habrá omitido la unión entre el circuito de placa y el de filamento.

N.º 10. Inviértanse los conductores de la batería de 45 volts.

N.º 11. Verifíquese si el condensador del teléfono está en buen estado procediendo como se indicó en 5.

Cuando el condensador de placa está en corto circuito, al conectarse la batería de 45 volts se oye un fuerte ruido en el teléfono, y al desconectarla salta una chispita, siendo importante para la conservación de esta batería recordar que nunca deben saltar chispas al desconectarla.

N.º 12. Verifíquese si los cordones del teléfono no están en corto circuito o si la ficha de los mismos está bien conectada.

N.º 13. Si durante la recepción se nota que al aproximar las manos o el cuerpo al aparato aumenta la intensidad de recepción o se oyen fuertes chillidos, es señal de que la conexión de tierra es mala, debiendo emplearse un alambre de cobre grueso y corto perfectamente soldado a una cañería de distribución de agua corriente.



Hemos tomado tan a conciencia
la misión delicadísima de nuestra profesión que en cada receta que preparamos, mientras manipulamos sus componentes, hacemos todas las operaciones con el empeño que podemos poner en algo que mantendrá siempre el crédito de nuestro nombre.
Tal empeño
agregado a nuestros productos siempre puros y frescos y a nuestros precios que nunca pasan de lo que realmente vale lo que se entrega, ha trascendido al público y a los médicos en forma tal que tenemos clientes en los cuatro extremos de la República.
Nosotros cuidamos nuestro nombre. Vd. puede estar seguro de los productos o preparados que lo llevan.
Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFENSA, 192
Unica Sucursal:
FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
Unión Telef. del 5921 al 5925, Avenida



DESDE LA DOCTA CIUDAD

Una batida a los maleantes

Ya pasaron aquellos tiempos en que las ciudades del interior constituían unos apacibles centros de poblaciones tranquilas, donde todos se conocían y hablaban con los vecinos de enfrente desde las ventanas, como lo haríamos nosotros en Buenos Aires con los del departamento de al lado.

Y Córdoba, la Córdoba de hoy, está muy lejos de ser la que conocí hace cosa de un cuarto de siglo.

Si sigue a este paso, la docta tendrá que agregar otro adjetivo al que tanto la honra, tendrá que llamarse también la hermosa.

Será la primera vez que los doctos serán hermosos, pues, por lo general, son bastante feos todos, gracias a Dios; pero alguna vez hay que empezar.

Sin embargo, el progreso trae aparejados sus inconvenientes, y bastante serios.

En un tiempo los cordobeses podían dormir en la mayor seguridad, sin preocuparse de cerraduras Yale y pasadores.

Era suficiente arrimar las hojas de las puertas de algarrobo y poner una piedra atrás, así... como para dar a entender que los dueños de casa se habían acostado.

Los muchachos trasnochadores no tenían más que empujar un poco y se encontraban en el zaguán o en el patio, sin necesidad de llaves, siempre molestas, porque se pueden perder o encapricharse en no funcionar como es debido. ¡Y no hay cosa peor que una llave rebelde!...

Cuando para entornar las puertas era suficiente una piedra arrimada a una de las hojas, no se robaba un alfiler; hoy que todo el mundo se cuida, usa cajas de hierro y cerraduras de seguridad, se desvalijan las joyerías en plena calle San Martín, como quien dice en la calle Florida entre Corrientes y Sarmiento.

De ahí la necesidad de una policía de investigaciones, porque con los vigilantes criollos, de uniforme, excelentes cebadores de mate, conocedores del manejo del sable hasta como recurso indicado para sacudir felpudos, no rezan las impresiones digitales, las pisadas, los pelos y demás señales que sabe aprovechar la policía científica.

— Nosotros — me decía un venerable ejemplar de agente uniformado — nosotros somos hombres de "anción"... A mí, señor, ordéneme de tomar presa una "tropiya" de Juan Moreiras y ia voy volando... Io no conozco el miedo, señor...

— Para descubrir los criminales ahora se emplean los agentes de investigaciones... Luego ustedes van y los detienen...

— Le han cambiado el nombre, señor... Io soy viejo y sé lo que son estas cosas... En mis tiempos la polecía de investigaciones eran los baquianos, los rumbiadores, y se hacía polecía como se hace ahora, y tal vez mejor... ¡sea dicho sin faltar a naides!...

Es inútil...

Los viejos no quieren saber nada de seguir la evolución rápida que se realiza, especialmente en ambientes como el nuestro, y clasifican como presunción irrespetuosa todo adelanto en que no pueden tomar parte en forma activa por falta de competencia.

El segundo jefe de investigaciones, un funcionario que durante la guerra prestó notables servicios a su país de origen en calidad de "attaché" a la oficina de espionaje, me invitó a presenciar una batida al elemento maleante y a las casas de juego.

— ¿Le interesa?

— ¡Puede figurarse!

—Entonces... esta noche a las diez... Si usted viene a la oficina, saldremos los dos en coche... Creo que podrá presenciar algo interesante... Huelga decir que no debe usted dejar escapar la menor alusión a lo que se va a efectuar, porque no faltaría quien en el acto fuera a prevenir a los interesados...

— ¡Ni en broma, señor, ni en broma!...

Muchas veces he querido presenciar una batida a los maleantes en Buenos Aires, pero allá estas órdenes las dan a última hora, así que habría sido necesario encontrarse en el Departamento por la noche.

Aquí, por lo contrario, las disposiciones se dieron en las primeras horas de la tarde:

— ¿Cuántos agentes hay disponibles?

— Veinticinco...

— Citarlos todos para las veintiuna...

— Muy bien...

Y en el acto empezó una de idas y venidas, de llamadas telefónicas y carreras de ciclistas, para juntar al personal franco y participarle la orden.

Mi situación era algo delicada, porque si por casualidad la operación hubiese fracasado, podía creerse que, a pesar de las recomendaciones, hubiera sido yo el imprudente que no había sabido callar.

Un periodista discreto es bastante raro. Nadie, y menos un jefe de investigaciones, está obligado a creer en la existencia de una rareza de esta índole. Por eso me alegré muy de veras cuando, en el momento de despedirme para volver a la hora indicada, el señor Metelo Rettaroli me dijo:

— ¿Tiene que hacer ahora?... Quédese conmigo... Iremos a cenar juntos y después vendremos directamente a la oficina... ¿Le parece?

— Como guste...

No quiero hacerme el valiente.

Mis entusiasmos se iban apagando un poco al conocer los detalles que me suministraba el jefe de investigaciones.

— Hay parajes en Córdoba donde no es prudente ir de noche... Los mismos agentes uniformados andan de a dos y a veces de a cuatro... Son barrios alejados del centro, rancherías que hospedan a individuos de antecedentes pésimos...

— ¿Ah, sí?... Y... ¿se ha dado el caso que hayan resultado heridos los agentes?

— Es un caso que se ha repetido varias veces...

— Hum, hum...

— ¿No se sirve de fruta?

— No, gracias...

— ¡Qué poco come usted!..

— Efectivamente; de noche procuro no cargarme el estómago.

Y mientras dejaba hablar a mi anfitrión, la fantasía se echaba al galope por los campos de lo... verosímil.

Una pelea, cuchillos al aire, rápida intervención de la autoridad, tiroteo, corriditas alrededor de los coches para evitar los proyectiles... Luego un escozor muy fuerte en un costado, un tanteo con la mano, sangre... Dos, tres, cuatro agentes que acuden presurosos.

— ¿Herido? ¿Está herido?

— ¡No sé!... ¡Creo que sí!... ¡No es nada!...

Un estallido de venganza en forma de soberana paliza a los delincuentes y traslado, con todos los cuidados del caso, del periodista, herido en el cumplimiento de su deber, al hospital más próximo...

Diarios con títulos enormes anunciando la sensacional noticia, telegramas a la capital federal... Felicitaciones, pésames, un alboroto general por unas horas, pues cualquier otra cosita habría bien pronto borrado el recuerdo de la trágica hazaña.

— ¿Se sirve de café?

— ¿Café?... Bueno...

—¿Qué le pasa? Parece usted preocupado... ¿No ha recibido noticias de su casa todavía?

—¿Preocupado?... Al contrario... No tengo absolutamente nada... Estaba pensando de qué manera se podría libertar a Córdoba de esa clase de gente...

—¡Ah!... ¡No se preocupe!... ¡Ya verá!... ¿Quiere que vayamos? Son las veintiuna y treinta... Despacito, charlando un rato, seguimos hasta la oficina central y de ahí a la caza del hombre...

Debajo de las recobas del antiguo Cabildo paseaba impaciente el primer oficial de investigaciones. En cuanto vió llegar a su jefe fué a su encuentro:

—¡Una palabra, mi jefe! — Y le habló al oido...

—¡Caramba! ¿Quién es el que habla acá? Quién es?... ¡Si alcanzo a dar con él va a ver lo que le pasa! La batida se fué al tacho... ¡Han sido prevenidos esos sinvergüenzas!... ¡No importa!...

—¿Han sido prevenidos? — dije yo. — ¡Qué lástima!.. ¡Maldita suerte! ¡Tantas ganas que tenia de presenciar una batida de maleantes!... Ahora... ¡quién sabe cuándo se me presentará otra oportunidad!... ¡Paciencia!... ¡Qué lástima!

Se me habia desarrollado una verba incontenible. Hasta me permití hacer presente al señor Rettaroli que yo, en su caso, habría dispuesto a última hora la batida, pues fiarse es bien y no fiarse es mejor...

—¿Puedo retirarme, mi jefe?

—Vaya no más... ¡Ya sabré quién ha sido el que abrió el pico!

En cuanto el primer oficial se alejó unos diez metros, el segundo jefe de investigaciones me tomó de un brazo:

—¡Usted no va a perder nada!... ¡Lo prometido lo cumplo!... Mañana a las doce de la noche, aunque se desencadenaran todos los elementos atmosféricos, se hará la batida... Pero va a ver usted que esta vez no estarán prevenidos...

Volví a enmudecer, pero al mismo tiempo reflexioné que faltaban por lo menos veintidós horas para el acontecimiento, y que al fin y al cabo en veintidós horas pueden verificarse muchas cosas.

—¡Hasta mañana entonces!...

—¡Hasta mañana, mi jefe!

Los elementos se desencadenaron de veras, pero de una manera tan violenta, que ingenuamente llegué a pensar:

—La batida la suspenderán... ¡Quién anda por las calles a estas horas y con este tiempo! Menos mal... En todo caso tengo siempre el pretexto de la lluvia, de la posibilidad de un resfrío con sus correspondientes complicaciones...

¡Qué esperanza!

A las once y media de la noche un coche venia a buscarme al hotel, y un empleado, muy sonriente y satisfecho, me decía:

—En nombre del señor Rettaroli vengo a invitarlo al paseo convenido...

—Este... ¿Ah, si? ¿Con lluvia y todo van lo mismo?

—Al contrario... Mejor...

Unos treinta pesquisas, los mejores sabuesos, se desparramaron como si siguieran las varillas de un abanico.

El segundo jefe y yo, en coche, seguíamos a los agentes, que corrían de un lado y del otro, penetraban en los cafetines, arreando a los individuos de malos antecedentes.

—¡Manos arriba!... Al Departamento... ¡Rápido!...

Al salir de los cafetines y realizada la barrida, se acercaban al coche.

—¡Van tres, señor!... ¡Van siete!... Se nos escapó Capa Verde, pero lo están persiguiendo... Ha de caer no más...

—¡Bueno!... Sigan hasta el Ferrocarril Central Argentino... Yo creo que esta noche van a caer por lo menos unos treinta, entre ladrones conocidos y "souteneurs"... Lástima que unos quince de estos últimos se hayan encerrado en una casa particular... Pero no estarán siempre adentro... En cuanto salgan pasan a la trampa...

Hasta ese momento todo había ido a pedir de boca. Se trataba de un paseo triunfal, con acompañamiento de lluvia y truenos, viento y relámpagos,



lo que podía compararse con la Justicia Divina actuando de común acuerdo con la terrible majestad de los elementos desencadenados.

Frente al Ferrocarril Central Argentino existe un fondín, donde los agentes tenían orden de averiguar qué clase de personas acostumbraban reunirse.

El coche paró a una distancia prudencial, mientras dos o tres funcionarios curioseaban por los vidrios que daban a la calle. De repente los funcionarios se agacharon. Desde adentro salía una gritería formidable.

—¡Se pelean!

La puerta del boliche se abrió con violencia de par en par, y un grupo de individuos salió como llevado por viento huracanado.

—¡Salí, maula!... ¡Te voy a destripar, hijuna!... Vení... ¡Dejame, vos!... ¡Suéltenme, que me lo voy a comer vivo a ese gallina!... ¡Vení!...

Mi corazón golpeaba de una manera insólita, mientras, acordándome de lo que mi fantasía se había imaginado el día anterior, empezaba a creer que se hubiese tratado de una visión premonitoria.

—¡Aquí viene el balazo!

Los contrincantes se molían a trompadas, y desde el punto donde me encontraba se llegaba a sentir la respiración jadeante de los peleadores, entrecortada por golpes secos, como mazazos.

De repente los dos adversarios se separaron como para tomar aliento, pero en realidad para terminar pronto la lucha y de una manera definitiva.

A la luz de los faroles vi relucir una hoja de cuchillo, mientras un tiro de revólver retumbaba siniestramente, dominando los ruidos de esa noche infernal.

Los agentes de investigaciones, apostados como curiosos, en cuanto vieron que se echaba mano a las armas, saltaron como tigres sobre los contrincantes, reduciéndolos a la impotencia.

Una formidable trompada amansó en el acto al que había sacado el revólver y pretendía resistirse.

—¡Manos arriba y al Departamento, mocoso!

El señor Rettaroli sonreía:

—Bueno... ¡Ha sido una nota movimentada!... ¡Menos mal!... Tenía miedo que nadie se resistiera... Habría sido muy aburrida la batida...

—Y el balazo, ¿dónde fué a parar?

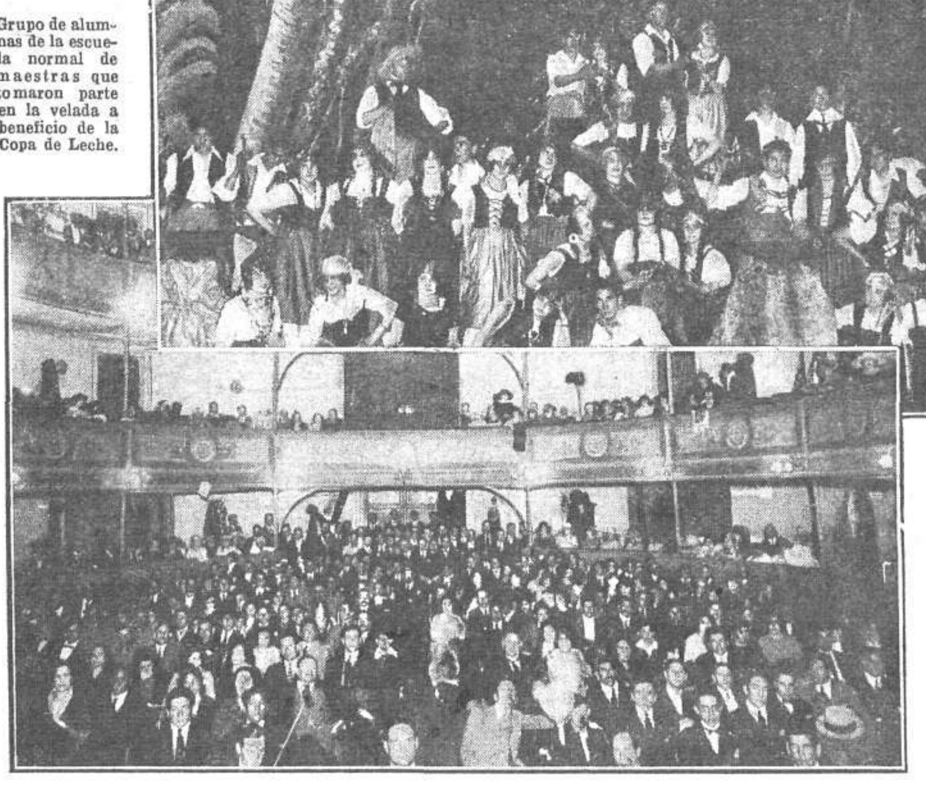
—Se le escapó a ese tipo al ser sujetado por el agente... ¡No hay víctimas!

Instintivamente me toqué todo el cuerpo, y al retirar las manos quedé satisfecho al ver que no habían cambiado de color.

De hoy en adelante, si algún jefe de investigaciones me invita a presenciar una batida, podré decir muy campante:

—¡Para mí no es una novedad!... ¡Muchas gracias!... ¡He visto... tantas!

Córdoba, Noviembre.



Grupo de alumnas de la escuela normal de maestras que tomaron parte en la velada a beneficio de la Copa de Leche.

Aspecto de la sala del Club Social durante el festival benéfico, que congregó a numerosas familias de esta ciudad.


Cuanto más exigente sea su paladar, tanto mayor será la satisfacción que le proporcionarán los platos preparados con este delicado aceite de oliva.
ACEITE COMESTIBLE PURO DE OLIVA
EXCELSIOR
VERDADERO DE LUCCA
ESPECIALIDAD DEL MARQUES
Boccanegra
LUCCA-ITALIA
EXCLUSIVIDAD PARA LA AMERICA DEL SUD
BERNASCONI Y CIA. LDA
BUENOS AIRES



Aspecto del Casino de oficiales del regimiento 16.° de Infantería durante el baile ofrecido por las autoridades militares retribuyendo atenciones.

SALVAMENTO DE LOS TESOROS DE UN BUQUE ESPAÑOL

En la bahía de Tobermory (Escocia) se halla hundido uno de los buques que formaron parte de la Armada Invencible, enviada por Felipe II contra Inglaterra. Este buque, que se encuentra en una profundidad de 18 metros, se supone sea el Almirante Florencia, que entre su cargamento llevaba dinero y joyas por valor, según se cree, de unos cuatro millones de pesos. El buque se había refugiado, huyendo del temporal, en aquella bahía de Escocia, que entonces era un país neutral, y ocurrió a bordo una explosión en la que perecieron 363 hombres de los 365 que iban en el buque.

Varias tentativas de salvamento se han realizado, pues, según la opinión de los técnicos, la explosión debió dejar gran parte del buque intacta y en condiciones de que pueda recuperarse su cargamento. Las operaciones que se realizan actualmente se llevan a cabo por 25 hombres versados en esa clase de empresas, y a cargo de una sociedad constituída para este fin.

Se han extraído ya planchas metálicas, balas de cañón de bronce de 1,40 m. de longitud y 7,5 cm. de boca, varios objetos de vajilla de plata, etc.

Los trabajos, dirigidos por el capitán Irons, se realizan con gran actividad, y se espera que pronto podrá saberse con seguridad si el buque llevaba oro y plata en barras, según se cree.

Corrientes 1172-80



Buenos Aires.

NUESTROS CATALOGOS

Muebles en general edición Nº 8

Camas de bronce y hierro Nº 2

Heladeras de roble norte-americanas Nº 1

Juegos de mimbre Nº 3

Cochecitos norte-americanos plegadizos para criatura Nº 1

Solicite el catálogo del renglon que le puede interesar cuyo envio lo efectuamos gratis.

CONSULTEN

nuestros precios antes de decidir sus compras en juegos de dormitorios, comedores, artículos de mimbre, heladeras o camas de bronce; como **FABRICANTES** en gran escala de estos artículos ofrecemos las más convenientes cotizaciones.

HELADERAS de roble norte americanas



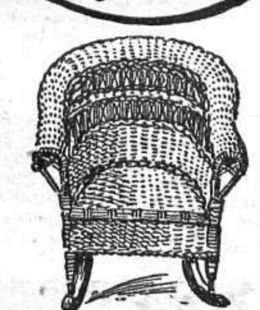
finamente lustradas, con herrajes de bronce niquelado, interiores en chapas de acero galvanizado .... $ **150.—**

OTROS MODELOS

Tamaño N.º	303-105x54x37	$ 75
	304-107x58x42	$ 85
	305-110x59x44	$ 115



JUEGO DORMITORIO de 3 cuerpos, desarmable, construído en roble norteamericano fileteado en palo de rosa, lustre a muñeca, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce; compuesto de 1 ropero, 1 toilet con cristal, 2 mesas de luz, cama matrimonial con elástico reforzado y 2 sillas dormitorio. El juego completo, según detalle.... $ **525**

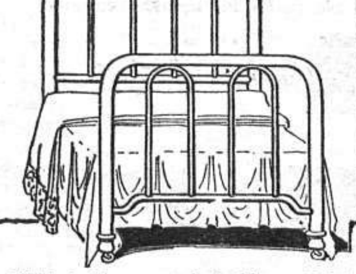


HAMAQUITAS de mimbre, para criaturas, en variados colores......... $ **5.50**

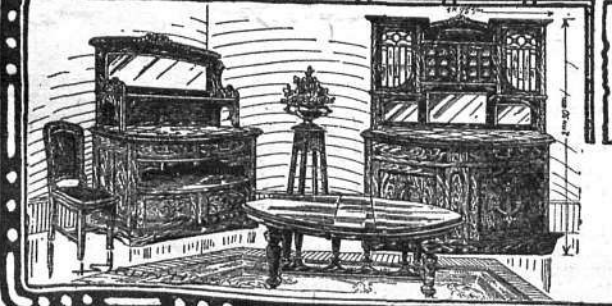


GUARDARROPA modelo ideal; en roble norteamericano, $ 160.—; en imit. cedro, $ 145.—; en imit. roble. $ **135**





CAMA de hierro, esmaltado blanco, con elástico imperial; de 2 plazas, $ 45.—; de 1 ½ plazas, $ 35.—, de 1 plaza.................. $ **25**



COMEDOR, en roble norteamericano macizo, modelo bombée, artísticamente tallado, con lunas y cristales biselados, puertas con vitraux de bronce, mármoles seleccionados. Las dos piezas .... $ **560**

Con 6 sillas tapizadas en búfalo y mesa con tabla de repuesto, ... $ **780.—**

INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES

PARA LIMPIAR LOS GRABADOS. — Para quitar a los grabados antiguos su color amarillo y devolver al papel su blancura primitiva se prepara en una cubeta, de dimensiones apropiadas al grabado, cloruro de potasa o agua de Javel con agua ordinaria; se deja el grabado en este baño durante dos minutos, y luego se retira para ponerle bajo la acción de un chorro de agua debajo del grifo.

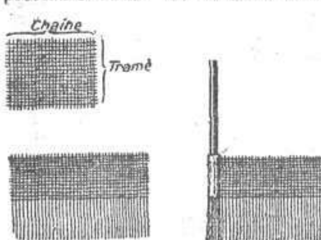
Esta operación exige muchas precauciones y un cierto manejo que se adquiere con la experiencia.

LAVADO DE FRANELAS.— Una franela buena, para que no encoja al primer lavado, no tiene que contener más que lana. Para cerciorarse de ello se coge una muestra de la franela y se cuece en una lejía de potasa.

Si el tejido no contiene más que lana, la franela se disolverá rápidamente y formará como un pedacito de jabón; si en cambio contiene algodón, éste último permanecerá intacto y sin alteración.

PINCEL ECONÓMICO. — Es de necesidad, cuando se trata de la desoxidación de una soldadura, lavado de vajillas y lavadura de pinturas a base de potasas, servirse de un medio intermediario para evitar el contacto de los dedos con estos productos en que predominan la causticidad o la reconcentración de materias grasientas.

Generalmente se emplea un pincel ordinario que rápidamente queda inutilizado, y su reemplazo ocasiona un gasto nada despreciable dadas las actuales circunstancias.

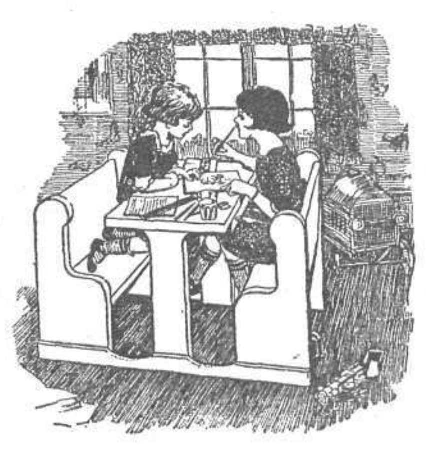


Es fácil preparar en un momento de necesidad un utensilio cómodo y económico de la manera siguiente:

Se toma una arpillera de uso frecuente para embalajes y confección de sacos, que está formada de una cadena de hilos a lo largo y una trama de hilos transversales. Se corta una banda de una anchura doble de los vástagos que debe tener el pincel y de una largura suficiente para que la banda enrollada sobre sí misma presente el espesor que se quiera dar a este pincel.

Se deshilacha, entonces, la banda sobre la mitad de su anchura, dejando libre una parte de los hilos de la cadena. Tomando una varilla de madera se enrolla la parte no deshilachada apretándola fuertemente y se ata con un bramante sólidamente formando una guarnición análoga a la de los tubos de los toneles.

Este instrumento así realizado, es muy práctico, de un precio insignificante y fácil de reemplazar en caso de que se inutilizara durante su empleo.



MESA-RECREO PARA NIÑOS. —Esta mesa-recreo, premiada en el concurso «La mejor idea» con el segundo premio, puede rendir prácticos y beneficiosos resultados en los hogares en que existan dos o más niños.

Sentados unos enfrente de otros, pasarán sus horas de recreo útilmente combinando, según sus gustos y aptitudes, las pinturas, lápices, juguetes y juegos apropiados a sus edades y sexos que previamente han sido colocados sobre la mesa.

Las dimensiones que deben darse a este mueble, según el fabricante premiado, son: Longitud, 1,02 metros; anchura 66 centímetros; tablero de la mesa, 43 centímetros por 41 ctms.; altura de la mesa y respaldos de los asientos, 63 centímetros; altura de los asientos, 28 centímetros.

Sobre un listón de madera de 1 m. y 10 centímetros, colocado en la parte baja del mueble y a lo largo de cada lado, están sólidamente fijados los asientos y la mesa.

Dada su forma, tamaño y peso, la mesa puede ser pasada fácilmente de un cuarto a otro y colocarse en los sitios preferidos por los niños o los padres.

CÓMO PUEDEN PRESERVARSE DE LA HUMEDAD LOS MUROS. — Es necesario en primer lugar, airear bien la habitación, estableciendo una gran corriente de aire. Después, cerradas las ventanas, se calientan las habitaciones con un brasero muy fuerte. Luego se pintan las paredes con una disolución de cera amarilla y esencia de trementina o esencia mineral, en la proporción de 50 gramos de cera por 500 de esencia.

Otro medio: alrededor de la habitación se echa en el piso, precisamente al pie de la pared, cierta cantidad de cal, que tiene la propiedad de absorber la humedad.

PARA LIMPIAR AGUJAS OXIDADAS. — Se quedan como nuevas dejándolas durante veinticuatro horas en aceite de olivas con algunas gotas de petróleo. Después se dejan entre aserrín fino perfectamente seco.

AMARRE DE BARCAS A CIERTA DISTANCIA DE LA COSTA. — Para evitar los perjuicios y en ocasiones las pérdidas completas de las barcas que son amarradas cerca de las orillas en que las aguas corren agitadas bajo la influencia de corrientes y remolinos, entre escarpados ribazos, se acostumbra a sujetar las barcas en estacas colocadas en plena agua y una cierta distancia de la orilla.

Este procedimiento también tiene sus inconvenientes puesto que, para amarrar las embarcaciones en los palos colocados dentro del agua, hay que emplear pequeños botes, que una vez ganada la costa son abandonados sobre las arenas a la intemperie.

El croquis que publicamos indica un medio práctico y sencillo de amarrar una barca a una conveniente distancia, tanto de los ribazos como de la ribera. El sistema extremadamente fácil, es análogo al empleado para cerrar las cortinas de una habitación. Sobre el ribazo se fija una estaca coronada por una argolla, por la que pasa una cadena que al mismo tiempo corre sobre otra argolla similar, sostenida por un flotador convenientemente anclado a una calculada separación de la costa. El funcionamiento de este dispositivo se comprende rápidamente: la proa de la barca estando sujeta en un punto de la cadena, bastará tirar de ésta, en el sentido que se requiera, para acercar la barca a la costa o para alejarla en medio del agua.





Alumnas de la escuela normal recientemente egresadas, y a quienes les fuera entregado su diploma en la brillante fiesta organizada en el teatro Juan de Vera, asistiendo el señor gobernador y lo más representativo de la sociedad correntina.



MUCHOS HOGARES HAY

antes dichosos y tranquilos que hoy son verdaderos infiernos. ¿Sabéis por qué? Pues porque la constipación de vientre ha hecho a la señora irritable y colérica todo lo que antes era de bondadosa y alegre. De ahí el que no vacilemos en recomendar a las familias el Polvo Rogé, como el purgante más eficaz y agradable conocido y especialmente apropiado, por su sabor, para las mujeres y los niños. Con el uso del Polvo Rogé desaparece inmediatamente el estreñimiento, por rebelde que sea, y evítase la tristeza y las jaquecas y congestiones consiguientes a ese estado particular. En una palabra, es el purgante más seguro, agradable y rápido que se conoce.

De aquí el que la Academia de Medicina de París no haya vacilado en aprobar este medicamento (honor que rara vez acuerda), a fin de que sirva de garantía a los enfermos. Viértase el contenido del frasco en media botella de agua. Para los niños, mitad del frasco. El polvo se disuelve por sí mismo a la media hora; después no hay sino beber el líquido resultante. Si os ofreciesen tal o cual limonada purgante en lugar del Polvo Rogé, desconfiad del consejo; es interesado. En cambio exigid sobre la envoltura encarnada del producto las señas del Laboratorio: **Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, París.** De venta en todas las buenas Farmacias.



REGALAMOS

esta hermosa pulsera plata fina, 5 hilos con pasador, a todo comprador por valor de $ 5.—

PULSERA de abrir, enchapada en oro 18 kilates, con piedras colores surtidos, a $ **2.—**

RELOJ-PULSERA oro 18 kilates sellado, cinta moiré, máquina fina, $ **38.—**
La misma, enchapada en oro 18 kilates, a $ **20.—**

CARTERA malla plata alemana garantida, tamaño 20 × 8 ½ centímetros, a..... $ **8.—**
La misma, 24 × 12 ½ centímetros, a pesos......... **12.—**

ANILLO plata fina, iniciales en esmalte, a........ $ **5.—**
El mismo, de oro 18 kilates garantido, a.......... $ **30.—**

GEMELOS plata fina, iniciales en esmalte, el par a pesos...... **5.—**
Los mismos, en oro 18 kilates garantido, el par a pesos..... **18.—**

Aceptamos en pago cartoncitos «43» a razón de $ 2.25 el cien.

AROS galalit, colores punzó, verde o blanco, con gancho de plata fina, el par a.... $ **1.50**

AROS plata platinada, brillantes negros del Brasil, el par a............ $ **3.—**

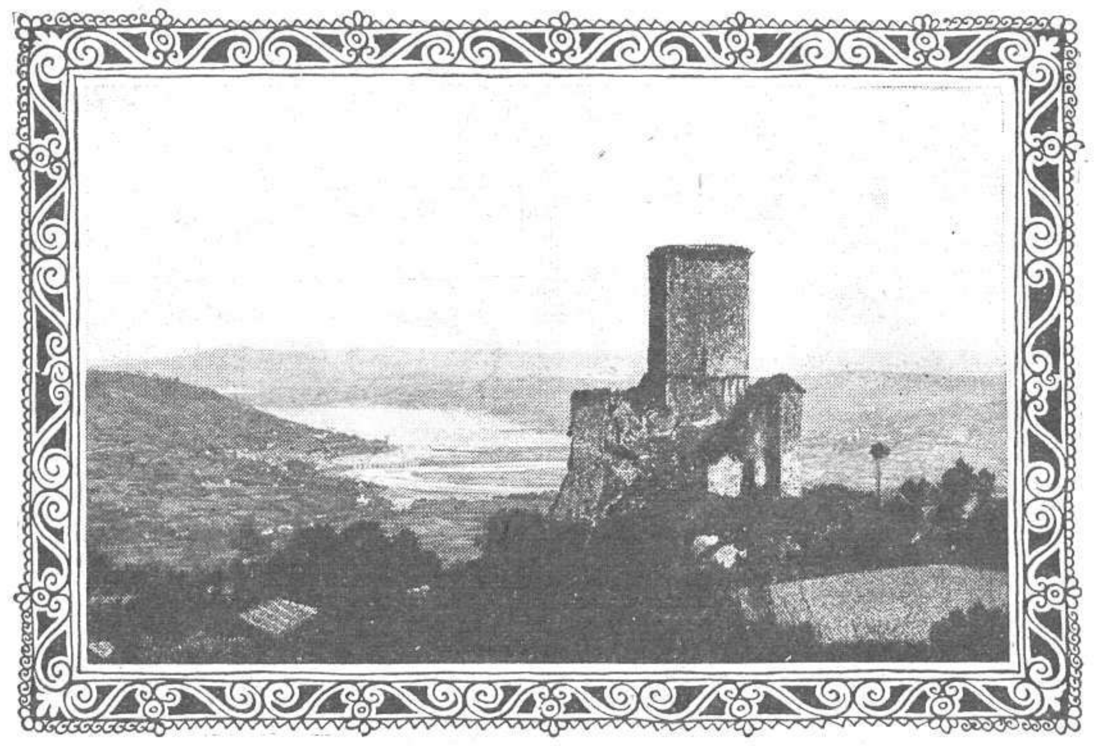
PULSERA media caña, enchapada en oro 18 kilates, con zafiros, a $ **5.—**
La misma, sin piedras, a $ **4.50**

Remitimos Catálogo GRATIS

JOYERIA Y RELOJERIA A. Samada

Remitimos Catálogo GRATIS

Casa Central Corrientes, 928
Sucursales B. Mitre 927 - C. Pellegrini 465



El castillo de Andrade, Puentedeume y sus inmediaciones.

Notas gallegas

Galicia es la región española que más vive en América; sus hijos son tan americanos como gallegos; quizás con su esfuerzo colectivo realicen la más tangible confraternidad hispanoamericana.

Y es que la región gallega es un país bello y de rancio abolengo; de Galicia salieron aquellos correos marítimos que fueron los precursores del comercio español con la República Argentina; de Galicia salen hoy miles de hombres y mujeres que hallan en el suelo americano el amparo que les niega el caciquismo de su tierra *meiga*.

La tierra gallega es grata visión para el americano, porque de ella vienen los que laboran y trabajan por la fraternal unión de esa hermandad, que no por ser espiritual es de menor valor que cuando era de dominio y prolongación española.

Y es que el carácter gallego se amolda al carácter americano; la historia gallega con sus recuerdos de heroísmos, de fe y de trabajo, es el crisol de la historia americana que fundó las grandes repúblicas modernas, en los mismos sentimientos que aportaran los conquistadores de antaño.

En Galicia se conservan aún los recuerdos de aquel feudalismo que se transformó en caciquismo, al que va anulando poco a poco el regreso de los emigrantes educados en la libertad en las tierras del Plata, que allí llevan, como reliquia de su éxodo, para liberar sus haciendas y fortalecer su peculio contra las rapacidades del fisco.

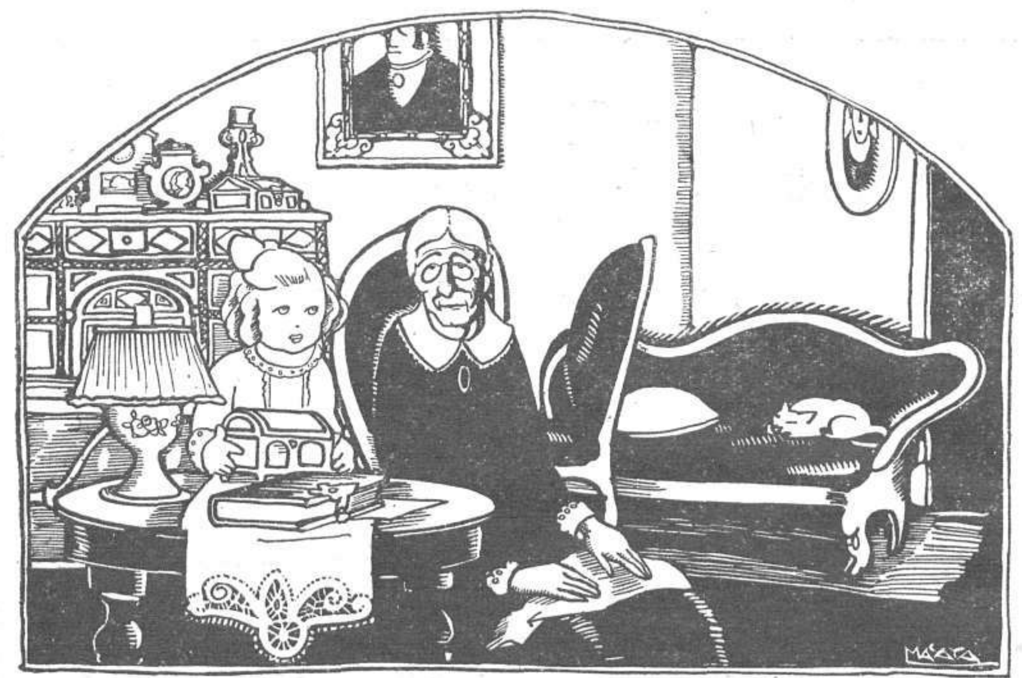
Galicia conserva aún el sello de su fe; las iglesias románicas que a través de siglos *viven* en la quietud de los campos y recuerdan el poder monacal; los castillos dominadores, en riscos y picachos levantados por la soberbia de señores autócratas, representativos de la autoridad feudal; los puentes que antaño fabricaron pueblos invasores y legaron como muestra de poder y riqueza; todo ese conjunto de páginas de piedra, que viven la vida de aquellos siglos en que la espada y la lucha eran únicos acicates de todo progreso, contrasta hoy con las obras que los *americanos*, llegados de las tierras en que formaron su hacienda, levantan para realizar labor de cultura, de amparo, de caridad, de arte, porque a todo alcanzan, con el fin de contribuir al desarrollo de España y de la región que los vió nacer.

Y este contraste enseña algo profundo, algo que forma cierta característica gallega: el amor a la patria y el amor al trabajo. Ese trabajo impuesto en las tierras americanas por propio deseo obtiene como recompensa la amplitud de horizontes espirituales, y estos horizontes son el motor que mueve a realizar las obras de progreso que modestas, quizás pobres, saturan la región de algo más fructífero que los murallones fríos de los conventos derruídos y las torres desmoronadas de los castillos feudales.

Es la paz y la cultura, la obra de la libertad, enfrente de la del vasallaje y la fuerza bruta.

Capilla de San Miguel de Breamo. — A la falda del Breamo se halla situado Puentedeume.

FEDERICO PITA.



MANIA DELICADA



A pesar de todas las reflexiones que hice en contra, mi mujer insistió en que nos fuésemos a vivir con su madre. Esta señora vivía fuera de la ciudad, en un altozano que atalayaba la población, la bahía y el mar. Un sitio de reposo verdaderamente codiciado. Jamás, sin embargo, demostré el menor deseo de vivir allí con ella. Su edad, sus costumbres, me parecieron siempre inadaptables al tono agitado, bullicioso, de una familia como la nuestra, muy reciente, bajo el imperio de la infancia. Mis cuatro hijos — un varón y tres niñas — no dejaban pasar un segundo sin taladrarlo con sus voces y sus diabluras.

La razón suprema que manejaba mi mujer era atendible: por conciencia no podía dejarla sola después del ataque al corazón. Sentíase muy cobarde, no quería separarse de su hija, de su única familia.

—¿Pero cómo meternos allí con esta chiquillería irresponsable?

—Mamá lo ha previsto; hará una división en la casa. Como ésta es muy grande, no llegarán los ruidos a las habitaciones suyas. Y los niños no pasarán a verla más que de vez en cuando y de visita.

Pocos días después nos trasladábamos a la casona de piedra. La salida de nuestro piso, de nuestro primero y único nido, nos afectó mucho.

La señora madre nos recibió con toda su cordialidad. Era una mujer reconcentrada y afectuosa. Se leía en su mirada la dulce resignación de una larga y dolorosa vida. Pozo de amarguras había sido el matrimonio para ella; desde la viudez, sólo en Dios tenía su pensamiento y su esperanza.

Nos dijo que no podíamos imaginar el bien que le hacíamos yendo a vivir a su lado; que los niños habían sido sus únicas alegrías, y que, aunque vieja y llena de manías, esperaba que sus nietos la besasen y la quisiesen.

Y, en efecto, los nietos simpatizaron pronto con ella, especialmente Lucinda, la segunda de mis hijas, una criatura de siete años, sumamente viva de ojos, tímida, callada y afectuosa. Esta personilla fué la que rompió primero la clausura en que se propuso vivir mi suegra. La inocente criatura no tenía la menor sospecha de que con ella entraba el diablillo en el recinto de la abuela.

Las habitaciones de ésta se caracterizaban por algo difícil de definir. No era desorden, ni descuido, ni mal gusto; pero tampoco era orden, esmero ni distinción lo que las unía. Tal vez haya sido la máxima preocupación de mi suegra — su verdadera manía — el no separarse nunca de los objetos que habían entrado en su casa, para ella o para los de su familia. Si se gastaban, si se rompían, ella los guardaba como verdaderas reliquias. En cada objeto decía revivir un momento del pasado. Cada cosa la situaba delante de un ser querido. Esto le permitía vivir en un mundo irreal, verdadera caja del tiempo. Tenía pañuelos de seda y encajes que habían pertenecido a sus abuelas; es decir, que la transportaban sesenta años atrás. Rosarios, zapatos, vestidos, sombreros, juguetes, tabaqueras, de su marido, de su padre, de todos... ¿Quién sería capaz de ir enunciando las infinitas cosas que se apiñaban en los inmensos roperos, cómodas, alacenas y mesas de aquel almacén de antigüedades? Ella misma, mi suegra, ignoraba ya lo que tenía guardado. Aunque la única distracción de su existencia actual consistía en sentarse delante de un arcón o de otro mueble guardador, para ir removiendo recuerdos, se sorprendía de muchas cosas que tenía olvidadas; y el esfuerzo por animar con la memoria el objeto de la sorpresa era su mayor satisfacción. Era un esfuerzo casi místico.

La reducción de las habitaciones, aquella especie de mudanza intradoméstica, hecha por atraernos, hacía que resultase ahora mucho

más el colmo de cosas inútiles. Todo estaba lleno de ellas.

Figuraos ahora la entrada de Lucinda en la sala predilecta de mi suegra, donde pasaba el día, la más cargada de todas. Sus ojos vivos y escudriñadores se mantuvieron tímidos al principio. Y lo mismo su boca y sus manos. No se preocuparon más que de acariciar, sonreír y ayudarle a la abuela mientras comía. Un instinto de suavidad femenina parecía decirle que ganando a la castellana, ganaría luego el castillo. La inocente no podía imaginar todo el valor, toda la transcendencia que cada insignificante chismecillo guardaba para la anciana.

Fueron pasando los días y afirmándose la confianza entre aquellos dos seres extremos. Hasta que, al fin, la Inocencia osó preguntarle a la Manía:

—¿Qué es esto?

Y surgió el diálogo:

—Eso es algo que yo estimo tanto como una reliquia sagrada. Ten mucho cuidado de no tocarlo.

—Y esto ¿qué es?

—Eso es un cofrecillo de concha, que fué de mi madre.

—¿Tiene algo dentro?

—Nada. Ya no sirve para guardar otra cosa que el recuerdo de mi madre.

—¡Qué pañuelo de seda tan bonito! ¿Quieres que me lo ponga?

—No, hijita. Es muy viejo, y se deshace con sólo mirarlo.

—¿Por qué no me das aquella jarrita sin asa?

—Yo te compraré una más bonita que ésa. ¿Cómo quieres que te regale una cosa rota?

La pequeña Lucinda no se atrevía a descubrirle a su abuela el sentimiento que le causaban aquellas negativas, y salía de la habitación volcando miradas tristes sobre los objetos que se le antojaban. Si no se atrevió a confesarle sus quejas a la abuela, las confesó ante sus padres y sus hermanos, y aunque su madre y yo le hicimos notar que todas aquellas cosas que la abuela guardaba eran viejas, gastadas, rotas, inútiles, conservadas sólo porque habían sido de sus abuelos, de sus padres y parientes más próximos, estoy seguro de que la pobre Lucinda siguió quejándose de la abuela con sus hermanos. Estos casi no entraban en las habitaciones de la anciana; no habían llegado a sentir curiosidad ni deseo por las antiguallas; pero, al oír a Lucinda, se les despertó el apetito. La cuestión no tuvo, sin embargo, mayor importancia por el momento. Lucinda olvidó aquella noche su malestar, y al día siguiente fué lo mismo que siempre con su abuela.

—Oye, abuela: ¿ves aquella tela color de rosa que asoma por el arca? Pues así es la tela del vestido que me están haciendo.

—¿Te están haciendo un vestido nuevo?

—Sí, porque este que llevo me queda chico.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—No sé; se lo darán a Mariquilla, la del jardinero.

—Dile a tu madre que yo se lo cambio por uno nuevo para Mariquilla, y que a ti voy a regalarte uno, para que vayas siempre del mismo color.

—¿Y tú para qué quieres este vestido lleno de manchas?

—¡No está lleno de manchas, hijita! Y, además, lo quiero para guardarlo; le tengo mucho cariño porque con ese vestidito me has hecho compañía y ayudado a comer.

Este capricho de la anciana hizo reír mucho a Lucinda y a sus hermanos. Los niños no ven más que la parte grotesca en las manifestaciones extremas del alma. Muchas personas mayores no ven tampoco en las exaltaciones más puras y delicadas sino el elemento caricaturizable. Yo no me perdonaría nunca, sin embargo, el menor detalle de irreverencia que pudiera escurrirse al hablar de aquella buena señora; y aunque su estupenda manía dió motivo a disgustos, estuve y sigo estando de su parte. Si todas las vejeces que tenía en sus roperos y arcones eran símbolos y talismanes que le ponían en comunicación inmediata con las personas que más quiso en la vida, aquellas vejeces estaban, debían de estar por encima de nosotros, aunque nosotros estábamos en vida y podíamos hacer por ella materialmente mucho más que los personajes evocables.

Por desgracia — o por fortuna — los niños no piensan así. Una mañana penetraron todos a la vez en las habitaciones silenciosas. No llevaban plan travieso alguno; pero estando allá se les ocurrió coger una fuente de porcelana, fuente que se cayó y se deshizo antes de que la abuela lo advirtiese.

¿Para qué queríamos más? Los pequeños huyeron atemorizados, incluso Lucinda. Y eso que las protestas de la abuela se redujeron a llorar y a cerrar la puerta de acceso a sus habitaciones. Luego llamó a mi mujer y le dijo que ya no recibiría a los niños, que los vería saliendo ella de su clausura, pero que en ésta no entraban más.

Yo no quisiera poner en conexión cosas que no pueden relacionarse, pero tampoco puedo callar que a partir de aquel día fué decreciendo la salud, la entereza de mi suegra. La rotura de la fuente no motivaría, desde luego, lo que sobrevino lentamente; pero ella originó el apartamiento, y con el apartamiento la mayor melancolía. Estoy seguro de que Lucinda era muy echada de menos. Si hubiera sido mi única hija, es indudable que la muralla se hubiera roto; pero la abuela no creyó justo dejar paso a ninguno de los cuatro minúsculos personajes, y prefirió mortificarse y reducirse como en otros tiempos al sólo consuelo de sus reliquias.

Poco a poco — ya digo — fué decayendo. Y una mañana, una mañana transparente, clara, silenciosa, sí... ¿cómo fué? Ya recuerdo: Lucinda y su madre salieron a comprar una cosa que no quisieron decirme. Al volver se ocultaron de mí en una habitación contigua a la cocina. Luego me avisaron que iban a pasar a las habitaciones de la abuela y que yo las acompañase. Fuimos los tres: Lucinda, delante, sosteniendo una cosa que yo no podía ver por ir tapada. Cuando penetramos en la sala que ocupaba habitualmente la abuelita, nos sorprendió no verla. Pasamos a su dormitorio. Recuerdo la cara contenta de Lucinda y el cambio de semblante al ver la escena que se nos ofreció. La abuelita sufría un ahogo, un ahogo que fué el último.

Antes de morir pudo ver, sin embargo, a los pies de su cama, la figura de su nieta, que, los bracitos estirados, le alargaba una fuente de porcelana rosa llena de florecillas silvestres.

J. MORENO VILLA

DIBUJO DE MACAYA

De Territorios

VILLA ALBA (Pampa). — Grupo de alumnos de la escuela N.º 158, que dirige el director, señor R. Escudero, celebrando la terminación del curso escolar.

COLONIA BARON (F. C. O.) — El director de la escuela N.º 168, señor Celestino J. Gatica, con los alumnos que recibieron instrucción durante el año y que festejaron la terminación del curso con una lucida fiesta.

Instituto Superior de Comercio "Luca"

Nuevos Tenedores de Libros Diplomados. Los exámenes se verificaron ante un tribunal formado por tres Contadores Públicos Nacionales. Los aspirantes a Carreras comerciales podrán inscribirse desde la fecha hasta el 31 de Marzo del corriente año. Programa gratis. ALBERTI, 1209, esquina SAN JUAN. — Buenos Aires.


Enrique Parets.


Antonino Bagnato.


Emilio R. Horber.


Oreste Concetti.


Carlos F. Zuccotti.


A. H. Baragatti.


Miguel Matrella.



Leonardo Longo.


Juan Alberto Aito. Agustín Manuel.

Director: Profesor FRANCISCO LUCA. Contador Público y autor de la afamada obra "El abogado en Casa". Libro de gran utilidad a Magistrados, Abogados, Escribanos, Procuradores, Contadores, Rematadores, Tenedores de Libros, Comerciantes, Estudiantes y todos los hogares. 480 páginas. Edición de lujo. Precio: $ 15.—




Vicente Gómez.


Salvador Greco.


José Maradei.


Juan Moreno.


Srta. Catalina Lazaro.


Srta. Lola Abraldes.

Srta. Angela Bordoli.


Manuel Aran.


Ricardo P. Gallardo.


Domingo Galizia.



Cómo y de qué se hacen los platos

El tema no puede ser más interesante.

El arte de fabricar objetos de barro y endurecerlos al fuego se llama *cerámica*, del griego *keramiké* derivado de *kéramos*, arcilla. La historia de la cerámica comprende la de todos los pueblos de la tierra desde los primeros tiempos, ofreciendo en sus orígenes caracteres comunes a las nacientes civilizaciones. La tosca cerámica, apenas decorada, que nos revelan las excavaciones de la época prehistórica es análoga a la que labran actualmente los negros de las selvas del interior de Africa.

Al iniciarse la historia, la cerámica había alcanzado gran desarrollo entre los pueblos establecidos a orillas del Nilo y de los grandes ríos mesopotámicos. Los ceramistas griegos aprovecharon las enseñanzas asirias y egipcias ennobleciendo el barro cocido, creando con él imperecederas formas y dibujos impecables en los que se refleja la vida helénica. Roma, y más tarde Bizancio y las nuevas nacionalidades que surgieron a la ruina del imperio, continúan la tradición propagándola hasta el extremo Oriente, donde prosperaba ya otra ceramología completamente separada de la europea. Sirviendo el arte mahometano de lazo de unión entre ellas la mutua compenetración de las cerámicas china y europea, creó las maravillas de la loza hispanomorisca, madre de la mayólica italiana, cuyo fin marcó el descubrimiento de la porcelana europea y la universalización de los conocimientos científicos de la cerámica.

La industria cerámica toma sus materiales de la tierra. En su forma más elemental la alfarería emplea el barro de arcilla, endurecido luego por la acción del fuego. Así se fabrican todavía los ladrillos de edificar, macetas, botijos, escudillas, vasijas, etc., y para obviar los inconvenientes de la porosidad, los barnices vítreos revisten las arcillas cuando así lo requiere el uso a que se destina el objeto fabricado.

Los materiales que entran en la composición de casi toda la loza que se fabrica, son tres: arcilla o greda, feldespato y pedernal, y la destreza y experiencia de que el alfarero hace uso en la combinación de estos tres elementos es lo que determina la calidad del producto. La arcilla, o silicato de aluminio, como se la denomina científicamente, se forma por la descomposición del granito y se la encuentra en todo el mundo en grados diversos de pureza. Se la refina en los yacimientos por un proceso de lavado y desecación. Es plástica, puede moldearse y una vez seca o cocida al fuego retiene su forma.

El feldespato es una roca muy esparcida sobre la tierra; sometida a la acción del fuego se funde y toma una consistencia vidriosa. Su gran mérito consiste en obrar a modo de fundente con la arcilla; se le lleva directamente de la mina a la fábrica, en donde es pulverizado.

El pedernal es una roca compuesta más o menos de 98 por ciento de sílice.

La composición particular de estos materiales se llama «mezcla», y como cada alfarero ha puesto en obra sus propios métodos al combinar estos elementos, la «mezcla» obedece generalmente a una fórmula secreta. De acuerdo con la fórmula, la «mezcla» se pesa con esmero, luego es echada en una batea con agua, en la cual se agita por varias horas hasta que las arcillas quedan desleídas. La «mezcla» se asemeja entonces a suero de leche espeso; se le da salida, se cierne en un tamiz fino de seda y se pasa a una artesa magnetizada, que extrae hasta la más mínima partícula de hierro. De aquí se bombea a través de una serie de prensas de filtro, y luego se comprime en una amasadora de ladrillo por medio de un cilindro vertical pesado, que expulsa las pequeñas burbujas de aire, quedando la arcilla lista para ser usada.

Por lo que precede se ve que el arte del alfarero depende en mucho de la preparación de su arcilla. Una vez realizada ésta, el «cuerpo», como se la denomina entonces, pasa a la mesa de torno en que se le da la forma deseada. El procedimiento del torno es el más antiguo de cuantos se emplean en la alfarería, usándose para él la arcaica rueda o torno de alfarero, es decir, un simple disco que gira horizontalmente. Se coloca un pedazo de arcilla sobre el torno y al par que éste gira, el obrero modela la arcilla. La mayoría de los tornos o ruedas de alfarero se mueven hoy en día por electricidad o vapor.

El método de compresión para modelar la arcilla es quizás de uso más común. Requiere este método el empleo de un molde de la forma exacta del objeto que se desea fabricar. La arcilla se mete dentro del molde o se extiende sobre éste, retirándose luego el molde y quedando el objeto con la forma requerida. Dado que en este procedimiento el molde es de grande importancia para el alfarero, debemos concederle alguna atención. Para fabricar el molde, se hace primero un modelo exacto de arcilla, del cual se obtiene luego un vaciado en yeso que constituye el modelo definitivo. Tratándose de objetos complicados se necesita hacer varios moldes parciales.

Otro método de moldear la loza es el de vaciado, el cual se emplea principalmente en la fabricación de pequeños objetos. La arcilla, reducida a una especie de limo fluido y delgado, se escurre dentro del molde. El agua de la mezcla es absorbida rápidamente por el yeso del molde mientras que la arcilla se deposita sobre las paredes interiores. Una vez conseguido el espesor deseado, se extrae el líquido sobrante, dejándose la costra de arcilla, la cual, cuando ha adquirido la dureza suficiente, se separa del molde; los objetos terminados pasan al secadero donde están de tres a cuatro días, y una vez en condición son metidos en el horno de cocción.

La operación del cocido es larga debido a que tanto el caldeamiento cuanto el enfriarse han de ser graduales, demorando hasta 24 horas para que la temperatura del interior del horno alcance el grado llamado de *cochura*.

Cuando la loza ha sufrido su primer cocimiento recibe el nombre de «bizcocho». En esta etapa es cuando se estampan las marcas de fábrica.

La *cubierta* es una composición de pedernal, espato, minio (óxido de plomo), ácido bórico y a veces otros ingredientes. Estos materiales se ponen en el horno, en donde se reducen a una masa sólida que más tarde se disgrega, se mezcla con otros materiales y se tritura en agua durante una semana o más. Terminada la trituración, la *cubierta* ha adquirido la consistencia de la crema y queda lista para ser usada.

En seguida de aplicar y secar la *cubierta*, los objetos se colocan en los recipientes de barro refractario y son llevados al horno dedicado a la cocción de la loza *con cubierta*, en el cual se les mantiene el tiempo suficiente para permitir que el «bizcocho» se fusione con la *cubierta* formando así una sola substancia. Durante esta cochura la *cubierta* se vitrifica, de manera que al salir del horno la loza aparece blanca y brillante tal como la veis sobre la mesa.

Este es el proceso que exige la fabricación de un plato, amén del decorado en colores que necesita nueva acción del fuego para fijarlos. El ceramista está expuesto a muchas eventualidades, es un arte sumamente incierto no se puede anticipar el resultado de un trabajo. Al secar y al cocer las pastas merman de tamaño; platos y tazas obtenidos con el mismo molde resultan desiguales. Por esto se elijen cuidadosamente las piezas más iguales en tamaño y perfectas de forma para formar los juegos de mesa de alto precio, y con el resto se completan servicios, que siendo del mismo modelo y marca se venden a mucho menor precio.

La porcelana, con la cual se fabrican únicamente objetos de lujo, se diferencia de la loza en ser más dura, compacta y translúcida, lo que se consigue mezclando en las pastas substancias vitrificables, exige temperaturas más elevadas para la cocción y mayor prolijidad en las manipulaciones.



CALECUFU (F. C. O.) — (El señor Mario E. Quiroga, director de la escuela nacional N.º 120, rodeado por los alumnos que concurren a dicho establecimiento.

Comentarios

— La Cámara a Matienzo aplaudió.
— Fué un éxito.
— Yo sé de algunos radicales del montón
que no aplaudieron nada.
— En mi sentir,
es que la admiración
no les dejó aplaudir

* * *



Más granos cada día
brotan en su nariz y él ¡cosa extraña!
piensa con alegría:
«Lo que abunda, no daña».
Aun cubiertas de granos sus narices,
todos los optimistas son felices.

* * *

Al ver lo que hizo el doctor
González en el Senado,
profundamente asombrado,
exclamaba un senador:
— ¿Tú, promoviendo rencillas?
¡Tú, tan suave y tan atento!
Elpidio, eres un portento.
Elpidio, nos maravillas.

* * *

Viendo a Noel cierto día,
Le Bretón dijo, orgulloso:
— Si su proyectomanía
no es superior a la mía,
¿por qué sentirme envidioso?

* * *

— ¿Quién es ese sujeto
con cara de pazguato?
— Te lo diré en secreto.
Un semianalfabeto,
que es semiliterato.

* * *



Con una singular coquetería,
no se queja esa vieja de estar vieja;
solamente se queja
de que está menos joven cada día.

* * *

El padre dice, severo:
— ¡Qué lenguaje tan grosero!
¡Qué lenguaje tan brutal!
No pareces un carrero;
pareces un concejal.

* * *

Un escribiente soñoliento y tardo
vió a don Angel Gallardo,
y con tonada dulce y evangélica
murmuró el escribiente:
— Un Angel solamente
puede tener sonrisa tan angélica.

* * *

— ¿Qué hace Cantilo?
— Va y viene
a toda velocidad.
Sale de La Plata, llega
aquí, a nuestra capital,
y visita a medio mundo
incluso el doctor Alvear.
Vuelve a La Plata de nuevo,
y apenas se ve allí ¡zas!
emprende otra vez el viaje.
— Ustedes recordarán
lo de que «el viajar enseña».
Y él se instruye.
— ¡Claro está!

* * *

En un grupo discuten con brío:
— No hay ninguno como él. Desafío
a todo el que quiera medirse con él.
— ¿Y Petronio?
— Fué un tipo cargante.
— Pueyrredón era más elegante.
— ¡Silencio, señores, que pasa Noel!

* * *



La mujer de Aniceto es bigotuda.
Y él dijo esto, sin duda:
— Los de ella son terribles.
Los míos, tal vez, no.
Me parece que son incompatibles
dos bigotes en casa. — Y se afeitó.

* * *



— ¿Por qué tiene esa cara? ¡Pobre chico!
— Cierto día un colega muy borrico
le dijo: «¡Eres un genio!» Y en el acto
se quedó estupefacto.
— ¿Y aun sigue estupefacto? Me lo explico.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Alvear entre los vascos, por **Francisco Grandmontagne.** Los estudios históricos de Pedro Peteroff, por **El Vizconde de Lascano Tegui.** Las madres felices, por **el emir Emín Arslan.** Psicosmos, por **Joaquín E. Linares.** Pastoril, por **Arturo Capdevila.** Jarabín de Picopete, por **Ernesto Mario Barreda.** «Cocorita», por **José Muzilli.** La derrota de Cabarra, por **Carranza y Booz.** ¿El alma de las cosas o las cosas del alma?, por **Julio Franzoso.** La ofrenda del día, por **Arturo Vázquez Cey.** «Se necesitan vagabundos», por **Enrique M. Rúas.** Mi hijo Alberto, por **Pablo della Costa (hijo).** Nein, ladrón, por **Giovanni Papini.** Al borde de un precipicio, por **Dudley Sturrock.** Postenguera, por **Alfonso Fabila.** Justicia del Norte, por **Allan Sullivan.** La bancarrota del diablo, por **Adrien Vely.** Adelays y Sylvania, por **Charles Geniaux.** El señor Gómez, por **Antonio Sánchez Pérez.** Calaveradas de una mente vagabunda, por **Francisco Latzina.** La biblioteca, por **Maurice Rollinat.** El regreso, por **Ernest Raynaud.**





AÑO XXVI

PRIMER BIMESTRE DE 1923

NUMEROS 1266 AL 1273



DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

COLABORACION

PROSA

producción de semillas. Enfermedades de las plantas: el «piétin» o el mal del pie del trigo. 1268. — Los médanos: procedimientos para su fijación. Entre las flores: canastilla económica. 1269. — Roturación de los rastrojos. Insectos nocivos: la telaraña de los alfalfares. 1270. — Evolución necesaria. Plantas forrajeras: el pasto del Sudán. 1271. — Cultivos industriales. Enfermedades de las plantas. 1272. — Trigo para secano. Plantas forestales: el árbol del cielo. Exposición de trigos y anexos. 1273.
MORENO VILLA, J. — María delicada. 1266.
MUZILLI, José. — «Cocorita». 1267. — Sugestión nocturna. 1270. — Una aventura de carnaval. 1271.
MUÑOZ SAN ROMAN, F. — El puesto de higos chumbos. 1268. — Los jardines. 1271.
MEYRINK, Gustavo. — El camello distinguido. 1269. — El terror. 1272.
MACIEL, Santiago. — Las aventuras del viejo Quilques. 1270.
MAGILL, Robert. — ¿Quién mató a Jaspir Baldwin? 1270.
MEILY, Clarence. — El tentáculo. 1271.
MORTIMER BATTEN, H. — Chick. 1271.
MARTIN SAAVEDRA, Antón. — Las poetisas uruguayas. 1272.
NERVO, Amado. — Vale más errar creyendo. 1273.
OLIVERA, Carlos. — A un amigo que se casa. 1271.
OLIVERA LAVIE, Héctor. — Los ojos de la «cauchitpe». 1272.
OPPENHEIM, E. Phillips. — El beso de Judas. 1273.
PONCE, Carlos. — La tormenta. 1266.
PETERS, Guillermo. — Exposición ganadera de Mar del Plata. 1266. — Puntos a tomarse en cuenta para la producción de tocino de primera. 1267. — Se debe tener cuidado al entrenar los caballos de silla. 1268. — Lo que se necesita para la industria porcina. 1270. — Las gallinas ponedoras. 1272.
PITA, Federico. — Notas gallegas. 1266.
PAPINI, Giovanni. — Nein, ladrón. 1267.
PREVOST, Marcel. — Un buen callar. 1267.
PASCARELLA, Luis. — Confesión póstuma. 1268.
PABLEZ, José Juan. — El conserje, el rey, la camisa y el cameraman. 1270.
ROBLEDAL, Narciso. — Teatro del silencio. En todos los números.
RUIZ LOPEZ, Rafael. — El milagro del felicísimo. 1266. — Flores de santidad. 1270.
REEVES, Robert. — Salteadores del desierto. 1266.
RUAS, Enrique M. — Se necesitan vagabundos. 1267. — La niña del señor Jefe. 1272.
RELOSILLAS, Juan J. — El melón y la sandía. 1270.
REQUENA, R. J. — El culpable. 1271.
RICHE, Daniel. — La máscara de la ilusión. 1272.
RUBIAL, Enrique. — Un aparato de física. 1273.
SALAVERRIA, José María. — El general Burguete. 1266. — Conversando con un embajador. 1273.
SCHOLAN, J. P. — Un buen indio. 1266.
STURROCK, Dudley. — Al borde del precipicio. 1267.
SULLIVAN, Allan. — Justicia del norte. 1267. — El espíritu del hombre. 1270.
SANTOS CHOCANO, José. — Faltaba este milagro. 1267.
«SOCRATES». — Nadie lo sabe. 1267.
SANCHEZ PEREZ, Antonio. — El señor Gómez. 1267.
SMITH, Richard. — La llamada. 1268.
SIRCUX, Gabriel. — El brujo de Nerac. 1269.
SALAVERRIA, Vicente A. — Paisaje. 1269.
SELLES, Eugenio. — Una broma de carnaval. 1273.
THALASSO, Adolfo. — Imágenes persas. 1269.
TAGORE, Rabindranath. — El principio. 1270.
TORRES LOPEZ, Ciro. — El carnaval del valle. 1271.
TENNIFON JESSE, F. — Valor. 1272
UNAMUNO, Miguel de. — Las verdades del barquero. 1268. — García, mártir de la ortografía fonética. 1272.
VACCARI, Doctor A. — Una batida a los maleantes. 1266. — Por las sierras cordobesas. 1267. — Emociones ferroviarias. 1268. — Desde la tierra del Sol y de los Mistoles. 1269. — Personajes temibles. 1270. — El fantasma de Casilda. 1271. — Pequeñas diabluras. 1272. — Cosas de San Francisco. 1273.
VELY, Adrien. — La bancarrota del diablo. 1267.
VASCONCELLOS, José. — Trozos selectos. 1273.
WALLACE, Edgardo. — Amor y radiotelegrafía. 1268.
WILLIAMS, Valentine. — El collar de esmeraldas. 1273.
YUKI. — A Grandmontagne el cinófobo. 1270.
ZAMACOIS, Eduardo. — Los maridos se aburren. 1273.

VERSO

BERRIER GOMEZ, María. — Así vamos. 1266.
CAPDEVILA, Arturo. — Pastoril. 1267. — Elección. Atardecer. 1269.
CAMPOAMOR DE LA FUENTE. — Elegía pura. 1268.
CRESPO GARCIA. — Tu serena canción. 1270. — Santificación. 1272.
DEL VANDO-VILLAR, Isaac. — Puerto. 1266.
DELLA COSTA (hijo), Pablo. — Lozanía. 1268.
D'ALO (hijo), Oreste. — Estas manos mías. 1271.
DE LAON, Baltasar. — Alma de organdí (tango). 1272.
ETCHEGOYEN, Félix E. — Epitafio. 1272.
FABILA, Alfonso. — Postenguera. 1267.
FRADE GOITIA, Joaquín. — Inyección inservible. 1269.
FRANCO, Luis L. — Romancillo del poeta que volvió a su aldea. La lagartija. Hilaritas. 1270.
FERNANDEZ MORENO. — Palabras al campo. Mi casa. 1271.
GARCIA, Luis. — Insoportablemente bien educados. 1266. — Agridulce. 1267. — Madrigales inciviles. 1268. — Tres golpes sin repique. 1269. — Un profesor de historia. 1270. — La fuerza del consonante. 1271. — El que más se ha divertido. 1272. — Al aire libre. 1273.
GARAT, Damián P. — Los héroes. 1267. — Epica. 1268.
GOMIS, Salvador Alfredo. — Tarde sombría. 1266.
GUTIERREZ, Carlos A. — A la Alhambra. 1271.
GUZMAN GURUCHAGA, Juan. — La leyenda de las joyas perdidas. 1272.
HERNANDEZ CID, A. — Cansancio. Lo ves todavía. 1268.
HERREROS, Pedro. — Primavera en la montaña. 1270.
HIDALGO, Alberto. — Poemas sudamericanos. 1273.
IGLESIAS, Eugenio Julio. — Divino mal. 1271.
LINCHWITZKI, Lázaro. — Momento musical. 1266.
LUISI, Luisa. — Apariencias. 1272.
MENDEZ CALZADA, Enrique. — Linterna mágica. 1266.
MARTINEZ JEREZ, José. — Gotas de sangre. 1266.
MAZZA, Alberto J. — Hacia el destierro. 1271.
MARTINEZ, María Antonia. — No pases. 1268.
MANFREDI, Miguel. — Cerremos los ojos. 1271.
ROLLINAT, Maurice. — La biblioteca. 1267.
RAYNUT, Ernest. — El regreso. 1267.
SUMAY, Manuel J. — ¡Oh pan! ¡Gracia de Dios! 1268.
THUILLIER, Rebaque. — Por los caminos del amor. 1268.
TILLEZ, Joaquín. — A las golondrinas. 1272.
VAZQUEZ CEY, Arturo. — La ofrenda del día. 1267. — Noche entrerriana. 1272.
VIGLIONE, Fausto E. — En las sombras. 1269.

REDACCION

Número 1266. — Demostración al doctor Pablo Torello y al señor Vicente R. Rotta. — Fiesta benéfica de la Cruz Roja Argentina. — Nuevos técnicos constructores egresados de la Escuela Industrial de la Nación. — Nuevos doctores en bioquímica y farmacia egresados de la Facultad de Ciencias Médicas. — Mrs. Charles H. Sanford. — Toma de posesión del cargo por el Ministro de Relaciones Exteriores. — El conflicto en el Senado Nacional. — Nuevo Director de la Asistencia Pública. — Demostración al doctor Luis C. Villarroel. — Notas gráficas de Rosario y de Montevideo. — La página de la moda. — Festival de la Liga Patriótica Argentina. — Los favorecidos por el millón. — Radio Club Argentino. — Actualidades de Chile. — El tradicional baile del C. A. San Isidro. — Actualidades de la semana: Baile en el Club de Flores. Proclamación de los concejales electos. Inauguración del local de la Conservación de la Fe. Homenaje póstumo al doctor Adolfo Alsina. En la estación radiotelegráfica de

Monte Grande. Fiesta benéfica en el Patronato Español. Baile de Inocentes en el Círculo de la Prensa.

NÚMERO 1267. — Expositoras de Artes decorativas y trabajos de repujado. — Peritos mercantiles egresados de la Escuela Superior Nacional de Comercio Sur. — Químicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación. — Técnicos constructores egresados de la Escuela Industrial de la Nación. — Profesores de dibujo egresados de la Escuela Nacional de Bellas Artes. — Homenaje póstumo a la memoria de don Scipione Caracciolo. — Peritos mercantiles egresados de la Escuela Superior Nacional de Comercio «Carlos Pellegrini». — Notas sociales. — Visita presidencial a la colonia de niños débiles. — Los niños celebran la fiesta de los Reyes Magos.— Actualidades de la semana: En la Legación de Chile. En honor de los ministros de Relaciones Exteriores y de Hacienda. Fiesta de las Bellas Artes. Nuevo jefe del estado mayor de marina. Distribución de premios. Inauguración de las nuevas obras en el C. A. Belgrano. — Actualidades de Rosario: Homenaje a Pasteur. Nuevos concejales. Baile blanco en la Plaza Jewells. Festival a la veneciana. — Regresión a una bárbara costumbre. — Lamentable accidente automovilístico. — Nota gráfica brasileña. — La página de la moda. — La despedida del año: En el Club Belgrano. En el Buenos Aires Lawnn Tennis. En el Tigre Club. En el Plaza Hotel. A bordo del «Giulio Cesare». En el Club Italiano. En el Club Colegiales. — El día de un gobernador: El de Tucumán. — Notas gráficas europeas: Italia, España y Francia. — Fiesta de la moda en París. — Batik, arte decorativo que resurge.

NÚMERO 1268. — Nota gráfica del Perú. — Demostración al doctor Francisco Gabino del Jacques. — Festividad del año nuevo en el «Majestic Dancing Club». — Picnis familiares: Empleados del Banco Hipotecario Nacional y Centro Recreativo «Amistad y Sinceridad». — En honor de los marinos del crucero sueco «Fylgia». — Huéspedes ilustres. — El conflicto de las reparaciones: los franceses en la zona del Ruhr. — Actualidades de la semana: Elecciones del candidato a senador por los partidos Socialista y Radical. — Demostraciones: A los concejales Mohr y Guerrico. Al concejal Ratto. — En el Club Belgrano. — Misa de conscriptos en la Merced. — Festival a bordo del «General Belgrano». — Actualidades rosarinas. — La temporada en Mar del Plata. — Gran premio José Pedro Ramírez. — Nota gráfica española: De Madrid y Barcelona. — La casa del niño. — Notas gráficas de Chile. — Los deportes femeninos en el interior: En Santa Fe y Catamarca. — Abnegados servidores del Orden Público. — Carrera automovilística Rosario-Santa Fe-Rosario. — Nuevos maestros egresados de la Escuela Nacional de Profesores N.º 2. — Técnicos mecánicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación. — Feminismo. — Notas varias.

NÚMERO 1269. — Nuevas bachilleres egresadas del Liceo Nacional de Señoritas. — Los marinos argentinos agasajan a sus colegas suecos. — Actualidades varias: Regreso del interventor de San Juan, doctor Manuel J. Carlés. — En el Consejo Nacional de Mujeres. — Demostración a don S. García Anido. — Recepción ofrecida por los marinos suecos. — Wallace Reid ha muerto. — El raid internacional de aviación. — La espantosa tragedia de Carhué. — Catástrofe marítima en la rada. — Lamentables consecuencias del derrumbamiento de una pared. — Conmemoración del Centenario de Fray Cayetano Rodríguez. — Actualidades de Rosario. — El día de un gobernador: El de Jujuy. — En el corazón de África. — Notas gráficas de Italia. — CARAS Y CARETAS en Nueva York: Original campaña contra la tuberculosis. — Notas gráficas de Francia.

NÚMERO 1270. — Fiesta benéfica de la «Unión Residentes Caldelas de Tuy y contornos». — Notas varias. — Nuevos bachilleres del colegio nacional «Buenos Aires». — Nuevas maestras egresadas de las escuelas normales N.º 9, «Sarmiento», y N.º 5. — Nuevas profesoras de ciencias egresadas de la Escuela Normal N.º 1 «Presidente Roque Sáenz Peña». — Un alevoso atentado anarquista. — Necrología. — Notas de actualidad rosarina. — Actualidades de la semana: Los ministros acuden a la Cámara de Diputados para tratar los créditos extraordinarios del Presupuesto. — El nuevo representante de la Gran Bretaña presenta sus credenciales. — Fiesta social en el «Club Colegiales». — Demostración a don Luis López Páez. — Festival a bordo del «Comodoro Rivadavia». — El misterioso asesinato de la octogenaria Mussi. — Actualidades varias: Delegación argentina a la Conferencia Panamericana. — Centro Militar de Expedicionarios al Desierto; su nueva C. D. — Liga de maestros de territorios; su constitución. — Campaña electoral pro Mario Bravo, senador. — La temporada de Mar del Plata. — CARAS Y CARETAS en España. — Raid fluvial: de Bonpland (territorio de Misiones) a Dársena Norte (capital federal).

NÚMERO 1271. — Demostración a don Angel Fernández Sierra. — Nuevo comisario, don Alfredo Calandra. — Nuevos profesores normales de ciencias, egresados de la escuela normal N.º 2. — Electrotécnicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación. — El Presidente de la República ejerce su derecho electoral de ciudadano. — Senaduría por la capital; propaganda electoral y acto eleccionario. — Actualidades varias: Record mundial de permanencia en el agua. — Actualidades de Rosario. — La temporada de Mar del Plata. — Actualidades de Chile. — El día de un gobernador: El de Mendoza. — Notas gráficas de Italia. — Nota gráfica de Cacheuta.

NÚMERO 1272. — Los náufragos del «Nal». — Notas femeninas. — Nuevos profesores normales en letras. — Fiesta campestre del Círculo Valenciano. — La princesa Yolanda y el príncipe Humberto. — Festival en el Tigre Club. — Baile de fantasía en el Sport Club General Urquiza. — La temporada de Mar del Plata. — Carnaval: Corso de la Avenida de Mayo. De Flores. De Avellaneda. De Belgrano. De Villa Urquiza. — Baile carnavalesco en el Club de Flores. — Baile en el Tigre Club. — La fiesta del tango. — Nuestros primeros visitantes. — Explosión de dos bombas.

NÚMERO 1273. — Nuestros pequeños visitantes. — Concurso científico. — Escuela municipal de música. — Nuevas maestras egresadas de la escuela normal N.º 3. — CARAS Y CARETAS en Montevideo. En la presidencia. — La excursión del presidente Alvear a Chapadmalal. — Notas carnavalescas: Baile de disfraz en el Club Belgrano. El carnaval en Montevideo. Festejos de carnaval en Rosario. — La temporada en Mar del Plata. — Notas gráficas policiales de la semana. — Vito Dumas. — Don Alejandro Calvo ha muerto. — Lamentable accidente de aviación. — Demostración de aprecio de los empleados del Departamento Nacional de Higiene.

PROVINCIAS

BUENOS AIRES. — ARENAZA: Festival escolar con motivo de la clausura de clases. 1271. — ATUCHA: El día de la madre. 1272. — AVELLANEDA: Primeras maestras egresadas de la escuela normal mixta. Cuerpo de bomberos voluntarios. El doctor José Luis Cantilo y la piedra fundamental de la capilla de Wilde. 1268. — Agape en homenaje al séptimo aniversario del diario «La Unión». Banquete en honor de don Francisco López. 1269. — Jira del gobernador por los establecimientos industriales de Avellaneda. 1270. — Banquete a don Jacinto Oddone. Almuerzo criollo ofrecido por el señor Arduay. 1271. — Corso carnavalesco. 1272. — Piedra fundamental de la iglesia de Valentín Alsina. 1273.—AZUL: Primera comunión de niños y niñas. 1266. — Homenaje y recepción a la escritora señora Cándida María de Maturana. 1268. — BAHÍA BLANCA: Exposición pictórica de A. Malnverno. 1266. — En la Asociación Patriótica «Mariano Moreno». 1267. — Festival escolar de beneficencia. 1273. — BELLA VISTA: Festival de clausura de clases. 1267. — BOLÍVAR: Picnic de la sociedad «Artesanos Unidos». 1271. — BRAGADO: Nuevos bachilleres egresados del colegio nacional y nuevas profesoras egresadas de la escuela normal de maestras. 1269. — CARLOS CASARES: El Día de la Madre en la escuela rural N.º 4. 1267. — CIUDADELA: Picnic del club social «Dalmacio Vélez Sársfield». 1273. — CONHELLO: Fiesta escolar de clausura de clases en la escuela nacional N.º 162. 1271. — CHAPADMALAL: La excursión del Presidente Alvear. 1273. — CHIVILCOY: Fiesta de beneficencia pro hospital local. 1271. — ESCOBAR: Comisión directiva de señoritas que actuaron en las Romerías Cosmopolitas. 1272. — Romerías populares del C. A. Independiente. 1273. — GENERAL RODRÍGUEZ: Velada

infantil organizada y patrocinada por la Sociedad Italiana. 1273.— HURLINGHAM: Terminación del curso escolar; festival en la escuela provincial N.º 12. 1268. — ITUZAINGÓ: Picnic del Círculo Social Unión Juvenil. 1270. — JUNÍN: Juegos florales. 1267.— LA PLATA: Comisión examinadora de la Escuela Naval Militar. 1266.— LOBERÍA: «La danza mora», festival benéfico. 1266.— LOMAS DE ZAMORA: Baile del Centro Recreativo Orfeón La Paz. 1268. — La festividad de Reyes para los niños pobres, patrocinada por el «Club de Señoritas» y la «Biblioteca del Maestro». 1269.— Festival en el «Club de Señoritas de Lomas de Zamora». 1270.— Banquete ofrecido a don Juan Vallejo Rivara en homenaje a sus bodas de plata con el periodismo. 1271. — El corso de flores. 1272. — LOS TOLDOS: Fiesta campestre de camaradería entre empleados de comercio. 1270. — LUJÁN: Picnic familiar ofrecido por los señores Jáuregui y Cortines. 1270. — MAR DEL PLATA: Temporada veraniega. 1268, 1269, 1270, 1271, 1272 y 1273. — Nuevos bachilleres egresados del colegio nacional. 1269. — MARTÍNEZ: Picnic del Club Atlético y Social «Juventud Unida». 1271. — MOLL: Comisión organizadora y comisión directiva de las romerías locales «Pro Club Social». 1271.—NAVARRO: Demostración a don Manuel J. García. 1269. — El nuevo intendente acompañado por su secretario y otros ediles que asistieron al acto de la toma de mando. 1270. — Fiesta de fin de curso en la escuela provincial N.º 22. 1271. — NECOCHEA: Baile del «Ajedrez Social Club». 1272.— OLIVOS: Picnics de las sociedades «La gran familia» e «Hijos del Ayuntamiento de Santa Camba y anexos». 1272.—PASO: Velada de beneficencia. 1269. — PIÑEYRO: Personal docente y exposición de la Escuela Nacional de Pintura y Ornato. 1269. — Reparto de juguetes a los niños pobres de Pueblecito. 1272. — PUERTO MILITAR: Escuela de Aviación Militar Naval; entrega de la bandera de guerra. 1266. — QUILMES: En la plaza. 1272. — Concurso infantil de natación. En la rambla del balneario. 1273. — RAMOS MEJÍA: Demostración ofrecida por los esposos Peralta. 1266. — Demostración ofrecida por el doctor Pedro Castells Laurent. 1271. — Festival artístico escolar. 1273. — RIVADAVIA: Exposición de obras pictóricas; inauguración. 1270. — ROJAS: Recepción al gobernador Cantilo. 1273. —SAN FERNANDO: Recepción en el Club Social. 1267. — Asociados del Club del Progreso. 1271.—SAN ISIDRO: Festival de la terminación del curso escolar. 1267. — El nuevo intendente municipal toma posesión del mando. 1269. — «Diner Danzante» en el club náutico San Isidro. 1270. — Festival benéfico en el Real Cine. 1271. — Homenajes a la nadadora Lilian Harrison. 1272. — SAN NICOLÁS: Nuevas maestras y nuevos bachilleres recientemente egresados de la escuela normal y del colegio nacional. 1270. — SAN PEDRO: Banda de música infantil del centro Juventud Argentina. 1266. — TIGRE: Fiesta infantil de beneficencia. 1268. — Baile de fantasía. El corso carnavalesco. 1272. — TOLOSA: Centro Martín Iraola; entrega de un premio. 1266.—TURDERA: Festival de clausura del período escolar en la escuela nacional N.º 44. 1267. — TRES ARROYOS: Comisión directiva de las romerías vascas. 1273. — VALENTÍN ALSINA: Personal docente de la escuela fiscal N.º 8. 1269. — Almuerzo campestre ofrecido a sus obreros por don Giardino Ugolino. 1271. — VÉLEZ SÁRSFIELD: Festival de la sociedad Artística Argentina en el teatro Júpiter. 1267. — VILLARS: Picnic del centro recreativo «La barra fuerte». 1272. — VILLA EXCELSIOR: Fiesta infantil de clausura del año escolar. 1269. —VILLA URQUIZA: Comisión de Damas de Beneficencia. Alumnos y profesores de los cursos de clases complementarias. 1268. — Participantes al acto teatral de un festival benéfico. Corso carnavalesco. 1272.

CATAMARCA. — CAPITAL: Los deportes femeninos en el interior. Coro del colegio Nuestra Señora del Huerto. 1268. — CHUMBICHA: Exposición de trabajos manuales efectuados en los cursos de la escuela complementaria. 1272.

CORDOBA. — CAPITAL: Nuevas maestras egresadas de la escuela normal mixta de San Francisco. 1267. — Uno de los extensos trenes de la época de veraneo, del F. C. C. C., que llega hasta las sierras de Córdoba. 1268. — Distribución de premios a los ganadores del Tiro Federal. 1271. — ARROYITO: Autoridades policiales y dos temibles ladrones que por las mismas fueron detenidos. 1273. — INRIVILLE: Festival de fin de curso en la escuela fiscal de la localidad. 1269.— ITALÓ: Festejos benéficos de la Sociedad Cosmopolita. 1273. — RÍO CUARTO: Inauguración oficial de la plaza General Racedo. 1272. — SAN FRANCISCO: Kermesse del Club Sportivo Belgrano. 1273. — VILLA DOLORES: Escuela Municipal de Tejidos del país. 1266.

CORRIENTES. — CAPITAL: Nuevas maestras normales 1266. — Las primeras profesoras de dibujo egresadas de la escuela normal profesional. 1267. — Núcleo de profesores y profesoras recientemente egresadas. Nuevos contadores egresados de la escuela profesional de Corrientes. 1269. — ESQUINA: Vista parcial del puerto. 1268. — GOYA: Nuevos bachilleres egresados del colegio nacional de Goya. 1268. — El director de la escuela normal mixta con los alumnos y alumnas recientemente egresados. 1270.

JUJUY. — CAPITAL: El día de un gobernador. 1269.

ENTRE RIOS. — CONCORDIA: Alumnos de la escuela «El Hogar Agrícola» en sus funciones de estudio. 1269. — Equipo del Tiro Federal, campeón del concurso departamental. 1270. — Fiesta infantil. 1272. — GUALEGUAYCHÚ: Alumnos del Colegio Nacional «Luis Clavarino» 1268.

LA RIOJA. — CAPITAL: Homenaje a los aviadores del raid a La Quiaca, 1268. — Nuevos bachilleres egresados del colegio nacional. 1271. — CHILECITO: Comisión directiva del centro filantrópico «Pelagio B. Luna». 1268.

MENDOZA. — CAPITAL: Comisión directiva del Centro Libanense. 1268. — Las autoridades provinciales en el acto inaugural de la Exposición de Trabajos Manuales de la escuela «Patricias Mendocinas». El gobernador y otras autoridades presencian la graduación de los nuevos bachilleres egresados del colegio nacional. Banquete festejando jubilosamente la fundación del Círculo de la Prensa. 1269. — Los nuevos contadores egresados de la Escuela Superior Nacional de Comercio. Lunch en honor de los alumnos egresados de la Escuela Mercantil. 1270. — El día de un gobernador. 1271. — El personal de Correos y Telégrafos de la nación luego de efectuar una demostración de aprecio al jefe del distrito. 1273. — CACHEUTA: Nota social veraniega. 1271. — PUENTE DEL INCA: El senador doctor Núñez con algunos miembros de su familia. 1273. — RIVADAVIA: Picnic ofrecido por don José Barrasa festejando la apertura de clases. 1273.

SAN JUAN. — CAPITAL: El interventor doctor Manuel J. Carlés. Nuevo Intendente Municipal acompañado de los concejales y del ministro de Gobierno. 1269. — Te danzante de beneficencia. 1270.

SAN LUIS. — CAPITAL: Festivales de beneficencia. Casino de oficiales del 16.º de infantería. 1266. — Nuevas profesoras normales. 1267. — Alumnos que fueron diplomados en mecánica y carpintería en la Escuela de Artes y Oficios. Nuevos bachilleres egresados del colegio nacional. 1269. — La jefatura y el personal del séptimo distrito postal y telegráfico. 1273.— SAN ROQUE: Picnic organizado y patrocinado por el magisterio territorial. 1273.

SANTA FE. — CAPITAL: El gobernador y otras autoridades concurren al acto inaugural del stand del Tiro Nacional. 1266. — Los deportes femeninos en el interior. 1268. — Banquete a los periodistas ofrecido por la empresa del balneario Guadalupe. 1271.— CARLOS PELLEGRINI: Baile de la sociedad «Giuseppe Mazzini» en honor de los servidores de la patria de la clase 1902. 1272. — CASILDA: Alumnos egresados de la Escuela Nacional de Agricultura. 1270. — CORONDA: Nuevos maestros y maestras que egresaron de la escuela normal de la localidad. 1269. — GÁLVEZ: Terminación del curso escolar en la escuela nacional N.º 34. Romerías españolas. 1266. — HUMBERTO I: Baile en homenaje y honor de los ciudadanos servidores de la patria sorteados en la clase 1902. 1272. — MELINCUÉ: Balneario de la Laguna Melincué; inauguración de la temporada. 1272. — PAZ: Cuadro filodramático «Carlos Guido y Spano». 1270. — ROSARIO: Terminación del período escolar; festival en el colegio de Hermanas Cristianas «María Auxiliadora». Demostración a la condesa Pagani Paci. Kermesse en el Club Alemán. Nuevas profesoras de la escuela normal N.º 1. Festival musical público organizado por el Liceo Bellas Artes. 1266. — Actualidades de Rosario: Nuevos concejales. Homenaje a Pasteur. Baile blanco en la Plaza Jewells. Festival a la veneciana. 1267. —Actualidades de Rosario: Demostración al doctor Atilio De Sanctis. Damas de Beneficencia del Hospital de Huérfanos. Festividad de Reyes. Festividad del Año Nuevo por las maestras de la escuela normal N.º 2 en el Savoy Hotel. Homenaje a Pasteur. Bailes ofrecidos por el Club Uruguayo y el Club Italiano. Telegrafista de ocho años. 1268. — Actualidades de Rosario: Asume el mando el nuevo jefe político del departamento de Caseros. El gobernador Mosca y otros veraneantes en el balneario de Melincué. Torneo en el Club Remeros Alberdi. Festival escolar en el «Cine Royal». 1269. — Actualidades de Rosario: Baile blanco en el «Rowing Club Alberdi». Nueva línea de tranvías eléctricos. Demostración en el cuerpo de

bomberos. 1270. — La obra de un desequilibrado. Nuevos tenedores de libros. Festival de beneficencia Pro-Hospicio de Huérfanos. 1271. — Nota carnavalesca. Torneo ciclístico. Nuevas profesoras de pintura y artes aplicadas. 1273. — VENADO TUERTO: Nuevas profesoras normales. 1272. — VILLA CONSTITUCIÓN: Nuevas maestras egresadas de la escuela normal local. 1269.

SANTIAGO DEL ESTERO. — CAPITAL: Nuevas maestras egresadas de las escuelas normales «Manuel Belgrano» y «Nicolás Avellaneda». 1267. — Banquete en honor de la escuadrilla militar de aviación que efectuó el raid a La Quiaca. 1269.

TUCUMAN. — CAPITAL: El gobernador y los pilotos de la escuadrilla militar aérea del raid a La Quiaca. 1266. — El día de un gobernador. Visita gubernativa a la cárcel penitenciaria. 1267. — Comisión interprovincial de límites entre las provincias de Santiago del Estero y Tucumán. Los alumnos egresados con diploma de bioquímica y farmacia que cursaron en la Facultad de Medicina. 1268. — Nuevas maestras que egresaron de la escuela normal «Santa Rosa». 1269. — La asociación «Madrinas de Presos». Alumnos egresados del Instituto Musical, con el profesor Mosi. 1270. — El gobernador concurre a un lunch servido en la «Liga Popular». Homenaje al director del periódico «Assalam». 1271. — Sesión secreta de los señores senadores y diputados de la provincia. 1272. — Festival atlético en el gimnasio escolar «24 de Septiembre». 1273.

TERRITORIOS

CHACO. — RESISTENCIA: Inauguración en un hospital. Nuevos maestros y maestras egresadas de la Escuela Normal. Nota gráfica de la ciudad de Resistencia. 1267. — Competidores de la «Copa Chaqueña», tiro al blanco. 1271. — QUITILIPI: Clausura del período escolar; festival en la Escuela Nacional N.º 59. 1267.

MISIONES. — CAPITAL: Aparato del aviador Maravelli, detenido por las fuerzas de línea nacionales por ser paraguayo. 1268. — POSADAS: Raid aéreo a Posadas: pilotos, aparatos y público que recibió a los mismos. 1268. — SIMSON: Velada teatral de beneficencia. 1269.

PAMPA. — VILLA ALBA: Alumnos de la Escuela Nacional N.º 158. 1266. — COLONIA BARÓN: Alumnos de la Escuela Nacional N.º 168. 1266. — COLONIA CASTEX: Festival escolar de terminación de curso. 1268. — CALEUFÚ: Alumnos de la Escuela Nacional N.º 120. 1266. — GENERAL PICO: Clausura del período escolar en la Escuela Nacional N.º 57. 1267. — La festividad del año nuevo. 1270. — TRENEL: El profesor Strampelli con el ministro Le Breton y otros. Instalaciones donadas por la Compañía de Estancias y Colonias Trenel. 1270. — Festival de terminación de curso escolar en la Escuela Nacional N.º 170. 1271. — MONTE NIEVAS: Festival de fin de curso en la Escuela Nacional N.º 92. 1270 y 1272. — INGENIERO LUIGGI: Nuevo edificio para la escuela proyectada por el Superior Consejo Nacional de Educación. 1271.

SANTA CRUZ. — Demostraciones a la escuadrilla militar de aviación del raid a la Patagonia. 1269.

NOTAS EXTRANJERAS

BRASIL. — El doctor Gallardo y familia en la Exposición del Centenario. En la Asociación Panamericana de Mujeres. Homenaje al doctor Gallardo. 1267.

CHILE. — Actualidad gráfica variada. 1266. — Festividad de la Natividad en el «Santiago Tennis Club». Velada ofrecida por el diario «El Mercurio». Revista de tropas ante el Excmo. señor presidente de la República, en la Escuela Naval de Valparaíso. Carrera ciclística en el Parque Cousiño. 1268. — Fiesta política campestre. Veraneantes en el «Sporting Club» de Viña del Mar. Concurrentes al almuerzo de la Liga Patriótica Militar. 1270. — Reportaje al presidente Alessandri. 1272.

FRANCIA. — M. Millerand y otros al pie del Arco de Triunfo. Desfile militar en la Avenida de los Campos Elíseos. 1267. — El conflicto de las reparaciones. 1268. — La fiesta de las «midinettes». El «taxi del Marne». Centenario de Pasteur. 1269.

URUGUAY. — Nota gráfica de actualidades varias. 1266. — El presidente Serrato. El carnaval. 1273.

ESTADOS UNIDOS. — Original campaña contra la tuberculosis. 1269.

PERU. — Banquete ofrecido al presidente de la República por el ministro de Colombia. 1268.

EFEMERIDES HISTORICAS

Suecia y Noruega reconocen la Independencia Argentina. 1266. — Fusilamiento del doctor Antonio Aberastain. 1267. — Iníciase el paso de los Andes. 1268. — Creación del Banco Nacional. 1269. — Declaración de libertos. 1270. — Combate de Putaendo. 1271. — Nace en San Juan don Domingo Faustino Sarmiento. 1272. — Una apertura del Soberano Congreso. 1273.

DIBUJOS

EN COLOR

AGRELO, DANIEL. — ILUSTRACIONES: El terror. 1272.

ALONSO, JUAN. — CARÁTULAS: Del tiempo viejo. 1267. — Concurso de tiro al blanco. 1268. — ÓLEO: Mirando pasar. 1268. — FIGURAS DE ACTUALIDAD: Los nuevos directores generales de marina. 1268.

ALVAREZ, EDUARDO. — CARÁTULAS: Como vienen este año los reyes. 1266. — Ritorna vincitor. 1269. — Más caras y más caretas. 1271. — Radiotelefonía universal. 1272. — La proyectada jira del doctor Alvear. 1273. — FIGURAS DE ACTUALIDAD: Doctor Abel Zubizarreta. 1270. — Doctores Mario Bravo y Arturo Goyeneche. 1271. — Ingeniero José Serrato. 1272. — Sir Bailly Francis Alston. 1267.

BESARES, GASPAR. — ILUSTRACIONES: Imágenes persas. 1269. — El carnaval del Valle. 1271. Alma de organdí. 1272. — Paraguas de hotel. 1273. — ACUARELA: En el Tigre. 1269.

LARCO, V. — ACUARELA: Thé Tango. 1267. — La canción del pierrot. 1271.

LOURIDO. — ILUSTRACIÓN (Acuarela): Al aire libre. 1273.

EN NEGRO

RETRATOS FOTOGRAFICOS

NADAL MORA, VICENTE. 1267.
Nicoletti, Pantaleón. 1267.
Nieto Arana, Ana N. 1270.
Nogués, Nelly. 1271.
Niro, Ricardo Aníbal. 1273.
Nitto, Vicente Héctor. 1273.
Napal Taverna, Nilda O. 1273.
Neira, Esther. 1273.
Magmanson, Catalina. 1273.
Nápoli, Aydée M. 1273.

ONETO, MIGUEL. 1267.
Obligado, Enrique. 1267.
Ortega, Luciano Ireneo. 1269.
Onagoyti, Fernando. 1270.
Ortiz, Eduardo J. 1271.
Olguín, Francisco O. 1273.

PAZ, LUIS. 1266.
Policastro, Juan J. 1267.
Paone, Salvador. 1267.
Pascuzzi, Aquiles. 1267.
Pino, Guillermo. 1267.
Pablo, Ramón. 1267.
Palomba, José. 1267.
Pastur, Josefa. 1267.
Pampillón, Joaquín. 1267.
Pérez, José L. 1268.
Pedreira, José. 1268.
Poli, Emilio. 1269.
Portela, Concepción. 1269.
Pon, Juan. 1270.
Pontman, Alberto. 1271.
Pozzo, Adolfo J. 1271.
Ponse, María Juana. 1272.
Pedrón, Ernesto B. 1272.
Pastor, Aydée. 1273.
Pellegrini, Horacio J. 1273.
Pozzi, María Carmen. 1273.
Pardo, Martita E. 1273.
Parodi, Rodolfo. 1273.
Pedrón, Noemí E. 1273.
Padeschi, Lilia. 1273.
Paz, Oscar. 1273.
Pol, Aurora. 1273.
Paúl, Salvador. 1273.
Pérez, Nilda E. 1273.
Pastora, Vicenta. 1273.

RATTI (HIJO), JUAN B. 1266.
Ruggia, Juan. 1266.
Rao, Domingo A. 1267.
Ripoll, José. 1267.
Russo, Nicolás. 1267.
Rosarivo, Raúl M. 1267.
Rivelli, Ernesto B. 1267.
Resnicoff, David. 1267.
Rova, Juan. 1268.
Reid, Wallace. 1269.
Rogero, Will. 1269.
Roca, María L. 1270.
Romero, Gregorio. 1270.
Ripodas, Cruz. 1271.
Richards (hijo), Carlos. 1271.
Ruiz Huidobro, Manuel. 1272.
Riviere, Rolando M. 1272.
Rey, Elena Mercedes. 1272.
Riolfo, Nelly. 1272.
Rodríguez, Olga. 1272.
Rimoli, Blas B. 1273.
Reilly, Elsa N. 1273.
Rank, Martha. 1273.
Rosa, Lira. 1273.
Roboredo, Carmen. 1273.
Raffo, Francisco J. 1273.
Rodriguez, Marcelo C. 1273.
Riolfi, Carlos. 1273.
Rodríguez, Isabel. 1273.
Roth, Emmy D. 1273.

SAENZ, DOMINGO. 1266.
Sirito, José Luis. 1266.
Sulimovich, Salomón. 1266.
Schivo, Alberto J. 1266.
Suez, Enrique E. 1266.
Sanford, Charles H. 1266.
Sciangula, Esteban. 1266.
Sciangula, Vicente. 1266.
Sciangula, Francisco. 1266.
Sciangula, José. 1266.
Sciangula, Salvador. 1266.
Sagreras, Bernardo. 1267.
Spinelli, Silvestre. 1267.
Scolari, Mario A. 1267.
Sardi, Juan B. 1267.
Scianca, Francisco. 1267.
Saladrigas, Marquilló. 1267.
Scorciatti, Ricardo. 1267.
Spinelli, Félix. 1267.
Sajoux, Horacio. 1267.
Saavedra, Angela B. de. 1268.
Saavedra, Ernesto. 1268.
Schoklender, Marcos. 1268.
Serrano, Nicasio C. 1270.
Saguier, Fernando. 1270.
Sarredi, José E. 1270.
Santos Juárez, M. de los. 1271.
Sciarillo, Nicolás. 1271.
Storani, Eduardo. 1271.
Segovia, Gregorio A. 1272.
Schiaffino, Juan Carlos. 1272.
Sosa Silva, C. 1272.
Spinedi, Enrique Miguel. 1272.
Sarracino, Ana Teresa. 1272.
Simón, Esther. 1272.
Saperas, Dolores T. 1273.
Solari, Doctor José. 1273.
Serrato, Ingeniero José. 1273.
Sánchez, Abel José. 1273.
Selláñez, Amalia. 1273.
Scincatti, Antonio C. 1273.
Salvetti, Adolfo. 1273.
Salma, Manuel. 1273.
Sánchez, H. de P. 1273.
Sosti, Juan C. 1273.
Sosti, Aída. 1273.
Salina, Lola. 1273.
Sannelli, Zulema. 1273.
Senra, María E. 1273.

Tibaudin, José. 1267.
Tettamanti, Ernesto A. 1268.
Tolosa, Eusebio. 1269.
Tedín, Virgilio M. 1270.
Tanella, Alberto E. 1271.
Tocornal, Juan Enrique. 1271.
Tyheralde, María E. 1273.
Triay, René José. 1273.
Triay, José Mario. 1273.
Truinques, María C. 1273.
Taranto, Rosa A. 1273.
Tajman, Gregoria. 1273.

URQUIZA CORDOBA, ROBERTO. 1267.

VERA, ENRIQUE. 1266.
Vercesi, Antonio. 1266.
Villafañe, Ceferina. 1266.
Vigono, Antonio P. 1267.
Villa, Roberto. 1267.
Vigo, Félix. 1267.
Viberti, Marcos. 1267.
Vicenti, Elías. 1267.
Vera, Octaviano S. 1267.
Villanueva, José María. 1268.
Van Trumbull, de. 1270.
Vallejo, Rogelio. 1271.
Vidici, Gilberto. 1272.
Viaplana, Lola. 1272.
Voglino, Ernesto. 1272.
Vinti, Aída. 1273.
Vinete, Esther A. de. 1273.
Varola, Nelly Alicia. 1273.
Viannelli, José M. 1273.
Vázquez, José A. 1273.
Valls, Carmen. 1273.
Valls, Julieta. 1273.
Velázquez, Mario. 1273.
Valange, Agustín J. 1273.

WEISSMANN, EFRAIM. 1267.
Work, Herbert. 1269.
Wilkens, Kurt. 1270.
Waingortin, Esther. 1273.
Weles, Gustavo. 1273.

YOLANDA, PRINCESA. 1272.

ZUFFINETTI, ANGEL. 1267.
Zerbi, Humberto. 1267.
Zunino, Juan A. 1267.
Zunino, Amelia. 1270.
Zoquieres, Ricardo. 1273.

GRUPOS DENOMINADOS

NÚMERO 1266. — Doctores Angel Gallardo, Tomás Le Breton y otros. — Doctores Luis C. Villarroel, Pedro de Toledo y otros. — Abel Zubizarreta, Emilio Ravignani y otros. — Miguel De Andrea, Juan Beda Cardinale, Julián Fablet, monseñor Duprat y Juana Rita Villate de Oromí. — Doctores Cantilo, Noel y otros con la señora Josefina Achával de Cantilo. — Doctores Luna, Juárez Celman, Jantus y otros. — Luisa Emilia Sánchez y José Demaria Salas. — Alejandrina Passo y Alberto Seeber. — Zelly Senillosa y Federico Achával Riglos. — Lidia Méndez, Cora Freers, Rosa Carabassa, Isabel Plazón Quintana y Angélica Domecq, con los señores M. Paunero, Juan y Carlos Blaguier, Carlos Bustos Moran, Carlos E. Méndez y Enrique Loncan. — Doctores Ricardo Finocchietto y Garbarini con el poeta francés Carlos de Soussens. — Comisión Directiva del Radio Club Argentino. — Profesor Mario P. Arata, arquitecto Raúl Cristensen, Alejandor Colombo y otros.

NÚMERO 1267. — Doctores Alvear y Noel con los señores Zaccagnini, Thamier y otros. — Córdova y niña. — Ministros Justo y Domecq García con Alberto Amaya, Enrique Figueroa y otros. — Doctor Carlos Noel y otros. — Ministros Rafael Herrera Vegas y Angel Gallardo con otros. — Enrique G. Fliess, Domecq García, Mendiville y otros. — Intendente Noel y otros. — Antonio de la Vega y otros. — Señoritas Piñero Pico, Coria Gallegos, Cantini Balestra y Arzeno. — Manuel E. Sánchez Concha y otros. — Senador Saguier, señoras Josefina Acosta de Noel y María E. Peralta Alvear de Láinez. — Señoritas Villalba, Bonetti y Bunader. — Octaviano S. Vera y coronel Manuel Blasco. — Octaviano S. Vera, F. Dirks Cony, Julio Cossio, M. Maciel Talavera y J. C. Maradama. — Octaviano S. Vera, F. R. Gordillo, J. Carreras, J. S. Miñano, V. L. Uriburu y A. F. Iramain. — Octaviano S. Vera, C. Gutiérrez, E. Arácz y Gordillo. — Octaviano S. Vera, M. Blasco,

S. Coitiño, A. Bourguignon, J. Díaz Lobo y A. Burges Texera.

Número 1268. — Ministro de Suecia Carlos Haltgren, el comandante del «Fylgia» Claes Lindstrom y otros. — Comandante Lindstrom y otros. — Poincaré y otros. — Alejandro Mohr, José Guerrico y otros. — Ministro Justo, ayudante Casares y otros. — Vicente R. Rotta y otros. — Julia y Enrique Bullrich. — Señoritas de Madero. — Bernardino Bilbao y señora Bullrich de Bilbao. — Señorita Zuberbühler. — Marquesa de Salamanca, marqués de Amposta y doctor Ricardo Cranwell. — Irene Rosa de Casal y María E. Rivarola de Roca. — Leopoldo Lugones y señora. — María L. Eliçabe, Cayetana Echevarría y Angélica Eliçabe. — Doctor Castro e hija. — Beatriz y Adela Candiotti, Delia Bullrich e Irma Riveros Barrios. — Maruja Ojeda Farisano, María Ofelia Puig y Víctor Gurpide. — Riveros Barrios y Bullrich. — Caffarati y Gollán, Barbosa, Gollán y Minervini. — Alcira Cáceres, Leonor Alvarez, Adela Correa, María E. Maza y Carlota H. Andrada. — Corina Ocampo, Angélica Andrada, Alcira Cáceres y M. E. Maza. — Eduardo Pedrazzini y Juan Galetti. — Adriano de la Fuente y Antonio Gauthier. — Pedro Vignolo y otros.

Número 1269. — Jefes navales argentinos y suecos en el Centro Naval. — Doctor Manuel J. Carlés con el doctor Matienzo y otros. — S. García Anido y otros. — Carnie Chapmann Catt y otras. — Ministros de Marina y de Relaciones Exteriores con los altos jefes navales suecos y argentinos. — Cecil B. de Mille, Wallace Reid y otros. — Ficarelli Pedro y otros. — Shirley Kingsley y otros. — Mayor Bryand Farrand y otros. — Pedro Artigau y otros. — José F. Gatti y Edmundo Marichal. — Patricio Hasset y otros. — Vicente Andrada, Julio A. Noble, Rodolfo Luján y Juan A. Fernández. — Alberto Jarfeld y señora. — Jenaro Agostino, Lorenzo Giacipello, Arturo Riva y otros. — El Presidente de la República, ministros, Intendente y otras autoridades reunidas. — Doctor Mosca, señor Mendieta y otros. — Alejandro Gruning Rosas y otros. — Mateo C. Córdova y Carlos Martiarena. — Gobernador Córdova y Delfín P. Carrillo. — Gobernador Córdova y otros. — Gobernador Córdova con Tanco y Martiarena. — General Caviglia y otros. — Mussolini, De Nicola y Tittoni. — Mussolini, Poincaré y Lord Curzon. — Cura Semeria y otros. — Capitán Ricchi y teniente Igliori. — Mr. Hughes y lord John A. Kingsbury. — Mr. Sproul y Mr. Pinchot. — Coolidge y señora.

Número 1270. — H. B. Varela y otros. — Señores Vaquié, Tejada, Parr con otros y otras. — Familias Gallacher, Casajuana, Vila López, Rasseto Shoohridge y Mac. Garell. — Familias Fernández Díaz y Lahoz. — Ingeniero Berger y otros. — Angel Gallardo y otros. — Señores Alston, Barilari y otros. — Señoras Elvira C. de Alvarez, María Luisa A. de López Carmelo, Carolina M. de Torra. — Ercilia Pellisón de Cant, Dora Sulliván de Burges y señoritas de Cremona, Cecchini, Antinoni, Cramer, Visca Peralta y Burges. — Luis López Páez y otros. — Comisario Santiago y el jefe de la sección policial R. y H. Foppiano y otros funcionarios. — Anita Quirno de Castro y Juana Castro de Barreto. — Señoritas de Etchepareborda y Seré. — Señor Bosch y señorita Susana Bosch. — Doctor Saccone y señora. — Fernando Sauze y señora. — Señoras Ray y Goya Herren. — Doctor Pereyra y señora. — Señora Celina Zaldariaga Paz con la señora y señorita de Beláustegui. — Señora Pellens y señoritas Leonor y Raquel Arias.

Número 1271. — Angel Fernández y otros. — Guillermo, Alberto y Dora Thomas. — Guillermo Thomas y otros. — Victoria Gardlano de Thomas. — Delia y Elisa Iriarte Udaondo. — María Eugenia y Luisa Pérez del Cerro. — Chevalier de Victorica. — Roca y Madero. — Doctor Puánero y su esposa. — Unzué de Paunero. — Doctor Rocha y señora. — Zaldariaga de Paz y señorita de Beláustegui. — Schoó y su hija. — Fidelia viuda de Lencinas. — Antulio, Rafael y José Hipólito Lencinas. — Doctores Lencinas y Carlos M. Puebla. — Senador Núñez y otros. — Carlos W. Lencinas y otros. — Lencinas, Zuloaga y otros. — Doctor Lencinas con los ministros Leopoldo Suárez, Carlos M. Puebla y Clodomiro Soto. — Julio Iribarne e hija. — Rafael Cobo y Esther Salas.

Número 1272. — Doctor Agesilao Milano y una política. — Doctor Juan F. Vaccarezza y otros. — Doctor Angel Grecco y otros. — Esther y Mabel Pasmann, Josefina Solá y Susana Ruiz de los Llanos. — Señora de Chibrosky, Luisa del Monte, Leonor Peña y el conde del Nax. — Pilar y Amalia Rodríguez. — Emilia y Josefina Mendoza, Ilda Catasu, Teresa Isola y Pepita Geni. — Señoritas de Naguil y Pérez Sosa. — Irene y Cecilia Mamberto, Ofelia Geurea y otras. — Señora Roca de Watson y señorita Mechita Dose. — Señora de Montes e hija. — Señoritas de Bosch Alvear. — Angélica y María Elena Centeno. — Señora y señorita Mac Donald. — Señoritas de Bullrich y de Ocampo. — Señoritas Rosa, Amelia y Pepita de la Vega. — Doctores Bosch, Aldao y González Bonorino. — Señoritas de Attone. — Familias de Cincolta, Bonanni y Stalbizer. — Señoritas Eloísa e Isolina Bazo, María Barbero, María Blanco e Isabel Masine. — Jacinta y Emilia Matellini, Leticia Dosolina, Angela Santandrea y Erminia Rico. — Carmen Repetto, Rosa Sotta, M. Carmen Vázquez, Zulema Vagnati, M. Elena Repetto y Elvira Martínez. — Señoritas Artegani, Giorgi y Tagiani. — Señoritas Rosa, Pérez y Corti. — Señoritas Gutiérrez, Guenaga y Rodríguez. — Señoritas Beune y Morilla. — Señoritas Cristina Soler y Clara Echeandia. — Magdalena Villegas de Martínez y otras. — Señoritas Sara y Milly Ancell y otras. — E. Santamarina, Estrada y García. — Familia Richard Benitez.

Número 1273. — Doctores Alvear y otros. — Doctor Alvear y José Luis Bustamante. — Regina Pacini Alvear y Beda Cardinale. — Doctores Alvear, Le Breton y Cantilo. — Señoras Regina Pacini de Alvear y Cantilo. Doctor Alvear y monseñor Cardinale. — Doctor Alvear con otros y otras. — Celina Z. de Paz y Elisa Beláustegui. — Adela Zuberbühler y Carlos Rodríguez Larreta. — María E. Míguez de Balbarrey y Carlos M. Balbarrey. — Señoritas de Guerrico. — Señora de Sojo e hija. — Señoritas de Ocampo. — Doctor García Fernández y señora. — Señorita Hope y señor Lariviere. — José Conver y Antonia Combache. — Francisco y Juan S. Serisola. — Elsa y Jorge Robañatti. — Juan C. y José R. Vázquez. — María y Beatriz Sauvrine. — Niñas de Guindon. — Camilo Fecmini y Juana Polari. — Amalia y Alfredo Tomás. — Nélida Robles y Oscar Montesano.

FOTOGRAFIAS DENOMINADAS

ABRINES y BELL. — Actualidades varias: Delegación argentina a la Conferencia Panamericana. Centro Militar de Expedicionarios al Desierto. Liga de maestros de territorios. Campaña electoral del Partido Socialista. 1270.

ARROYO Pedro F. — Toma de posesión del mando por el Ministro de Relaciones Exteriores. 1266. — Visita Presidencial a la Colonia de niños débiles. 1267. — En honor de los marinos del crucero sueco «Fylgia». 1268. — Los marinos argentinos agasajan a sus colegas suecos. 1269.

ARROYO y BELL. — El conflicto en el Senado Nacional. Nuevo director de la Asistencia Pública. Demostración al doctor Luis C. Villarroel. 1266. — Los niños celebran la fiesta de los Reyes Magos. La despedida del año. 1267. — Actualidades de la semana: Elección de candidatos a senador, por los partidos Socialista y Radical. Demostraciones a los concejales Mohr, Guerrico y Rotta. Festival a bordo del «General Belgrano». Misa de conscriptos en la Merced. 1268.

ARROYO y VARGAS. — Actualidades de la semana: En la Legación de Chile. Homenaje en honor de los ministros de Hacienda y de Relaciones Exteriores. Fiesta de las Bellas Artes. Nuevo jefe del Estado Mayor de Marina. Distribución de premios. Inauguración de las nuevas obras en el C. A. «Belgrano». Lamentable accidente automovilístico. 1267.

ARROYO, BELL y VARGAS. — Actualidades de la semana: Baile de gala en el Club de Flores. Proclamación de los concejales electos. Inauguración del local de la Conservación de la Fe. Homenaje póstumo al doctor Adolfo Alsina. En la estación radiotelegráfica de Monte Grande. Fiesta organizada por el Patronato Español. Baile de Inocentes en el «Círculo de la Prensa». 1266. — Actualidades de la semana: Los ministros acuden a la Cámara de Diputados para tratar los créditos extraordinarios del presupuesto. Presentación de credenciales por el nuevo representante de la Gran Bretaña. Fiesta social en el Club Colegiales. Festival a bordo del «Comodoro Rivadavia». Demostración a don Luis López Páez. 1270.

BELL, Federico. — Festival de la Liga Patriótica Argentina. 1266. — El raid internacional de aviación. 1269.
BELL y VARGAS. — Huéspedes ilustres. 1268. — Un alevoso atentado anarquista. 1270.
CHIAVAZZA Joaquín.—Notas rosarinas: Festival escolar en el Colegio «María Auxiliadora». Kermesse del Club Alemán. Demostración a la condesa Pagani Paci. 1266.—Nuevos concejales. Homenajes a Pasteur. Baile Blanco en la plaza Jewells. Festival a la veneciana. 1267. — Demostración al doctor Atilio De Sanctis. Damas de Beneficencia del «Asilo de Huérfanos». La festividad de Reyes. Los deportes femeninos en el interior. 1268. — Asume el mando el nuevo jefe político del departamento de Caseros. El gobernador doctor Mosca y otras autoridades en el balneario de Melincué. Torneo en el «Club Remeros Alberdi». Festival escolar en el «Cine Royal». 1269. — Baile blanco en el «Rowing Club» de Alberdi. Nueva línea de tranvías eléctricos. Demostración en el cuerpo de bomberos. 1270. — La obra de un desequilibrado. 1271.
SIMBOLI Rafael. (Corresponsal en Italia). — Homenajes al soldado y explorador desconocido. 1267. —Conferencia Panamericana por el general Caviglia. Actualidad de la política internacional. Alocución patriótica. Duelo Ricci-Igliori. 1269. — Actualidad política. 1271.
VARGAS MACHUCA, Eduardo. — Visiones del «Presidio de Sierra Chica». 1270, 1271 y 1272. — El Presidente Alvear ejerce su derecho electoral de ciudadano. 1271. — Carnaval: corso de la Avenida. 1272.
VIDAL J. C. (Corresponsal en España).—Primer Consejo de Ministros, bajo la presidencia del marqués de Alhucemas. Distinción al príncipe de Asturias. 1267. — En la embajada argentina de Madrid, con el doctor Carlos Estrada. En Barcelona: Desembarco de tropas llegadas de Marruecos. Conflicto estudiantil. 1268. — Solemne recepción al embajador argentino en España. 1270.

LOS LIBROS

Número 1267. — «Lybia», por Nicolás Granada. — «La vida victoriosa», por Carlos Alberto Leuman. — «Mussing on Shakespeare», por Diego Cannon. — «El dolor de vivir», por Florencio L. Amaya. — «La ganadería colonial del siglo XVI», por el doctor Prudencio de la C. Mendoza.
Número 1269. — «Historia de Arrabal», por Manuel Gálvez. — «Historia del Arte», por Jorge Cabral.
Número 1270. — «Manual de embriología», por Juan Pon. — «La Cadena», por Mario Gorostarzu. — «Mil novecientos veintidós», por Fernández Moreno. — «Semiología de las glándulas de secreción interna», por el doctor Pedro J. Hardoy y alumno Aurelio Berro García.
Número 1272. — «Estampas de color», por René Zapata Quesada. — «Relatos argentinos», por Paúl Groussac. — «Mis Helénicas», por R. F. Notar. — «De corazón adentro», por Olga Adeler.

VARIEDADES

Número 1266. — Las primeras agencias de viajes. — La prensa de los Estados Unidos. — ¿Qué no es el teatro? — Salvamento de los tesoros de un buque español. — Cómo y de qué se hacen los platos.
Número 1267. — El principio del rubor convertido en afeite. — Hombre rumiante. — Los botones superfluos. — Una imprenta en el Japón. — Criminales científicos.
Número 1268. — Lustrabotines de bolsillo. — Danza de millones. (Algo de lo que costó la guerra europea). — La pesca del tiburón. — Medicamentos explosivos. — El primer piel roja en París. — Consumo y equipo de un transatlántico de 30.000 toneladas. — Guisos de hormigas. — Los esquimales y la muerte. — Las cuevas de las momias. — El cañón de Orbán.
Número 1269. — Dentro de cincuenta años. — Lo que gustaba a Webster. — Un servicio ideal de teléfonos. — Ya no hay desperdicios. — Filosofía de Sócrates. — Para rejuvenecer a los árboles. — El árbol genealógico del hombre. — ¿Se puede prever el porvenir?
Número 1270. — La astucia de Webster. — Pasteur, artista. — El humorismo de Erckmann. — ¿Es perjudicial la respiración nasal? — ¿De qué se alimentan los mosquitos? — Las nueve musas. — Sacrificios humanos en el Africa Occidental.
Número 1271. — Grandes riquezas en poder de los soviets. — La filantropía de Nobel. — La gloria tardía. — Origen de las bodas de plata. — El periódico más antiguo que se registra en la historia. — ¿Se debe o no fumar? — El telégrafo de los indios. — Origen de los disfraces y máscaras. — El olfato de Anatole France.
Número 1272. — Las perlas bajan. — La tierra se calienta. — El aeroplano y la ciencia. — La genealogía del caballo. — La eterna rémora. — Cómo elogia el genio. — En el año 2000.
Número 1273. — La beligerancia de la vitamina. — Nuevos tubos de plomo y cristal. — Curiosidades. — Un enigma a pesar de los geólogos. — Desterrando la tuberculosis. — Pensamientos. — El origen de las vocales. — Con puntualidad. — De José Vasconcellos. — El valor de la telegrafía inalámbrica.
Telegrafía y Telefonía sin Hilos al alcance del aficionado.—Inconvenientes que se presentan en la recepción. 1266. — Receptor de cristal. 1267. — Receptor a reacción con bobina de cursor. 1268. — Instalación de mástiles y antenas. 1269. — La utilización de un barrilete como antena. 1270. — «Telegrafía moderna al alcance de todos» (Del libro del señor Enrique L. Repetto.) 1271. — Empleo de un amplificador de alta frecuencia con el receptor a reacción. 1272. — Construcción de un ondámetro. 1273.

ENLACES

Número 1266. — Estefanía Eseverri con Horacio J. Varela. — Paulina Domínguez Bonet con Armando M. Depino. — Catalina Parera con Armando Demateis. — Anita M. Satangaferro con Angel B. Fabbroni. — Elena Fernández Díaz con José Lahoz. — Schmidt-Chiodo. — Lola Figueira con Ramón Catoira. — Haydée F. Bertoletti con Luis Scorsatto. — Ana Cazzano con César Tardino.
Número 1267. — Julia B. Burset con Marcos E. Ramos. — Carlota Victoria Cordes con Miguel Angel Farabelli. — María C. Costa con Orfilio Castro. — Estarace-Cámera. — Catalina Darío con Juan B. Versio. — Carmen Caballero con Raúl Figueroa.
Número 1268. — Catalina Mazzeo con Antonio Defrancisco. — Elena Iglesias con Juan C. Lacabe. — Rosa Murano con Luis Silvio Mazza. — Larriguet-Bispe. — Teresa Gagnolo con José Esain. — Angela García con Santiago Clara. — Elisa Francci con Felipe Pariani. — Amalia Carodano con José del Vigo.
Número 1269. — Encarnación Montosto Uriosle con Pedro Garea Maneiro. — Anita Marzialé con Luis Prieto. — Esther Corsanego Canese con Carlos Canese. — Secreto-Fabiano. — Anselo-Delaruppe.
Número 1270. — Clara A. Ponce con Máximo Sans. — Lucía Alladio con José F. Pera. — Catalina Schriener con Juan Dahir. — Ana Elvira Ramb con Miguel Scarafia. — Emilia Richetti con Ernesto Guido.

NÚMERO 1271. — Luraschi Imperiali con Martino Sanguinetti. — María Estela Fulco con Florentino A. Casanova. — Inocencia B. de Giosa con Raúl E. Giosa. — María Berlier con Luis Schmidt. — Erminda Lauro con Manuel García Alvarez. — Emilia Josefa Bonelli con Luis Gioia. — Rosa Romero con Luis B. Gómez. — Edita Maza con Marco Rattaggi. — Angela García con Santiago Clara. — Julia Raminsky con Juan Smielchick.

NÚMERO 1272. — Palma Vizio con Eduardo Molinero. — Carmen Millefanti Ferioli con José C. Capitelli. — Ama // Cecchi con José A. Castiglioni. — Mercedes Ferro con Juan Francisco Noli. — Martín-Rufino Gómez.

NÚMERO 1273. — Luisa Monti con Horacio O. Alabacetti. — Angélica Cairino con Ernesto Le Bretón. — Rosa Aguilar con Antonio Schiavo. — Agustina Catenacci con Esteban Martín. — Juanita Ferrante con Carlos Bassoler. — Carmen Flores con Gabriel Malleville.

BODAS DE ORO Y DE PLATA

NÚMERO 1267. — Amelia Prando y Rafael León. — Barreiro y Etchichurri. — Esposos P. E. Augusto. — Rivero y López Arias. — Sanmartino y Cichetti.

NÚMERO 1268. — Werfil M. Suárez y Ramona A. C. de Suárez. — Cosme Lorea Valenzuela y Carmen Llande Valenzuela.

NÚMERO 1270. — Miguel Ruso y Rosa Briglia. — Esposos Corvatto-Lagamma. — Esposos Flamini-Riccio. — Víctor Dengra y Frutos Hernández.

NÚMERO 1273. — José Felippa y Magdalena Moriondo. — José Alessi y Virginia Sartini. — Domingo A. Mamani y Virginia B. de Mamani. — Esposos Latorre.

NECROLOGIA

NÚMERO 1266. — Elisa Bibolina. — Emma Sanguinetti de Berisso. — Roque Leal Gazcón. — Alejandro Escribano. — Eusebio Zapata. — Alberto Vilariño. — Aristóbulo Monte. — Luis Siena. — Héctor A. Barreiro. — Antonio De Salvi.

NÚMERO 1267. — Micaela Berregui de Lefrançois. — María Luisa García. — Luis Reynoso. — Ricardo Di Fonzo. — Ramón Munuce.

NÚMERO 1268. — María Inés Gallegos. — María Josefa Casagrande de Yani. — Dominga Moutraa de Cola. — Armando F. Bottaro. — Joaquín Calvis. — Manuel Llamedo. — Félix Ayastuy. — Juan B. Oberti.

NÚMERO 1269. — Luisa Pozzi. — Josefa O. de Muma. — Ana María Ferrarotti. — Manuela Luisa Muñoz. — Carolina Franza de Azarretti. — Gracina Aramburo de Luzzanne. — Rodolfo Sese. — Eduardo Robles Ahumadi. — Andrés Farretti. — Pedro Susanne.

NÚMERO 1270. — Carlos Guerrero. — Max Nordau. — León M. Rosenvald.

NÚMERO 1271. — Eudoxia Zárate de Zelaya. — María Luisa Roche de Marc. — Laurentina S. de Tárrago y Badino. — Justiniana Fernández de Caballero. — Rosario Fernández de Gallardo. — Dominga Monlia de Cotarelo. — Juan Tomás de Zarraluqui. — Enrique Casti.

NÚMERO 1272. — Alfredo Dellavalle. — Juan J. Solari. — Luis F. Carbonell. — Angel Bruzzo. — Rodolfo E. Schamaele (hijo). — Manuel S. Sanguinetti. — Pablo Del Monte. — Angel Linares.

NÚMERO 1273. — Catalina F. Refancore.—Rosinda Pandolfo de Aragone. — María Elena Sozzi de González. — María M. de Di Lalla. — Graciana Espil de Borda. — Manuelito González. — Vicente Quarterolo. — Heriberto Trejo.

HUMORISMO EXTRANJERO

EN COLOR Y NEGRO

En todos los números.

ESTRELLAS DEL CINE

NÚMERO 1268. — Nita Naldi. — Pola Negri. — May Mc Avoy. — Jacqueline Logan.

NÚMERO. — 1271. — Dorothy Dickson. — Alice Brady. — Wanda Hawley. — Kathlyn Clifford.

NÚMERO 1272. — Dorothy Dalton. — Justine Johnstone. — Violet Heming. — Anita Stewart.

NÚMERO 1273. — Julia Faye. — Edna Wheaton. — Betty Compson. — Luis Wilson.

GALERIA INFANTIL

NÚMERO 1266. — María del Carmen Salom Jijena. — Ernesto Cazabán Rodríguez. — Olga M. Rodríguez.

NÚMERO 1267. — Fedora Potenza Pinal. — Sofía Ana Moreno. — Niña de Moos.

NÚMERO 1268. — Niño de Zimmermann Zwank. — María Elsa de Castelltort. — Beatriz Rodríguez Bravo.

NÚMERO 1269. — Niño de Anchorena Cantilo. — Niña de Dickinson. — Niña de Nevares.

NÚMERO 1270. — Panchita D. Hartz. — Olga Emilse Gutiérrez. — Ignacio Lugones.

NÚMERO 1271. — Niña de Lamarca. — Niña de Zuberbühler. — Ortiz Basualdo. — Niña de Murphi.

NÚMERO 1272. — Martha Geinetti Acevedo. — Carmen Calzetti Contreras. — Niña de Peña.

NÚMERO 1273. — Niña de Budd. — Cádiz Cristophersen. — Niña de Leguizamón Pondal.

SECCIONES ALTERNADAS

LA PÁGINA DE LA MODA: Ultimos modelos. Números 1266, 1267, 1269 y 1270.

PASATIEMPOS: En todos los números menos el 1267.

INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS UTILES: En los números 1266, 1268, 1270 y 1272.

BIBLIOGRAFÍA: En los números 1267, 1269, 1270 y 1272.

CONSULTORIO: Números 1267, 1269, 1271 y 1273.

AJEDREZ: En los números 1271 y 1273.

CORREO SIN ESTAMPILLAS: Números 1266, 1267, 1268 y 1272.

SECCIONES PERMANENTES

EN TODOS LOS NÚMEROS: Comentarios. — Concursos infantiles de dibujos y para colorear dibujos.